CUADERNOS

AMERICANOS

MEXICO

5


BIBLIOTECA
TECNICA
FERROCARRILERA
ACABAN DE APARECER
DIEZ NUEVOS VOLUMENES
DE GRAN INTERES
Precio del ejemplar
51 Estímulos y Recompensas. Primera promoción 1956 $ 1.00
52 Aplicación de la soldadura eléctrica en cajas de fuego de locomotoras de vapor, por el Ing. Francisco Barajas Bernal 8.00
53 Convenio de Revisión del Contrato de Trabajo (21 de enero de 1957) 1.00
54 Saber es poder en la locomotora Diesel eléctrica 10.00
55 Código de Reglas AAR-1957 20.00
56 Normas para la compraventa y arrendamiento de predios rústicos y urbanos 1.00
57 Dictamen del Consejo de Fomento y Coordinación de la Producción Nacional sobre la ubicación de la Estación de Pasajeros 2.00
58 Reglamento para los Centros Deportivos Ferrocarrileros 1.00
59 Dos estudios franceses sobre la vía 2.00
60-I. Normas para el Consejo Técnico 1.00
Revista FERRONALES, número mensual $ 3.00
Suscripción anual 18.00
DE VENTA EN BOLIVAR Núm. 19
MEXICO, D. F.
PEDIDOS C.O.D. al APARTADO POSTAL 8020



Use en su automóvil GASOLMEX 90 octano que compensa con creces su mayor precio porque:

GASOLMEX 90 Rinde más y da mayor potencia.

GASOLMEX 90 Evita el golpeteo y las averías mecánicas que ocasiona el mismo.

GASOLMEX 90 Permite obtener del automóvil moderno el rendimiento y las ventajas que el fabricante incorporó al diseñarlo.

Para obtener todas estas ventajas es indispensable que su mecánico de confianza AJUSTE LA CARBURACION DEL MOTOR.


Ruedas y rieles...
LAS VIAS FERREAS FORMAN PARTE DEL SISTEMA CIRCULATORIO DEL PAIS, ACORTANDO DISTANCIAS ENTRE LOS CENTROS DE PRODUCCION Y DE CONSUMO Y PROMOVIENDO SU CRECIENTE DESENVOLVIMIENTO ECONOMICO.
MEXICO RUEDA SOBRE ACERO Y EXIGE, PARA SU SERVICIO, ACERO DE LA MAS ALTA CALIDAD.
"ACERO MEXICANO PARA EL PROGRESO DE MEXICO"
ACERO MONTERREY
COMPAÑIA FUNDIDORA
DE FIERRO Y ACERO DE MONTERREY, S. A.
OFICINA DE VENTAS: BALDERAS 68, MEXICO 1, D. F.
PLANTA: CALZ. ADOLFO PRIETO AL ORIENTE, MONTERREY, N. L.



ENTREGA INMEDIATA...
BIEN FRIA

Dondequiera que esté puede usted confiar en la calidad inalterable de Coca-Cola porque Coca-Cola es pura, saludable, deliciosa y refrescante. Ese sabor, que tanto le agrada, no se encuentra sino en Coca-Cola. Elaborada y embotellada bajo condiciones rigurosamente higiénicas, como Coca-Cola, no hay igual.

REG. S. S. A. 4598 "A" PROR-B-203

Ahora ¡FILTRON dondequiera!



FONTANA MEXICO D F

. . . porque:

el placer de Fumar

está en el SABOR!

FILTRON

LEY-VIRGINIA-TURCO

FUME FILTRON
CON FILTRO Y CON SABOR
2.00 CAJETILLA

Si un DICCIONARIO ENCICLOPEDICO ha sido siempre útil, éste es absolutamente necesario



DICCIONARIO ENCICLOPEDICO

UTEHA

MAS DE MEDIO MILLON DE VOCES
13000 PAGINAS - 20000 GRABADOS
400 MAPAS - 400 LAMINAS
10 TOMOS

Usted conoce perfectamente la utilidad cultural y pedagógica que en todo tiempo ha proporcionado un buen Diccionario Enciclopédico. Pero hoy, en que la especialización se ha impuesto como nunca, debido a los formidables progresos alcanzados en todas las disciplinas de la cultura, esta utilidad se ha convertido en necesidad indispensable. Necesidad para mantener al día los propios conocimientos y para que éstos se extiendan y se completen sin limitación de especialidad o tema.

El DICCIONARIO ENCICLOPEDICO UTEHA, que tanto ha de representar para la vida cultural de México y de toda Hispanoamérica, satisface con creces esta necesidad, ya que por la amplitud, precisión y rigurosa actualidad de su contenido es el único diccionario plenamente identificado con nuestro tiempo, tanto en lo que se refiere a los problemas y acontecimientos de última hora, como a la valoración crítica que el mundo de hoy tiene para las figuras y los sucesos de todas las épocas.

Usted, que desea caminar al unísono con la evolución de la vida moderna, necesita este diccionario. Y lo necesita sea cual fuere su profesión o actividad, porque toda tarea o trabajo, para que se realice con verdadera eficacia, requiere el auxilio de gran número de conocimientos con ella relacionados. Con el DICCIONARIO ENCICLOPEDICO UTEHA, tendrá resueltas todas sus dudas y consultas en el acto y a su entera satisfacción, porque en él encontrará minuciosamente descritos los más recientes descubrimientos de la técnica y de la ciencia; la biografía exacta y documentada de todas las figuras que la humanidad ha producido hasta nuestros días; los acontecimientos históricos, políticos, literarios, filosóficos y artísticos de todas las épocas y de todos los países; la información geográfica más extensa y precisa que figure en obra alguna de su género y, en fin, cuanto pueda contribuir al enriquecimiento cultural de usted y de todos los suyos, proporcionándoles al mismo tiempo la más elevada satisfacción espiritual.

En sus 500,000 entradas, se incluye la totalidad del léxico que figura en la última edición del Diccionario de la Academia Española, enriquecido con gran número de americanismos, vocablos técnicos de reciente creación y otras muchas palabras que el uso diario ha incorporado a nuestro idioma. Por otra parte, el contenido de sus 13,000 páginas se realza con la belleza y el valor documental de sus 20,000 ilustraciones y cientos de láminas y mapas, en muchos casos a todo color, que contribuyen en gran medida a que las descripciones del texto adquieran máxima claridad, y permiten también que usted conozca, fielmente reproducidas, las maravillas arquitectónicas creadas por la mano del hombre, las bellezas naturales y las obras maestras del arte que se hallan repartidas por todo el mundo.

SOLO $50 AL MES

¡Jamás pudo sospechar usted que podría adquirir un DICCIONARIO de tal categoría con una cuota tan baja!. Pero ya lo ve ahora, el milagro, que milagro parece, se ha convertido en tangible realidad, como usted mismo puede comprobar solicitando inmediatamente el lujoso folleto que se ofrece gratis.

DISTRIBUIDORES EXCLUSIVOS
EDITORIAL GONZALEZ PORTO
AV. INDEPENDENCIA, 10 · APDO. 140-BIS · TEL. 12-55-88, 13-26-30, 35-58-18 · MEXICO, D. F.

EDITORIAL GONZALEZ PORTO
Apartado 140 - Bis México, D. F.

Sírvanse remitirme el folleto descriptivo del DICCIONARIO ENCICLOPEDICO UTEHA, dándome a conocer también sus condiciones de pago.

Nombre ....
Domicilio ....
Localidad ....
Estado ....

AYUDE A LA INDUSTRIA...

La industrialización de México es una tarea que requiere del esfuerzo de todos y cada uno de sus habitantes. Es menester construir plantas industriales y adquirir equipo y maquinaria, y para construir unas y adquirir otros es necesario que la población ahorre e invierta sus ahorros adecuadamente.

Contribuya al proceso industrial del país comprando CERTIFICADOS DE PARTICIPACION DE LA NACIONAL FINANCIERA, S. A. De esta manera entrará en posesión de títulos con amplio mercado y garantías de primera calidad.

NACIONAL FINANCIERA, S. A.

Venustiano Carranza Núm. 35

Apartado 353 México, D. F.

(Autorizado por la Comisión Nacional Bancaria en Oficio Núm. 601-II-7399).

C E R V E Z A

bebida elaborada con materias alimenticias

LA CERVEZA está elaborada con malta, arroz, lúpulo y levadura, elementos que contienen substancias de alto valor alimenticio. Es una bebida de sabor agradable, sana y pura. Además la cerveza mexicana es reconocida como la mejor del mundo. Por todo esto, es bajo todos conceptos recomendable el consumo de esta bebida en forma adecuada, tal y como lo hacen los pueblos más sanos y fuertes del mundo; sola, como complemento de las comidas o para mitigar la sed.

ASOCIACION NACIONAL DE FABRICANTES DE CERVEZA

Para la mejor CUBA LIBRE de su vida

PACO MALGESTO
le recomienda

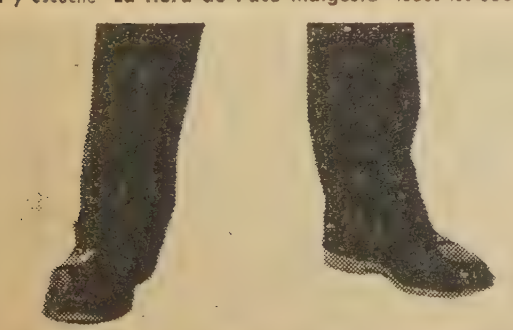
RON BATEY

Receta: En un vaso grande poner:
2 copas de Ron Batey
3 cuartas partes del vaso con su refresco de cola preferido.
Unas cuantas gotas de limón
2 cubitos de hielo

NO ES POSIBLE HACER MEJOR RON QUE BATEY!

Vea y escuche **"La Hora de Paco Malgesto"** todos los **Jueves** a las **22:00** horas, por **XEW-TV Canal 2**

REG. S. S. A. NO. 23758 "A" PROP. P-1718-



La Unión Nacional de Productores de Azúcar, como lo hemos venido diciendo, invariablemente vende sus azúcares a los precios autorizados oficialmente, jamás usa de intermediarios para realizar estas operaciones mercantiles, sino que directamente va a los comerciantes en todo el país. La misma Unión ha estado invitando a todos los mexicanos para que colaboren con ella y no permitan que en su perjuicio se sobrecargue el precio de este indispensable complemento de la alimentación, pero físicamente es imposible para la Unión vigilar que este producto llegue al público a los precios autorizados, primero porque carece de autoridad para hacerlo, ya que constituye un simple organismo comercial de distribución en beneficio del consumidor y segundo porque requeriría, además de la autoridad delegada por el Gobierno, de una planta numerosísima de empleados que forzosamente tendría que recargar el costo del azúcar, en perjuicio del consumidor.

A pesar de esto, en aquellos lugares donde notoriamente se abusa en los precios del azúcar, esta Unión ha procedido a establecer expendios directos al menudeo para contrarrestar así el aumento en los precios más allá de los oficialmente autorizados. Nuevamente insistimos en hacer un llamado a todo el comercio, a fin de que haciéndose eco de nuestra labor y del deseo general del país, cumpla la alta misión que tiene encomendada en beneficio del pueblo consumidor.

UNION NACIONAL DE PRODUCTORES DE AZUCAR, S. A. de C. V.

EDIFICIO INDUSTRIA Y COMERCIO.

Balderas No. 36—1er. piso. México, D. F

Ultima Novedad
de

CUADERNOS AMERICANOS

Incitaciones y Valoraciones

POR

MANUEL MAPLES ARCE

De venta en las principales librerías
Guatemala 42-4
México, D. F.

PROBLEMAS AGRICOLAS E INDUSTRIALES DE MEXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

Bucareli 59 — 2o. Piso — Tel.: 21-11-01

Gerente:
ENRIQUE MARCUÉ PARDIÑAS

Director:
MANUEL MARCUÉ PARDIÑAS

Jefe de Redacción:
ANTONIO PÉREZ ELÍAS

•

VOLUMEN VII — 1955

NUM. 4.—*La política internacional del Presidente Cárdenas,* por Isidro Fabela.—*La reconquista de México* (los días de Lázaro Cárdenas), por Nathaniel y Sylvia Weyll.—Comentado por Luis Cardoza y Aragón, Wilberto Cantón y Enrique Ramírez y Ramírez.—*La política del Presidente Obregón,* por Manuel González Ramírez.

VOLUMEN VIII — 1956

NUM. 1.—*La formación de los grandes latifundios en México* (tierra y sociedad en los siglos XVI y XVII), por François Chevalier. Comentado por Silvio Zavala, Lucio Mendieta y Núñez, Mario Sousa, Lucien Febvre, Robert Ricard, Pierre Chaunu, Vito Alessio Robles y Juan Bazant.

NUM. 2.—*Reforma Agraria y Democracia en la Comarca Lagunera,* por Clarence Senior.—*Estructura de once pueblos del Estado de Michoacán,* por Dan Stanislawski.—*La erosión del suelo y la población en el México central,* por Sherburne F. Cook.

DE VENTA EN LAS MEJORES LIBRERIAS

ACADEMIA HISPANO MEXICANA

SECUNDARIA y PREPARATORIA
Externos
Viena 6
Tel.: 35-51-95

KINDER-PRIMARIA
Medio Internado - Externos
Reforma 515, Lomas
Tel.: 20-45-72

MEXICO, D. F.

CONSEJO - PATRONATO

PRESIDENTE: Lic. Aarón Sáenz. VOCALES: D. Ernesto J. Amezcua, D. Jerónimo Arango, D. Jerónimo Bertrán Cusiné, D. Juan Casanelles, Lic. Daniel Cosío Villegas, D. Pablo Diez, Ing. Marte R. Gómez, Arq. Carlos Obregón Santacilia, Dr. Manuel Germán Parra, Ing. Gonzalo Robles. SECRETARIO: Dr. Ricardo Vinós.

SUR
REVISTA BIMESTRAL

SUMARIO

ALBERT CAMUS — La mujer adúltera.
COLIN WILSON — Función social del hombre apartado.
JEAN STEIN — Diálogo con William Faulkner.
JORGE A. PAITA — Pensares de una tarde malgastada.
HUGO W. COWES — El "homo viator" en la poesía de Antonio Machado.

CRÓNICA Y NOTAS

Victoria Ocampo: "Y Lucila que hablaba a río..." (Gabriela Mistral 1899-1957) * Jaime Rest: Geografía ultramundana del medioevo * Emilio Sosa López: Moravia o la busca de un nuevo concepto del hombre * Carlos Mastronardi: Gálvez y el estilo barroco * LIBROS: Ernesto Schóo: Virgilio Piñera: "Cuentos fríos" * Rosa Chacel: Elvira Orphée: "Dos Veranos" * Alicia Jurado: Richard Wright: "De la inocencia a la pesadilla" * Eugenio Guasta: José Blanco Amor: "Todos los muros eran grises"; Manuel Lamana: "Otros hombres" * Graziella Peyrou: Jean Anouilh: "El ensayo, o el amor castigado" * A. J.: Thomas Merton: "Los hombres no son islas" * G. P. Henri Perruchot: "Vida de Van Gogh" * COMARCA CIENTÍFICA: Armando Asti Vera: La "localización" del alma * ARTES PLÁSTICAS: Damián Carlos Bayón: Entrevista a Vasarely * MÚSICA: Juan Pedro Franze: Arturo Toscanini.

245

MARZO Y ABRIL
1957

San Martín No. 689
BUENOS AIRES, ARGENTINA.

REVISTA DE HISTORIA DE AMERICA

Publicación semestral de la Comisión de Historia del Instituto Panamericano de Geografía e Historia.

Un instrumento de trabajo indispensable para el historiador de América y el americanista por su Sección de Artículos, Noticias, Notas críticas, Reseñas y Bibliografía, con colaboraciones en los cuatro idiomas del Continente.

Director. **Silvio Zavala.** Secretario: **Javier Malagón.**
Redactores: **Agustín Millares Carlo, J. Ignacio Rubio Mañé, Ernesto de la Torre y Susana Uribe.**

CONSEJO DIRECTIVO

José Torre Revello y Sara Sabor Vila (Argentina).—Humberto Vázquez Machicado (Bolivia).—Guillermo Hernández de Alba (Colombia).—José María Chacón y Calvo y Fermín Peraza Sarauza (Cuba).—Ricardo Donoso (Chile).—José Honorio Rodríguez (Brasil).—Abel Romeo Castilla (Ecuador).—Merle E. Curti y Clement G. Motten (Estados Unidos de América).—Rafael Heliodoro Valle (Honduras).—Jorge Basadre y J. M. Vélez Picasso (Perú).—Emilio Rodríguez Demorizi (República Dominicana).—Juan E. Pivel Devoto (Uruguay).

Suscripción anual, 5 dóls. o su equivalente en moneda mexicana.

Toda correspondencia relacionada con esta publicación debe dirigirse a: Comisión de Historia (R.H.A.) Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Ex-Arzobispado 29, Tacubaya, México 18. República Mexicana.

GEOGRAFIA GENERAL DE MEXICO

Por

JORGE L. TAMAYO

Cuadernos Americanos se ha hecho cargo, en forma exclusiva, de la distribución de esta interesante obra que consta de dos volúmenes de 628 y 582 páginas, con fotografías y mapas, y de un *Atlas Geográfico General de México* con 24 cartas a colores, formando un volumen en folio de 41 x 53½ cms., encuadernado en holandesa.

PRECIO DE LA OBRA:

	Pesos	Dlls.
Con los dos tomos, de texto a la rústica	100.00	9.00
Con los dos tomos, pasta percalina	125.00	10.50
Con los dos tomos, pasta española	145.00	12.00

DIRIJA SUS PEDIDOS A

CUADERNOS AMERICANOS

Av. Rep. de Guatemala No. 42-4
México 1, D. F.

Apartado Postal No. 965
Tel. 12-31-46

MEXICO Y LO MEXICANO

COLECCION DIRIGIDA POR EL PROF. LEOPOLDO ZEA

VOLUMENES PUBLICADOS

1. Alfonso Reyes, *La X en la frente* . . . . Agotado
2. L. Zea, *Conciencia y posibilidad del mexicano* . . Agotado
3. J. Carrión, *Mito y magia del mexicano* . . . .
4. E. Uranga, *Análisis del ser del mexicano* . . . .
5. J. Moreno Villa, *Cornucopia de México* . . . .
6. S. Reyes Navares, *El amor y la amistad en el mexicano*
7. J. Gaos, *En torno a la filosofía mexicana* (1) . . . .
8. C. Garizurieta, *Isagoge sobre el mexicano* . . . .
9. M. Picón-Salas, *Gusto de México* . . . .
10. L. Cernuda, *Variaciones sobre tema mexicano*
11. J. Gaos, *En torno a la filosofía mexicana* (2) . .
12. S. Zavala, *Aproximaciones a la Historia de México* . . . .
13. A. Ortega Medina, *México en la conciencia anglosajona* (1) . . . .
14. L. Zea, *El occidente y la conciencia de México* . . . . . .
15. J. Durand, *La transformación social del conquistador* (1) . . . .
16. J. Durand, *La transformación social del conquistador* (2) . . . .
17. F. de la Maza, *El guadalupanismo mexicano* . . . .
18. P. Westheim, *La calavera* . . . . . .
19. R. Xirau, *Tres poetas de la soledad* . . . .
20. Ma. Elvira Bermúdez, *La vida familiar del mexicano*
21. José Luis Martínez, *La emancipación literaria de México*. . . . .
22. Juan A. Ortega y Medina, *México en la conciencia anglosajona* (2) . . . .
23. A. Cardona Peña, *Crónica de México* . . . .
24. A. Toynbee, *México y el Occidente* . . . . . .

Cada volumen $10.00

ANTIGUA LIBRERIA ROBREDO

ESQ. ARGENTINA Y GUATEMALA
APARTADO POSTAL 8855

TELEFONO: 22-20-85
MEXICO 1, D. F.

HUMANISMO

No. 43.

Mayo - Junio de 1957.

SUMARIO

EDITORIAL: *Ocaso del Militarismo Dictatorial.—Sobre el Petróleo de México.—Andrés Eloy Blanco.*

Gonzalo Barrios.—*Los Estados Unidos y la América Latina.*

David Turner Morales.—*Foster Dulles y el Canal de Panamá.*

Domingo Alberto Rangel.—*La Lección de Colombia.*

Ildegar Pérez-Segnini.—*Andrés Eloy Blanco y el Momento Político Venezolano.*

Gilberto Loyo.—*El Liberalismo Dinámico de México.*

Campio Carpio.—*Manuel y Alfredo González Prada.*

José Ferrer Canales.—*Justo Sierra ante Juárez.*

R. E. Montes y Bradley.—*Un Abel Impertérrito en la Tormenta.*

Carlos Sabat Ercasty. — *Ditirambo y Elegía para Andrés Eloy Blanco.*

NOTAS Y CARTAS DE: *Mario Briceño-Iragorry; Andrés Pardo Tovar y Servando García Ponce.*

MEXICO EN MARCHA: *Discurso del Secretario de Hacienda y Crédito Público en la Convención Anual de Banqueros.—México y El Seguro Social.—México y la Agricultura.—La Hacienda Pública en el Estado de Nuevo León.*

•

Pídala en las principales librerías de México y América, o directamente a

HUMANISMO
San Juan de Letrán Núm. 13, Desp. 1704.
Teléfono 10-22-33. México, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

SERVIMOS SUSCRIPCIONES DIRECTAMENTE DENTRO Y FUERA DEL PAIS

A las personas que se interesen por completar su colección les ofrecemos ejemplares de números atrasados de la revista, según detalle que aparece a continuación, con sus respectivos precios:

Año	Ejemplares disponibles	Precios por ejemplar Pesos	Dólares
1943	Números 3, 5 y 6	20.00	2.00
1944	Los seis números	20.00	2.00
1945	" " "	18.00	1.70
1946	" " "	18.00	1.70
1947	Números 1, 2, 3, 5 y 6	18.00	1.70
1948	" 3, 4 y 6	15.00	1.55
1949	" 2 y 3	15.00	1.55
1950	" 2	15.00	1.55
1951	Números 4, 5 y 6	12.00	1.40
1952	Los seis números	12.00	1.40
1953	Números 3, 5 y 6	12.00	1.40
1955	Los seis números	12.00	1.40
1954	" 4 y 6	12.00	1.40
1956	" 5 y 6	12.00	1.40

•

Los pedidos pueden hacerse a República de Guatemala 42-4, Apartado Postal 965 o por teléfono al 12-31-46.

Véase en la solapa posterior los precios de nuestras publicaciones extraordinarias.

COMPRAMOS EJEMPLARES DE LOS AÑOS DE 1942 Y 1943.

ESTACIONES

REVISTA LITERARIA DE MEXICO

Aparecerá con el ritmo de las estaciones del año.

Editores:

ELIAS NANDINO y ALFREDO HURTADO

Dirección:

ALI CHUMACERO, ALFREDO HURTADO, JOSE LUIS MARTINEZ, ENRIQUE MORENO DE TAGLE, ELIAS NANDINO, SALVADOR REYES NEVARES y CARLOS PELLICER.

Suplemento **"Ramas Nuevas"**, Coordinador: EMILIO PACHECO.

Distribuidores en la República Mexicana

PORRUA HERMANOS Y CIA., S. A.

Av. República Argentina y Justo Sierra — Teléfono 22-49-65

Y en su única sucursal

Av. Juárez 16, — Teléfono 46-57-40

Apartado Postal 7990 — México, D. F.

Subscripciones y Canje:

(Correspondencia, giros por subscripción):

Dr. Elías Nandino, Calle Revillagigedo 108-202.

Apartado Postal 2848. — Tel.: 13-55-82

Precio por ejemplar .... $ 12.50

Subscripción por un año 40.00

Subscripciones del extranjero .... Dls. 4.00

REVISTA HISPANICA MODERNA

Se publica trimestralmente con el objeto de estudiar y difundir la cultura hispánica. Contiene artículos, reseñas de libros y noticias literarias; textos y documentos para la historia literaria moderna; estudios y materiales de folklore hispánico; una bibliografía hispanoamericana clasificada y noticias acerca del hispanismo en América.

Fundador: Federico de Onís

Director: Angel del Río

Subdirectores: Eugenio Florit y Andrés Iduarte

4 dolares norteamericanos al año; número suelto: $1.00

Hispanic Institute in the United States
Columbia University

435 West 117th Street. New York.

ASOMANTE

REVISTA TRIMESTRAL LITERARIA

La edita la Asociación de Graduadas de la Universidad de Puerto Rico

DIRECTORA:
NILITA VIENTÓS GASTÓN.

Dirección:
Apartado 1142,
San Juan, P. R.

SUSCRIPCIONES:

Puerto Rico, Cúba y Estados Unidos	$ 4.00
Otros países	3.50
Ejemplar suelto	1.25

EDITORIAL CVLTVRA

TALLERES GRAFICOS, S. A.



GUATEMALA No. 96. TELS: 22-46-41 y 22-08-32

MEXICO, D. F.

FONDO DE CULTURA ECONOMICA

Ave. de la Universidad 975
Tel. 24-89-33



Apdo. Postal 25975
México 12, D. F.

J. A. Symonds

EL RENACIMIENTO EN ITALIA

(2 Tomos, empastados en tela, 2.184 pp. 244 ilustraciones. Colección **Las Grandes Obras de Historia**).

Alfonso Reyes

OBRAS COMPLETAS. TOMO V

(Emp. en tela. Ed. "C". 397 pp. Colección **Letras Mexicanas**).

E. W. Zimmermann

RECURSOS E INDUSTRIAS DEL MUNDO

(Emp. en tela. Ilustrado. 776 pp. **Economía**).

Emile James

HISTORIA DEL PENSAMIENTO ECONOMICO EN EL SIGLO XX

(587 pp. **Economía**).

W. Rautenstrauch

COMO PROYECTAR UNA EMPRESA INDUSTRIAL

(Emp. en tela. 309 pp. **Colección de Dirección y Admón. Industrial y Comercial**).

M. Duverger

LOS PARTIDOS POLITICOS

(457 pp. **Política**).

G. D. H. Cole

HISTORIA DEL PENSAMIENTO SOCIALISTA

(1er. Tomo. 340 pp. **Sociología**).

Sara de Ibañez

LAS ESTACIONES Y OTROS POEMAS

(228 pp. **Colección Tezontle**).

CUADERNOS AMERICANOS

AÑO XVI VOL. XCV

5

SEPTIEMBRE - OCTUBRE
1957

México, 1º de septiembre de 1957

Registrado como artículo de segunda clase en la Administración de Correos de México, D. F., con fecha 23 de marzo de 1942.

JUNTA DE GOBIERNO

Pedro BOSCH GIMPERA

Alfonso CASO

León FELIPE

José GAOS

Pablo GONZALEZ CASANOVA

Manuel MARQUEZ

Manuel MARTINEZ BAEZ

Alfonso REYES

Manuel SANDOVAL VALLARTA

Jesús SILVA HERZOG

Director-Gerente
JESUS SILVA HERZOG

Edición al cuidado de
R. LOERA Y CHAVEZ

Se prohibe reproducir artículos de esta Revista
sin indicar su procedencia.

IMPRESO EN LOS TALLERES DE LA EDITORIAL CVLTVRA
REP. DE GUATEMALA 96. MEXICO 1, D. F.

CUADERNOS AMERICANOS

No. 5 Septiembre-Octubre de 1957 Vol. XCV

ÍNDICE

NUESTRO TIEMPO

AVENTURA DEL PENSAMIENTO

PRESENCIA DEL PASADO

DIMENSIÓN IMAGINARIA

Nuestro Tiempo

ESTADOS UNIDOS CONTRA CHARLES CHAPLIN

Por *Manuel VILLEGAS LÓPEZ*

La larga batalla que Estados Unidos riñe contra Charles Chaplin, culmina con la expulsión de éste en 1952, y cobra nueva actualidad de revancha con la película *Un rey en Nueva York,* y su dura sátira de la vida norteamericana, que Chaplin se dispone a estrenar.

Cuando en un futuro, no muy lejano, se trate de investigar las causas de la expulsión lanzada por Estados Unidos —el país quizás más poderoso del mundo actual— contra Charles Chaplin —el genio del cinema, arte de nuestra época— no será posible encontrar más que razones de la más completa inconsistencia y vanalidad. Se hallará el absurdo puro y simple. Y se trata, sin embargo, de uno de los casos más representativos del ambiente de estos años nuestros. Quizás por eso mismo, como todo lo profundamente significativo y trascendente, el caso Chaplin se apoya en el disparate... aparente. Porque las causas básicas, auténticas, permanecen ocultas. Y se ocultan porque, casi siempre, en verdad se ignoran.

Ninguna de las razones visibles de esa guerra del país contra el que fue su ídolo pasan de acusaciones caprichosas, de motivos deleznables sin el menor valor, ni siquiera particular e individualizable. En la mayoría de los casos son simples injurias. Y sin embargo los hechos, la larga serie de sucesos, están ahí, y han llevado a una nación cuya idolatría es el triunfo a toda costa, a perseguir y a arrojar de sí al más brillante triunfador que ha tenido, al genio indiscutible y de máxima popularidad de este siglo. ¿Por qué? ¿Cómo ha sucedido? ¿De dónde han surgido esas fuerzas capaces de ocasionar a la nación ese cercenamiento de una de sus máximas figuras, de adopción recíproca, con un gesto que tiene mucho de autodestrucción? Viejas corrientes subterráneas discurren bajo formas actuales. Parecen de la más viva actualidad —y entonces resul-

tan inexplicables y arbitrarias—, pero son milenarias, y muestran, quizás mejor que toda otra cosa, el subfondo de nuestro momento. Vistas así, en ancestrales fuerzas resucitadas, inacabables, todo se explica. Y "el caso Chaplin" cobra una importancia superior a sí misma.

Individuo contra sociedad: democracia

La lucha de un país entero contra un solo hombre, no puede tener lugar más que en las democracias, porque es la expresión negativa de un valor positivo: el respeto al individuo. En un régimen dictatorial o simplemente autoritario —dominio total del Estado, del Gobierno del pueblo, del rey o del dictador— la pugna no existe, porque el individuo es eliminado pura y simplemente, sin esfuerzo, por la gran maquinaria estatal. El individuo no tiene categoría de enemigo, sino de reo, y es aplastado en silencio o difamado sobre su muerte civil y física. Los grandes escándalos, se producen precisamente, cuando un solo hombre puede valer tanto como todo un país, tener tantos derechos, desafiarle y luchar con él. Y éstos son los que quedan y se recuerdan largamente, los venteados por el escándalo y la contienda. Los otros pasan pronto, porque la debilísima memoria histórica del hombre, al silencio responde enseguida con el silencio. Y el pecado venial de una democracia alcanza más resonancia y persistencia que el gran crimen de un tirano.

No es —innecesario es decirlo— un caso exclusivo de los Estados Unidos. La época moderna está llena de ellos en todos los países: Byron y Oscar Wilde en Inglaterra; Ibsen en Noruega, Strimberg en Suecia, Brandes en Dinamarca... En Francia, cuya bandera nacional es la cultura y la adoración de la inteligencia, se cuentan los centenares de procesos bajo la tonta tiranía de Napoleón el Pequeño: Flaubert, Baudelaire, Barbey D'Aurevilly, Maupassant... y tantos otros de menor renombre actual. Condenados a multas importantes y a uno o más meses de cárcel, los artistas de Francia fueron vejados con la humillación de sus retractaciones, y alguno como Desprez salió de la cárcel para morir. Víctor Hugo pasó dieciocho años en el exilio. Y durante la III República, la batalla contra Zola, "el sembrador de tempestades". En todas partes, bajo el signo de la libertad, muchos artistas han sido puestos en el índex, perseguidos y zaheridos. Los otros, los caídos bajo el signo de la tiranía, son muchos más y mucho más olvidado su holocausto.

Es que una democracia, sobre su base vital del respeto al individuo, está construida sobre una necesaria contradicción: salvar las grandes libertades en detrimento de las pequeñas. Son inatacables la libertad de pensamiento, de prensa, de reunión, de religión, de trabajo, de residencia... Pero para que esto sea viable, exige el sacrificio, la drástica limitación de las pequeñas libertades, que a veces son las que tornan alegre la vida. Las democracias más perfectas —Inglaterra, Suiza, Suecia, Noruega, Dinamarca...— están montadas así: sobre una textura social muy apretada, delimitada y rígida, en que los individuos están fuertemente insertos, encastrados entre los demás. En cambio, los países latinos tienden a sacrificar cualquier libertad mayor por la suprema y permanente diversión de "hacer lo que le da la real gana". Y así, cualquier despotismo de un brillante país latino se enmascara con el alegre cabrilleo de las pequeñas libertades personales, al alcance de todo ciudadano.

En las grandes democracias la libertad de cada uno consiste en no molestar ni perjudicar a los demás, pero los demás se sienten perjudicados o molestos por casi todo. En Inglaterra, los vecinos de clase media de un arrabal de chalets se oponen terminantemente a que conviva con ellos un conductor de autobús o un policía uniformado. Estiman que el hecho de que uno de esos hombres vuelva a su casa de uniforme, puede motivar una desvalorización de la calle entera, que se aprecia entre cincuenta a cien libras esterlinas por casa. En Estados Unidos se puede representar con éxito y elogios de prensa *La prostituta respetuosa* de Sartre, durísimo ataque contra la opresión de los negros, porque se trata de la libertad de expresión. Pero en un pueblo norteamericano no se tolera que un blanco tenga amistad y trato con un negro, sin que la sociedad lo considere una trasgresión, se cierre sobre él y le haga la vida imposible. La Corte Suprema de Justicia puede decretar que la prohibición, por herética, de la película de Rosellini *Milagro* es anti-constitucional, en nombre de la libertad de cultos y creencias. Pero en una ciudad yanqui toda persona debe asistir a algún oficio religioso, cualquiera; aunque sean esas capillas donde se canta al Señor con música de conga, o esas otras con bailarinas provocativas y peticiones de dinero, según la carne que, al peso, le ha dado Dios a cada uno para que goce de la vida. De lo contrario, será considerado, "un radical", peligroso, todas las puertas se le cerrarán, quizás sea expulsado del lugar por recomendación oficiosa... En una película, ninguna acción de ba-

jos fondos y pobreza puede situarse figurando en una ciudad determinada —salvo la media docena de grandes urbes, siempre excepción—, pues todas las sociedades de fomento de la villa caerán sobre la empresa productora, reclamando daños y perjuicios.

Esta susceptibilidad de la estructura social es carácter general de las mejores democracias. Pero en Estados Unidos adquiere una tensión y estado agudo como en ninguna de las viejas naciones de la democracia europeas. Puede decirse que vive en perpetuo estado de histeria.

Desproporción entre país y sociedad

PORQUE los Estados Unidos son un país inmenso montado sobre una sociedad muy pequeña, una nación muy poderosa sobre una sociedad débil. Por debajo de su fabuloso progreso técnico, más allá de sus constituciones, leyes y normas políticas, la sociedad norteamericana es fundamentalmente frágil y porosa. Está en plena formación. Y formación de acarreo, a través del mundo y de los años: inmigrantes de todas partes, de todas las lenguas y religiones, de todas las razas y caracteres han formado y siguen formando los Estados Unidos. Se vio claro y terminante, por primera vez, durante la guerra mundial de 1914-1918, al fracasar el propósito de Wilson de que cada ciudadano yanqui permaneciera neutral, es decir yanqui. Eran norteamericanos sólo a medias y, a pesar de todo, siguen siéndolo. Y en ese "todo" puede ir, si se quiere, el dominio del mundo, un día. Pero el *ser,* la más honda raíz individual y definidora, no se improvisa ni se fabrica: un hombre se crea lenta y trabajosa y oscura y misteriosamente, como un árbol.

Y esos hombres venidos de los cuatro puntos cardinales, llegan a Norteamérica en busca de algo muy concreto: el triunfo por el dinero. Y para ello creen en el vehículo práctico de este éxito como en una fe nueva: la ocasión propicia, la oportunidad. Y por tanto, más allá de todos los pragmatismos, como el sol que los alumbra y los hace crecer, creen en la libertad que hace todo eso posible. El español de una aldea gallega, el italiano de un burgo olvidado de Sicilia o Calabria, el judío de los Balkanes o del centro de Europa, el sirio de un campamento del desierto... todos, todos los que llegan a las playas doradas de América en general, lo primero que hacen es sentirse libres. No libres políticamente, sino socialmente, y sobre

todo económicamente. Pertenecen a una sociedad establecida y endurecida durante siglos o milenios, donde son lo que deben ser, lo que fueron sus padres, sus abuelos, sus largas generaciones de antepasados. Allí tienen que vivir y vestir y comer y amar y hablar conforme está establecido, y sólo un milagro podrá sacarlos del alvéolo de su panal. Pero al llegar a América, el pobre aldeano gallego o el "cafoni" italiano, comienzan por dejar sus trajes campesinos, que allí parecen de máscara, y vestirse como todo el mundo, con chaqueta, sombrero, cuello duro y corbata. En cuanto puedan, se comprarán una sortija y se harán retratar así, para asombro de sus lejanos familiares labriegos, como muestra de la prosperidad americana fruto de su libertad. Y esto viene sucediendo desde la fundación de los Estados Unidos, desde su creación como nación, y desde la época de "la frontera" contra los indios. De este hecho habitual, sin verdaderos caracteres históricos trascendentales, pero pegado a la más estricta realidad de cada día, a la realidad social, nacen muchos de los caracteres capitales de los Estados Unidos: el "bluff", por ejemplo, la industria del ensueño hecho anticipada realidad, el "bluff" como autocrédito de la esperanza.

Contra esta debilidad congénita de la estructura social norteamericana reacciona la sociedad misma, con duro e implacable espíritu de conservación. Los Estados Unidos necesitan resolver diariamente la fundamental contradicción a que deben su existencia misma: respetar las ideas de esas gentes diversas, y a la vez convertirlos en norteamericanos verdaderos. Es el mecanismo de la unificación, más aún de la uniformidad. "Ser diferente es indecente". Mecanismo que pretende fabricar al hombre standard, como piezas de automóvil, idéntico e intercambiable. Un norteamericano pretende ser igual a otro norteamericano, y quizás esta organización de las masas, desde abajo, sea una de sus grandes fuerzas. Las encuestas Gallup son en Norteamérica más exactas que en ninguna parte, porque todo albañil que gane una cantidad y esté en determinadas condiciones, muy sencillas, piensa exactamente igual que todos los albañiles del mismo sueldo y las mismas condiciones. En el otro extremo está el espíritu latino, de fuerte personalidad variadísima. No hay encuesta posible cuando un zapatero de portal de una callejuela de Madrid, un verdadero remendón, leía habitualmente —yo lo he visto hace años— la *Revista de Occidente,* de José Ortega y Gasset. Cada individuo puede tener la religión que quiera, pero tendrá que adoptar plenamente

"el modo de vida norteamericano". Es decir, se trata de volver a crear en el país nuevo la nueva contextura de relaciones sociales estrechas, rígidas y opresivas de la que el inmigrante se evadió, pero de la que en Estados Unidos, su nueva patria, nadie debe salirse. A cambio de ese otro bastón de mariscal en la mochila de todo soldado napoleónico: la libertad económica, la oportunidad del triunfo.

Para ello, esta sociedad elemental, primaria, en plena formación, está llena —como toda sociedad primitiva— de grandes tabús, y centralizada en clanes cerrados, células del nuevo organismo naciente. Las sociedades, ligas, hermandades, legiones, clubs... forman el verdadero tejido social de Estados Unidos, vivo y activo. Son millones de agrupaciones, de tribus cerradas y operantes, que representan, y a la vez moldean, el verdadero espíritu del país. Se defienden y, sobre todo, atacan.

Su arma de ataque son lo que, en el argot político, se llaman "grupos de presión". Se infiltran en los organismos oficiales. Varios centenares de sus representantes están situados permanentemente en la administración pública de cualquier presidencia, sea Roosevelt, Truman o Eisenhower. Escriben al Gobierno en verdaderas marejadas. Contra una reglamentación de los servicios públicos, las entidades que los agrupaban y otras afines, enviaron más de 200,000 cartas y telegramas de protesta al Presidente, por valor de 700,000 dólares. Quizás la campaña más fenomenal de los grupos de presión haya sido la de la "Liga contra las tabernas", que trabajó durante 32 años y gastó 67 millones de dólares, hasta conseguir la adopción de la ley seca. En estos "grupos de presión" caben todos, como en las entidades que representan: desde el fanático de buena fe hasta el oportunista, el racketer y el gangster. Pueden ser la Asociación de Propietarios de Restaurantes Griegos, que protestan si en un teatro se hace un chiste sobre las moscas que en ellos suele haber: puede ser el Ku-Klux-Klan, organización terrorista para el linchamiento de negros; pueden ser las católicas Ligas de Decencia, encargadas de boicotear libros o películas. Y sirven para todo: desde una reforma social desinteresada, hasta el instrumento de los "intereses especiales", "el gobierno invisible", "la tercera cámara", "los hombres de un dólar al año", y otros eufemismos con que se denomina los turbios influjos en el poder público de los negociantes, políticos o gangsters. Es el clan, con su espíritu de tribu, que domina la vida social de los Estados Unidos.

Que es, a su vez, la organización de la máxima fuerza social, nacional e incluso internacional de Norteamérica: la opinión pública. La opinión pública norteamericana no es esa entelequia, de indirecta acción e invocación vaga, de cualquier otro país. Por el contrario es un verdadero brazo ejecutivo, popular y directo que tiene, como se ve, los mayores medios de hacer efectivos sus designios, bien determinados, concretos y cotidianos. Glorifica y anatematiza, defiende o persigue, levanta o aniquila, da la más brillante y rápida popularidad o establece impenetrables confabulaciones de silencio, proclama ídolos o lanza verdaderas "persecuciones de brujas"... Es una avalancha inmensa, aplastante, irresistible. Que puede ponerse en marcha en favor o en contra, sin saberse muchas veces quién la maneja, ni a qué sirve.

Su motor y a la vez su instrumento es la propaganda. Y se estima que todo lo que el público norteamericano oye, ve y lee, está regulado por dos cadenas de emisoras, cinco grandes compañías cinematográficas, tres agencias de noticias y una docena de agencias periodísticas, más la televisión. Si se busca más allá de estos medios de información inmediatos, las manos que los manejan son muchas menos, y las opiniones, menos aún. Todo el cine, por caso concreto, va a parar a las cinco grandes compañías industriales, "los cinco grandes de Hollywood", y de aquí a Rockefeller o Morgan, los dos grandes de las finanzas.

Este predominio casi absoluto de la opinión pública en la vida de ese gran país —no sólo a través de los "grupos de presión", sino de sus sistemas políticos, que la llevan a elegir desde senadores, a jueces o jefes de policía—, explica todo y nada. Explica, desde luego, las grandes fluctuaciones en todos los sectores, los virajes bruscos en el orden nacional e internacional, los pasos sin transición desde los casos de iniquidad a los de generosidad. Quizás en ningún país las masas, esa fuerza colosal de nuestro tiempo, tengan mayores y mejores medios de acción que en Estados Unidos, bajo el nombre de opinión pública.

La gran esperanza y su conformismo

Estos millones de asociaciones de las más diversas clases, desde las lógicas hasta las absurdas, con sus miríadas de actos diarios, de infinita heterogeneidad, han de tener un común y total sentido, por encima de su inconmensurable variedad. Los

millones de habitantes de los Estados Unidos, para dejar de ser una multitud caótica y convertirse en masa orgánica y activa, necesitan el designio y destino común que los defina. Esto es, un ideal, por vago y lejano que sea. Más concretamente: una creencia. Y esta creencia es una gran esperanza.[1]

"Los Estados Unidos fueron fundados como nación en la plenitud de una amplia y magnífica esperanza. Estaban dedicados a una misión en el mundo: la realización de un propósito, una vida y una libertad nuevas para el hombre en el hemisferio occidental. Tal misión —ya sea social, humanitaria, moral, política o religiosa en sus variadas tesis— es categórica hasta el día actual", escribe el crítico Morton Dauwen Zabel. Es lo que cantó, hace cien años, Walt Whitman, el supremo poeta americano. Si, fundamentalmente, Norteamérica y América en general son una gran esperanza, que lo mismo ha conducido el pobre inmigrante hasta sus costas, que la política internacional y el imperialismo norteamericano hasta la hegemonía mundial.

Esta creencia tiene una fe y un dogma. Su fe es la existencia real y tangible del "paraíso americano". Su dogma es el conformismo más alto y más ciego. Con una fórmula práctica, para llevarlo a cabo: "el modo de vida americano". Porque no existe una gran esperanza sin una práctica realidad, sin la tierra de promisión y el paraíso. Y no existe el paraíso sin la convicción de su existencia, del conformismo que lo crea. Que sea verdad o no, que tenga viabilidad o no, es otra cuestión y quizás sin gran importancia. Lo fundamental es la creencia, el dogma, la fe y la fórmula.

Todo ello son inmensos valores positivos, con un inmenso margen negativo. Contra todo ello han luchado siempre los mejores espíritus del país. Han luchado contra el conformismo, el aislacionismo, el localismo provinciano en todos los órdenes, desde las costumbres al arte. Han combatido el sentimentalismo, como expresión inútil del conformismo corrosivo. El conformismo: he ahí el enemigo.

Son los que Teodoro Roosevelt, el viejo imperialista, llamó los "muckrakers", "los removedores de estiércol", parangonando el mito bíblico del que, dedicado a remover el estercolero, perdió el reino de los cielos. Para el viejo imperialista

[1] Estos caracteres generales fueron tratados en mi ensayo "Elementos sociales de un humorismo americano", *Cuadernos Americanos*, septiembre-octubre de 1955.

del triunfo por cualquier medio, el reino de los cielos, era el éxito, el dinero, y el paraíso americano. Porque esta misión ideal, esa gran creencia —con su fe, su dogma y su fórmula— en cuanto se le agrega la dosis necesaria e inevitable de pragmatismo norteamericano, sajón, se convierte en algo muy claro, simple y conocido: imperialismo. La gran esperanza americana hecha realidad por las balas o por los dólares, según el presidente llámese Teodoro Roosevelt o Taft, se llame "el orden americano" o "la buena vecindad".

Así, las grandes libertades políticas tradicionales de una gran democracia garantizan y sacrifican, a la vez, las pequeñas libertades personales y diarias. Se puede atacar todo, con tal de que no se roce lo fundamental, el gran tabú: que es la gran esperanza como creencia, el paraíso americano como fe, el conformismo como dogma y el modo de vida americano como fórmula.

La exasperación como actividad

PERO resulta que ese alto ideal, hecho creencia concreta como esperanza en la misión de América, se va tornando cada vez más vago, inaprensible y problemático.

Un periodista puede ganar el premio Pultzer —la más alta distinción literaria de su país—, con un canto a los Estados Unidos, donde se dice: "En esta tierra nuestra, en esta Norteamérica, el hombre que elegimos como jefe no lleva nunca uniforme, ni insignias que delaten su posición constitucional, como comandante en jefe de las fuerzas armadas". "En esta tierra nuestra, en esta Norteamérica, la flota se ha construido, no para protegernos de las amenazas del hemisferio occidental, sino contra las que nos lleguen de Europa o de Asia". "El que nació en el extranjero, de razas similares, puede gozar, si quiere, de todos estos privilegios. Tenemos minorías, pero sin problemas". "En esta tierra nuestra, en esta Norteamérica, el ciudadano puede criticar sin restricciones la política del Gobierno o la orientación de su Presidente". "No alardeamos de un poder militar, que podría ser nuestro. No queremos que nadie nos tema en esta mitad del mundo. Por eso nadie nos teme, ni se arma contra nosotros". "En esta tierra nuestra hemos iluminado el verdadero camino de la paz permanente". "Las bendiciones de la libertad, la igualdad y la paz que poseemos no existen hasta

ese punto en Europa o Asia..." "Esta libertad, esta igualdad y esta paz son inherentes a la forma norteamericana de gobierno" "... entonces defended con todas vuestras fuerzas los ideales del Gobierno norteamericano".[2]

En la época de los "peregrinos del *Mayflower*" y de "los padres fundadores" todo eso —tan lleno de cerrado entusiasmo como de cautas salvedades y distinciones— podría ser algo. Hoy no es nada: los hechos que lo desdicen están ahí. Y tras una nueva guerra posible, dirigida por Estados Unidos como primera potencia mundial, todo ello y mucho más estaría muy por debajo de la nada. El aislacionismo era la gran muralla que encerraba y guardaba "el paraíso americano". Pero las trompetas de Jericó, ahora japonesas y en Pearl Harbor, destruyeron las últimas murallas bíblicas, y todo el país tuvo que reintegrarse totalmente al mundo en que vivía. Y "el modo de vida americano" se está diluyendo, adulterando, perdiendo en el vasto, complicado, proceloso, milenario mundo de todos. El modo de vida americano se deshace frente al mundo, como el mundo recibe el modo de vida americano. Esta es la realidad de cada día, pero cada americano no ve más que lo que pierde de sí y no lo que gana de los demás. Vieja ceguera humana y universal.

Y ello produce una constante y creciente exasperación de la opinión pública norteamericana: la desesperación del mito perdido, de la edad de oro inaprensible. Esta edad de oro, como todos los paraísos modernos, está en el futuro, pero ha nacido en el pasado. Esa edad de oro es la gran esperanza americana, pero que sólo será posible según las viejas fórmulas de "los padres fundadores", en función del modo de vida americano. Que es el tradicionalismo más clásico, traducido a Norteamérica y a nuestros tiempos, que miran adelante. Esta exasperación básica de la opinión pública, en defensa de los postulados norteamericanos de vida, cobra agudeza de histeria frente a cualquier ataque, por pequeño que sea. Pero cuando el agresor es grande, fuerte, poderoso y tiene sus mismas armas, la opinión pública se transforma en un ciego megaterio enloquecido, que da vueltas por el país derribando todo lo teñido de

---

[2] R. G. CALLVERT, en el periódico *Oregonian*, de Portland. Citado en el excelente libro de FAULKNER, KEPNER, BARTLETT, *The American life of Way*, Harper, New York, 1941. Traducido como *Vida del pueblo norteamericano*, Fondo de Cultura Económica, México, 1941.

la menor sospecha. Este enemigo es, desde hace muchos años, pero sobre todo en esta post-guerra, la Unión Soviética y su comunismo. Es decir, otro pueblo igualmente fuerte e igualmente dueño y propagador de una misión en el mundo. Es el enemigo perfecto, el gran enemigo, para provocar la gran reacción.

Frente a tal adversario se produce el extraordinario fenómeno, que venimos presenciando en esta post-guerra, de un país inmenso y poderoso entregado a la histeria, como lo reconoció repetidas veces el mismo Presidente Truman. La histeria del armamentismo, fomentada por la propaganda necesaria para extraer mayores impuestos al contribuyente. Histeria producida por esa Comisión de Actividades Antinorteamericanas, encargada de salvaguardar "el modo de vida americano", denominaciones ambas de una vaguedad maravillosamente precisa. Y un hombre como Mac Carthy puede llegar a atemorizar al país, en un gigantesco racket, con la pretensión de ser el primer católico que llegase a Presidente de los Estados Unidos, según sus propias declaraciones. Ideal americano y pragmatismo: imperialismo dentro o fuera. Histerismo provocado por la necesidad de armamento atómico, que lleva a eliminar al máximo creador del mismo, Oppenheimer, porque propugna su restricción y control. Y poco después, ahora mismo, histerismo por miedo a las radiaciones destructoras de las bombas atómicas, y la necesidad de restringirlas, proclamada por 2,000 sabios y técnicos atomistas norteamericanos, que sólo en gran clan se atreven a pedirlo. Mañana la histeria tendrá cualquier otra forma, pero indudablemente cada vez será más aguda, más peligrosa, más amenazadora para todos. Y todo ello no es más que conformismo llevado a sus últimos extremos de exigencia, llevado a la exasperación y a la desesperación. Que es el viejo nacionalismo tan conocido y tan doloroso a través de la historia. Y el nacionalismo, de hoy y de siempre, no es más que la persecución de un mito que no existe, que no puede existir, porque no ha existido nunca en realidad. Para Norteamérica este mito va desde el modo de vida americano hasta la gran esperanza como ilusión suprema.

Charles Chaplin, el artista genial

Conforme estos ideales de la opinión pública norteamericana se han ido endureciendo y fosilizando ante el peligro de su disolución, Charles Chaplin ha ido poniendo sus creaciones y su

personaje en función de nuestro mundo y de nuestra época, esto es, vitalizándolos. Conforme la opinión pública ha ido restringiendo no sólo las pequeñas libertades, sino las grandes a partir de las pequeñas, Charles Chaplin como hombre, y su personaje, Carlitos, como representación, han ido exigiendo en mayor grado unas y otras. Conforme los Estados Unidos, como nación y como opinión, se han ido tornando cada vez más conformistas, Charles Chaplin, como artista genial, ha ido avanzando en su disconformismo. Conformismo contra inconformismo: esto es, lo esencial y lo demás es la anécdota de cada día.

Que es la batalla de cada día. Larga guerra que viene de lejos, que tiene más de treinta años. Que, con alternativas y pausas no ha cesado en ese largo lapso, y en ella ha intervenido tanto el autor como su obra, Charles Chaplin y Carlitos.

Charles Chaplin llegó a Norteamérica, como es sabido, en 1912, y Carlitos apareció en las pantallas en 1914. En dos años logra una popularidad inmensa y en tres años y medio es el artista mejor pagado del mundo: un millón de dólares por los ocho films que ha de hacer para la First National a partir de 1918. Chaplin tiene veintiocho años. Jamás, nadie, alcanzó éxito tal en el país del éxito por excelencia. Es el ídolo máximo.

Pero ya en 1917, en plena Primera Guerra Mundial, comienza a recibir cartas con plumas blancas, símbolo de la cobardía, y se le acusa de "emboscado". En realidad, Chaplin había sido rechazado en el servicio militar por falta de peso, y la Embajada Británica le había hecho saber la conveniencia de seguir haciendo reír a las gentes, en lugar de ir al frente. Este criterio inglés se ha mantenido hasta la última guerra, en contraposición al norteamericano de movilizar a los artistas de Hollywood. En efecto, Carlitos constituye el ídolo de los soldados de aquella contienda, se convierte en mito, y años después, en Londres, algunos ex-combatientes le remitirán sus cruces de guerra por haberlas merecido más que ellos mismos. Pero entonces, Chaplin se niega, con palabras llenas de dignidad, a dar explicaciones de ninguna clase, ni a la prensa ni a su público. Es su primera rebelión, su primera negativa a la uniformidad y a la sumisión.

Ataca en *El inmigrante* (1917), dirigiendo una mirada interrogante y reprobadora a la estatua de la Libertad, cuando los aduaneros sujetan con una cadena al pobre grupo de inmi-

grantes que llegan a la tierra de promisión. Recibe los iniciales ataques de prensa con motivo de su primer divorcio con Mildred Harris, aunque es la década del 20, "la década loca" en que "no había nada sagrado", la era del escándalo como obra de arte. Se le critica por su irreverencia en *Armas al hombro* (1918), hacia la dignidad militar, y se corta el final de la película, en que los jefes de los Estados aliados ofrecían un banquete al soldado Carlitos, aunque fuese en sueños. Chaplin ataca en *El chico* (1921) a las despiadadas normas de la caridad oficial, y se le tacha de anarquizante; pero la película da tal fortuna que la cuestión se pasa rápidamente por alto. Son las escaramuzas.

La guerra abierta queda declarada con *Una mujer de París* (1923), la única película que Chaplin no ha interpretado. Quiso llamarse *La opinión pública,* porque era un ataque a esa colosal fuerza social de los Estados Unidos y a su intransigencia puritana; ese "París" del título sólo constituye una débil y formularia coartada, como después lo sería el nombre de Monsieur Verdoux, aunque ni en un caso ni en otro diera resultado. Ambos films fueron un fracaso en Estados Unidos y cada uno provocó una fuerte reacción. Su divorcio con Lita Grey (1927), su segunda mujer, toma enseguida los caracteres del mayor escándalo, deliberadamente ocasionado por su mujer y aquel tío abogado, que llevó el proceso y las declaraciones a la prensa. Aquella era la ocasión en que la opinión pública, antes atacada, podía vengarse, y lo intentó por todos sus poderosos medios.

Le embargaron la película que estaba haciendo, *El circo,* confiscaron todos sus bienes y cuentas corrientes, dieron a los cuatro vientos sus intimidades de alcoba, Chaplin tuvo que huir a Nueva York, ocultándose y durmiendo en lugares absurdos, para evitar nuevas citaciones... Refugiado en casa de su abogado, sufre una gran depresión nerviosa —se dijo que intentó suicidarse— y piensa seriamente en abandonar los Estados Unidos para siempre. Es quizás la campaña más violenta y llena de iniquidades que se ha llevado contra Chaplin: se llegó a proponer la expulsión de su madre loca, porque Chaplin carecía de medios con qué mantenerla en el país, ya que sus bienes estaban embargados. Ante la inmensa y ciega marejada implacable, Chaplin cedió: debió pagar a su mujer un millón de dólares de indemnización. Evidentemente, la opinión pública norteamericana fue contra Chaplin dispuesta a "ejecutarlo moralmente", como al gordo Rosckoe Arbuckle y a Mabel Normand,

seis años antes, olvidados y muertos en la miseria. Pero otra opinión pública, la mundial, dirigida por las más grandes figuras de la intelectualidad de cada país, se pone de su lado, lo apoya incondicionalmente, y Chaplin se salva.

Tiempos modernos (1936) no tiene los caracteres políticos que se le atribuyeron en la fecha de su estreno. Pero constituye evidentemente un ataque y una crítica del maquinismo, que los grandes industriales no habían de perdonarle. Posición que no era exclusiva de Estados Unidos, sino de todo país con ideales básicos de industrialización, como Rusia. *¡Viva la libertad!* de René Clair, había recibido la misma repulsa poco antes. Pero el film sirvió para acentuar las sospechas de comunismo contra Chaplin, que se le venían formulando ya desde 1921. *El gran dictador* (1940), marca la verdadera culminación de la contienda, no sólo contra la opinión pública, sino contra la propia industria cinematográfica que no deseaba verse envuelta en la política internacional. La entrada de Estados Unidos en la guerra mundial, obligará a Hollywood y sus grandes empresas a tomar posiciones semejantes a las que Chaplin había adoptado antes.

A partir de aquí la batalla llega a una cumbre de años. Durante la guerra, Chaplin habla en favor del segundo frente, en junio de 1942, y más tarde pide la eliminación de la propaganda anticomunista en Estados Unidos, respecto de un país que ya es su aliado. Esta actitud le atrae la enemistad del 95% de la prensa del país, según la propia estimación de Chaplin. Y la opinión pública vuelve a lanzarse sobre él, con propósito de aplastarlo, como en la época de Lita Grey. Ahora es el escándalo Joan Barry (1942), que está a punto de llevarle veinte años a presidio, por violación de la ley Mann, que prohibe llevar a una mujer de un estado a otro, para hacerla perder sus derechos civiles. Joan Barry, corista, fue uno de los amores incidentales de Chaplin, a la que pensó en dar un papel en su próxima película. Pero sobrevino la separación y, tras una serie de incidentes desagradables, Joan Barry le acusó de ser el padre de una niña, que le fue adjudicada a Chaplin por el jurado a pesar de que las pruebas de sangre fueron totalmente negativas. Nueva subvención a la muchacha y formidable escándalo. En plena campaña Barry, Chaplin se casa con Oona O'Neill (1943) —hija de Eugenio O'Neill—, de dieciocho años es decir, treinta y seis menos que Chaplin. Se le satiriza con este motivo y se le presenta como un viejo sátiro. Este matri-

monio, el único feliz en la larga vida y los numerosos amores de Chaplin, tendrá seis hijos.

Y el estreno de *Monsieur Verdoux* (1947) viene a provocar el ataque frontal de todo el país contra la obra y su autor. Las Ligas de Decencia y los piquetes de veteranos de guerra se sitúan amenazadores en las puertas de los cines que exhiben la película, para impedir la entrada. Muchos circuitos de salas se niegan a exhibir los films de Chaplin, como el de Loew; se considera que éste es "el último" film de Chaplin; las revistas clasifican la película entre las malas, y el desastre financiero es total. "Von Klausewitz dijo que la guerra es la continuación lógica de la diplomacia; Monsieur Verdoux estima que el crimen es la continuación lógica de los negocios" declara Chaplin como tesis de su film. Que se torna así un ataque a fondo a la base económica de los Estados Unidos, donde los "grandes negocios" son su máxima fuerza y su gran ideal.

El estreno de *Monsieur Verdoux* se entrelaza con la campaña de la Comisión de Actividades Antinorteamericanas, que preside, primero Parnell Thomas y luego Joseph Mac Carthy. Chaplin hace saber por telegrama que no es comunista, pero su nombre suena insistentemente como tal en los debates, verdaderamente pintorescos, que la Comisión lleva a cabo en Hollywood. Chaplin pone un telegrama a Picasso, para que los intelectuales franceses impidan la expulsión de Estados Unidos de su amigo el músico Hans Eisler y su mujer, acusados de comunistas, aunque no lo son, sino hermano de un comunista ya deportado. Ello provoca el estallido de la tormenta. El periodista Pegler escribe: "la intolerable ingerencia en los asuntos norteamericanos de un extranjero establecido en nuestro suelo, desde hace treinta y cinco años, bien conocido por su ignominia moral, sus enormes deudas, su cobarde actitud durante las dos guerras mundiales y su vinculación confesada con los comunistas..." Los políticos piden su deportación; el senador republicano Cain, solicita su expulsión por haber rozado la traición con su telegrama a Picasso. El demócrata Rankin, exige su deportación "por haberse negado a la nacionalización norteamericana y su escandalosa vida privada, que rebaja la moral de toda América", más la necesidad de mantener sus "repugnantes películas", lejos de los ojos de la juventud americana. Nada concreto, nada legalmente censurable, como se ve, sino simples apreciaciones injuriosas.

Pero todo se recuerda y todo conspira contra Chaplin: son

los imponderables, lo que no se puede reconocer, ni confesar, ni hacer valer. Y sin embargo es lo que realmente pesa, decide, y envenena el ambiente en torno suyo. Todo, desde su trabajo profesional hasta sus amores, es distinto, independiente, desafiante.

Su estudio es un ataque a los métodos industriales del cine: construido en 1918, fue siempre un estudio mudo, primitivo, que permanece cerrado durante años y que, de vez en cuando, produce un film de éxito mundial. Es casi un chiste de Carlitos: como si frente a las fábricas Ford unos artesanos se pusieran a construir automóviles en un solar, y salieran produciendo tanto y mejor que aquéllas. Y sus métodos personales de trabajo son igualmente irreductibles a toda lógica y a toda financiación hasta sus dos últimas películas en que la necesidad le obliga a racionalizarse. Su vida privada y sus amores han tenido los mismos caracteres, con pasiones que nunca ha ocultado: matrimonios, amantes, escándalos. El desafío a la moral más convencional. Cuatro matrimonios, como Chaplin, los han tenido innumerables estrellas de Hollywood en todos los tiempos. Hoy Constance Bennet, Humphrey Bogart, Joan Crawford, Rita Hayworth, Ginger Rogers, Mickey Rooney, antes de cumplir treinta años. Otros más aún, como Gloria Swanson, o Lana Turner, con seis, y Clark Gable, o Hedy Lamarr, con cinco, pero todos han cumplido estrictamente con los menguados requisitos legales. En cambio, Ingrid Bergmann fue vilipendiada en Hollywood por haberse unido a Rosellini "públicamente", antes de divorciarse de su marido. Charles Chaplin se negó siempre a declarar si estaba casado con Paulette Goddard, con la que vivió desde 1933 a 1941, y actualmente sigue ignorándose; parece ser que se casaron poco antes de su divorcio. Pero la opinión pública no les perdonó jamás y cuando Paulette Goddard obtuvo el tan deseado papel protagonista en *Lo que el viento se llevó,* los grupos de presión iniciaron una campaña contra la productora, hasta que lograron que se lo retirasen. Y las innumerables aventuras amorosas de los actores de Hollywood están siempre cubiertas con el púdico velo del "romance", el idilio de las más puras apariencias platónicas.

Chaplin ha desafiado a la prensa, negándose a toda información durante años, teniendo en vez de un jefe de propaganda, para que su nombre figure en los periódicos, un encargado de que no figure, de eliminarlo continuamente y tras cinco o seis años de silencio, sin el apoyo de esa prensa poderosa que

todos solicitan y pagan, reaparece tan popular o más que antes: el reestreno de *Luces de la ciudad,* el estreno de *Candilejas,* su viaje apoteósico a Europa en 1952... Y esa prensa es la que anuló a Orson Welles por atreverse a ignorar a sus críticos. Chaplin ha desafiado a los políticos, negándose a interrogatorios por las campañas electorales, a tomar parte en festivales patrióticos, a ir a los frentes de guerra, a cumplir con esas "obligaciones" de todo artista yanqui. Cuando se inclina por algún político es por Wallace, el opositor, el hombre de ese tercer partido que nunca ha triunfado en Norteamérica.

Y por el contrario, jamás ha halagado a su país de adopción, ni con las apologías sentimentales y humanitarias a lo William Saroyan, ni siquiera con las críticas absolutorias a lo Frank Capra. Ya en 1921, con motivo de su primer viaje a Europa se negó al gesto gárrulo y fariseo de dejarse retratar por los periodistas tirando besos a la estatua de la Libertad, al salir de Nueva York, que quería significar tirar besos al país entero. Y cuando, en la época de *Tiempos modernos,* el periodista del *New York Times,* Karl Kitchen, le pregunta por qué no se ha nacionalizado norteamericano, Chaplin responde: "Si tuviera que sacar mis documentos de nacionalización de algún sitio, lo haría de Andorra, el más pequeño y más insignificante país del mundo". Todos estos hechos y actitudes —y muchos más— que apenas son nada concreto y desde luego nada palpablemente censurable, son sin embargo todo. Y ese todo se concreta en la más vaga acusación de estos tiempos: comunista. Chaplin lo ha negado siempre y ha hecho declaraciones que más bien le debían haber acarreado la enemistad del comunismo, que sin embargo hábilmente lo ha incorporado a su campo contra todas las discrepancias. Los más oscuros poderes del país han calificado siempre de "radical", "anarquista", "comunista", a quien no se ha doblegado a ellos: a Jackson, "el loco", a Brian, en 1896, a Wallace en 1948, a Stevenson, en las dos últimas elecciones presidenciales. Después de las acusaciones a boleo de Mac Carthy el anatema y la definición carecen ya de todo valor.

Lo que real y hondamente vale, como signo adverso, es su vida y su obra de genio. El vivir como un hombre, absolutamente individual y libre, el ser un genio en la vida y en el arte es quizás lo que, en definitiva, no se perdona. Nunca se perdonó. Y en estos tiempos nuestros, en que la uniformidad es un

ideal y la sumisión una virtud, menos que nunca. No se ha perdonado al artista genial.

"Un rey en Nueva York"

Y EN efecto, no se le perdona. Aleccionado por el fracaso artístico y económico de *Monsieur Verdoux,* Chaplin decide estrenar su nuevo film, *Candilejas,* en Londres. Durante todo un verano hace gestiones para garantizarse la vuelta —dados los rumores que corren de que si sale del país no podrá volver— y obtiene de las autoridades toda clase de garantías. Así, en septiembre de 1952, se embarca en el "Queen Elizabeth", con su mujer y los cuatro hijos que entonces tiene. Pero no bien el trasatlántico ha franqueado el límite de las aguas jurisdiccionales norteamericanas, el ministro de Justicia del Presidente Truman, James Mac Granery, declara que Chaplin no podrá retornar a los Estados Unidos. Si lo intenta, será internado en Ellis Island, como un inmigrante más. Se trata evidentemente de vejarlo personalmente y de halagar a la opinión pública del país.

Pero Europa le recibe apoteósicamente, desde la Corte inglesa a los demócratas cristianos del gobierno católico de Italia, desde las inmensas multitudes de siempre hasta las mejores inteligencias de todos los países. Todo lo que ha constituido sus anteriores viajes, de 1921 y 1931, crece —si es posible— en éste. Y la protesta es unánime. Ante tal presión mundial, las autoridades norteamericanas revocan la orden de expulsión, y declaran que están dispuestas a admitirle. Pero Chaplin decide no volver.

Vende el famoso estudio de la Brea Avenue, verdadero museo charlotesco, digno de ser conservado, que es demolido. Vende su parte en Artistas Unidos, que fundó en 1919. Estas gestiones las realiza su mujer, que puede entrar y salir sin dificultades, como súbdita del país. Pero Oona O'Neill, la hija del gran dramaturgo, renuncia a la nacionalidad norteamericana, en 1954, y se hace súbdita inglesa. Toda una relación de vida y obra, desde 1912 y 1914 respectivamente, ha terminado por completo entre Charles Chaplin y Estados Unidos.

Chaplin compra una casa en Suiza, en Cosier sur Vevey, junto al lago Ginebra, con un gran jardín y bosque, un campo de tennis rosa, una piscina de natación azul, y una colina desde donde se divisa el inmenso panorama del lago. Una suntuosa

mansión de millonario, de rey exilado, donde vive en un gran aislamiento, con su mujer y sus ya seis niños —como se sabe, tiene otros dos de Lita Grey, ya hombres. Y allí planea su próximo film, cuya raíz es el dolor producido por su guerra con aquel país, al que ha amado y al que tanto debe, como Estados Unidos le debe a él. Cuya idea nace de un encuentro con la ex-reina Victoria, de España, porque el protagonista es un rey exilado: se llamará *Un rey en Nueva York.*

La filma en Londres, en 1957, en el más absoluto secreto. Ni los actores conocían más que su propio papel y nadie el argumento entero. Las dificultades y amenazas durante el rodaje de *El gran dictador,* le hacen, sin duda, tomar tales precauciones. A fines de marzo de este año la presentan en prueba privada, ante quince personas, amigos incondicionales. Y aparecen las primeras informaciones sobre el film, mantenido tan en secreto.

En un imaginario país balkánico, el rey es destronado por una revolución "progresista", porque su monarca Igor propugna el empleo pacífico de la energía atómica. Huye a Nueva York, su ministro de Hacienda se fuga con los fondos y el rey se encuentra en la miseria. Una muchacha, periodista audaz y sin escrúpulo, organiza una fiesta privada en su honor, y mete cámaras de televisión en la pared, para que todo el país pueda ver las tonterías que hace un rey. El rey recita el monólogo de *Hamlet* y anuncia impensadamente un desodorante. El país entero ríe, el rey se indigna al saberlo. . ., pero es pobre. Debe aceptar la publicidad para vivir. Todo se torna grotesco y cruel; luego angustioso y dramático. Igor conoce a un niño —interpretado por uno de sus hijos pequeños— cuyo padre es perseguido por comunista. El niño, educado en una escuela "progresista", lo sabe todo con seguridad dogmática, mientras el viejo rey destronado duda de todo. Y de estas discusiones nace la amistad entre ambos. Se lleva el niño a su casa, para evitar lo llame la Comisión de Actividades Antinorteamericanas, a la que el muchacho tiene verdadero pavor. Pero descubren al chico allí, y por ello es el propio rey el citado.

Ha entrado en el mundo del miedo, y hasta los cazadores de autógrafos le parecen policía. El día de su declaración ante la Comisión, el temor y la angustia culminan. Al llegar al edificio fatídico, mete nerviosamente el dedo en el caño de una manga de riego y no lo puede sacar. Teme llegar tarde, tener complicaciones, y se decide a entrar en la solemne sala de au-

diencia tirando de veinte metros de manguera. Jura que no es comunista, que no pretende derrocar al Gobierno por la fuerza, etc. Saca el dedo y el agua de la manguera riega a todos, jueces, políticos, encartados, periodistas, público... El rey comprende que es preferible huir de allí cuanto antes, y se vuelve a Europa.

Es decir, Chaplin tira contra lo esencial, por encima y por debajo de sus datos inmediatos, más allá de toda intención política patente o latente en el film. Chaplin dice que "el paraíso norteamericano" no existe. O si existe es por completo inhabitable. Que es acertar, como hemos dicho, en el corazón mismo de la cuestión.

El laberinto

ESTA larga lucha de Estados Unidos contra Charles Chaplin, tan confusa, difusa, vagorosa, inaprensible, múltiple y cambiante hasta el infinito, tiene el aspecto primero de un inexplicable y absurdo laberinto. De nada de lo que se ha acusado a Charles Chaplin para perseguirle y expulsarle del país, se pudo acusar en su tiempo a otro gran cinematografista, el recientemente fallecido Erik von Stroheim, por ejemplo. Gran actor, pero sobre todo magnífico realizador, fue llamado "el director loco de Hollywood", y borrado del cinema norteamericano. Este creador de la violencia y el realismo agrio y sarcástico del cinema, fue anatematizado sólo por eso. De su film *Locuras de mujeres (Foolish Wives,* 1922), se dijo: "Es un insulto a todo americano e indirectamente a los ideales americanos, a nuestra tradición y sentimiento" (Revista *Photoplay,* marzo, 1922). De nada de lo que acusó a Chaplin se puede tachar al dramaturgo Arthur Miller, al que se quiere encarcelar, en 1957, por negarse a denunciar, sin ley que pueda obligarle, a antiguos amigos de una reunión comunista de hace diez años.

Y sin embargo, en estos casos y en todos los demás hay algo común, que suscita la ira, también unánime, de la opinión pública norteamericana. Las razones concretas son muy diferentes, casi siempre arbitrarias y sin consistencia, pero existe algo fundamental que lleva a la persecución. El que un individuo esté contra todo un país, puede ser significativo, valorizable. Pero el que un país entero se lance contra un solo hombre es siempre revelador. Y si este hombre es un genio y tiene una

obra de arte como expresión de sí mismo, es mucho más: constituye un signo de los tiempos.

Ese laberinto caótico de las persecuciones norteamericanas más diversas y más absurdas, comienza a revelar su secreto, cuando se coge el hilo conductor desde su extremo, como lo hace Chaplin en su película. Discrepar del "modo de vida americano" como fórmula de uso diario, es atacar el gran dogma del conformismo nacional, que constituye herejía contra la nueva fe en "el paraíso americano", representación tangible y terrenal de la suprema creencia que es "la gran esperanza" en la misión de América. Los hombres buscan siempre un valor positivo, aun por caminos negativos, aun por medio de la más ciega destrucción. Lo esencial es que esos valores positivos tan soñados, propugnados y buscados por todos los medios, a costa de todos los heroísmos, sacrificios y horrores, existan realmente o sean alcanzables. Generalmente no lo son y lo que queda es la destrucción, la negación que fue su instrumento de lucha. El fin no justifica los medios, porque casi nunca ese fin existe realmente. Es un mito, pasado o futuro: inasequible.

Todo eso que constituye la base profunda y esencial de la sociedad norteamericana es un valor positivo y universal, el gran signo de nuestro tiempo: la fe en el Progreso. Durante los siglos XVIII y XIX se creyó fervorosa y ciegamente —se tuvo fe— en ese nuevo dios de nuestra época, que venía a manifestarse en la Ciencia, en sus descubrimientos, en sus técnicas, en sus máquinas... Todo se esperaba del Progreso, incluso la liberación del hombre. Y en efecto, el Progreso lo ha dado todo, casi todo, menos eso: la mejor condición humana. Y la gran fe nueva del hombre nuevo combate, se abre paso y se afianza con los más viejos poderes oscuros del hombre más viejo y temible: dogmatismo, fanatismo, tradicionalismo, nacionalismo... Los viejos reptiles milenarios en el nuevo árbol de la Ciencia y del Progreso, tan soñado para un día feliz, tan cargado de esperanzas cual frutos maravillosos y desconocidos. ¡El árbol del progreso en la isla del hombre perfecto y dichoso! Ahí está el árbol, pero a su sombra viven los mismos hombres, pertrechados con las mismas armas eternas.

Armas que obedecen a causas, razones, necesidades, ideales... Todo lo que busca e inventa para afianzarse en la vida, tanto un hombre como un país. Cada cual tiene las suyas y las esgrime, porque quizás no pueda hacer otra cosa. Pero entonces la posición es otra y más entrañablemente humana: cumplir

con su destino, ser fiel a sí mismo. Chaplin lo ha sido, lo es, porque la más elemental libertad de todo artista consiste en no dejarse embalsamar en conformismo o estará muerto. Como la más elemental misión de toda gran democracia es respetar esta libertad para el genio creador. Cumplir con su destino o no cumplirlo. Esto es todo, para todos, para un hombre y para un pueblo: cuestión de vida o muerte.

ARTE Y POLÍTICA EN EL MARXISMO

Por *Joaquín S. MACGREGOR*

I. *Antecedentes*

Es el caso que todos hablan de la *política oficial del marxismo,* en materia de arte, así como de sus consecuencias y hasta de los conceptos principales de su rudimentaria Estética; pero en rigor, no es mucho lo que se sabe de estas cuestiones. No será pues tarea inútil establecer contacto con el problema.

La *política oficial del marxismo.* Pero, ¿no parece que reputáramos el marxismo como un régimen de gobierno, único y cerrado, en parangón a cualquier gestión gubernativa delimitada históricamente? Si así fuera, ¿sería correcto?, impuesta la variedad de naciones gobernadas por marxistas, cuya coincidencia ideológica no empece las ineludibles diferenciaciones por causas históricas y geográficas. ¿Y qué decir del marxismo de los partidos comunistas no gobernantes que existen en el mundo entero? ¿Y del marxismo de los marxistas no comunistas?

Podrá hablarse de "política oficial del marxismo" mientras se recuerde que el prestigio histórico-doctrinario de la URSS ha uniformado en cuestiones de principio (a veces con precipitación no muy dialéctica) la ideología del *movimiento.*

Ahora bien, movimiento de proyecciones mundiales es, por su misma naturaleza, el marxismo; y no un régimen o sistema circunscrito temporal y espacialmente. En tal virtud, su "política oficial" ha podido plasmarse debido a circunstancias bien concretas, precisamente favorables a esa rara homogeneidad alimentada por el partido y el Estado soviéticos.

Si exceptuamos el episodio Tito-Cominform-Kremlin (cuyos alcances aún no se esclarecen con profundidad), es el XX Congreso del Partido soviético el pretexto para que se produzcan divergencias que de seguro limitan ya y modifican el concepto sancionado por la práctica de "política oficial del marxismo".

Dos observaciones: en mi opinión tales divergencias están favoreciendo al marxismo. Representan soluciones vivas —y no discordancias— a problemas que plantean realidades diferentes. Además, no ha sido causa de ellas el XX Congreso cuyo auténtico significado está en los fermentos ideológicos que activara a fin de obtener una mayor iniciativa creadora. Ha encauzado las corrientes positivas, pese a las inevitables incomprensiones y hasta huracanes que indirectamente ocasionara en coto ajeno y propio. El *challenge* del XX Congreso, el informe especial de Jruschov sobre Stalin —cuyo texto fidedigno aún estamos esperando— y la secuela impresionante de desvaríos que provocara empequeñecen ante las saludables tesis aportadas.

Al servir de modelo incontrovertible —hasta el XX Congreso— las normas soviéticas, conviene entonces plantear la cuestión del arte en el marxismo refiriéndose a la URSS, primeramente.

II. *El arte en la URSS*

Por estas tierras, constituyen legión los impugnadores del arte soviético. Abrigan esperanzas —expresas o involuntarias— de que, al negarle todo valor, perjudique su crítica las bases sociales de la cultura menospreciada.

Pero ahora nos interesan los juicios rigorosos que desde el XIX Congreso —o, en muchos casos, quizás desde antes— andan de boca en boca, en las filas mismas de los adictos.

Entre sus intelectuales, ¿quién no ha opinado —con alarma sincera, quizás con impaciencia burlona— sobre lo que se ha dado en llamar "la novela rosa del comunismo"? ¿O sobre la pintura de calendario que sólo los funcionarios del movimiento consideran con orgullo como creación imperecedera del realismo socialista?

Me doy cuenta de que si tales fueran las únicas objeciones, no sería suficiente. Tampoco satisface el coro de protestas contra el arte soviético y contra el realismo socialista, en general, que se ha levantado desde el XX Congreso entre los intelectuales de ciertos países del campo socialista. Quiero mencionar aquí de paso algunas críticas expresadas en el seno de la Unión de Escritores Polacos, y en la XIX asamblea del Consejo de Cultura y Arte, integrado por representantes de toda la intelectualidad polaca, y en las páginas de *Nowa Kultura* y de otras revistas.

A) *Les Temps Modernes,* en su voluminoso número de febrero-marzo del año en curso, titulado "Le socialisme polonais", constituye al respecto la fuente principal (volumen, por cierto, mejor organizado que el de Hungría). Se pueden seleccionar cuatro colaboraciones que, relacionadas con nuestro tema, tienen un interés superior: Jan Kott, "Mitología y verdad"; Antoni Slonimski (actual presidente de la Unión de Escritores Polacos), "Por una restauración de las libertades del ciudadano"; K. T. Toeplitz, "El crepúsculo de los profetas" y L. Kolakowski, "De la legitimidad del principio: el fin justifica los medios". Todos coinciden en la reprobación del zhdanovismo más o menos identificado con el realismo socialista; también concuerdan en la opinión de que la literatura y el arte soviéticos empezaron a estancarse y a retroceder desde 1930.

Demiéntiev replicó a Kott y Slonimski en su artículo "Problemas de la literatura soviética en las intervenciones de algunos escritores polacos" *(Literatura Soviética,* núm. 9, 1956). Las afirmaciones gratuitas infestan su artículo: "Mantenemos el realismo socialista porque siguiendo este camino la literatura y el arte soviéticos, superando dificultades y obstáculos, han conseguido grandes éxitos y el reconocimiento de toda la humanidad avanzada". Esto, al lado de progresos en la crítica inconcebibles antes del XX Congreso: "Nos sentimos incluso inclinados a coincidir con el poeta checo Milan Kundera, quien en un artículo "Acerca de las discusiones sobre la herencia literaria" afirma que ciertos éxitos formales de los modernistas y surrealistas extranjeros (por ejemplo, la audacia en la utilización de imágenes, el arte del monólogo interno, etc.), podrían ser aprovechados por la literatura del realismo socialista".

Empero, Demiéntiev (quien ha formado parte del Consejo de redacción de *Literatura soviética,* órgano de la Unión de Escritores Soviéticos) no descubre las cuestiones de fondo. Cuando acepta, en nombre del realismo socialista, "las otras corrientes literarias del pasado que con sus obras han enriquecido la cultura" —pues "sería primitivo dividir todo el arte de la humanidad en realista y antirrealista"—, parece ignorar que, en buena lógica, habría que extender la aprobación a las obras actuales que, aun perteneciendo a escuelas no realistas, enriquecen notoriamente la cultura. No se pueden condenar otros ismos sólo por sentirse solidario del realismo socialista; hay que esgrimir argumentos sólidos. Hay también que concluir de lo anterior que no se identifican la verdad estética y el rea-

lismo socialista, cuyos moldes no se aplican a la actividad artística en general.

La superficialidad de Deméntiev tampoco nos hace aplaudir todas las apreciaciones de Kott y Slonimski quienes en su afán polémico tocan a veces los límites de la exageración y rebasan con frecuencia el campo concreto de las experiencias polaca y soviética para incurrir en vagas generalidades y en confusiones inaceptables.

El artículo de Toeplitz merece capítulo aparte. Son muchos sus aciertos y, desde luego, su punto de partida es inobjetable: "Todas las tentativas de examen o de polémica en torno del realismo socialista que se desarrollen en el dominio de la 'teoría pura', están condenadas a la esterilidad y al verbalismo... No podemos comprender su significación verdadera más que ubicándolo en el contexto de la realidad histórica y midiéndolo con la práctica viva". Sin embargo, de tal premisa, esencialmente justa, no se desprende —después de originales análisis— la conclusión que trata de imponernos Toeplitz: "... el realismo socialista, como línea artística del monopolio, ha tenido por misión práctica neutralizar el arte frente a las tentativas de reintegrar a la URSS a la democracia socialista..." Quizás Toeplitz violentó los hechos en aras de la tremenda lucha que entonces se libraba en su patria (y que a juzgar por la Resolución del 9º Pleno —mayo de 1957— del Partido Obrero Unificado Polaco, todavía prosigue).

El ensayo de Kolakowski, joven filósofo de la Universidad de Varsovia, empieza tronando en contra de la interpretación jesuítica del principio originado en Maquiavelo. Trata del uso y del abuso de la abstracción, considerada en la peor de sus significaciones idealistas; demuestra los riesgos de una actitud exageradamente "escatológica" (en función de los *fines remotos)* para terminar resbalando por la pendiente del idealismo al sostener —sin pruebas, por supuesto— que el arte, al igual que otros fenómenos, puede ser un "fin en sí", un valor absoluto. ¡El arte por el arte, a estas alturas! El esteticismo axiologista o el axiologismo en general —posición adoptada por Kolakowski— invierte los términos reales al convertir el hombre en criatura de los valores. No obstante, Kolakowski es el único (entre los colaboradores del número especial de *Les Temps Modernes)* en remontarse a los hontanares teóricos de donde brota el problema de la política cultural.

B) Veamos ahora algunos testimonios de comunistas o procomunistas de Inglaterra.

El escritor Wolf Mankowitz se refiere a la URSS al opinar cuerdamente que "lo más importante no es estar de acuerdo en todo, sino comprender cada vez mejor las experiencias de otro pueblo", lo cual intenta al declarar: "Estimo que la liquidación de las consecuencias del culto a Stalin y el restablecimiento de la dirección colectiva y de la libre discusión, llevarán en los años próximos al florecimiento del entusiasmo creador y a búsquedas que devolverán al arte soviético algunos rasgos que poseía en la década del 20, época en que Maiakovski representaba a la poesía y Meierjold al teatro" ("Entrevista con dos escritores ingleses", *Literatura Soviética,* Moscú, núm. 2, 1957, pp. 172-4).

En la misma entrevista y con discreción semejante, nuestro conocido Alick West, esboza su opinión: "Incluso las novelas soviéticas de menor valor desde el punto de vista artístico —*a mi juicio tales novelas aparecen con frecuencia*— son interesantes por su tendencia, porque expresan un nuevo tipo de relaciones humanas, engendradas por el socialismo" *(ibídem;* frase subrayada por mí).

West, al igual que su compatriota, apunta a las claras su inquietud por el curso seguido por el arte soviético, sin ocultar su confianza en el porvenir de éste.

Jack Beeching, "Notes on Zhdanov"; Polybius, "The Necessity for Uncertainty" y "John Berger's Reply" son los tres artículos que publica *The Marxist Quarterly* (enero 1957). Coinciden en la reprobación del arte soviético y del realismo socialista. Ninguno de los tres es válido en su totalidad, pero incluyen párrafos dignos de meditarse:

"...El espantajo del zhdanovismo —producto de la guerra fría— aleja a muchas personas que podrían estar con nosotros. Mientras tanto, la mayoría de los comunistas que escriben o que son figuras públicas, hasta donde llega mi información, han interpretado los puntos de vista de Zhdanov, por lo regular, a la manera de Pickwick. Ya es tiempo de hablar claramente. Aunque resulte difícil, debemos empeñarnos con honradez en descubrir los yerros del zhdanovismo para dar el paso necesario a fin de construir la unidad de la izquierda, en literatura. Porque sin un movimiento literario eficaz, atraído por la verdad social, la acción dañina que se desarrolla por la radio,

la televisión y la gran prensa seguirá obstruyendo la lucha de los trabajadores... ("Notes on Zhdanov").

Hay más adelante, en el artículo de Beeching, otro párrafo que merece transcribirse, a pesar de que plantea un problema específico de historia literaria, pues constituye una breve lección de crítica marxista; en efecto, ésta olvida a menudo el valor diferente de una misma tendencia, de acuerdo con la disparidad de las condiciones históricas de su nacimiento:

"Por ejemplo, 'el arte por el arte' es en Inglaterra una moda literaria secundaria del siglo pasado, de estilo ligeramente progresista, que ha contrastado con la concepción dominante del arte mercantilizado. En cambio, para los rusos, el 'arte por el arte' recuerda los años siguientes a 1905, cuando los escritores se retiraban del combate político mientras que Stolypin colgaba miles de campesinos y Rusia tenía necesidad de su mensaje más que nunca".

Para terminar con los ingleses, recojo una exhortación de John Berger que a mí me parece fundamental: *We must stop expecting quick results from art.* And this means believing in the artist (subraya Berger); lo cual presupone el problema teórico sin cuya elucidación ya no puede formularse una verdadera política cultural del marxismo.

C) Tampoco ha faltado entre los franceses la preocupación por el desarrollo del arte soviético. Claude Roy, en un artículo publicado en *Les Lettres Françaises,* veía en el primer Chagall y en el bizantino la única salida para la pintura soviética, en relación con las mejores tradiciones rusas.

Y para no ir tan lejos, aquí ocurrió un incidente revelador. El grabador polaco Tadeo Kulisiewicz contestaba, a raíz de una plática suya en el Frente Nacional de Artes Plásticas, las preguntas del público. "¿Qué opina usted de la pintura soviética?", le preguntó un joven escritor de izquierda. Kulisiewicz se le quedó viendo maliciosamente y respondió: "Lo mismo que usted". Había adivinado la intención de la pregunta.

En fin, no pretendemos insinuar que el arte soviético de los últimos 25 años sea un "museo de horrores". Creo que aun la misma pintura —tan deturpada— ha producido a veces obras estimables. Pero parece que constituyen una excepción a la regla. ¿Y cuál es la regla? Es la política pedagógica. O la educación política. No el arte. Adelantemos sólo esto, nada más que esto. Y para no aburrir demasiado con interminables edictos condenatorios, pasemos a escoger —en la misma URSS—

unos pocos botones de muestra; una selección, como en los casos anteriores, hecha al azar y de entre una abundantísima copia de frecuentes autocríticas, pues si descontamos las esferas oficiales (las altas esferas oficiales) es fácil descubrir que los artistas y el público de allá muestran descontento de su propia producción "artística".

D) El semanario neoyorquino *National Guardian* (3 de junio 1957) informa sobre el resultado de las pláticas celebradas entre Vercors —gran novelista francés— y los escritores soviéticos transcribiendo entre otras cosas lo siguiente: "Vercors descubrió que la joven generación de pintores está ansiosa de encontrar su camino, aun cuando ello represente una difícil, penosa y completa ruptura con el propio pasado de algunos de ellos. Después de una caldeada discusión sobre el arte contemporáneo y pintura abstracta, con un grupo de estudiantes de un instituto, uno de éstos preguntó: '¿Y qué piensa M. Vercors de la pintura soviética?' Antes de que Vercors pudiese responder, la clase entera soltó una carcajada".

Sergio Yutkévich, una de cuyas últimas películas, *Otelo,* ha sido aplaudida unánimemente en México, le confesaba al joven escritor mexicano Lizalde (en entrevista celebrada no hace mucho en Moscú y reproducida en "La cultura para el pueblo", plana dominical de *La Voz de México)* que se siente patriota en todo menos en pintura.

"En vísperas del Congreso de pintores, escultores y dibujantes" se llama un revelador artículo aparecido en *Literatura Soviética* (núm. 9, 1956). Nos da a conocer las opiniones de Félix Sbarski, "admirador de Matisse y de Picasso", cuyas ilustraciones para *Nekrásov,* de Sartre, permiten augurarle, a sus 24 años, un brillante porvenir.

"Vivimos en una época", dice Sbarski, "en que el argumento por sí solo" (en la pintura) "no puede servir de medio para influir en el espectador. Hay millares de periódicos y de revistas con ilustraciones en blanco-negro y en color, que aumenta sin cesar el torrente de crónicas documentales cinematográficas y de películas; millones de seres presencian todas las noches las emisiones de televisión, se ha ampliado fabulosamente la producción y el empleo de los libros. ¿Qué nos queda por hacer a los pintores, si queremos conservar la dignidad y la importancia de nuestro arte? Ante todo, renunciar a repetir los demás aspectos de información visual. Tenemos que actuar sobre el espectador con lo que constituye nuestro monopolio:

con la presentación específica del color y de la forma. ¡Y en eso no hay quien pueda superarnos!"

El autor del artículo mencionado transcribe una disputa que le tocara presenciar en una galería ante los cuadros de Andréi Goncharov, "brillante colorista, que profesa el decorativismo como principio fundamental de su pintura", no sin cierto influjo de Matisse".

"Escuchemos la conversación de dos hombres", nos dice, "según todas las probabilidades dos intelectuales:

—¡Esto es una mamarrachada! No comprendo absolutamente nada. ¡Hay que fustigar a los que exponen estos cuadros!

—¡Al contrario! ¡Es una magnífica pintura! ¡Qué dominio del color, cómo trasmite el aire, cómo refleja un estado de ánimo!

—Usted habla así para dárselas de original. Yo no creo que usted comprenda algo de esto.

—¡Cierto, y además no deseo comprenderlo! ¡Veo y siento, simplemente!

—Bien. Invite usted aquí a las primeras mil personas que pasen por la calle, y nadie comprenderá nada; lleve usted después a ese millar a la Galería Tretiakov, y todo lo verán claro.

—Sí, pero en la Galería Tretiakov ese 'millar' pasará tranquilamente junto a los iconos de los siglos XVI-XVII, junto al gran Rubliov, que constituye nuestro orgullo".

La anécdota demuestra que hay pintores que se salen del montón, y aficionados que los alientan. Bueno, esto seguramente no en plena política de "terror" cultural cuyos rasgos —no los peores, desde luego— han sido descritos por Ehrenburg en la situación de los dos pintores de su famosa novela *Deshielo.*

Entre nosotros, Antonio Rodríguez, a su regreso de la URSS y de otras naciones del campo socialista, ha elevado protestas por la forma en que se imponían allá las tendencias oficiales, en materia artística. Pudo haber profundizado más y desde luego dar en la explicación de los síntomas renovadores que se vienen produciendo a partir del XIX Congreso del PCUS y que culminan —pese a ciertos errores de la lucha por el leninismo— en el XX Congreso. La palabra *ottopel* (deshielo) también concierne al arte, desde entonces, implicando, en este caso, el problema de una dudosa política cultural.

La realidad de las letras —tan diferente del panorama que

trazan los jilgueros oficiales— se cuela por las rendijas aun de textos encomiásticos, no se diga ya de punzantes diatribas como la de Shólojov en el II Congreso de Escritores Soviéticos. Tengo a la vista "El trabajo del escritor" (*Europe*, enero 1954), de Ehrenburg, ensayo valioso —como todos los del veterano de tantas batallas—, justificativo. Principia así:

Hace poco recibí una carta de un lector, joven ingeniero de Leningrado, que me preguntaba: "¿Cómo explica usted que nuestra literatura sea más débil, más pálida que nuestra vida? Recientemente, entre nosotros, nos planteamos esta cuestión y nadie supo responder. ¿Acaso se puede comparar nuestra sociedad soviética con la Rusia de los zares? Sin embargo, los clásicos escribían mejor. Aunque desde luego algunas obras se leen con interés, hay muchas de las que uno se pregunta para qué fueron escritas. Parece que todo está en su lugar y, sin embargo, algo les falta; el libro no conmueve y los hombres no aparecen como son en realidad...!

"Juicios semejantes he oído más de una vez, y es por eso que he querido compartir con los lectores algunas ideas sobre el trabajo del escritor..."

Ehrenburg se ve obligado a darle en parte la razón a su interlocutor, por más que nunca llegue a proferir —como Shólojov, a fines de ese mismo año— que la literatura soviética es un panorama de "almas muertas". Y ya hemos visto que esta apreciación no puede considerarse exclusiva de Shólojov. Claro que siempre surgen obras de cierta categoría pero que, según parece, no han bastado para alegrar el panorama.

Un estudio de la revista *Kommunist* (núm. 12, 1956), órgano del Comité Central del PCUS, reconoce la pequeñez de la historiografía y la crítica en la literatura soviética:

"Aunque en los últimos tiempos han visto la luz bastantes libros de historia de la literatura soviética, todavía no han sido estudiados problemas tan cardinales como la formación del método del realismo socialista, las etapas principales de su desarrollo, las peculiaridades de cada literatura nacional del realismo socialista, los principios científicos de la división de la historia de la literatura soviética en períodos, etc." (*Literatura Soviética*, núm. 1, 1957, p. 161).

El Instituto Gorki de la Academia de Ciencias de la URSS ha organizado ya una "discusión sobre el realismo en la literatura universal" avisándonos que "se han puesto de manifiesto profundas discrepancias en problemas tan capitales como el sur-

gimiento del realismo; su puesto y papel como método creador y como corriente; las relaciones mutuas y las influencias recíprocas; la continuidad y la lucha del realismo y otros métodos corrientes en el proceso del desarrollo artístico; las peculiaridades de la pintura del carácter típico en las diferentes etapas del desarrollo del realismo; los caminos y la metodología del estudio del realismo en las épocas anteriores y del realismo socialista" *(Literatura Soviética,* núm. 3, 1957).

Ha habido pues, en la URSS y, desde luego, en todo el campo socialista, en la política cultural del marxismo, una condenable irresponsabilidad al estatuir como norma conceptos no esclarecidos. Las repercusiones se han dejado sentir no sólo en la corta talla crítico-historiográfica, sino en todas las esferas del arte soviético. Sobre cada una de éstas, se han emitido multitud de opiniones —de fuera y de dentro— semejantes a las que hemos dejado sentadas arriba. Así, para comprobarlo, véanse los "problemas actuales de la cultura soviética" en *La Nouvelle Critique,* núm. 53, pp. 189-271, donde se registran las tendencias vivificantes del "deshielo" que, por cierto, no alcanzó entonces los territorios de la ciencia. El úkase entronizaba aún —por ejemplo, en la biología— tesis aventuradas y aventureras cuyo único timbre de orgullo era su ¡carácter de clase![1] Debido a esto, a que los científicos no protestaban con la ener-

---

[1] Ya principia tímidamente a ahorrarle a la ciencia —sobre todo a la natural— este carácter —en su origen, no en sus últimas consecuencias—, el manual de la Academia de Ciencias de la URSS, *El materialismo histórico,* en su 2ª edición rusa de 1954. Véase al respecto la pág. 114 (al final) de la edición mexicana. Desde luego, no se aclara bien el problema. En general, el libro no profundiza ninguna cuestión y sí, en cambio, contiene todos los yerros propagandísticos de la época stalinista. Pero Jean-T. Desanti ("Sur la base et la superstructure", *Cahiers du Communisme,* marzo 1955) afirma categóricamente: "Si se considera la ciencia un elemento de la superestructura ideológica subordinado a la lucha de clases, resultará difícil comprender el papel del marxismo *(ciencia de las leyes del desarrollo de la naturaleza y de la sociedad,* según la definición de Stalin) como instrumento de la transformación revolucionaria de la sociedad. Se le tendrá como un mero punto de vista, expresión transitoria de los intereses de una clase determinada. Esto engendrará, no sólo la subestimación de la teoría y el culto de la espontaneidad, sino también la tendencia a resolver los problemas en forma burocrática y con métodos impositivos, no mediante el análisis y la persuasión" (pág. 311).

Uno de los más distinguidos comunistas chinos, se mofa de quienes pretenden desautorizar las teorías de Mendel y Morgan, por ejemplo, tildándolas de "capitalistas" (Lu Ting-yi, *Let Flowers of Many*

gía de un Jachaturian (recuérdese su famoso artículo "La audacia y la inspiración creadoras", *Lettres Françaises,* 17 dic. 1953), se vieron afectadas por el stalinismo varias disciplinas, presentándose contradicciones muy curiosas en el desarrollo de otras que, por cierto, han alcanzado allá un elevado nivel.[2]

Las publicaciones moscovitas *Teatr, Novi Mir* y *Literatúrnaia Gaseta* acaban de iniciar una encuesta sobre temas teatrales que revela, igualmente, la inconformidad con la política oficial en materia de arte. V. Sappak, en su artículo "Debates acerca del teatro" *(Literatura Soviética,* núm. 2, 1957), comenta por ejemplo las palabras de un conocido actor:

> "Sí; soñamos con nuevos gigantes del pensamiento" —escribe Ilinski. Pero, ¿nos damos cuenta de que el artista que acumula los grandes problemas de la época va a aparecer ante nosotros como una figura inesperada, compleja e inquietante, demoledora infalible de los cánones y reglas habituales?... Ilinski afirma el derecho del artista a los experimentos creadores y, como ejemplo, alega los experimentos artísticos de su maestro Vsiévolod Meierjold, notable director de escena...

Ahora bien, es sabido que el realismo socialista representa allá "los cánones y reglas habituales" y que Meierjold fue, por desgracia, una víctima ahora rehabilitada.

Cerramos el capítulo, para no hacer interminable la lista, con dos noticias: el ataque del escritor Boris Polevoi a las direcciones de la pintura y la crítica soviéticas reconocidas como oficiales y el contraataque de Guerassimov; el cable de la AP, Moscú, 28 de mayo del año en curso, que bajo el título "Will Overhaul Russian Television" fuera publicado en la sección en inglés de *Excelsior.* Traduzco el primer párrafo: "El Consejo de Ministros anunció hoy la formación, por parte del Estado, de una oficina de radio y televisión, ya que se ha recibido un considerable número de quejas en el sentido de que los programas rusos son grises y fastidiosos *(drab and uninspiring)".*

Kinds Blossom, Diverse Schools of Thought Contend!, Peking, 1957, p. 19). Exactamente lo que hace *El materialismo histórico,* cuya traducción, en México, por dos hombres de Partido, resulta vituperable.

[2] Cf. Ivan D. London, "Toward a Realistic Appraisal of Soviet Science", *Bulletin of the Atomic Scientists,* mayo 1957, cuya hostilidad no le impide el acopio de datos de primera mano.

III. *Política oficial. Realismo socialista*

La repetición sistemática de obras carentes de valor artístico ha hecho retroceder el arte en la URSS y en las democracias populares. Sin embargo, la lluvia de execraciones comienza ya a rendir frutos. Creo que pueden generalizarse a otras ramas del arte soviético las siguientes palabras de Ehrenburg: "... predominó durante cierto tiempo" (en la URSS) "una arquitectura ecléctica de un gusto funesto. *Este período puede considerarse terminado en la actualidad" (Guión,* revista mensual, México, núm. 12, pág. 39. Frase subrayada por mí). La renovación se deja sentir en la labor creadora del artista soviético y no únicamente en condenas verbales como las que se han mencionado.

A raíz del XIX Congreso del PCUS y, mejor aún, después del XX Congreso, cabe señalar dos hechos de enorme trascendencia que requieren un comentario especial:

1º China inaugura, a principios de 1956, en el frente intelectual, una política nueva.

2º Polonia, en el mismo frente, sin aprovechar al parecer la experiencia china, decide también un cambio de política y el repudio del realismo socialista.

(Yugoslavia y Hungría, por su situación especial —Hungría hasta los trágicos acontecimientos de noviembre—, ameritan un cuidadoso estudio de su política en materia de arte).

Hace ya más de un año, el Presidente Mao Tse-tung anunció la nueva política en el frente intelectual: "que broten flores de distinta clase", dice el Partido Comunista Chino a los escritores y artistas; "que compitan diversas escuelas", es su recomendación a los científicos y filósofos. Ambas tesis significan —de acuerdo con Lu Ting-yi, director del departamento de propaganda del Comité Central del PCCh— el "respaldo a la libertad de pensamiento, de discusión, de creación; libertad de crítica y libertad de expresión, libertad para sostener y reservarse la opinión propia en materia de arte, literatura e investigación científica" (Obra mencionada, p. 7).

Se ha llegado inclusive, en China, a la justificación de los errores doctrinarios: "Cuando uno se entrega a pensar de modo independiente, cuando se emprende un difícil trabajo de creación, es imposible salvarse de cometer nunca errores... Debemos distinguir claramente entre esta clase de errores y las doc-

trinas que en forma consciente atentan a la revolución" (pp. 27 y 28).

Este lenguaje, propio de personas civilizadas, es el contrapolo del terrorismo de corte stalinista, cuya formulación doctrinaria se impugnara en el tristemente célebre informe de Jruschov. Hasta qué punto han sabido los gobernantes chinos hacerlo realidad, lo indican bien los recientes acontecimientos de junio, a raíz de la publicación del informe de Mao Tse-tung pronunciado en febrero.

Cruzan aires purificadores en las siguientes líneas de Lu Ting-yi: "El realismo socialista, a nuestro juicio, es el más fecundo método creador, *pero no es el único método*... Los tabús y las órdenes en torno a los asuntos sólo pueden incapacitar el arte y la literatura, dar como resultado las fórmulas y el mal gusto. Sólo pueden causar daño. Porque las cuestiones concernientes al carácter específico del arte y de la literatura, la creación de lo típico, etc., deben ser objeto de libre discusión entre los escritores y los artistas, dejando que resuelvan libremente sus diferencias de opinión hasta que en forma gradual lleguen a un acuerdo... Ya hemos adquirido experiencia en el teatro al aplicar el principio "que broten a la vez flores de muchas clases, escardando lo viejo para que asome lo nuevo". Esto ha resultado mejor. Lo que ahora tenemos que hacer es aplicar el mismo principio a todas las ramas del arte y la literatura" (pp. 20-21).

¿Por qué este cambio de política? Estuvo vigente hasta el año pasado la política trazada por Mao Tse-tung en 1942, en las importantes conferencias de Yenán; los problemas del arte y la literatura fueron objeto de una intervención especial del actual presidente de la República China. Sin preconizar con exagerada simpleza el realismo socialista de Zhdánov (un espíritu selecto tenía que huir de falacias inaceptables), propone, sin embargo, categóricamente, la supeditación del arte a la política.

Había motivos suficientes; es decir, las condiciones objetivas demandaban precisamente la concentración de las aptitudes intelectuales y artísticas en la lucha de clases y en la batalla antimperialista contra las huestes del Mikado. El imperativo era la acción directa de urgencia inmediata, de eficacia real. No era un obtuso zhdanovismo, como el que apareciera en la URSS, en 1934, cuando se habían vencido las disensiones internas y se sentaban las bases económicas de la Constitución so-

cialista. Yenán fue la señal para armar ideológicamente a la vanguardia del pueblo chino en su impresionante acometida contra el enemigo de fuera y de dentro. Lo que en las circunstancias soviéticas pararía en un subjetivismo esterilizador, en la situación china resultó un acicate, no por transitorio, menos verdadero.

En siete años de revolución proletaria, la fisonomía del país ha sufrido transformaciones profundas, entre las cuales la económica y la intelectual constituyen motivo más que suficiente para la adopción de la nueva política por parte del VIII Congreso Nacional del PCCh, celebrado en septiembre de 1956. Ahí quedaron avalados los siguientes conceptos de Liu Shaochi: "La verdad científica aparece con tanta mayor claridad cuanto más se la discute; mientras en el arte puede admitirse la existencia simultánea de diversos estilos".

La otra tendencia renovadora —oficial, dentro del campo socialista— concierne a Polonia. Dimos a conocer un buen número de antecedentes para que pueda sorprendernos la noticia de que el VII Congreso Nacional de Escritores Polacos (efectuado en noviembre-diciembre de 1956) desaprobó la consigna del realismo socialista, vigente desde 1949. La información explica: "El VII Congreso no ha trazado ningún programa para la literatura; este programa puede surgir únicamente de la libre y amplia discusión de tendencias y grupos" *(Polonia,* núm. 2, 1957, Varsovia, p. 4). Así quedó confirmada la posición de la asamblea de abril del Consejo de Cultura y Arte.

Reacción oficial en la URSS. No hay que olvidar la eliminación política de cuatro prohombres del Partido soviético. Estamos a pocos días del suceso, pero sospechamos que habrá de repercutir en la línea del Partido en materia de arte. Si ésta se rectificara de inmediato, ayudaría a nuestro análisis a entender el cambio. El empecinamiento chocaría con mayor fuerza, en lo futuro, con una realidad que ya no se deja asir por un conjunto de fórmulas estrechas y superficiales.

Los medios oficiales de la URSS no han sabido reaccionar hasta ahora, ante la realidad social y artística, como los chinos y los polacos. Les ha faltado sentido histórico (lo peor que le puede ocurrir a un marxista) y una comprensión auténtica de la actividad creadora, de sus peculiaridades y alcances. Han desdeñado la inquietud, la exasperación y los reproches —acrecidos últimamente, según consta— que su política errónea despertara en el gremio. En fin, han dado las espaldas a la realidad in-

curriendo en el dogmatismo subjetivista, en el talmudismo insensato. Y tras de ellos se ha arrebañado la mayoría de los Partidos y la casi totalidad de los marxistas del mundo entero poco aficionados al escrutinio de una verdad ortodoxa, pero en pugna con la versión oficial.

Así es como encontramos los habituales artículos laudatorios de los repetidores. Inclusive intelectuales como Aragon —que en *Les Lettres Françaises* ha iniciado ya una política cultural más justa—[3] insisten en que "el realismo socialista no ha muerto". Fenómenos de innegable magnitud, como el muralismo mexicano, siguen allá desconocidos y desaprovechados, en contraste con el interés que suscita en la India, por ejemplo, según lo declara el primer ministro Nehru (*cf.* Alfaro Siqueiros, "Defensa del arte público mexicano", *Excelsior,* Diorama de la Cultura, 24-II-57).

No obstante, prosigue allá el "deshielo". La *Comédie Française,* Jean Vilar y su TNP, las exposiciones de Picasso y la Escuela de París cosechan éxitos sorprendentes. Faulkner, Hemingway, Caldwell, François Mauriac, Graham Greene, Alfonso Reyes son leídos y comentados. Dostoievski, Esenin y Block, admirados nuevamente. Lisenko ya no es el dios de la biología ni los rusos los promotores de cuanto hallazgo científico de importancia ha conocido la humanidad. El "chovinismo de gran potencia" y el aislamiento van desapareciendo en la URSS posstaliniana a despecho, probablemente, de la misma facción stalinista cuyas funciones acaban de cesar.

Pero nada de esto —como ya lo hacían sospechar las urracas del comunismo— se refleja en los discursos oficiales. Cuando Mólotov consideró oportuno, después de los acontecimientos de 1956, hizo declaraciones cuyo propósito era desatar una nueva campaña en favor del realismo socialista, es decir, del arte soviético oficial. Shepílov, apenas removido del Ministerio de Relaciones, abrió el fuego en grande con dos extensos discursos pronunciados en el congreso de pintores y en el de compositores. Ambos textos están plagados de indignas tiradas

3 Parece que Aragon ha intercedido ante el gobierno húngaro, siguiendo el ejemplo de Picasso y otros muchos, por los escritores condenados a muerte; publica en la primera plana de su periódico la petición en idéntico sentido del Comité Nacional de Escritores Franceses. Por otra parte, campea ya en las páginas de *Les Lettres Françaises,* un genuino respeto por la actividad intelectual exento de demagogias partidistas.

demagógicas y de una insolente suficiencia reveladora de abismos de ignorancia; abundan las simplificaciones mecanicistas menesterosas de una pequeña dosis de marxismo. Como cuando dice Shepílov: "La época del imperialismo implica la podredumbre de la cultura burguesa". Lo cual no es nada en comparación con esto: "La música soviética, por su naturaleza, *es radicalmente distinta* del arte musical moderno del mundo burgués... Es cierto que en Occidente hay una capa de compositores demócratas, hombres que desearían honestamente servir a su pueblo, *al arte realista,* hombres progresistas que comprenden lo funesta que es para la música la *patología modernista*...", etc., etc., para terminar el párrafo (que yo he subrayado) asegurando "que la tendencia principal y determinante en la música moderna del mundo burgués es la renuncia a la melodía, a la ruptura con el legado clásico, con la vida, con las tradiciones humanistas, o sea, la degradación, la decadencia del arte musical".

Cosas parecidas se leen en el primer discurso de Shepílov dirigido a los pintores, donde se desprecia olímpicamente el aluvión de críticas a la pintura soviética (a la oficial). Habría que recordar, en relación con esto y con las frases citadas, aquella cláusula 4a. de la histórica resolución bolchevique de 1925 *Sobre la política del Partido en el dominio de la literatura:* "... la noción de clase en las bellas artes en general y en la literatura en particular, se expresa en formas infinitamente más variadas que, por ejemplo, en política".

Hay conceptos similares en Lu Ting-yi, treinta años después. Shepílov parece ignorarlos. Aquí están: "... aunque el arte, la literatura y la investigación científica se vinculan estrechamente con la lucha de clases, no son, después de todo, la misma cosa que la política. La lucha política es una manifestación directa de la lucha de clases. El arte, la literatura y las ciencias sociales expresan la lucha de clases en algunas ocasiones de modo directo, otras veces, indirectamente... Por otra parte, es unilateral e 'izquierdista' la simplificación y el emparejamiento del arte, la literatura y la ciencia con la política" (pp. 6 y 7).

Pues bien, esto es exactamente lo que hace Shepílov al condenar en bloque la cultura "burguesa" considerándola como un producto vicioso del imperialismo. La etiqueta de "formalista" —prodigada en ambos esperpentos— sirve también para encu-

brir la indistinción de contenido de clase y contenido específico de la obra de arte.

Otra maniobra política consiste en nombrar a los artistas: espaldarazo oficial definitivo (como su contraria, esta vez no ejercida, decrece considerablemente la reputación del artista).

El meollo de las intervenciones de Shepílov está en sendos alegatos en favor del realismo socialista, poco o nada persuasivos y tachonados, eso sí, de hipérboles y anatemas. Cualquier otra escuela, corriente o método representa la oscuridad o, por lo menos, la penumbra, al lado del realismo socialista. Fuera de éste, acecha la noche y sus fantasmas siendo, desde luego, el realismo socialista, la condición para escalar las cimas del arte y la única explicación posible del fenómeno artístico.

¿Y las aportaciones de los chinos? ¿Las fecundas polémicas de los polacos? ¿La "discusión sobre el realismo en la literatura universal", convocada por el Instituto Gorki, que nos participa "profundas discrepancias" en los problemas capitales del realismo? Nada melló la coraza zhdanovista de que salió armado Shepílov en sus breves andanzas por los vericuetos del arte. Es un preceptor político, indiscutiblemente: "Pido que se me comprenda bien. No cabe la menor duda de que se necesitan cuadros de género, paisajes, bodegones, todo ello enriquece el mundo espiritual y estético del hombre. Pero ¿no está claro que para nosotros tienen un valor especial las obras que reproducen los aspectos importantes de la realidad socialista, los procesos sustanciales del desarrollo social?" Si trozamos de su contexto la pregunta, este párrafo de Shepílov carecerá de significación estética. Posee un sentido sociológico, en cambio, y amplias proyecciones políticas. No se aleja un ápice, a pesar de la figura retórica con la cual principia, de la línea de Zhdánov. Se trata de una línea político-pedagógica inconsecuente con la dimensión privativa de la obra de arte y con el movimiento artístico. Se ha negado a atender las innumerables críticas repitiendo como si nada los viejos cánones de 1934. Convendría haberle recordado que "los esquemas estereotipados son el receptáculo de toda clase de basura y suciedad, son formas en que se manifiestan el subjetivismo y el sectarismo. Los clichés ocasionan daño a las gentes, estorban la causa de la revolución. Es necesario acabar con ellos" (Mao Tse-tung, "Por un estilo correcto en el trabajo del Partido", *Liberación,* núm. 3, México, p. 59).

No entiendo, por consiguiente, la noticia suministrada por

Vercors (véase "Dialogue in USSR", *National Guardian,* 3 de junio, 1957) de que a los pintores soviéticos les pareció el discurso de Shepílov "una nueva carta en favor de la libertad artística, una promesa de que, en lo futuro, el realismo socialista será bastante flexible como para permitir la buena pintura de cualquier género". O no entendieron lo que decía el antiguo director de *Pravda,* o bien la situación interna no toleraba una interpretación diferente. Quizá corrobore esto último la caída de Shepílov y demás propugnadores de una línea stalinista, en el peor sentido del término.

IV. *Cuestión de fondo y fondo de la cuestión*

Es un doble fondo, en apariencia, que comprende dos problemas: el del realismo socialista y el del arte. A la postre, sólo subsiste el problema del arte desprendido de la teoría —casi inexistente— y la práctica del realismo socialista.

A este fondo, apenas si comienzan a asomarse algunos pensadores (aludo, desde luego, al campo del marxismo, oficial o no). Mencionamos en su oportunidad a Kolakowski, de la Universidad de Varsovia, quien termina esbozando una postura idealista-metafísica.

Otro cuento es el de los numerosos críticos que aparecen en nuestro panorama del arte soviético. O los enfoques chinos y polacos. Ninguno de ellos toca el fondo de la cuestión. Porque la exhibición de la pobreza de este arte ha de llevar a preguntarnos por la legitimidad de sus fundamentos, los cuales, dondequiera que se han establecido, empequeñecieron y deformaron el arte. Además, en China y en Polonia (no se diga en otros países cuya estructura difiere de la de la URSS todavía más), la política del realismo socialista ha sembrado la división en las filas intelectuales y aislado, por consiguiente, a sus candorosos defensores; por último, casi ha escindido la unidad de la cultura al parangonarse en sus efectos con la miope política staliniana en el dominio de la ciencia.

En la definición que sigue, Shepílov procede acumulativamente: "El método del realismo socialista —método creador del arte soviético— exige la representación veraz y concreta, desde el punto de vista histórico, de la realidad en su desarrollo revolucionario, ayuda al artista a penetrar en la esencia de los fenómenos vitales, a descubrir las leyes que les rigen, a ver en la

superficie la hondura de los procesos y la perspectiva de su avance".

La teoría del realismo socialista se agota en esta definición. Algunas otras tesis —la de lo típico, la de la armonía de forma y contenido, con el primado de éste— no aportan nada sustancial, son complementarias. Y ocurre que la definición —fiel trasunto de las que se vienen prodigando desde Shdánov— se antoja muy bonita, tiene un penetrante sabor científico, pero ni por asomos percibe algo que se parezca a un criterio estético. Si la desmembramos, saltará a la vista que probablemente el método tendrá consecuencias sociales, políticas o pedagógicas, pero no artísticas. Que es precisamente lo ocurrido en todas las esferas del arte soviético, salvo honrosas excepciones que justifican la regla, desde la aparición de su método.

Al árbol se le conoce por sus frutos. Y los del realismo socialista —método prohijado mundialmente— fueron de pobre calidad artística, aunque medicinales, eso sí. Pero medicinas mal preparadas, pócimas baratas que a poco se van desechando, pues hay en el mercado brebajes curativos, vacunas contra los virus de clase, de gusto superior y de mayores efectos. Se prefieren, digamos, verdaderas obras de arte —y no simples medicinas o palmetazos de dómine— creadas por manos seguras que no se entregan a ningún realismo socialista, aun cuando puedan seguir los dictados de una profunda sensación de pueblo ("pueblo me soy").

La pintura soviética no puede competir con la Escuela Mexicana, con Permeke o con Portinari, ya no se diga con Picasso. La gran literatura social de América (Estados Unidos, Brasil, Ecuador), la de Europa, dejan chica a la del realismo soviético más divulgado. El Prokófiev "formalista" es superior al "realista' y, desde luego, un Villalobos o un Bartok, un Falla o un Milhaud, un Ravel o un Stravinski están por encima de los autores de "cantos optimistas" y marchas aludidos por Shepílov.

Antes del realismo socialista estaba no sólo el maravilloso Prokófiev joven, también Maiakovski, Esenin, Block, el Gladkov de *Cemento,* el Fedin de *Las ciudades y los años* (cuya técnica recuerda *Eyeless in Gaza* y Dos Passos), Pilniak, el Leonov de *Edificación,* en fin, la pléyade de "novelistas de la Rusia roja" que editaban *Jasón* y *Cenit,* casas españolas. Shólojov y Gorki pertenecen en lo fundamental a la misma época; tam-

bién, el mejor Ehrenburg y, por supuesto, Eisenstein, Meierjold, el cine ruso de la época muda.

Fuera de la URSS, ni Brecht, ni Neruda, ni Miguel Hernández o Lorca, ni O'Casey o Bernard Shaw, Chaplin o Piscator, Masereel o Méndez o Kollwitz, ninguno, que yo sepa, carece de pueblo ni de grandeza y, sin embargo, poco o nada han tenido que ver con el realismo socialista.

¿Estamos entonces ante un *ismo* de gran resonancia, pero inferior a otros? ¿O la inferioridad debe tratarse como degeneración y decadencia, no sólo artística, sino social, histórica?

No puede tratarse de un *ismo* porque desde sus orígenes aparece como una política oficial y no como una técnica creativa. Ha operado en forma tangencial sin adentrarse en el cuerpo palpitante del fenómeno artístico. Su afán continuo ha sido *popularizar* el arte, *extenderlo* a todas las capas de la población (cuyo analfabetismo, en la época de los zares, daba la cifra de 76%, desde los nueve años de edad para arriba); y del lado del artista, infundirle el sentido de la comunidad propiciando la ruptura de su aislamiento. Los intereses del realismo socialista son eminentemente educativos y políticos. Traslucen la racionalidad de la polis colectivista, bien diferente de la dialéctica del fenómeno estético. Y si estas diferencias no consigue vislumbrarlas el realismo socialista, pueden transformarse, como de hecho ha ocurrido, en contradicciones entorpecedoras. En cambio, la racionalidad del Estado burgués —mucho menos acentuada que la del Estado socialista[4]— parece producir choques indirectos que afectan al arte de otro modo (sin que el artista se dé cuenta), por ejemplo, angostándolo y angustiándolo, individualizándolo al máximo, hasta el borde de la irracionalidad, *hybris de nuestro siglo* (a propósito, hay que insistir en el actual significado sociológico de la irracionalidad del individuo, principio clásico de la ontología).

¿Puede ser un síntoma de decadencia el realismo socialista? ¿Así lo acreditan las muestras clásicas del arte por él inspirado? La URSS es reconocida hoy, por tirios y troyanos, como la segunda potencia del mundo. Son conocidos los porcentajes de su notable crecimiento económico, a partir de octubre. Y por lo que toca a sus bienes culturales, vale la pena transcribir la siguiente información de S. V. Kaftanov, primer viceministro de Cultura de la URSS: "Si antes de la Revolución, tres cuartas partes de la población de Rusia era analfabeta y, por añadidura,

[4] Cf. Paul Ricoeur, "Le paradoxe politique", *Esprit,* núm. 5, 1957.

unas 60 nacionalidades carecían incluso de escritura, en la actualidad la URSS es un país sin un solo analfabeto. Ha ascendido a 213,000 el número de escuelas. Se han implantado la enseñanza secundaria y la instrucción politécnica" con carácter obligatorio, dando el Estado al respecto toda clase de facilidades.

Otro dato impresionante: *El médico a palos y George Dandin,* de Moliére, se representan con gran éxito, en lengua *tuvina,* en el centro de la Siberia asiática. Y Tuva era una región de chamanes que carecía de lenguaje escrito.[5]

Ehrenburg ha podido calcular en su país la existencia de unos cien millones de lectores de Balzac, pensando con razón que el rasgo primero del desarrollo cultural de la URSS es el despertar de todo un pueblo a la vida de la cultura.

Dos últimos datos: el vicepresidente de los Estados Unidos, Nixon, confesaba con alarma en un discurso pronunciado el 11 de mayo de 1957: "... el año pasado hubo en Rusia 53,000 graduados de las facultades de ciencias contra 38,000 en las universidades norteamericanas".

Y dos días después, el doctor Milton Eisenhower declaró, entre otras cosas, al inaugurar el simposio interamericano de "átomos para la paz": "... la Unión Soviética tendrá, entre 1950 y 1960, un millón doscientos mil ingenieros graduados y hombres de ciencia. Al ritmo actual, los Estados Unidos tendrán 900 mil elementos entrenados durante el mismo período".

La inferioridad del realismo socialista no obedece pues a un fenómeno de decadencia general. Está en su naturaleza misma, en su carácter de método extra-artístico, cuando no francamente antiartístico. La paideia comunista estructura y agota su ser. En el mundo socialista —con las excepciones señaladas— se propone el reclutamiento ideológico para construir el comunismo. Se pretende hacer del arte un trabajo *productivo,* una inversión costeable, no en el sentido del lucro capitalista, sino en función del interés común (éste, en vías de realización histórica y no meramente jurídica o moral).

Fuera de la órbita socialista, el método de Shdánov y Shepílov aparece, en los medios izquierdizantes, como un arma en la lucha por la revolución.

En ambos casos, el realismo socialista y, por consiguiente, el arte, surge mediatizado por un valor supremo: la utilidad;

[5] Cf. Yu. Alianski, "En el centro de Asia", *Literatura Soviética,* Moscú, núm. 2, 1957.

en el primer caso, la utilidad socioeconómica; en el segundo, la utilidad sociorrevolucionaria. Equivale, en consecuencia, a una prolongación de la política económica y de la política revolucionaria, respectivamente, por otros medios. Por añadidura, denota una concepción guerrera de la historia: la batalla contra lo viejo, contra la reacción. La belicosidad (denuncias, proclamas sociales) es su sino, antes de la revolución; después, el utilitarismo proletario, no comercial, revolucionado más que revolucionante.

Puntos concretos. El escritor polaco Toeplitz se empeñó en demostrar que el realismo socialista es la línea stalinista en el terreno del arte. Y por "stalinista" no entiende precisamente el denodado antimperialismo de Stalin y seguidores. Según él, la URSS pasó del racionalismo ilustrado de Lenin —vigente en todos los órdenes de la vida soviética— al primitivismo despótico de Stalin. Civilización y barbarie.

En 1934, el I Congreso de Escritores Soviéticos dio fe del nacimiento de una flamante política en materia de arte introducida por Zhdánov y prohijada por Gorki. Aquél, como lugarteniente de Stalin, cumplía la misión de imponer a los artistas un camino determinado, sin un previo análisis de las tendencias que avivaban el ambiente intelectual de la joven URSS. La compulsión —engendrada en el subjetivismo dogmatizante impugnado acremente por Mao Tse-tung— venía a sustituir la ecuanimidad de Lenin, el difícil equilibrio de teoría y práctica. Iban a olvidarse los tiempos en que el jefe del primer estado de obreros y campesinos manifestara interés y respeto por la obra de un enemigo: el escritor satírico Averchenko.

Según Toeplitz, las ideas literarias un tanto *populistas* de Gorki favorecieron la línea Stalin-Zhdánov. Se principió a igualar hacia abajo y no hacia arriba, como siempre lo había querido la mejor tradición cultural rusa. Se hizo del pueblo un fetiche, por más que el ruso conservara aún los signos de su atraso secular. Y el resultado para el arte fue catastrófico. Descendió al parejo de la jurisprudencia ilegal —valga la paradoja— de un Vishinski, de la ciencia politizada de un Lisenko, integrando un conjunto aberrante (para lo que puede y debe ser el humanismo socialista) que los soviéticos denominan ahora "culto a la personalidad".

Toeplitz hace profesión de fe marxista. Sin embargo, no toca él —ni tampoco sus compañeros de armas— el punto medular del entrecruzamiento de las condiciones objetivas y sub-

jetivas, dentro del marco histórico de la aparición del realismo socialista.

¿Justificaba la situación de la URSS el implantamiento de medidas drásticas? Los planes quinquenales habían triunfado. El sistema koljosiano —con su desplazamiento de la tenencia individual de la tierra por los *kulaks*— cimentaba firmemente la revolución de 1917. Funcionaban los programas industriales, los combinados aumentaban la producción. Se había conquistado la unidad política. La resistencia interior y exterior carecía de apoyos reales. Estaban sentadas las premisas históricas de la Constitución socialista que habría de promulgarse en 1936. El XVII Congreso del Partido, celebrado en enero de 1954, siete meses antes del realismo socialista, fue el "congreso de los vencedores". ¿Se justificaba la política de mano dura, el viraje del racionalismo ilustrado de Lenin al primitivismo despótico de Stalin?

La presión y represión anejas al realismo socialista y, en general, a la línea Stalin, se quiso fundamentar en la teoría del recrudecimiento de la lucha de clases en el período intermedio de la dictadura del proletariado. La tesis no era justa y hoy está en bancarrota. Por consiguiente, las condiciones subjetivas del bolchevismo entonces, su aptitud teórico-práctica global, sufrieron un fuerte golpe por no coincidir ni remotamente con la realidad. El Partido soviético se vio arrastrado a remolque —y con él, los restantes, hasta hace poco— de serias limitaciones subjetivistas cuyas consecuencias aún agobian al mundo entero. Además, es la fuente de los clisés, de las fórmulas hueras y vagas, del *magister dixit,* del olímpico desprecio a las teorías ajenas y hasta de cierta vana y perniciosa suficiencia "marxista". La dialéctica se ha aplicado con éxito, a pesar de todo, en los diferentes campos de la política económica e internacional, pero ha brillado por su ausencia en la esfera de la política intelectual afectando al desarrollo, en el orbe marxista, de cada una de las profesiones y, en particular, de la vida artística. Lo cual, desde luego, no es descubrimiento mío.

Ahora bien, se hicieron posibles los yerros del realismo socialista, sin desvalorizar otros factores, por la falta de una profunda investigación marxista en el terreno del arte. En Marx y Engels sólo hay atisbos. Mientras que un Mehring, un Bujarin, un Lukacs, un Aragon, han ensayado en forma admirable la crítica de arte con proyecciones sociológicas. Pero de estética

propiamente dicha, nada o casi nada, hasta hoy que surge Burov.[6]

Esta laguna del marxismo, me induce a creer que sólo remediándola podrá madurar una saludable y fecunda política en materia de arte. Mientras tanto, con o sin Shepílov, es factible que el realismo socialista se sobreviva a sí mismo, a pesar de los síntomas renovadores de aquí y de allá.

La política en materia de arte es fundamental para un Estado y un Partido cuyo propósito es la máxima racionalidad posible en sus funciones. Paul Ricoeur —en el luminosísimo ensayo que mencioné antes— ha demostrado que no se trata de una intromisión ilícita, sino de un *logos* más extenso por naturaleza y superior al de un Estado y un partido burgueses. Pero hasta aquí la cuestión política y no rozaremos siquiera el problema debatido por Ricoeur: los límites de ese poder, por *lógico* que sea. Una constancia, simplemente: Jruschov dijo en su informe al XX Congreso que se debería "resolver también el problema de crear todas las premisas espirituales para llevar a cabo la histórica transición de la fase inferior del comunismo a su fase superior". Una de esas premisas es justamente el desarrollo sano del arte y de la ciencia.

V. *Anteproyectos*

1º Parece inaplicable el realismo socialista. No casa con momentos ejemplares del fenómeno artístico. Piénsese no ya en la lista arriba mencionada, sino en Homero, Kalidasa, Dante, fray Luis de León, las joyas del arte religioso de edades y rumbos diferentes, etc.

2º No siendo el arte crematístico en su esencia, es rebelde a un criterio estrechamente utilitario. Rebasa las sociedades históricas, aun estando preñado de *polis* y, por lo mismo, de política. Su utilidad única es intrínsecamente humana, porque su

[6] Burov merece capítulo aparte. No suscribo por entero sus ideas, pero son *ideas,* al fin y al cabo. Me parece que tiende a confundir la moral con el arte, confusión, sin duda, de noble abolengo. También, por añadidura, el humanismo en sentido ético y el humanismo del genuino arte que nos hace sentir lo humano y sentirnos hombres, compadecernos. Pasión y com-pasión. (Cf. A. Burov, "Dos problemas fundamentales de la estética marxista", *Literatura Soviética,* núm. 3, 1957). Por cierto que el Burov de hoy es muy superior al Burov de tiempos de Stalin.

negocio es el hombre. El arte, como la ciencia genuina, sirve para humanizar. Inclusive el arte "feo", u oscuro, si cuaja valores expresivos. Claro, la ciencia —al través de la técnica— es un factor de progreso material y no sólo espiritual, como el arte. Empero, ¿están o no, ambos progresos, influyéndose mutuamente?

3º Ya Marx observaba un "desigual desarrollo entre la producción material y la artística", lo cual echaba por tierra la común noción de progreso, por abstracta e inconsistente, es decir, por metafísica. Nadie se ha ocupado en estudiar, a la luz de esto, el retardo de los sistemas de propiedad privada en comparación con su mejor arte; o el fenómeno opuesto señalado en los regímenes de propiedad colectiva.

4º Es un lugar común el tema del objeto artístico *permanente*. El arte verdadero perdura, se dice. Y la historia entra así en incómodo conflicto con la pretendida y platónica eternidad de los valores. Pero es el caso que sólo las categorías históricas de lo continuo y lo discontinuo pueden reorientarnos. Pocos marxistas han entrevisto el problema y nada más repiten, sin profundizarlos, los conceptos célebres de Marx sobre la vigencia del arte griego.

5º Es dudoso que el arte pertenezca de lleno a la superestructura, en el mismo nivel que la política. Ya existen al respecto las advertencias de Lu Ting-yi, entre otras. Tampoco es el arte totalmente ideológico. Para ambos problemas, Marx, Engels, Stalin *(El marxismo y la lingüística)*, Lukacs, Desanti, Lefebvre, están pidiendo la atención de propios y ajenos.

6º Otras cuestiones que descuida el marxismo, por lo cual sofoca de antemano cualquier intento de polémica fecunda: materia y forma en el arte; universalismo-nacionalismo; abstracción-realidad; contradicción entre la vida intelectual y la política (o la politiquería); nivelación cultural: "Consiste nuestro ideal político en igualar hacia arriba, no hacia abajo" (Alfonso Reyes).

VISIÓN DE ASIA

Por *Julio ALVAREZ DEL VAYO*

APARECERÁ en español y en extenso (en la Editorial Grijalbo de México) las impresiones de este primer contacto con Asia. Hoy nos limitamos a reunir aquí algunas notas de viaje poniendo el énfasis en China. Ha sido uno de los desastres y no el menor de la guerra fría el desfigurar la realidad de las cosas. Varios factores han contribuido a que esto ocurriese. De un lado las restricciones en la libertad de movimiento. En este mismo instante en que envío estas cuartillas, los editores de la prensa norteamericana, comenzando por la republicana, es decir por la más afecta a la presente Administración de los Estados Unidos —véase el editorial de la *New York Herald Tribune* del 23 de julio— se revuelven nuevamente contra la obstinación del Secretario de Estado Foster Dulles en ser él quien decida cuáles y en qué número de los periodistas de su país han de recibir el necesario pasaporte para desplazarse a China e informar a sus lectores. Durante mi estancia allí recayó sobre mí el honor de representar sólo la prensa norteamericana al escribir para uno de sus periódicos; pero, únicamente porque circunstancias políticas me habían hecho voluntariamente un apátrida, sin otros papeles que los dados por la Prefectura de Policía de París a un refugiado. El hecho de no tener un pasaporte americano le hacía imposible a las autoridades americanas el privarle a uno de lo que no existía. Una situación en sí misma poco envidiable desde el punto de vista de la documentación, se transformaba de pronto en privilegio.

Del otro lado, las restricciones en la libertad de opinar. También la guerra fría ha ido acumulando sus repercusiones nefastas sobre la libertad de pensamiento. Apenas se apuntaba en el horizonte, cuando el autor de estas notas escribió, precisamente en una publicación de los Estados Unidos, que el chantaje que se le ofrecía a la reacción con la atmósfera que la gue-

rra fría iba creando, terminaría por triunfar. Que en muchos casos el pánico a saberse sospechado de negarse rotundamente a ser alistado en ninguna clase de cruzada, iría mermando el número de escritores verdaderamente independientes y capaces de correr el riesgo, o de comparecer ante uno de los tribunales de investigación nacidos en el curso de la lucha contra el comunismo, o simplemente de perder sus puestos en el periódico, o en la radio.

Así la información sobre China y aunque existan ya una docena en distintos idiomas de libros excelentes, ha pecado en general, de defectuosa, o de parcial. Si un historiador humorista de sólo diez años más tarde de hoy se dedicase a recordar lo que se ha dicho y se dice sobre la Nueva China —lo que se ha dicho en desprecio deliberado o inconsciente de los hechos— desde 1949 hasta ahora, produciría una obra que para cuando apareciese resultaría por lo disparatada, divertida. Estas notas sueltas y parciales que ofrecemos hoy tienen un único valor, el de la espontaneidad, el de haber sido registradas sobre el terreno y sobre la marcha, diciendo simplemente lo que uno ha visto y oído. Para mantenerlas en su espontaneidad inicial, ni siquiera hemos intentado retoques de estilo.

Chengtu

HEMOS dejado Peking —naturalmente para volver a él— con un vasto recorrido delante de nosotros a través de las más importantes regiones agrícolas e industriales de China. Para dar una idea de lo que vamos a visitar no hay sino citar las etapas principales: Chengtu; Chungking, Wuhan; Nanking; Shanghai; Hangchow; Tientsin; Changchun; Shenyang, Fushun; Anshan. Luego a la salida de China nos detendremos en Cantón.

1957 es un buen momento para ver China. Marca el término del Primer Plan Quinquenal y el paso al Segundo. Gracias a los contactos que asegura la relación con el Instituto de Asuntos Internacionales se nos ofrece una ocasión única de ser orientados por los mejores especialistas en cada materia. Como el Occidente y sus políticos están demostrando tal incapacidad de aprender las lecciones de la historia, es posible que con los Planes Quinquenales Chinos ocurra lo mismo que ocurrió con los Soviéticos. Durante diez años, de 1931 a 1941, las estadísticas rusas fueron descartadas por los occidentales como pura

propaganda. Sólo una minoría de gente bien informada las aceptaba como dignas de crédito. Así al ser atacada Rusia por Hitler la mayoría de la gente descontó la victoria hitleriana. Recuerdo cómo en los Estados Unidos los "expertos" en cuestiones soviéticas que dieron a conocer su opinión en los primeros días y meses sobre la capacidad de resistir de Rusia en la radio, en la prensa, en las conferencias de discusión organizadas por las Universidades, se expresaban en su mayoría en un tono muy pesimista. No habían sabido valorar bien el esfuerzo ruso en el dominio de la industrialización y de la organización. El que pagó más caro su error de cálculo fue el propio Hitler.

Igualmente hoy, antes de venir aquí, leí en algunas publicaciones serias occidentales las mismas reservas sobre la presente marcha de la industrialización en este país. No en todas. Había, por ejemplo, una serie de artículos muy bien documentados en el *Times* de Londres realzando los resultados de los primeros años del Primer Plan Quinquenal chino. En todo caso sobre el terreno estamos y vamos a ensayar de formarnos una idea justa —y de reflejarla.

Chengtu se halla a siete horas de vuelo de Peking y la presa que visitamos ayer a cincuenta kilómetros en coche de esta ciudad. El cuadro que ofrece la carretera vale ya de por sí la excursión. Es como una nueva "Marcha larga" a la que va unido para siempre el nombre de Mao Tse-tung y en la que aparte de revelarse el genio militar de este dirigente de cualidades múltiples, templó su espíritu de heroísmo, disciplina e iniciativa el ejército que en 1949 iba a derrotar definitivamente a efectivos infinitamente superiores, las fuerzas de Chang Kai-shek, que disponían del más moderno armamento norteamericano.

Aquélla fue una Marcha Larga revolucionaria y militar. Ésta es la Marcha Larga de la Construcción.

Por la carretera avanza, sin otros intervalos que los físicamente obligados para no tropezar unos con otros o para abrir paso a los raros coches y camiones, una interminable riada humana llevando sobre bambús, carretillas, carretas de bueyes o caballerías las mercancías y materiales más diversos. "Se utilizan todos los medios de transporte" nos dice nuestro guía. Lo mismo montones de coles balanceándose sobre la cabeza o sobre las clásicas balanzas de bambú, que maderas para la edificación. Uno se imagina lo que rendirá esta muchedumbre el día en que en lugar de tener que recurrir a cuanto pueda ser utilizado para que no se interrumpa la gran obra emprendida, dis-

ponga de camiones en abundancia sobre estas carreteras abiertas ya en medio de las tierras intransitables de ayer. Y se explica el que el gobierno chino ponga en la industrialización tal empeño y en particular en la industria pesada, ya que la producción en la cantidad que prevé el Segundo Plan Quinquenal de camiones, no sólo acelerará el progreso del país, sino que hará el trabajo más fácil. Que es en su propio beneficio lo sabe bien esta masa impresionante que avanza por la carretera y cuyos antepasados, exceptuada una minoría, llevaban una existencia miserable entre harapos, miserias y enfermedades descuidadas, que hoy conocen a qué ritmo trabajan las fábricas de textiles para vestirles; tienen sus hospitales y perciben, para ellos y para sus hijos, un futuro mejor.

Al fin de nuestro camino se alza el templo en honor de Lee Ping, el gran Gobernador bajo la dinastía Tsin, a quien corresponde la gloria de este proyecto de irrigación ideado hace dos mil doscientos años y que sirve de punto de arranque a los proyectos hidráulicos hoy ya en vías de realización. El pasado y el porvenir se enlazan aquí como en tantos otros casos en China y la minuciosa descripción que se nos hace sobre un mapa iluminado de la obra de Lee Ping, termina con una alusión a la continuidad que constituye las dos empresas separadas por más de dos siglos de distancia.

El templo es magnífico. Una gigantesca estatua de vivos colores, de Lee Ping, con las barbas de la misma contextura que las que llevan los magnates y magistrados en los escenarios de la Ópera de Peking, simboliza la grandeza de un período en el que se hacía ya frente a las inundaciones, plaga secular, al mismo tiempo que se atendía a aumentar la fertilidad de la tierra. El mismo doble objetivo de la actual planificación.

"Es uno de los más grandes proyectos de nuestros antecesores" nos dice la antigua estudianta de agricultura, hoy especializada en irrigación, a pesar de su juventud, al explicarnos cómo el Gobernador decidió dividir en dos partes el río Ming, que va a desembocar en el famoso río Yang Tse cuyo recorrido figura en nuestro programa. Para su época una empresa fabulosa. Durante centenares de años el prestigio de su iniciador se mantuvo y el Templo se convirtió en un lugar de peregrinaje popular. "El país de la riqueza", con ese nombre pasó de dinastía a dinastía, de generación a generación. Las crónicas cuentan cómo aumentó la producción en las tierras pródigamente regadas.

Una combinación feliz de montaña y río dan al paisaje que se admira desde el Templo una belleza que seguramente quedará para siempre grabada en nuestra memoria. Descendemos al valle para examinar de cerca el puente de bambú y a medida que nos aproximamos, lo vemos moverse graciosamente bajo el peso de los campesinos que lo cruzan. Para China es bien moderno; construido sólo hace ciento cincuenta años, pero de una resistencia probada. El bambú saca de todas las dificultades. Con él se transporta lo que hemos referido; provee el tejado de las casas transitorias para campesinos mientras se edifican otras más sólidas; de él están hechos los muebles de las viviendas que visitamos en una Cooperativa Agrícola, a la salida de Chengtu.

En la parte superior del valle se trabaja hoy activamente en el primero de los siete proyectos hidráulicos que una vez terminados supondrán 3.690,000 kilowats al servicio de la agricultura modernizada. Ocho veces mayor que el de Chungking al que ya se concedía considerable valor. El área de irrigación proyectada abarca el 80% de la totalidad del llano. Es en importancia el segundo proyecto de irrigación en China. Y por lo que nos dicen relativamente económico. Contribuirá a aumentar enormemente la riqueza agrícola de la región. Se incluye en las grandes obras del Segundo Plan Quinquenal (1957-1962).

En 1949 la producción de cereales había descendido a las tres cuartas partes de antes de la guerra que era ya de por sí bastante baja. El Kuomintang con Chiang Kai-shek como jefe se había ocupado más de tratar de liquidar a sus adversarios chinos, que en combatir la miseria. El algodón había descendido a la mitad y este sencillo pero limpio vestido azul, tejido en sus grandes fábricas textiles, que lleva el chino de hoy hubiese parecido entonces un sueño. No cabía importar. El gobierno de la China Popular tenía al contrario que ver en esos dos o tres años que siguen a su advenimiento qué es lo que podía exportar para comprar maquinaria y utensilios. Afortunadamente la tierra está ahí, esta tierra que actualmente da en la región de Chengtu, tres cosechas anuales. Y enseguida comienza la acción a fondo, con energía combinada de comprensión y elasticidad para aumentar la producción agrícola, ganando a los campesinos a la causa.

Las dificultades, entre ellas la carencia de parte de los campesinos pobres de capitales de explotación, fueron supe-

radas. Se organizó el crédito agrícola y las cooperativas. Un año antes de lo señalado en el informe del Presidente Mao de 1955 como objetivo para ser logrado únicamente en la primavera de 1958, la mitad de los campesinos chinos están ya agrupados en cooperativas. Más allá del Segundo Plan Quinquenal que todavía no ha comenzado a ser puesto en práctica, otro cálculo oficial prevé que para 1967, todas las cooperativas en China no sólo satisfarán sus propias necesidades y las del Estado en granos, sino que tendrán para dos años de reserva almacenados en sus graneros.

A eso contribuirán los proyectos de irrigación como éste que acabamos de visitar, la movilización para la producción de tierras hoy todavía no cultivadas, la "mecanización" de la agricultura, los innumerables trabajos que se están haciendo por todas partes para proveer al campo de energía eléctrica y de la maquinaria agrícola que antes tenía que ser importada y que ahora se fabrica en el país. La mecanización ocupa en todos estos planes el lugar que le corresponde, pero en el elogio del tractor, uno de los temas de la propaganda en el campo y que ha inspirado "La canción del tractor" que tanto me ha recordado algunos de los corridos revolucionarios mexicanos, la iniciativa, la laboriosidad proverbiales del campesino no han sido olvidados. La manera en que ha sido llevada adelante la Reforma Agraria confirma hasta qué punto los dirigentes chinos son inmunes a las abstracciones y a las fórmulas rígidas y cómo lo que menos puede reprochárseles es un sectarismo dogmático.

Wuhan

CHINA lleva adelante su programa de industrialización segura de que sus recursos casi ilimitados materiales y humanos van a permitirle realizar lo que mucha gente en el extranjero juzgaba enteramente utópico dado lo atrasado de su técnica y el carácter predominantemente agrario de su economía. De los 487 proyectos "mayores" que constituyen como la espina dorsal de su programa, 175 estarán terminados antes de fines de año. En 1957 las inversiones continúan concentradas en carbón, energía eléctrica y las industrias metalúrgicas. Más de 400,000 kilowats serán añadidos durante este año a su capacidad de suministro de energía. Cuando el presente régimen vino al poder el total de su potencial de energía eléctrica no excedía de . . .

1.800,000 kilowats. Ahora su objetivo es de 1.400 a 1.500,000 Kw. por año. Será alcanzado antes de que termine el Segundo Plan Quinquenal, es decir en 1962.

Alentados por los resultados obtenidos; con la mayoría de los objetivos señalados en el Primer Plan Quinquenal logrados ya ahora, en abril de 1957, ocho meses antes de lo previsto, no es de extrañar el encontrarse en los puestos de dirección con hombres que miran a diez años de distancia, hacia 1967, cuando se vuelva la última página del Tercer Plan Quinquenal.

Todo ha sido preparado para ampliar las bases industriales ya existentes en el noroeste de China, en la China central y en la Mongolia interior y para comenzar la construcción de nuevas bases en el sudoeste de China y en el Norte occidental, siempre con el triple objetivo principal: energía eléctrica, carbón, hierro y acero. Según la información que obtuve en la Comisión Estatal de Planificación en Peking, se espera para 1962 —fin del Segundo Plan Quinquenal— ver aumentada la energía en seis veces; la producción de carbón en tres veces; la de acero en nueve veces en relación con 1952. De 923,000 toneladas de acero a que ascendía la producción anual de China en los años cumbre antes de la proclamación de la República Popular en 1949, se pasó en 1956 a 4,500.000 toneladas. Se calcula que dentro de diez años llegará a 28.000,000 de toneladas por año.

En Peking, primero en la Comisión Estatal para tener una visión de conjunto, luego en los diversos Ministerios a fin de darme cuenta de cómo la planificación era puesta en práctica en las diversas ramas de la producción, adquirí lo que podría llamarse la orientación teórica sobre un esfuerzo de consecuencias tan vastas no sólo para China sino, a la larga, para la economía mundial. Con todas las cifras y explicaciones necesarias vine a Wuhan. No pienso salir de China sin visitar también Anshan, "la ciudad del acero", de reputación ya firmemente establecida. Pero, tenía interés en asistir no ya al desarrollo, sino al nacimiento mismo de una de estas ciudades industriales y Wuhan era el lugar indicado. Es aquí donde la construcción del segundo en importancia "Complex" de hierro y acero, se halla en su período inicial.

Acompañado del señor Chu Yang, sub-gerente de la compañía de Construcción Metalúrgica y Química de Wuhan, de Chia Kuan Chuin, director de los servicios administrativos de la compañía y de Liu Sin Chen, uno de los dirigentes del sindicato,

recorrimos en coche las obras. Era obligado hacerlo así pues únicamente la serie de fábricas que van a instalarse abarcan una superficie de cinco kilómetros cuadrados. Sin contar las residencias para obreros y todo lo que compondrá la ciudad que va a remplazar en un par de años una gran extensión de tierra antes sin cultivar y que no rendía el menor servicio.

"Tuvimos que comenzar —me explica el señor Chu— por desbrozar el terreno. Según los expertos, con la tierra que se ha sacado de aquí, alineada metro por metro, habría para dar una vuelta y media al perímetro de la Tierra, de nuestro planeta. Pero, no confundamos —observa sonriendo— las cifras imaginarias con las reales. De hecho cuando todo esté terminado, si se añade a las fábricas las residencias obreras, las dependencias administrativas, los almacenes, puede calcularse la superficie total en treinta kilómetros cuadrados".

Contando los obreros y sus familias y el personal técnico y administrativo ya son ochenta mil personas para las que ha habido que resolver el problema de alojamiento. Ha sido resuelto en parte construyendo barriadas enteras cerca de las fábricas a fin de atender al mismo tiempo al problema de transporte. Este "Complex" tendrá a su servicio un ferrocarril propio de doscientos veinte kilómetros. El ferrocarril únicamente para transporte de la mercancía. Y también con la misma finalidad un canal que unirá las fábricas al río Yang Tse, ya que el transporte fluvial y marítimo resulta más económico que por ferrocarril. Luego vendrán las líneas de autobuses para servir a una población, tiendas, etcétera, que se estima subirá a unas doscientas mil personas.

Utilizamos en nuestro recorrido las carreteras más transitables todas ellas construidas paralelamente a los altos hornos. Al fondo se divisa una pequeña montaña. El señor Chu nos dice que dentro de poco desaparecerá para dejar sitio a una de las instalaciones proyectadas.

En realidad y aunque en la conversación corriente se hable de la fábrica en singular, son muchas agrupadas en derredor de los altos hornos de enormes dimensiones, uno de los cuales prácticamente terminado nos enseñan para que nos formemos una idea del conjunto. El Complex tal como proyectado consiste de: 1) una fábrica principal; 2) rodeada de seis grandes fábricas subsidiarias; 3) cada una de las subsidiarias rodeada de una cantidad respetable de pequeñas fábricas.

Después del almuerzo el señor Chu y sus asociados nos ex-

plican el proceso seguido en la concepción del proyecto. Nada de detalles técnicos que dirían poco a un profano. Sino la concepción general; como se dio todo el tiempo debido a elegir bien el lugar, a evitar desde el comienzo en la planificación como en la aplicación del plan errores cometidos en otras empresas anteriores. "Somos un país económicamente muy atrasado, con un técnica deficiente y tenemos que aprender a través de nuestra corta experiencia propia y de la experiencia de fuera". Pero, uno tiene por todas partes la impresión de que están aprendiendo bien rápidamente.

Liu Sin Chen, el líder sindical, nos habla del entusiasmo con que los obreros trabajan para que los plazos previstos se cumplan: primera sección del proyecto a terminar en 1960; el total en 1962. Y de cómo multiplican las sugestiones para mejorar la calidad y economizar en el costo. "Durante el año pasado los obreros sometieron seis mil ciento noventa y una sugestiones. De ellas tres mil trescientas treinta y cuatro fueron llevadas a la práctica, después de ser discutidas con la dirección y el personal técnico. Resultado: un ahorro de mil trescientas veinte toneladas de barras de acero, cuatro mil trescientas ocho toneladas de cemento y cinco mil ochocientos metros cúbicos de madera".

Es esta colaboración de las masas la que permite al presente régimen abordar con confianza las empresas más arduas. La determinación es evidente, pero el número también cuenta. Lo mismo en levantar fábricas que en las iniciativas para el bienestar público. En el extranjero se recibió con incredulidad la noticia de que las autoridades sanitarias habían decidido acabar con las moscas. No había para opinar distinto que pensar en los 600 millones de chinos. Con que cada chino se asignase la tarea de matar diez moscas, el país iba pronto a verse libre de esa plaga. Y así ha sido.

Al poner el acento sobre la industria pesada, los actuales gobernantes no se han dejado guiar exclusivamente por consideraciones teóricas. Éstas ejercen desde luego la influencia que cabe descontar en hombres formados en la escuela de pensamiento marxista-leninista. Pero, si su doctrina les lleva a recordar constantemente que el socialismo no puede arraigar en una economía agraria de pequeños campesinos, es que además la realidad china exige empresas como ésta de Wuhan. Sin ellas no hay modo de producir la maquinaria necesitada para la industria ligera y para modernizar la agricultura a la que hemos

visto en muchos sitios todavía tener que valerse de los instrumentos más rudimentarios de labranza.

De los altos hornos tienen que salir —como salen ya al ritmo que hemos mencionado— los materiales para las industrias de consumo, "las pequeñas comodidades diarias" que alegran las nuevas residencias obreras y las viviendas de los campesinos, en contraste con las chozas miserables antiguas, aun ahí pues aunque se construye cuanto se puede queda mucho por edificar.

Si la industria pesada fuese descuidada, los recursos naturales con ser inmensos, no podrían por sí mismos asegurar el bienestar de una población que ha tenido que ser provista de las cosas más elementales. Ni hubiese conocido la calle de Peking la animación que acompañó a la aparición de los "autobuses azules" puestos en circulación a los pocos días de llegar nosotros, cada pieza de ellos hecha en China; ni existiría la expectación por los primeros automóviles chinos que no tardarán en salir de sus fábricas.

Entre los objetivos de la planificación no es tampoco el menor el de librar al país de la servidumbre del extranjero en lo que concierne al aprovisionamiento de materias primas. Aquí el embargo decretado por el Occidente y prolongado más allá del fin de la guerra de Corea, en vez de desmoralizar ha servido de acicate. Es un estímulo más para llevar a feliz término el programa industrial y hacer más cercano el día en que no se tenga que depender de nadie.

Shanghai

SHANGHAI es la ciudad más grande de China, con una población que pasa ya de los seis millones, con edificios como el Hotel Chinkiang donde nos alojamos que tienen catorce pisos, cosa rara en este país, y con un pasado que es indispensable evocar para penetrar bien en el proceso que condujo a la situación actual.

Durante muchos años Shanghai fue objeto de un abuso escandaloso de parte del extranjero, secundado a veces por la corrupción administrativa y la codicia de un sector de la burguesía indígena. Recorriendo sus calles céntricas y sus barriadas extremas, uno va oyendo y reconstruyendo una época llena de explotación, miseria y sufrimiento. Fue a comienzos de siglo que la debilidad de China agravada por la incompetencia de los

consejeros de la decadente dinastía Manchú, desató la apetencia de las Grandes Potencias lanzándolas a una política de infiltración e intervención con el último objetivo de repartirse entre ellas el país.

Por su posición geográfica el Japón se encontraba en una situación particularmente favorable para anticiparse a las otras y sentar pie firme en el inmenso territorio vecino. Un tratado que ninguna dinastía anterior hubiese consentido en firmar —el Tratado de Shimonoseki— arrancó a China Taiwan (Formosa) y otras posesiones, o introdujo una nueva modalidad de dominación extranjera al imponer el establecimiento de las fábricas textiles japonesas que han dejado en Shanghai un recuerdo de horror.

Yo insistí en visitar los lugares en que vivía la población obrera china al servicio del capital japonés, y que incluso mejorados considerablemente hoy por las autoridades locales, provistos de servicio de agua y de luz eléctrica, de calles empedradas y rigiendo allí con el mismo rigor que en otras partes las ordenanzas de la "Campaña por la Salud", son algo que la alcaldía de Shanghai está impaciente de liquidar. Se aguarda únicamente a que las nuevas barriadas obreras abran espacio a una población duplicada desde el advenimiento del nuevo régimen.

En cuanto a las condiciones de trabajo que prevalecían en dichas fábricas bastará para hacerse una idea el hecho de que entre las demandas presentadas por los obreros chinos a la gerencia japonesa durante la huelga de 1925, figuraba "la abolición del sistema de azotes". Eso sólo hace treinta y dos años, cuando existían la Oficina Internacional del Trabajo y la Liga de las Naciones.

El derecho a establecer fábricas propias en las condiciones decididas por el país invasor, arrancado por primera vez a la corte de Peking, sentó el precedente para la dominación de China en gran escala por el capital extranjero. Naturalmente conforme a las puras conveniencias de éste y sin la menor preocupación por los problemas de soberanía.

Se imponía al país los empréstitos que los accionistas de fuera, apoyados por los gobiernos respectivos, estimaban que debían de ser "negociados". A veces para asegurar la construcción de nuevas líneas férreas teniendo en cuenta no los intereses nacionales, sino los de las compañías extranjeras; otras para pagar las indemnizaciones de guerra con lo cual el invasor se beneficiaba doblemente. China fue convertida así en lo que el Dr.

Sun Yat Sen, el gran luchador por la independencia nacional, el "precursor", tan venerado hoy aquí, caracterizó de "hipo-colonia", explotada no únicamente por una sola potencia sino por un conjunto de potencias en concurrencia abierta a ver cuál era la que sacaba mayor tajada.

Las Guerras del Opio del siglo pasado habían hecho escuela. Cuando China trataba de oponerse, se la dominaba por la fuerza para hacer de ella un mercado del veneno que, al mismo tiempo de enriquecer a sus proveedores extranjeros, debía adormecer y quebrar su capacidad de resistencia. Sin embargo se resistió en ocasiones que dejaron marcada Shanghai con su heroísmo. Hoy, al pasar por donde estuvieron instaladas las Concesiones, la Internacional, controlada por los anglosajones, la Francesa, escucha uno de labios de viejos residentes el relato de encuentros sangrientos entre obreros y estudiantes y la policía extranjera que disparaba sobre los manifestantes incluso cuando la protesta iba dirigida exclusivamente contra los opresores japoneses.

Son hechos de un pasado no tan lejano que deben de ser recordados al describir la Nueva China ya que como hemos dicho explican muchas de las cosas de hoy. Entre ellas este patriotismo ardiente que es uno de los signos distintivos actuales y que reune en el esfuerzo común por crear un país recio e independiente, a gentes de distinta ideología y de origen social diferente como sólo podría unirlos un sentimiento nacional profundo, más fuerte que toda disciplina y que toda coacción.

Explica también la actitud de los actuales gobernantes hacia la "ayuda extranjera" tal como la concibe el Senado norteamericano. Cuando en los últimos días del régimen de Chiang Kai-shek y en un último intento desesperado para salvarlo, altos funcionarios del Plan Marshall se desplazaron aquí, a Shanghai a ver si conseguían de los comunistas que detuvieran el avance del Ejército Popular e hiciesen las paces con el Generalísimo derrotado, la acogida que se les dispensó les enseñó con qué gentes tendrían que entendérselas en el futuro. Las ofertas de ayuda financiera fueron cortesmente declinadas. No es ninguna forma de "ayuda al extranjero" lo que China pide o aceptaría hoy, sino plena libertad de comercio.

Del otro Shanghai, paraíso de especuladores y aventureros, que sirviese de argumento a algunas malas películas y a ciertas novelas de espionaje e intriga, yo he reunido una información más seria y substancial y de mayor trascendencia política que

la popularizada en la pantalla. Pero, afortunadamente eso también pertenece al pasado. Shanghai es hoy una ciudad ordenada y laboriosa y con sus 1.400,000 obreros el centro industrial más importante de China, su producción representando la quinta parte de la producción nacional.

He visitado hasta ahora tres fábricas de distinto tipo y me quedan varias por ver. La de turbinas que antes del nuevo régimen ocupaba sólo unos centenares de obreros, es ahora una empresa con un personal de 4,000 entre obreros, administrativos y técnicos, y se prepara para una producción mucho mayor que la actual tan pronto como los hombres encargados de la planificación y de equilibrar la industria pesada y la industria ligera, den la orden de trabajar a toda marcha.

En ella encontré a un ingeniero Liu Cho Sin, que habla muy bien inglés y que me enseñó los viejos talleres y los nuevos conforme al criterio tan inteligente prevaleciente aquí de no perder la cabeza con los grandes proyectos y de utilizar hasta el último clavo. "En 1953" —me dice Mr. Liu— "el fabricar una turbina grande nos llevó tres años. En 1956 fabricamos treinta. Claro hay todavía mucho por andar, un camino largo en el campo de la industrialización. Pero, hemos sentado las bases para el avance gradual".

En cuanto a la calidad acabo de leer un comentario del periódico de la Compañía Phoenix-Heinrohr con la impresión causada a los industriales de la Alemania Occidental por los productos de acero chino expuestos en la reciente Feria de Leipzig. Dice: "Aun los más críticos observadores alemanes tienen que llevarse la impresión de la gran exposición china de que la estructura de ese país asiático se halla en transformación, con su industria progresando rápidamente, y de que una fuerza poderosa en el Lejano Oriente está creándose". Un elogio así de parte de la Alemania Occidental para un país comunista y además asiático, merece ciertamente ser tomado en consideración.

La fábrica de cubiertas para coches y bicicletas y zapatos de goma fue construida en 1928 por el padre de uno de sus actuales vicegerentes. Otro de ellos, Mr. Hung Nan Chu, que nos hace un relato muy interesante de las dificultades con que luchaba la fábrica, alternativamente bombardeada, ocupada o falta de materias primas y teniendo que importar toda la maquinaria es lo que se llama un "capitalista nacional". Es una categoría distinta de los "capitalistas burocráticos" y de los "compradores" —sub-agentes de las compañías extran-

jeras— y ha sido tratada también de manera diferente por el actual gobierno.

La curva ascendente de producción ilustra a la vez que el mayor rendimiento de la fábrica, la evolución de la situación nacional. En 1950, sólo 5,330 cubiertas; en 1956, 79,914. Este año más. Responde al presente esfuerzo por dotar al país de medios de locomoción propios, asegurando una mayor cantidad y evitando el gasto de adquisiciones en el extranjero. Todas las fábricas de su clase deberán producir intensamente para proveer de cubiertas a los camiones, tractores agrícolas, y los coches que no tardarán en salir de los talleres chinos. Cubiertas para bicicletas, en 950, 245,763; en 1956, 474,662. Una de las cosas que más nos llamó la atención al llegar a Peking fue encontrar una ciudad que por la abundancia de bicicletas recordaba Ginebra o Amsterdam. Zapatos de goma, en 1950, 5.292,147; en 1956, 10.782,186. Los necesita —cuantos produzca esta fábrica y las otras— una juventud que combina su pasión por el trabajo con el entusiasmo por los deportes. La otra mañana a las seis ya estaban jugando al basketball en el terreno de deportes de enfrente del hotel. Por la noche se les ve a las once —los terrenos están iluminados—; seguramente equipos de obreros jóvenes que entran al día siguiente en un segundo turno de trabajo.

La fábrica es de "propiedad conjunta", 20% capital del Estado, 80% capital privado. El hijo del antiguo dueño tiene un 20% de las acciones en que se distribuye la participación privada y este competente Mr. Hung posee también un buen paquete de ellas. Percibe además su sueldo de vice-gerente.

Por último la fábrica de estilográficas que produce una pluma Parker conforme al modelo americano, refleja el avance dado en la campaña contra el analfabetismo. Hace unos años no vendía lo que producía. Hoy las 240,000 plumas que salieron el mes pasado de sus talleres, se venden inmediatamente. Es una industria floreciente. En 1948, el año antes del advenimiento del nuevo régimen y uno de los mejores, China producía un millón de estilos. Ahora cuarenta millones al año. De un lado, los cuarenta y cinco millones de campesinos que estudian en sus horas libres; cada uno que aprende a escribir quiere su pluma. Del otro, la demanda del mercado asiático. La mejor pluma que nos mostró y que aún no había sido puesta a la venta, se venderá por 8 yuans, cuatro dólares americanos. Ningún otro país puede producirla de igual calidad más barata.

Ha llegado el momento de decir algo sobre el arte en la China de hoy. Y es de una de las formas más típicas del arte en este país —la Ópera— a la que va a ser dedicada esta nota.

De hecho es un alejamiento muy relativo del tema principal. La Ópera, "La Ópera de Peking" lo que no implica necesariamente una representación en la capital pues triunfa en todos los teatros de un extremo a otro de China, y la "Ópera local" se hallan íntimamente unidas al gran esfuerzo de construcción. Sus canciones favoritas, sus arias más aclamadas, le siguen a uno por dondequiera que se mueva. Además de ir a la Ópera en cada ocasión que se nos presenta y cualquiera que sea la ciudad en que nos detenemos en este recorrido que al final excederá los doce mil kilómetros, se oye Ópera en las salas de espera de los aeródromos; en los trenes; en el vapor que hace la travesía inolvidable del río Yang Tse; en los hospitales, en los colegios; en los talleres de la industria textil; por todos sitios.

Y es que a pesar de su estilo convencional la Ópera ha entrado de lleno en el corazón de las masas. La brillantez de su escenario, la riqueza de los trajes, la exquisitez de la representación no ha impedido que haya sido muchas veces el vehículo de la protesta contra el feudalismo, la burocracia y la corrupción. Uno de sus héroes más cerca del sentir del gran público es Yueh Fei (1103-1142 A. C.) asesinado por un Primer Ministro traidor por haber apelado al pueblo para hacer frente a la invasión extranjera.

La "Ópera de Peking" como muchas de las óperas locales es una combinación de dos elementos: canto y danza. Originariamente las dos cosas se excluían: los especializados en la danza no cantaban. La representación se reducía a movimiento y mímica. Los cantantes a su vez se limitaban a cantar. Más tarde todo se combinó y hoy es un conjunto de baile, cántico, mímica y diálogo. Pero, dentro de él la actriz o el actor excepcional decide el éxito de la representación.

Aquí en Shangai, vi una de las Óperas que me gustaron más: "Chin Hsiang-lien". Tema, el drama de una mujer abandonada. La época, la dinastía Sung. Su marido ha ido a la capital con el propósito de pasar el examen imperial. Su mujer no ha oído nada de él desde su partida. Los padres de él han perecido de hambre y al verse ella amenazada de la misma suerte, se ha lanzado, a través de ríos y montañas en su busca. Al llegar a la capital se informa de que ha pasado el examen con la más alta calificación, ha sido admitido en la corte, y no sólo

como alto funcionario, sino como consorte. De hecho es el yerno imperial.

Hsiang-lien, la esposa abandonada, logra una entrevista con él. Finge al principio no reconocerla. Después al evocar a sus padres y todo cuanto ella hizo por arrancarlos a la miseria parece enternecerse. Pero, es sólo un momento. Pronto el recuerdo de su presente posición, su afán de lujo y el gusto de mandar pasan por delante de todo otro sentimiento y ordena que su mujer y sus hijos sean arrojados fuera del palacio.

La esposa acude al Primer Ministro quien impresionado por sus súplicas sugiere que disfrazada de cantante tome parte en el festival palatino dedicado a celebrar el cumpleaños de su marido. En una escena magnífica Hsien-lien canta, entre lágrimas, el infortunio de una mujer abandonada. Horrorizado por la indiferencia y la crueldad del marido que no muestra la menor emoción y se conduce con insolente arrogancia, el Primer Ministro propone a Hsiang-lien que apele al Gobernador de Kaifeng Fu, que goza de una gran reputación de hombre justo. Temeroso de la intervención del Gobernador, el marido envía a uno de sus ayudantes a matar a su mujer y sus hijos. Que todo su pasado desaparezca de una vez para siempre. El emisario los encuentra en un templo, pero al escuchar la verdad de labios de Hsiang-Lien, prefiere suicidarse a perpetrar un crimen tan infame.

Ya no hay para ella sino una sola idea: librar a sus hijos de la muerte. El sentimiento de madre triunfa sobre el de mujer enamorada a pesar de todos los ultrajes. Apela al Gobernador. Seguro de su influencia el yerno imperial reta al Gobernador e incluso trata de matar a su mujer por su propia mano en la sala de justicia. Pero, el Gobernador se muestra firme. Uno de los ayudantes del marido corre a la corte a avisar del peligro y su nueva esposa la Princesa primero, la Emperatriz viuda después, vienen a exigir que les sea inmediatamente devuelto el acusado. En un conflicto de conciencia entre su respeto a la Emperatriz y su sentido de justicia el Gobernador decide abandonar su carrera, pero no sin antes dictar sentencia y enviar al acusado a morir bajo el hacha.

Es aquí en esta escena final cuando el entusiasmo de un público predominantemente obrero se desborda y la intérprete principal tiene que salir varias veces a la escena. Era desde luego esa noche una actriz y cantante excepcional, Chen Pai Hua, primer premio del festival dramático del año pasado.

Además de muy atractiva, una mujer dedicada de lleno a la presente tarea de construir una Nueva China. Políticamente muy activa. Cuando terminada la representación fuimos al escenario a felicitarla, me pidió que "en nombre de todas las actrices y actores de la Ópera de Peking transmitiese a los estudiantes de España y a todos los españoles que luchan por la liberación del país, los votos más cordiales por su victoria".

El mismo tema de la justicia inspira otra de las óperas que gozan actualmente de mayor popularidad, "Quince cuerdas de moneda". Es un drama del siglo XVII, olvidado en el curso del tiempo y descubierto por uno de los comités provinciales de cultura que se han asignado entre otras la tarea de explorar y desenterrar lo que haya de más valioso en el tesoro inagotable del arte chino. Traída a Peking ha sido uno de los grandes éxitos últimos. Un comerciante en bancarrota regresa a su hogar con quince cuerdas de monedas —monedas con un agujero en el medio para ser atadas— que ha obtenido prestadas de un pariente para tratar de salvar su negocio. Vuelve borracho y le cuenta a su hijastra una mentira, que la ha vendido por ese dinero. Llena de pánico la muchacha huye al campo tan pronto el padrastro cae dormido sobre la cama. Olvida cerrar la puerta y un ladrón de la vecindad entra, se apodera del dinero y al despertarse el viejo borracho y tratar de cerrarle la salida, lucha con él y lo mata. Todas las sospechas recaen sobre la muchacha. Para el magistrado que más tarde ha de juzgarla las sospechas se hacen evidencia al haber sido encontrada en un sendero con un joven que lleva justamente consigo quince cuerdas de monedas para compras en el mercado y al que se considera enseguida como cómplice. Ambos son llevados delante del magistrado y pese a sus protestas de inocencia, condenados a muerte. Pero, el prefecto encargado de hacer cumplir la sentencia los oye y les cree. Obtiene una demora del Tribunal de Consultas y entretanto procede a una investigación por su cuenta. Asumiendo el papel de experto en decir la buenaventura busca al ladrón que comienza a sentirse inseguro ante la demora de la sentencia. Le arranca la verdad y la joven pareja es absuelta.

De un asunto tan sencillo se puede hacer una ópera prodigiosa. Y dar al pueblo chino, víctima durante siglos del despotismo burocrático —personificado aquí en el magistrado— la oportunidad de gozar durante unas horas el desarrollo de un drama que termina con el triunfo de la verdadera justicia en contra de la justicia oficial.

Pero, el asunto puede ser también simplemente un conflicto de amor. Es el caso de "El cuento de la peineta de jade", un drama de intriga y de celos en el que un pretendiente desairado se apodera, con la ayuda de una celestina, de una peineta de jade de su prima y hace creer al novio que se aman secretamente. Loco de celos éste tortura de tal manera a la amada con sus reproches y desaires que cuando se da cuenta de su error, la muchacha, enferma de tristeza, agoniza entre sus brazos. Tuve la suerte de verla representar aquí por una compañía toda ella femenina. El papel de novio lo hace la deliciosa Tin Sai-chun, segundo premio en el Festival Oriental Chino de drama clásico y popular y una de las jóvenes actrices más bellas que se ven hoy en la escena.

De otra parte es desempeñando papeles femeninos que el más grande actor chino contemporáneo, Mei Lang-fag, ha conquistado una posición no igualada por nadie. Lo verdaderamente sorprendente es que a los 63 años todavía electriza al público en el papel de Lady Chao, en la "Espada del Universo", adaptada de una novela de hace mil años bajo la dinastía Chin. Identificado también con el esfuerzo del presente régimen por construir una Nueva China, va a actuar a sitios por ejemplo, como Wuhan, el gigantesco proyecto de altos hornos acerca del cual ya dimos nuestra impresión.

Los cuatro papeles principales en el drama chino son "sheng" (papel masculino principal), "tan" (papel femenino principal), "ching" (caras pintadas) y "chou" (clowns con un trozo de blanco sobre la nariz). Mei Lang-fan viene de una familia de actores que han desempeñado papeles "tan" —femeninos— durante generaciones.

Aparte de las clásicas otras obras han sido revividas últimamente. Algunas de ellas tuvieron un gran éxito hace veinticinco años al estrenarse, pero fueron suprimidas por la censura del Kuomintang. La más popular en este momento de Kuo Mo-jo, la gran figura intelectual de la China de hoy, erudito, poeta, filósofo y dramaturgo. Es un drama basado en un episodio de la Época de los Estados Guerreros, es decir de mucho más de hace dos mil años, y que Kuo Mo-jo utilizó para presentar a Chiang Kai-shek más interesado en sus intrigas domésticas que en luchar contra los agresores de fuera.

Los vestidos de brocados y adornos, soberbios y vistosos, y todo el atavío correspondiente a las épocas pasadas constituyen a veces un verdadero problema para quienes los llevan. Mei

Lang-fang cuenta los apuros que pasó al interpretar la primera vez un papel de una mujer guerrera con una armadura muy elaborada sobre la cabeza y la dificultad de actuar con todo aquello de la manera rápida y esbelta requerida por la tradición. En cambio la exquisita Tin Sai-chun, en un papel del sexo opuesto, al hacer de novio en "El cuento de la peineta de jade" se movía sobre la escena con una gracia extraordinaria, haciendo los gestos acostumbrados a base de las mangas largas y de dar un gran sentido de expresión al movimiento de manos, pues en el teatro chino la mímica es tan importante como el canto y la danza.

El llegar a ser un buen actor de ópera supone un largo y duro entrenamiento. En dos escuelas especiales de Peking chicos y chicas siguen un curso de ocho años. Pero, la formación artística no se detiene ahí. Continúa siempre en un constante esfuerzo de superación. Después de cincuenta años en la escena Mei Lang-fang aún se entrena todos los días, hace gimnasia, práctica de danza y se esfuerza en perfeccionar su arte.

Las grandes actrices, sobre todo, están mejor pagadas que el Presidente Mao Tse-tung. Pero, ello no se traduce en un recargo del precio del espectáculo para el público. Las mejores localidades de la "Ópera de Peking" cuestan como medio dólar americano. Así el público es tan popular, obreros en gran número, y además del espectáculo en la escena hay el de ver a gentes que jamás en su vida hubiesen soñado antes con ir al teatro, llenándolo y manifestándose con un entusiasmo que es a la vez un signo de contento y alegría.

Shenyang (Mukden)

De momento Manchuria es el gran centro de la industria china. Ya hemos visto que en otras partes nuevas fábricas y altos hornos en vías de ser acabados, mitad construidos o en proyecto, se disponen a rivalizar en lo moderno de la construcción y en sus perspectivas de producción con todo lo que hemos visitado aquí en Manchuria estos días. Aunque su nombre actual sea Shenyang el antiguo de Mukden es el que mejor puede llevar a la gente de fuera a identificar esta extensa región que tanto figuró en las crónicas internacionales desde 1931 al final de la guerra mundial.

Antes de hacer de esta ciudad el centro de excursiones a las grandes fábricas de acero y los altos hornos de Anshan y a

las minas de carbón y refinerías de petróleo de Fushun, yo me había detenido en Changchun que es una ciudad muy bella, llena de árboles y jardines, como corresponde a su nombre en chino "la primavera eterna". Pero, en abril hacía todavía un frío respetable. Si Anshan es la "ciudad del acero", Changchun es en la terminología de la construcción de China, "la ciudad del automóvil". La primera fábrica de automóviles de China. Se comenzó a construir en julio de 1953 y empezó a trabajar en octubre del año pasado. Por de pronto todo está concentrado en la producción de camiones, algunos de ellos capaces de llevar cuatro toneladas. Es lo que más urgentemente necesita el país. Capacidad de producción, treinta mil camiones al año, un objetivo señalado para 1958. El 70% de los obreros gente joven, por eso la llaman también "la fábrica de la juventud". Tuve de guía un ingeniero que hablaba muy buen inglés y a través de él pude conversar con los obreros que sabiendo lo que significa para su país producir el mayor número de camiones posible, ponen gran ímpetu en el trabajo.

En Changchun visité también el Instituto de Geología e Investigación. Existen tres en China, el de Peking, el de Chengtu y éste que era el que más me interesaba particularmente ver por tener a su frente un grupo de geólogos muy competentes. Con la intuición de que en China debe de haber una cantidad enorme de riqueza en el subsuelo y en las interminables cadenas de montañas de un volumen tal que va a jugar un papel importantísimo en el desarrollo económico de China, yo había solicitado del Ministerio de Geología en Peking toda la información que pudiesen darme. No sólo no hubo en ello ningún inconveniente sino que el Vice-Ministro del ramo Soong In, acompañado de dos jefes de departamento, uno de ellos el encargado de las cuestiones de petróleo, me dedicó toda una mañana completando la información verbal y las contestaciones a mis preguntas con explicaciones sobre los mapas.

La geología en China es una ciencia relativamente nueva, de no más de hace cuarenta o cincuenta años. El propio Ministerio de Geología fue sólo creado en 1952. Las condiciones sociales anteriores al nuevo régimen no favorecían la exploración de recursos. A los jefes militares que reinaban en señores absolutos después de la caída de la monarquía en las regiones bajo su mando y a los gobernantes sin una verdadera visión nacional, lo que contuviese de riqueza por explotar el suelo de su país no les interesaba. Era la riqueza a mano, fácil de ser

apropiada la que les atraía. Así en el momento de la instalación del nuevo régimen el número de graduados en geología no pasaba de cuatrocientos y de ellos únicamente 200 practicaban realmente su profesión. Los otros, faltos de trabajo, se habían visto forzados a orientar sus actividades por otro camino.

En los pocos años que el presente régimen lleva en el poder, ocho mil doscientos graduados y de ellos 6,000 activos sobre el terreno. Si se añade a ellos los que han recibido una enseñanza general, no especialistas cien por cien, pero que han seguido cursos de geología en las cincuenta escuelas dedicadas a formar equipos de geólogos auxiliares, China dispone actualmente de 12,000 hombres y mujeres utilizables para este trabajo pues hay una cantidad considerable de muchachas que estudian geología. No es sólo el número. El personal y los laboratorios están mucho mejor entrenados y equipados. Un "Comité de Recursos Nacionales" que existía bajo el Kuomintang, disponía de elementos muy limitados y no puede compararse con cualquiera de las organizaciones provinciales de hoy.

Actualmente se trabaja con una técnica y un material mucho más perfecto, y los métodos más modernos de exploración aérea y de perforación hasta profundidades en las cuales antes ni se podía pensar, son empleados en una proporción creciente. Si la escasez de fondos limitaba hace años la actividad geológica a unas pocas aéreas, hoy, de un extremo a otro de China, o bien se lleva adelante la investigación de los recursos, o se procede activamente a su explotación. Es una obra que apasiona al pueblo en general y los geólogos profesionales se sienten rodeados de un interés que adquiere frecuentemente la forma de una colaboración activa. En el Ministerio de Geología calculaban en veinte mil el número de gente de toda clase que ayudaban a los geólogos locales informándoles de que en tal sitio existían minerales, o se dirigían directamente al Ministerio enviando, sin contar con retribución alguna, un informe detallado de sus descubrimientos: obreros, estudiantes, campesinos, soldados y miembros de las minorías nacionales.

"Al principio" —me decía el Vice-Ministro de Geología— "fue un trabajo muy duro. No teníamos una idea clara de nuestros recursos naturales. De otra parte era indispensable averiguar dónde podía encontrarse el hierro y el acero para los grandes proyectos industriales. De pronto minas que existían desde mil años pero que apenas habían sido tocadas, eran puestas en condiciones de contribuir a la realización de los Planes Quin-

quenales. Antes el escepticismo o la indiferencia malograban las posibilidades. Por ejemplo, una mina de descubrimiento reciente, en 1927, cerca de Batou. En el tiempo de su descubrimiento un eminente geólogo chino, el profesor Tin Tao-luang, habló de una producción de 30 millones de toneladas. Sus cálculos se consideraron exagerados y no fueron tomados en consideración. Hoy se ha comprobado que la realidad excede en muchas veces lo estimado por el profesor". Yo acabo de visitar en Fushun una mina de carbón a la cual los japoneses que la explotaron bajo su ocupación de Manchuria, no le daban más que veinte años de vida; una nueva investigación ha revelado que puede continuar siendo explotada por ochenta o cien años más.

El petróleo, tan importante para la industria nacional y para resolver el gran problema de los transportes, recibió un poderoso empuje en 1955. La historia futura del petróleo en China que no se resentirá de la escasez del tema, seguramente ha de señalar el 30 de octubre de 1955 como una fecha capital. Fue el día del descubrimiento de petróleo en Karamai, en la parte norte de la región autónoma de Kinkiang-Uighur. Un año después veinte pozos de prueba, en una extensión de cerca de 1,800 kilómetros cuadrados comenzaban a producir petróleo. En la opinión de los geólogos con que hemos hablado, es hasta hoy el descubrimiento más importante del país.

Karamai quiere decir en lengua uighur "petróleo negro", y su nombre está ya rodeado de una aureola parecida a la de los otros lugares del mundo, regiones o países, que han convertido el mundo en que vivimos en el mundo del petróleo.

Los primeros equipos de exploración que fueron a trabajar allí lo hicieron en condiciones durísimas. El viento del desierto, un agua en cuyo uso sólo la sed vencía sobre la repugnancia, plagas de moscas y mosquitos que obligaban a las gentes a envolverse y taparse de la cabeza a los pies en medio de un calor abrumador. Sólo este pueblo tan valeroso, paciente y sufrido podía producir los hombres que abordasen la tarea en semejantes condiciones y con tan sencilla determinación. China necesitaba petróleo, y había que obtenerlo donde se hallase. La prueba de resistencia y de sufrimiento físico encontró inmediatamente una compensación cuando la existencia de petróleo se vio confirmada.

Hoy aquel trozo de desierto se ha transformado ya en un centro petrolífero en plena actividad, con sus carreteras permi-

tiendo un tráfico de carga hasta 300 toneladas diarias de material y un oleoducto en construcción para transportar el petróleo a las refinerías de Tuchantze.

Del año pasado a éste el trabajo se ha duplicado. Con Karamai como centro pero extendida la explotación hasta cien mil metros de perforación en las regiones más al Norte, ha atraído a la vasta provincia de Sinkiang un buen número de graduados de las universidades. En el Instituto de Geología de Changchun yo vi cómo a aquellos chicos y muchachas que dejaban un momento el microscopio para hablar con nosotros, bastaba nombrarles Karamai para que se les iluminase la cara.

No es sólo en Sinkiang. Sobre el mapa el experto más destacado en petróleos del Ministerio de Geología me fue mostrando en Peking las provincias en que hay ya petróleo en explotación o descubierto y aquellas en que todos los informes autorizan a descontar la existencia del "oro negro". Entre las primeras y además de Sinkiang, Chinghai, Shenshi, Szuchu; entre las segundas, Yunnan, Kuichow, Cheling, Hupei, Sanchi, Hunan, Hulonkiang, Kiangsu. Los campos de petróleo de Yumén van a aumentar su producción de petróleo crudo en un 50% en el curso de este año, es decir una producción 11.5 veces mayor que en 1949 al ser proclamada la República Popular de China. Yumén es actualmente el segundo centro petrolífero del país. Un gran número de nuevos pozos han sido puestos en explotación y en la Comisión Estatal de Planificación están seguros que ya con la producción tal como puede ser calculada, las necesidades del Segundo Plan Quinquenal se encontrarán cubiertas.

Pero, en esto del petróleo, como en muchas otras cosas, China se halla sólo en sus comienzos.

Nueva Delhi

Vi al Primer Ministro Nehru en su despacho en el Parlamento mientras continuaba en el salón de sesiones el debate sobre el mensaje del Presidente Dr. Rajendra Prasad que acababa de ser reelegido a la más alta magistratura de la India. El debate estaba poniendo de manifiesto la gran preocupación de todos los sectores de la Cámara (Lok Sabha) antes los inquietantes informes acerca de la situación alimenticia del país. De otra parte la cuenta presentada por el Ministro de Hacienda de

la Unión, Dr. Krishnamachari, exhortando a un nuevo esfuerzo fiscal, con impuestos para todo el mundo, no era como para levantar los ánimos. La cuestión de dónde sacar el dinero con qué proseguir los grandes planes que han de transformar substancialmente la estructura económica y social de la India, volvía a golpear sobre la puerta y dando ahora bien claramente a entender que su respuesta no admitía demora. Pero, en medio de esa atmósfera más bien tensa, el Primer Ministro conservaba su serenidad y su buen humor habitual.

Yo le había visto en ocasiones bien distintas unas de las otras por las circunstancias y el lugar. En España, hace de ello veinte años, cuando en uno de los momentos más duros de nuestra guerra, vino a Barcelona, a alentarnos en un gesto de inolvidable solidaridad. En el despacho del Ministerio de Estado de la República sacó del bolsillo, el del lado del corazón, una pequeña bandera india, la del movimiento por la independencia, y nos la dio, sin decir nada. Todo quedaba dicho al establecerse de esa manera delicada la identidad de fines de cuantos luchaban en el mundo por la libertad. Pocos hubiesen anticipado entonces que aquel visitante generoso, un luchador sin grandes perspectivas por creación de la nación india, iba a ser un día el Primer Ministro de su país y serlo con tal autoridad, además de una de las grandes figuras mundiales.

Le había vuelto a encontrar el pasado diciembre en Nueva York. Sabiéndole tan ocupado en una misión de singular importancia —el de tratar de abrir los ojos de los americanos entre otras cosas sobre los peligros de obstinarse en una política asiática a base de la cuarentena y boicot de la China Comunista— no había querido importunarle solicitando una entrevista. Pero, me descubrió la víspera de marcharse entre los centenares de periodistas que oímos unas palabras de saludo suyas en la sala de prensa de la ONU y nos dimos cita para Nueva Delhi.

Era muy tentador el verle aquí, en su despacho presidencial, con una serie de problemas sobre los cuales su opinión o decisión pueden resolver una dificultad aparentemente insoluble y entregado a una tarea que no hacen ciertamente su puesto muy envidiable. Pero, en cuyo desempeño no se percibe, al menos hoy, quién sería capaz de remplazarle. De inaugurar otra etapa sin que se rompa el presente equilibrio político, en quienes muchos con quienes he hablado en India ven una condición casi indispensable, para llevar adelante la planificación necesaria, ajustándose a las concepciones y normas democráticas.

Es bien conocida su posición en política exterior. Actualmente su interés principal se concentra en las conversaciones sobre el desarme en Londres, donde una comprensión más fina de la importancia de asociar a Asia en cualquier intento serio de *détente* internacional, hubiese hallado la manera de incorporar formalmente a este país en los trabajos del Sub-comité de la ONU, en vez de rechazar la proposición en ese sentido hecha reiteradamente por el delegado soviético Zorín. Pero, él estaba dispuesto a aprovechar su estancia en la capital británica con motivo de la Conferencia de los Primeros Ministros de la Comunidad, para intentar impedir que cualquier nueva vacilación comprometiese el acuerdo que por primera vez se anunciaba como una posibilidad inmediata. Cierto, sólo un primer paso, pero que vendría a romper el desesperante estancamiento de diez años de discusiones estériles.

Encontré al Primer Ministro muy firme en la cuestión de las experiencias nucleares. Las explosiones de ensayo de la bomba hidrógena deben de ser suprimidas. Es el clamor general de Asia. Hace falta venir a Asia para darse cuenta de la intensidad con que esa demanda es formulada. Es un sentimiento general. En Peking hablé con el secretario general y uno de sus principales líderes del Partido Socialista japonés, Inejiro Asanuma, que dirigía una delegación de su partido ocupada oficiosamente en preparar el terreno para una pronta reanudación de relaciones entre ambos países. Fue impresionante oír de sus labios cómo el horror de la bomba de Hiroshima ha hecho de cada japonés, de la extrema derecha a la extrema izquierda, un militante en la campaña a favor de la suspensión de las explosiones nucleares experimentales. El 6 de agosto iba a reunirse en Tokio la tercera conferencia mundial "contra las bombas A y H y por el desarme". Yo he sido invitado, pero desgraciadamente no podré asistir.

La conversación terminó con España. El Primer Ministro me pidió detalles de los últimos acontecimientos españoles y evidentemente una de las cosas que más le impresionaban y satisfacían era que una juventud que no había conocido más que el régimen franquista y su propaganda, se orientase por sí misma tan resueltamente en sentido democrático.

Como en Calcuta, donde además de entrevistarme con el Ministro Principal de la Bengalia Occidental, hablé con los líderes de la oposición, a fin de tener una visión completa de la situación política, aquí, en la Nueva Delhi, pude confirmar que

en política exterior Nehru está sostenido por una corriente de opinión pública que comprende los campos más alejados unos de otros. La izquierda —socialistas y comunistas— lo quisieran, es cierto, más inclinado a separarse de la Comunidad Británica, a la que el Primer Ministro adhiere por una serie de motivos reiteradamente expuestos. Pero, en su conjunto, su política exterior encuentra una indudable aprobación mayoritaria. Refleja fielmente la repulsa general de la guerra fría. Fue significativo que el Indian Council of World Affairs (El Consejo Indio de Asuntos Mundiales) de tal prestigio en el país y equivalente al Instituto Real Británico, al honrarme con darles una conferencia, propusiese como tema "la reanudación de la guerra fría". Y en las palabras de presentación del diputado Dr. Anup Singh que presidió quedó bien claro el resentimiento —esa es la palabra precisa— de estos países asiáticos entregados a fondo a una tarea de tales dimensiones y tales dificultades, ante la obstinación de la diplomacia occidental de complicarles la vida, tratando de alinearlos a lo largo de los bloques en conflicto, como si ellos no tuvieran con sus propios problemas bastante.

Al pasar a la política interior el panorama cambia. Nehru continúa sosteniendo que la filosofía de la empresa privada y su culto prevalecientes en los Estados Unidos no son aplicables a la India. El país —dice— no puede aguardar cien a ciento cincuenta años que es lo que llevó en el Occidente el colocarse en el alto nivel de eficiencia industrial que caracterizase su prosperidad del siglo pasado y de lo que va hasta ahora de siglo. Rusia ha recorrido el camino —recuerda Nehru— en tres décadas. De ahí que la planificación tal como la India la aborda, se oriente hacia el modelo socialista de la sociedad ("the socialist pattern of society"), según la frase en inglés acuñada por el propio Primer Ministro. De ahí también que él regresase de su visita a China (1954) elogiando su progreso económico y el espíritu de trabajo del pueblo chino.

En teoría no debería pues existir gran diferencia entre Nehru y la oposición. La convicción con que él se muestra satisfecho de ver al país "convertido a la planificación", parecería aproximarle a sus críticos de la izquierda. Pero, el Partido Comunista, de un lado, y el Partido Socialista Praja (P.S.P.), del otro, le reprochan una excesiva benevolencia para con el sector privado de la economía nacional. Los Comunistas piden que se revise la política de comercio exterior conforme a la cual británicos y americanos, principalmente los primeros, se llevan —se-

gún las publicaciones del partido— la parte mayor de los beneficios. Reclaman una mayor decisión e iniciativa en la esfera de la construcción, alegando que de los 54 millones de casas en las áreas rurales, un buen número requieren ser renovadas, o reconstruidas. Insisten en una distribución más justa de la renta nacional.

Pero, tampoco puede decirse que su oposición se distinga por su beligerancia. En los comentarios más recientes comunistas hay la admisión de que algunas de las experiencias y lecciones del Primer Plan Quinquenal han sido aprovechadas en el Segundo Plan. Y si, naturalmente, en período electoral las críticas adquieren mayor virulencia, hoy, pasadas las elecciones, lo que trata de destacarse es la voluntad de colaboración.

Tenemos de ello un ejemplo en Kerala. Las últimas elecciones generales dieron en el Estado de Kerala el triunfo a los comunistas. Ya la reacción en el propio partido de Nehru y en la opinión pública en general merece ser anotada. Constituye una lección para los que en otras partes tanto alardean de democracia. La reacción fue ésta: puesto que los comunistas han tenido la mayoría, darles una oportunidad; vamos a ver qué es lo que hacen desde el gobierno.

Mientras estoy aquí el Ministro Principal de Kerala llevado a su cargo por esa mayoría y uno de los líderes comunistas, E.M.S. Nambudiripad ha llegado a la Nueva Delhi y se ha entrevistado con Nehru sobre problemas urgentes de su Estado. Tanto al llegar como al salir del despacho presidencial, dijo que se daba cuenta de que todo el país tenía sus ojos fijos en Kerala, en expectación de cómo se conducía una administración de dirección comunista. Apeló al apoyo de todos. Más tarde, en conversaciones privadas, insistió en que no había asumido su función con el propósito de desencadenar una revolución, sino de actuar como correspondía "a una oposición responsable", y dentro de la Constitución.

Por su parte el Primer Ministro Nehru ha procurado siempre evitar que se crease un abismo infranqueable. Aunque no mordiéndose la lengua cuando atacan su labor de gobierno —cuando él cree que la atacan sin razón pues de haber motivo es el primero, como lo hizo el otro día, en cantarle las cuarenta a sus propios correligionarios del Partido del Congreso—, se ha esforzado en ser justo al hablar de sus adversarios en la extrema izquierda. Se le puede citar diciendo, en más de una ocasión, que reconoce y admira "la integridad y el desinterés de

mis opositores comunistas". Es hábil y es más que eso. Responde a la necesidad nacional de mantener el presente equilibrio político, sobre todo para dar tiempo al Segundo Plan Quinquenal a desarrollarse normalmente. Una vez terminado, la evolución económica de la India recorrerá cauces más seguros, con una base sólida ya para su desarrollo ulterior. Entretanto todo lo que sea evitar tanto una conmoción política interior susceptible de perturbar gravemente la obra emprendida, como un conflicto exterior con Pakistán o quien sea, les parece a la mayoría del pueblo indio indispensable.

El Segundo Plan Quinquenal, actualmente en su primer año, supone un gran esfuerzo, pero que la dirección política y las autoridades económicas juzgan indispensable y urgente si el país ha de salir definitivamente de su pasado feudal hacia formas avanzadas de adelanto técnico y de bienestar colectivo. Pone el énfasis en la industrialización, dando la prioridad a las industrias básicas. Si todo se desenvuelve como previsto, al terminar el Plan la renta nacional habrá aumentado en un 18% y la renta "per cápita" de 251 rupias a 296 rupias. Es un plan ambicioso que requerirá ayuda económica exterior en mayor escala que la obtenida hasta hoy, pero que adelantará la hora en que el país pueda caminar firmemente por su propio pie. De momento el problema número uno, es el del alimento. India tendrá que comprar fuera, para solucionarlo.

Pero se perfila ya en el horizonte asiático una política de ayuda mutua y de estrecha colaboración susceptibles de vencer muchas de las dificultades presentes. China, India, Indonesia, Birmania, Ceilán, cada una de ellas con sus modalidades propias pero adscritas a la economía socialista dirigida, cierran para siempre la larga era colonial. Harán de Asia un continente enteramente distinto al de antes de la guerra y llamado a cambiar sensiblemente la silueta del mundo, y las relaciones de fuerza entre las potencias. De ahí que haya sido tan importante el ver este gran proceso histórico de cerca. Para quien, como el autor de estas notas tiene como oficio el comentar los asuntos internacionales, era esencial.

LA VISITA A MEXICO DEL DR. EISENHOWER

UN DISCURSO, UNA CARTA Y UNA NOTA DISCORDANTE

La visita del Dr. Milton S. Eisenhower a México, en los primeros días del pasado mes de agosto, suscitó, como era de esperarse, numerosos comentarios. Yo quiero incluir aquí para conocimiento de los lectores de *Cuadernos Americanos* el brillante discurso que Don Luis Padilla Nervo, dirigió a nombre del Gobierno de México, en su carácter de Secretario de Relaciones Exteriores, al ilustre visitante, en el banquete organizado en su honor. El discurso expresa la opinión oficial mexicana y roza el grave problema de los precios de las materias primas que venden los países latinoamericanos a los Estados Unidos y el de los artículos elaborados que venden éstos a aquéllos. A continuación se transcribe el discurso:

"Nada más grato que saludar, en nombre del Gobierno de México, al doctor Milton S. Eisenhower. Deseo destacar que este saludo posee significado particularmente satisfactorio porque no se dirige sólo al universitario distinguido y al infatigable hombre de acción, sino, sobre todo, a un espíritu que busca comprender a nuestros pueblos, armado con la única arma de veras eficaz para conocer a los hombres: la simpatía.

La generosa disposición de ánimo con que el doctor Eisenhower se ha acercado a nuestros países, no es distinta a la que inspira a su ilustre hermano, el Presidente de los Estados Unidos. Abierto al mundo exterior, decidido a comprender a los otros, deseoso de que el intercambio entre las naciones se convierta realmente en un diálogo vivo y fecundo, su acción en el campo de las relaciones interamericanas rebasa los límites de la diplomacia tradicional. Tanto en sus viajes a los países hermanos del Continente cuanto al presidir, hace poco, el Comité de Representantes de los Presidentes de las Repúblicas Americanas, el doctor Eisenhower se ha revelado como un hombre de buena voluntad, en el sentido recto de esta expresión. Para mí, que tuve el honor de conocerlo en White Sulphur Springs durante la reunión de los Jefes de Gobierno de los Estados Unidos, Canadá y México y que volví a encon-

trarlo en la reunión de Panamá, constituye en lo personal un privilegio y un motivo de satisfacción el darle la bienvenida en México.

Nadie olvida aquí que usted, al informar al señor Presidente Eisenhower del resultado de su primer viaje a la América Latina, afirmó que una de las condiciones fundamentales para asegurar "una cooperación permanente entre nuestras naciones es el respeto mutuo —respeto por nuestras propias culturas e instituciones".

En efecto, la vida interamericana está fundada en la voluntad solidaria de nuestras repúblicas, decididas a crear una comunidad pacífica y próspera, en la que cada uno de sus componentes goce de plena autonomía. Soberanía y solidaridad: a este doble principio puede reducirse el sistema de convivencia que han elaborado nuestras naciones durante más de un siglo de vida independiente. Y nos complace sobremanera que un hombre de sus méritos haga suyas, tan sin reservas y con tanto entusiasmo, estas ideas. Ellas constituyen el fundamento de nuestra amistad y nos abren la posibilidad de dialogar como buenos amigos, con espíritu abierto y sincero.

No menor agrado e interés han despertado entre nosotros sus esfuerzos para hacer más plena la colaboración interamericana en la esfera de las relaciones económicas. Usted está convencido, como nosotros, de que no sólo la paz sino la prosperidad es indivisible. La miseria de una parte de nuestro Continente afecta, a corto o largo plazo, la salud del conjunto. Si reconocemos como meta americana el fortalecimiento de la solidaridad política, moral y económica de nuestros países unidos por una amistad fundada en ideales comunes, reconoceremos también que nuestra conducta habrá de orientarse a la consecución de este objetivo, y nuestras prácticas financieras, comerciales y arancelarias deberán también concordar con la finalidad esencial que perseguimos. América es un cuerpo solidario y nada de lo que ocurra en uno de sus miembros deja de afectarnos a los demás.

Esta identidad de propósitos y objetivos no impide, antes alienta, la diversidad y pluralidad de opiniones ante ciertos temas y aspectos aislados. Esa diversidad, casi es innecesario decirlo, es un signo de salud democrática. Así, por ejemplo, no podemos menos de coincidir con usted en que uno de los obstáculos que se oponen al rápido desarrollo de la economía latinoamericana reside en la relativa escasez de capitales. Aunque en México estamos convencidos de que el desarrollo económico debe basarse primordialmente en el uso racional y eficiente de los recursos propios, estimamos que conviene recibir, en determinadas circunstancias, una asistencia financiera del extranjero, auxiliar y complementaria, como la que se otorga a través de las instituciones

internacionales de fomento. Reconocemos, asimismo, que las inversiones privadas extranjeras —en igualdad de circunstancias y bajo el mismo régimen a que se sujetan las que realiza el capital nacional— pueden ser benéficas y ejercer una influencia positiva en el progreso económico de nuestras naciones. Al mismo tiempo, consideramos necesario señalar, una vez más, que la escasez de recursos para financiar los programas de desarrollo económico podría remediarse, en gran parte, si lográsemos suprimir el desequilibrio que existe entre los precios de las materias primas latinoamericanas y los que tienen que pagar nuestros países por los productos manufacturados. No nos parece temerario afirmar que la condición fundamental para lograr un efectivo desarrollo de las economías latinoamericanas —que evite el doble peligro de la inestabilidad y de la inmovilidad— consiste tanto en suprimir las súbitas y excesivas oscilaciones de los precios de las materias primas, como lograr precios justos para ellas. De esta manera se facilitaría el proceso de industrialización —que debe hacerse preferentemente con nuestros propios recursos— y se abriría la posibilidad de crear un sólido mercado interior.

Comprendemos muy bien que se trata de un problema de difícil resolución, erizado de obstáculos; pero, por otra parte, creemos que de no abordarlo con entereza y ánimo abierto, decididos a encontrar una solución justa y equitativa, el progreso económico de nuestros pueblos sería precario y estaría sujeto a oscilaciones y azares que acaso escapan al control de los gobiernos y de los pueblos.

Nos ha parecido útil esbozar algunos de los problemas que constituyen permanente preocupación de los Estados Americanos y sobre los cuales, como no podía ser menos, no existe siempre absoluta identidad de opiniones. Al rozar estos temas no hemos olvidado por un solo instante que nos dirigíamos a un humanista, es decir, a un hombre que tiene por vocación fundamental comprender a los hombres. Los atenienses concebían la política como un libre acuerdo entre los miembros de la ciudad, destinados a realizar fines comunes a todos. Esta concepción, por oposición a la vieja tentación de la fuerza que ve en la acción política un instrumento de dominio, es el origen y el fundamento de la democracia, lo mismo en el interior de cada país que en la esfera internacional. La política es el arte de convencer; pero nadie puede convencer si, de antemano, no está dispuesto a ser convencido por su interlocutor.

Doctor en Letras y Humanidades, activo participante en las tareas de UNESCO y otras instituciones educativas, no temo equivocarme al afirmar que el doctor Eisenhower concibe la política internacional como

una forma superior de la pedagogía, en la que enseñar a los otros es también aprender de ellos. Esta vocación humanista aspira a fundir la diversidad de los rostros humanos, sin suprimirla, en una imagen universal del hombre, espejo en que todos podemos reconocernos. Nada más lejos del universalismo abstracto que el humanismo que ve en cada hombre una personalidad autónoma, en cada pueblo un destino singular y en cada cultura una suma de verdades irremplazables. Humanismo que no niega la pluralidad de las voces, cada una con su acento propio, pero que tiende a resolverla en una concordia de la que nada quede excluido.

Este humanismo es también el nuestro. Desde su nacimiento como pueblo independiente, México reveló una vocación universal. Las ideas que nos dieron el ser, postulan la igualdad de los hombres, su común dignidad, su libertad esencial y la identidad fundamental de su destino. Para nosotros ser mexicanos no ha sido nunca una manera de encerrarnos y aislarnos, sino una forma, la nuestra, de ser hombres y participar en la vida de los hombres. Ser mexicanos es cumplir con nuestra vocación nacional; y de esta manera añadir una nueva visión del hombre y de la existencia al rico y casi inagotable repertorio de actitudes y valores morales, artísticos e intelectuales de la historia. Nuestro humanismo está hecho de fidelidad a nuestra imagen nacional, y del respeto, la simpatía y la amistad que otros pueblos nos ofrecen.

El Presidente de México, Don Adolfo Ruiz Cortines, al inaugurar la Presa Falcón, ofreció a su amigo, el Presidente Eisenhower, esta sobria descripción de nuestra nación:

> México es un "pueblo pacífico, amigable y sincero, celoso de su antonomía y orgulloso de sus tradiciones históricas", que se ha distinguido "por su vigorosa repulsión a cualquier forma de hegemonía externa; su inquebrantable respeto al derecho que todo pueblo libre tiene a darse las normas que mejor le acomoden; su innata simpatía para los débiles y los oprimidos; su absoluta ausencia de prejuicios raciales; su aversión congénita a todas las injusticias, su acendrada devoción a la causa de la paz y, por encima de todo, su amor entrañable a la libertad".

Éste es el pueblo que usted va a conocer y a tratar durante su estancia entre nosotros. Consagrado a crearse a sí mismo, poseído por una gran fe en su propio destino, tesonero y silencioso en los momentos difíciles, México es un pueblo decidido a vencerse a sí mismo, para ser más dueño de sí. Nadie mejor que usted, a un tiempo hu-

manista y hombre de acción, para apreciar con objetividad nuestras características, formarse una imagen de nuestro país y transmitirla al Presidente y al pueblo de los Estados Unidos.

Deseo subrayar, para terminar, que el propósito que lo trae entre nosotros no es esencialmente distinto al que une a todos los que convivimos y trabajamos en esta casa: dar diaria realidad a los ideales humanistas y democráticos que forman el común patrimonio de los pueblos americanos, y que el preámbulo de la Carta de las Naciones Unidas ha recogido cuando afirma la decisión de los pueblos de "practicar la tolerancia y convivir en paz como buenos vecinos".

El mismo día del banquete se publicó en el diario *Excelsior* ocupando toda una plana y como inserción pagada, una carta también dirigida al Dr. Eisenhower, calzada con la firma de los conocidos periodistas independientes Francisco Martínez de la Vega, Edmundo Valadez, Renato Leduc, José Alvarado, Elvira Vargas y José de Pascual Janet. La carta tiene singular importancia porque dice la verdad, está inspirada en el más sano patriotismo y refleja el pensamiento de las gentes que saben pensar y aman a su patria, lo mismo en México que en el resto de la América Latina. Por todo esto es aconsejable transcribirla a continuación:

> "Es usted, desde ayer, huésped de la Nación mexicana. Sea bienvenido y bienhallado entre nosotros. La cortesía y la hospitalidad son viejas tradiciones, cultivadas por todos los sectores sociales de este país vecino del que usted representa y estamos seguros de que todos los mexicanos, dentro y fuera de los convencionalismos gubernamentales y diplomáticos, quisiéramos extremarlas en ocasión de su viaje para que usted se sienta como en su propia casa, a pesar de las diferencias fundamentales e inevitables que existen entre el poderoso país que es su patria y el que ahora visita, que es la nuestra. México y los Estados Unidos, señor doctor, tan distintos en su origen, en el ritmo de su desarrollo, en su cultura y en sus tradiciones parecen, sin embargo, señalados por el destino no sólo para vivir juntos por ineludible mandato geográfico, sino también para transitar unidos por las rutas del futuro. Esta sencilla verdad no ha sido siempre cabalmente entendida ni en nuestro país ni en el suyo, pero muy especialmente en este último.
>
> Es por eso que un pequeño grupo de periodistas profesionales mexicanos, de distintos credos políticos, sin ligas con el gobierno ni con partido político alguno, sin más representación

que la propia ni más autoridad que los modestos antecedentes profesionales de quienes firman, se dirige a usted por este público conducto para exponer, con la claridad y franqueza que no podrían emplear los funcionarios oficiales por mejor intención y más sano patriotismo que tuvieran, algunas de las consideraciones que impiden hoy que el pueblo de México se sienta tan amigo de los Estados Unidos como sería de desearse.

Queremos aprovechar, señor doctor, las condiciones excepcionales que usted reúne en lo personal y las circunstancias especialmente afortunadas de su visita. Después de sus viajes a diferentes países de la América Latina es usted, seguramente, el consejero más íntimo y mejor escuchado que sobre los asuntos de nuestros países tiene el señor Presidente Eisenhower. Por ello no podemos creer que su viaje se limite a satisfacer curiosidades turísticas o compromisos protocolarios. Debe constituir, a nuestro juicio, la oportunidad de que escuche usted una opinión independiente y sincera, respecto a las relaciones de amistad entre los dos vecinos.

Los mexicanos hemos visto progresar a nuestro país. Sería una mentira inútil o una intencionada ironía decir que para ese relativo progreso hemos contado con la ayuda amistosa de nuestro todopoderoso vecino. Ese progreso nuestro, tan modesto aún, pero tan caro para nosotros mismos, es lento, contradictorio y parcial, precisamente porque ha sido logrado con sólo nuestros muy limitados recursos. En muchos aspectos fundamentales de nuestra economía, el triunfo se ha logrado, como en el caso de la industria petrolera, a pesar de la política norteamericana y no por su ayuda. Hemos comprobado, señor doctor, que los Estados Unidos han preferido, a la hora del triunfo, extremar su cooperación generosa a quienes fueron sus enemigos y adoptar actitudes severas con quienes, como los mexicanos, supimos portarnos como leales aliados en la última guerra, garantizando sin ayuda ajena la seguridad de una amplísima frontera. Y como no deseamos confeccionar listas de agravios, sólo mencionaremos el "dumping" algodonero que tan graves daños causó a la economía mexicana.

A México le falta para su feliz evolución algo de lo que a los Estados Unidos les sobra: capital. Sin embargo, los caminos de los créditos de gobierno a gobierno, que son los más convenientes para países como México, se encuentran siempre llenos de obstáculos pero, en cambio, los diplomáticos norteamericanos nos ofrecen inversiones privadas, las que exigen, como es natural, el

dominio de la economía nacional y la entrega incondicional de nuestros recursos. A los mexicanos les sorprende un poco esta actitud, porque México ha pagado siempre sus obligaciones económicas y cuando ha sido imposible satisfacerlas por las vías normales, los Estados Unidos han sabido cobrarse capital e intereses, como la historia de las relaciones y de la convivencia mexicana-norteamericana lo demuestra. En todo esto, señor doctor, no hay resentimientos ni deseos de resucitar pugnas ya liquidadas. Vea usted en estas consideraciones, por lo contrario, el deseo ferviente de ser buenos vecinos, deseo realmente vivo en el corazón de los dos pueblos, pero que ha tropezado con la incomprensión y el egoísmo de muchos gobernantes de los Estados Unidos.

Nosotros estamos seguros de que su distinguido hermano, el señor general Eisenhower, comprende esta situación. Dígale usted que al sur de la frontera de su patria, vive un país que quiere ser amigo, que ofrece su leal mano, pero que es un pueblo celoso de su soberanía y que no está dispuesto en momento alguno a confundir la amistad y el respeto mutuo con la entrega incondicional y con la sumisión.

Deliberadamente hemos eludido cuestiones de índole política en esta carta. Es intención de quienes firman reducirla a los problemas de carácter económico que obstaculizan el afianzamiento de las relaciones entre dos países vecinos, pero resulta inevitable señalar el hecho de que, muchas veces, la Embajada de los Estados Unidos ha intentado inmiscuirse en los asuntos internos de México y esto, independientemente de que tales intentos se logren o se frustren, hiere los sentimientos patrióticos de los mexicanos.

Estamos seguros de que lo único que falta es comprensión. Cuando hace algunos años, la guerra puso a prueba el poderío de los Estados Unidos, México, sin distinciones políticas ni religiosas, se alineó al lado de la gran nación del norte y se sintió amigo de su Presidente, el ilustre y noble Franklin D. Roosevelt. La misma actitud amistosa siente hacia el señor general Eisenhower, quien supo llevar a la victoria a los ejércitos que encabezó. Sólo la actitud hostil de algunos funcionarios norteamericanos ha impedido que México y los Estados Unidos den ejemplo de buena vecindad al mundo entero, comprobando que una gran potencia y un país débil pueden convivir juntos sin que la vecindad del poderoso lesione la soberanía del débil.

Doctor Eisenhower, le hemos hablado quizá con crudeza

pero con absoluta sinceridad. Entendemos que sólo así deben hablar los amigos. Nuestros mejores deseos para usted y nuestros fervientes votos porque su visita disipe los malos entendidos y contribuya a reafirmar y limpiar de obstáculos la amistad entre su patria y la nuestra".

No creo que el Dr. Eisenhower, eminente hombre de letras y de profundas convicciones liberales, se haya molestado al leer la carta transcrita; tal vez le invitó a reflexionar una vez más en los problemas sobre las relaciones entre Estados Unidos y el resto de América. Perc un editorialista de *Excelsior,* del mismo diario en que apareció publicada la carta en cuestión no quiso dejar pasar la oportunidad de publicar una "Nota discordante". Dicha nota dice lo siguiente:

"Aunque no afectará directamente ni indirectamente a ninguno de los gobiernos, ni tiene en sí misma importancia merecedora de ser habida en cuenta, no queremos que pase inadvertida, como nota discordante en ese plausible ambiente de comprensión y buen entendimiento, la especie de "carta abierta" dirigida al doctor Eisenhower so capa de "alegato pro México".

Si bien los firmantes dicen pertenecer a "distintos credos políticos" y no tener "ligas con partido político alguno", es transparente que la publicación tuvo su origen y fue inspirada en alguno de los grupos que con el nombre de "intelectuales progresistas", de "partidarios de la paz", etc., se emplean en aprovechar cualquier coyuntura para "minar el imperialismo norteamericano" y para arrimar el ascua a la sardina de la URSS, cabeza monstruosa del más atroz de los "imperialismos" que ha conocido la historia.

La inspiración y el propósito del "alegato", manifiestos e indudables a pesar del empeño puesto en disimularlos, son suficientes para suprimir la idea misma de validez y eficacia, y hacen superfluas cualesquiera consideraciones adicionales.

La nota discordante, bajo otro aspecto, es una insigne descortesía, en pugna con la proverbial educación hispánica, contra un personaje que, aparte de ser muy ilustre en su patria, vino a la nuestra como invitado de honor del gobierno de México".

La Nota anterior resultó simplemente una nota de mal gusto y una equivocación.

Armando *BLAZQUEZ*

Aventura del Pensamiento

EL POSITIVISMO: TEORÍA DE LA CIENCIA Y DOCTRINA DE LA VIDA

EN EL CENTENARIO DE AUGUSTO COMTE

Por *Eduardo NICOL*

Sistemáticos y maniáticos

1. Acaso parezca extraño que estas anotaciones al positivismo comiencen recordando que Augusto Comte era un maniático. Como verá el lector, esto no es un despropósito. Cuando no había llegado a los treinta años, el maestro del positivismo hubo de ser recluido en el sanatorio de enfermos mentales de un Dr. Esquirol. De allí salió, prematuramente, con un certificado en el que se precisaba la dolencia (megalomanía) y se indicaba que el paciente no estaba curado (N. G.: *non guéri).* Poco tiempo después, Comte se arrojó al Sena. Todas sus grandes obras son posteriores a estas fechas.

Estos hechos no sería piadoso recordarlos como detalle anecdótico, porque las dolencias de un filósofo, o de otra persona cualquiera, no tienen ninguna amenidad; ni tampoco pueden servir de clave para la interpretación de su filosofía, porque una idea no se *explica* por una neurosis. La neurosis no *hace* al genio, aunque el genio pueda ser neurótico. La neurosis puede explicar el empleo que se haga de una idea, pero no la idea misma, ni su valor intrínseco.

¿Por qué mencionar, pues, la neurosis de Comte? No porque tenga especial significado para quien reflexione hoy sobre la filosofía positivista, sino porque parece haberla tenido en algún momento para los propios positivistas, y para algunos críticos del positivismo. El gran psicólogo francés Georges Dumas publicó en 1905 una obra titulada *Psicología de dos Mesías positivistas;* en ella se ocupaba de Saint-Simon, maestro de Comte, de quien éste renegó, y quien se consideró a sí mismo "Papa científico" de la nueva religión de la Humanidad, y

del fundador de esta religión, o sea el propio Comte. Afirma Dumas en su obra que no se encuentran mayores exageraciones patológicas en las últimas obras de Comte que en las de todos los grandes inventores de sistemas!

No defraudemos a Dumas, y acompañémosle de buen grado en la sonrisa que seguramente él intenta promover con ese sarcasmo. Aunque las *últimas* obras de Comte no son estrictamente las filosóficas, los grandes inventores de sistemas podrán defenderse ellos solos, si se consideran ofendidos o aludidos personalmente. Pero la cuestión no es personal, y por esto es pertinente. El sistematismo de la filosofía positivista ¿puede explicarse por la megalomanía de Comte? ¿Hay por ende un elemento maniático en toda filosofía sistemática?

El profesor Ch. Lalo, en un estudio general sobre Comte, que no carece de simpatía por este filósofo, dice sin embargo que Comte se mostraba siempre dispuesto, *"comme la plupart des inventeurs"*,[1] a interpretar de acuerdo con su teoría favorita todos los hechos, inclusive los más remotos. Está aludiendo Lalo a la interpretación positivista que había dado Comte de su propia dolencia. Pero en todo esto se están involucrando varias cuestiones. No cabe duda de que hay rasgos morbosos en las últimas obras de Comte. Como quiera que se interprete la idea de una Religión de la Humanidad, fundada en la filosofía positivista, resulta sorprendente que el autor se entretuviera en diseñar la indumentaria que habrían de usar los sacerdotes de tal nueva religión, y hasta fijara sus emolumentos: 6,000 francos para los vicarios, 12,000 para los párrocos, 60,000 para el Papa. No menos sorprendente es que Augusto Comte pusiera la fecha de 1927 a un trabajo escrito en 1856, en el cual anticipaba —mediante una peculiar "síntesis subjetiva"— que en esa fecha del siglo XX las minorías de la tierra, ya convertidas, prepararían la educación universal según los nuevos principios filcsófico-religiosos. Comte, además, nombró a tres amigos suyos "Triunvirus de la Humanidad", y les confió la misión de recoger el poder de manos de los gobernantes de todas las naciones, cuando éstos, convencidos por el positivismo, renunciarían a él en 1860. Luego corrigió la fecha: el gran suceso no habría de ocurrir en 1860, sino precisamente en 1867, y como consecuencia de una alianza entre los filósofos y

[1] Introducción al *Cours de Philosophie Positive* de Augusto Comte, París, Hachette, 1927.

los proletarios, vinculados unos a otros, según parece, *"par une sage imprévoyance materielle"*.

Es bien fácil sonreír ahora ante estos dislates, cuando la tragedia quedó conclusa hace justamente cien años. Pero hubo tragedia: no solamente la del lastimoso drama privado de la vida de Comte, sino la de ese desvío de una mente genial. Pero lo que al filósofo le conviene averiguar es si todo esto forma parte del *sistema* de Comte. Puede sugerirse que a Dumas le resultaría difícil encontrar semejantes desatinos en cualquiera de los grandes sistemas de la filosofía. (Nietzsche, de quien luego nos ocuparemos, no es sistemático). Pero no le hubiera resultado difícil advertir que los escritos de Comte en que aparecen no son parte constitutiva de la filosofía positivista. La filosofía científica nunca es mesiánica, y el propio Dumas titula su obra *Psicología de dos Mesías*. Una primera distinción que debe hacerse es la que divide los sectores que corresponden al positivismo como teoría de la ciencia y al positivismo como doctrina de la vida. La necesidad de no involucrar el mesianismo de Comte, y su proyecto delirante de una nueva Religión de la Humanidad, con el sistema de filosofía positiva, la habían señalado ya algunos amigos del positivismo. Para el Dr. Littré, el Comte que había escrito el *Curso de Filosofía Positiva* era como el Aristóteles de una nueva ciencia, mientras que el autor del *Sistema de política positiva como fundamento de la Religión de la Humanidad* era como el San Pablo de una nueva religión!

No hay rasgos morbosos en la filosofía positivista, como teoría de la ciencia. Pero ¿hay ese otro rasgo que señala Lalo, como propio de todos los sistemas, a saber: la tendencia a interpretar todos los hechos, incluso los más alejados, de acuerdo con el sistema preestablecido? Sí, en Comte; pero esto no es característico de *todos* los sistemas. Más bien, algunas veces, esto parece característico de los críticos de los sistemas, cuando carecen, ellos, de la capacidad de pensar sistemáticamente, o por lo menos de crear nuevas formas sistemáticas. Los franceses llaman *solliciter les textes* a una operación crítica ilegítima, la cual consiste en extraer de un pasaje citado una significación forzada, y que el pasaje no ofrece en su correlación con el contexto. Los críticos acusarían al pensador sistemático de *solliciter les faits*, de extraer de los hechos un significado que ellos no presentan en el contexto de la realidad general, con el fin de que puedan entrar, aunque sea apretujadamente,

en el esquema teórico preconcebido. En el caso de Comte, si bien él solicitó los hechos, y más de una vez en cambio los comentaristas parecen haber solicitado sus textos, muchas veces, cuando no recelaban tanto de sus ideas mismas, cuanto de la forma sistemática que les había dado.

Y es que el sistema produce alarma en algunas mentes, como el genio; porque el genio siempre es excesivo, aunque con un exceso que es meramente comparativo, o relativo: relativo a la mediocridad de la masa (en este caso, la masa de los profesionales de la filosofía). Pero un hombre no es anómalo porque no se comporte como *los demás,* como el vulgo. Es anómalo solamente cuando no se comporta de acuerdo con su *propia* manera natural de ser. Su conducta no es desmesurada porque no se acomode a la mesura o medida ajena. Cada quien tiene su propia medida vital, y lo desmedido es siempre, tan sólo, el salirse de la medida propia, o el tratar de imponerla como regulación de la ajena. Si el genio, como Augusto Comte, tiene el infortunio de caer enfermo de la mente, no habrá de faltar quien interprete sus creaciones en función de la enfermedad, y no en función del genio: la enfermedad es una anomalía más tolerable que una gran capacidad creadora. Por esto, el alcance de la mesura genial, llamada desmesura, lo revela el destino del genio, quien ha de pagar pena y castigo, no tanto por la amplitud de su propio alcance vital, cuanto por la estrechez del ajeno. *Nemini divos licet aemulari.* Y si es cierto que los dioses no permiten a nadie que los emule, parece como si no quisieran tampoco comprometerse en la venganza, cuando esto ocurre, y utilizaran para ello el recelo y la aversión de los desmesurados por defecto. Pero ésta es, todavía, una forma de homenaje al genio que le brindan los mediocres, la cual denota comprensión; pues la incomprensión no es agresiva, sino indiferente, mientras que la suspicacia por el genio y el afán de reducir su medida a la propia sólo pueden producirse cuando lo genial se comprende o *comprehende* como una posibilidad propia, realizada por otro, que permaneció inquietantemente frustrada en uno mismo.

Los hechos y las ideas:
dos formas de sistematismo

2. El beneficio que pueda traer el examen de esta cuestión del *morbo positivista* es de índole filosófica, y consiste en una

egunda distinción, que ha de permanecer bien clara y firme, ntre dos tipos o formas de sistematismo. Sistemático puede lamarse al pensador que adopta originariamente una idea clave. Tiene el entendimiento, la capacidad de extraer de tal idea odas sus implicaciones y de construir con ellas una teoría en a que habrá de encuadrarse la realidad. Cierto es que de la ealidad no se puede prescindir nunca en la tarea de una construcción teórica; de ella se procede siempre, pues no dispone l hombre de otro punto de partida, aunque pueda alejarse de lla en el punto de llegada. Pero es muy señalada la diferencia entre el procedimiento de formulación sistemática que, una vez obtenida la idea clave, la desarrolla según sus propias posibilidades constructivas, guiándose sobre todo por la ambición de perfección formal en el esquema, y el otro procedimiento sistemático, en el cual cada fase del proceso constructivo está sometida al correctivo de la realidad misma.

La primera modalidad sistemática puede caracterizarse con esta fórmula: de la idea a los hechos; mientras que la segunda modalidad se caracterizaría con esta otra fórmula opuesta: de los hechos a la idea. Aquí se procede siempre "a partir de la realidad misma"; y no *a partir*, en verdad, porque no nos despegamos nunca de ella por completo, ni siquiera al formular una hipótesis, sino *desde* ella, *en* ella, y sin ceder a la tentación, tan seductora, de seguir a nuestro entendimiento por las rutas de su propio vuelo independiente. Pero no es cierto que, al mantenernos así apegados a los hechos, no podamos proceder sistemáticamente. Los hechos mismos constituyen un sistema, y la presencia de este orden real es tan evidente y positiva como la de un hecho aislado cualquiera. Hay sistema precisamente porque no existe en realidad ningún hecho *aislado*. La dificultad estriba en descubrir la formulación adecuada de tal orden; pero esta dificultad se encuentra de nuestro lado, no del lado de los hechos mismos, y se reduce naturalmente cuando es mayor —o genial— la capacidad de pensarlos sistemáticamente. Cualquier actividad de pensamiento, por fragmentario que sea el sector de realidad sobre que verse, y por asistemática que quiera considerarse, presupone necesariamente, como condición de su posibilidad misma, un orden o sistema en los hechos de ese sector real, y expresa este orden real, porque todo pensamiento aspira a formular *relaciones* objetivas. Por tanto, todo pensamiento es sistemático, y la diferencia entre el que se llama así y el que pretende no serlo consiste solamente en que el pri-

mero es más totalitario y congruente. La única alternativa del sistematismo fuera la negación de la ciencia, la afirmación del caos.

Que la realidad es un orden no significa, claro está, que sea traslúcida para nuestra visión intelectual. Para nosotros, es problemática. Pero los problemas que ella presenta descubrimos que forman, ellos mismos, un sistema, de tal modo que es imposible penetrar hasta el fondo en uno solo sin advertir sus ramificaciones y sus conexiones con otros problemas. Toda la filosofía puede desarrollarse a partir de un solo problema, de uno cualquiera. Y sin haber propuesto todavía solución alguna, nos damos cuenta de que la posición que adoptemos frente a un problema habrá de comprometernos teoréticamente con respecto a todos los demás. Algunas veces, el temor de este compromiso —que no es solamente intelectual, sino ético también— es el que inspira las críticas del sistematismo. Pero esa experiencia de la interconexión de los problemas, anterior a la formulación de cualquier esquema sistemático, revela o confirma en su caso que la rigurosa ciencia —ciencia o filosofía— es sistemática por imposición de la realidad y por necesidad de método, no por capricho o preferencia subjetiva. Es la evasiva de esa imposición la que tiene carácter subjetivo. Lo cual significa que, cuando se trata de un pensamiento riguroso, el sistematismo y el asistematismo no son dos posiciones equivalentes, igualmente valiosas, y ante las que uno pudiera optar libremente. Un pensamiento no sistemático será entonces todo lo fecundo que se quiera en otro orden, pero habrá renunciado de antemano al calificativo de científico. La confusión de géneros no puede tolerarse: si omite esa renuncia, entonces equivale a una confesión implícita de la impotencia del pensador para proceder con el debido rigor metódico.

El orden, pues, no lo impone el filósofo: lo busca. El orden se le impone, y lo que busca son sus términos. En la búsqueda puede, naturalmente, incurrir en errores, pues ni siquiera el crítico más acerbo de la filosofía sistemática se atreverá a afirmar que el sistemático se cree perfecto. Pero el error no está en la idea misma de un orden y sistema. Cuando se acusa a Comte de haber *impuesto* a la realidad el orden de su sistema personal, debiera aclararse que la falla se encuentra en ese particular sistema de Comte, no en la intención sistemática de su pensamiento. Pues aunque cualquier otro sistema habrá de contener igualmente errores y deficiencias, esto sólo confir-

ma las limitaciones del entendimiento humano, pero no invalida el principio de racionalidad de lo real, según el cual la única manera legítima y fecunda de proceder científicamente es la manera sistemática. Debe advertirse además que el ánimo de imposición de un orden a la realidad se manifiesta en Comte más notoriamente cuando trata de los hechos sociales, y no del método de las ciencias. Como veremos enseguida, en el momento histórico de Comte la frontera divisoria entre la ciencia social y la reforma social es indecisa. El sistematismo del filósofo científico se convierte aquí en el mesianismo del reformador social, político y religioso.

De las dos formas o estilos de sistematismo que hemos considerado, es manifiesto que Augusto Comte adopta la primera, inclusive en su filosofía estricta: la que procede de la idea a los hechos. Y es que, en el fondo, el rasgo de mesianismo es inherente a su carácter, aunque sólo adopte formas delirantes en sus obras de reforma, que son las más tardías. Lalo cita un párrafo muy significativo al respecto:[2] "*J'avais à peine atteint ma quatorzième année* —dice Comte— *que, parcourant les degrés essentiels de l'esprit révolutionnaire, j'éprouvais déjà le besoin fundamental d'une régénération universelle, à la fois politique et philosophique*". Esto es lo que se llama "partir para Guerra de Treinta Años"! Es decir: el propósito de elaborar un sistema que sea precisamente revolucionario, y que transforme a la vez la vida y el pensamiento filosófico, cuaja en el carácter y adquiere fuerza compulsiva antes del examen de los hechos mismos y de las teorías vigentes, en cuya insuficiencia pudiera, si acaso, justificarse el proyecto deliberadamente regenerador de una teoría nueva. Pero los hechos, así como las teorías, que también son hechos, habrán de acomodarse después como puedan en el esquema que resulte, no de su examen previo, sino de la previa intención de elaborar un sistema nuevo. La fórmula positivista "*savoir pour prévoir*" queda así invertida: la previsión es anterior al saber, y esta anticipación del futuro presenta ya caracteres descarriados en el proyecto de una nueva religión.

Éste era ya un síntoma. Otro síntoma, por el que puede guiarse el estudioso de Comte, es el agotamiento. Los autores sistemáticos que proceden a partir de la idea, y no a partir de los hechos, suelen quedar agotados prematuramente, pero no

[2] *Op. cit.*, pág. ii.

física o mentalmente, sino como teóricos. Y se comprende, porque su inicio fue precisamente una certidumbre y no una duda. La idea clave, que es en definitiva su solución personal, es la que ellos formulan originariamente. El filósofo sistemático que parte de los hechos, el que piensa *por problemas y no por soluciones,* dispone en cambio de la libertad de renovarse constantemente; para éste, las correcciones y las alteraciones del plan no significan derrota ni renuncia, sino ganancia, porque comprende que la filosofía es camino. Para Comte, y quienes proceden como él, la filosofía es campo, y campo limitado por la propia creación. Sólo pueden *piétiner sur place,* porque cualquier avance o reforma o retroceso implica para ellos el abandono del terreno propio: la destrucción del sistema previamente establecido, y con el cual se han identificado. Así, estos filósofos sólo producen con el tiempo trabajos de orden inferior; o se evaden de la ciencia por otros caminos: místicos, poéticos o políticos; o se empeñan en reiterar lo ya afirmado y se convierten en propagandistas dogmáticos de su propia filosofía. Por esto se explica, en el caso de Comte, su evolución personal tan señalada: sin dejar de ser sistemático, presentó su filosofía con intenciones revolucionarias en su juventud, y con la misma fuerza fue conservador en su madurez. Ésta no es, sin embargo, la evolución típica de un hombre a quien los años de experiencia han logrado moderar y corregir el ímpetu juvenil. Comte fue más impetuoso todavía como conservador que como revolucionario; y es que el ímpetu tardío era como una defensa de sí mismo, de su ser entero comprometido o empeñado en el sistema. Comte hubo de convertirse en conservador de su propio sistema revolucionario. Por esto mismo hizo adeptos y prosélitos, que no es lo mismo que discípulos, y por esto logró su filosofía rebasar el campo de la ciencia estricta y popularizarse. Aunque no se hubiera ocupado de temas políticos, estaba casi forzado a hacer política de su filosofía, si no renunciaba a ella para renovarse y seguir siendo revolucionario.

El optimismo científico: sistemas y quimeras

3. La tragedia de Comte, más que la de su vida privada o la de su dolencia, fue la de su propia filosofía. Primero, por-

que el sistema del positivismo no se fundó, según vimos, positivamente, o sea de acuerdo con el principio que el propio sistema adopta: a partir de los hechos. Y segundo, porque este principio no es, en modo alguno, una aportación decisivamente nueva.

Analizando el significado del término, dice Comte que lo positivo designa "lo real por oposición a lo quimérico" (este adjetivo quimérico es kantiano). Bajo este aspecto, añade, el término es "plenamente apropiado al nuevo espíritu filosófico, caracterizado así por su constante consagración a las investigaciones realmente accesibles a nuestra inteligencia, con exclusión permanente de los impenetrables misterios de que se ocupaba en su infancia".[3] Esta infancia, como se sabe, es la que representaría históricamente la metafísica, y los misterios serían los temas y problemas de esta ciencia primera, ya definitivamente superada. Y como confirmación, dice más adelante Comte que lo positivo designa "el contraste entre lo útil y lo ocioso; evoca, en filosofía, el destino necesario de todas nuestras sanas especulaciones" en contraste con la *"vaine satisfaction d'une stérile curiosité"*. En fin, uno de los caracteres fundamentales de la nueva filosofía sería "la consideración de lo relativo y la eliminación de lo absoluto".[4]

Lo paradójico es que la eliminación de lo absoluto no haya curado del absolutismo. Por ejemplo, el esquema de la historia que se forja Comte no es historicista, sino absolutista. La famosa ley de los tres estados (sucesión de tres épocas históricas bien definidas: la teológica, la metafísica y la positiva, no sólo se aplica con criterio cerrado y absoluto, sino que intrínsecamente presupone de manera absoluta que hemos llegado ahora a la fase definitiva; la consiguiente cancelación de las fases anteriores rompe toda conexión entre ellas y la presente. La ingenuidad de muchos revolucionarios les permite sentir esto que podría llamarse *el optimismo absolutista de lo definitivo.* El trastorno que produce una revolución, en cualquier orden, es tan tremendo, que el revolucionario suele justificarlo ante sí mismo con la convicción de que el nuevo orden que propugna no sólo es bueno, sino que habrá de ser definitivo: toda revolución aspira a ser la última... si quien la produce carece de sentido histórico. El revolucionario teórico suele

---

[3] *Discours sur l'Esprit positif*, § 31.
[4] *idem*, § 33.

ser optimista, y por ello dogmático y conservador. El sentido histórico no sólo modera el optimismo, sino que promueve la humildad y a la vez incita a la reforma, empezando por la reforma de la propia teoría. Ya se sabe entonces que ninguna reforma es definitiva, y por tanto hay menos empeño en imponer a toda costa la idea propia de una reforma cualquiera. Así, por ejemplo, el positivismo cerraba absolutamente la puerta a una reforma de la metafísica, la cual no sólo era posible y deseable, sino que se ha producido de hecho.[5]

Sin embargo, esa ingenuidad antihistórica y absolutista del positivismo fue genial, porque supo interpretar un estado de ánimo que empezaba a ser predominante en tiempos de Comte, y que aún persiste, aunque no tenga ya portavoces tan sobresalientes. Por un lado, y a pesar de la crisis de principios en que se encuentra sumida la ciencia natural —concretamente la física matemática—, persiste en algunos pensadores la convicción antihistórica de que ha llegado finalmente "la hora de la verdad". Lo cual implica que las épocas anteriores de la historia pueden rechazarse sin más, simplemente como representantes de la fase del error.[6] Esto es, todavía, positivismo.

El imperio de la ciencia natural en la cultura presente se afirma aún más, por la contraposición comtiana entre "lo útil y lo ocioso". La física es útil para la vida; luego —se concluye— hemos de comprender y guiar nuestra vida según principios físicos. Ante el beneficio de la utilidad, quedamos dispensados de examinar el problema, que la física misma no aclara, de los principios de esta ciencia; ni siquiera parece pertinente recordar que ninguna ciencia es útil: sólo son útiles sus derivaciones técnicas (cuando no son francamente nocivas, como saben muy bien los físicos de hoy). Pero el hombre contemporáneo se ha devaluado tanto a sí mismo, que sigue implícitamente dispuesto a considerar como "vanas", "estériles" y "quiméricas" las cuestiones que más directa e íntimamente le conciernen, ésas a las que Comte llama "misterios impenetrables", y que serían naturalmente "inútiles". El utilitarismo pragmático de nuestros días, sin embargo, no es una herencia directa y exclusiva de Comte; el genio de éste, por el contrario,

---

[5] Sobre esta cuestión, véase E. Nicol, *Metafísica de la Expresión*, Fondo de Cultura Económica, México, 1957; especialmente cap. tercero.

[6] Véase, por ejemplo, Hans Reichenbach, *The Rise of Scientific Philosophy*, University of California Press, 1951; trad. castellana de H. Flores Sánchez, Fondo de Cultura Económica, México, 1953.

consiste en su anticipación: en haber dado forma de teoría a un estado de ánimo que sólo ha venido acentuándose desde su muerte. Quienes piensan hoy como él, no siempre lo han leído. Aunque su estilo de expresión fuera tan laborioso, seco y recargado, había en Comte, como en todos los grandes, esa amplitud de vuelo que pudiera llamarse lírica, aunque se trate de un pensamiento científico. Y esto compensa en él ese prosaísmo y esa tristeza resignada que produce la pérdida del misterio, y de las que no se cura el hombre actual con el aturdimiento de la acción. No parece que hayamos advertido de veras que la omisión del misterio es una pérdida vital, y no una ganancia; que el misterio es poesía, si otra cosa no, y que no es vano o vacío, sino substancioso; y en suma, que el misterio no se desvanece sin más porque dejemos de considerarlo.

Por otra parte, no todo lo que consideraba el pensamiento en su llamada infancia era misterio. La necesidad de atenerse a los hechos reales no la ha descubierto el positivismo. ¿De qué otra cosa se han ocupado siempre los filósofos? Lo que cambia es la manera de interpretarlos y de dar razón de ellos. Pero ninguna ciencia puede limitarse a acumular hechos y catalogarlos, como quisieran los meros eruditos que pretenden justificar con el positivismo su incapacidad de teoría. Pues esa interpretación de los hechos es lo que se llama en ciencia teoría, y el positivismo es teoría, y no pura descripción de los hechos observados.

Pero, sin recurrir al testimonio de la metafísica tradicional —la gran "quimérica", según el positivismo—, la filosofía anterior a Comte había formulado ya, incluso con términos iguales o semejantes, el principio metodológico del positivismo. Esto no resta méritos de originalidad personal a la obra de Comte, porque éste conocía mal la historia de la filosofía; pero había leído bien su Condillac y los maestros franceses de la Ilustración.

La ciencia es representación y construcción teórica a la vez, con una unidad que no puede desintegrarse nunca. El empirismo y el positivismo no hacen sino acentuar uno de los dos aspectos de toda creación científica, en oposición al otro aspecto, que sería la llamada especulación quimérica de los teóricos. Esta norma saludable y fecunda de atenerse a lo dado, de no despegar de los hechos, de renunciar a formalismos y apriorismo dogmáticos, está presente en toda una línea de pensadores que van desde Bacon hasta la fenomenología y el po-

sitivismo lógico, pasando por el empirismo y por Kant, y en la cual ocupa el positivismo de Comte una posición intermedia, pero no innovadora.

Ya Bacon había dicho que "el hombre, como servidor e *intérprete* de la Naturaleza, puede hacer y comprender tan sólo aquello que ha *observado de hecho,* o con el *pensamiento,* en el proceso de la Naturaleza. Más allá de esto, ni conoce ni puede hacer nada".[7] Y más adelante añade: "No puede ser que los axiomas establecidos por argumentación proporcionen el descubrimiento de nuevas obras [hechos]... Pero los axiomas debidamente obtenidos con orden, *partiendo de lo particular,* descubren fácilmente el camino hacia nuevos particulares, y de esta manera hacen activas a las ciencias".[8] Esta orientación hacia lo concreto y particular, y esta aversión por los axiomas apriorísticos, es un rasgo característico ya del pensamiento renacentista y de su reacción contra la escolástica decadente, y lo encontramos en Luis Vives, aún antes que en Francis Bacon. Esta es, en suma, la norma que proclama el positivismo, aunque no siempre pueda Comte atenerse a ella con la necesaria congruencia. Y así podría tomarse un texto de Bacon como reproche anticipado a la quimera sistemática del maestro positivista: "El entendimiento humano —dice Bacon— una vez que ha adoptado una opinión... *solicita* todas las demás cosas que puedan apoyarla y concordar con ella. Y aunque haya un gran número de instancias de peso que se encuentren en el otro lado, sin embargo las descuida y las desdeña... a fin de que, mediante esta grande y perniciosa predeterminación, la autoridad de sus conclusiones previas pueda permanecer inafectada".[9] Por donde se percibe que también puede haber un apriorismo positivista.

Sigue el optimismo (con Marx, Comte y Nietzsche) y termina (con el existencialismo)

4. Atenerse a los hechos. Cuando los hechos observados no son los de la naturaleza, sino los de la vida humana, surge un nuevo pensamiento y una nueva ciencia, tan optimista y confiada en el futuro como la ciencia física. Y este factor de optimismo

---

[7] *Aphorisms concerning the Interpretation of Nature and the Kingdome of Man, I* (los subrayados son nuestros).

[8] *Idem,* XXIV.

[9] *Idem,* XLVI.

es importante, también aquí, para comprender la otra faceta personal de Comte como filósofo: no ya la del pensador científico, sino la del reformador social. Porque así como la "nueva ciencia" de Galileo no sólo triunfa como puro conocimiento, sino que pretende y logra actuar sobre la misma naturaleza que ella estudia, y transformarla, así también la ideología sobre la naturaleza humana y los hechos sociales, de la cual surgirá otra "nueva ciencia" llamada sociología, pretenderá actuar sobre la vida del hombre y transformar sus instituciones sociales. A ese optimismo se debe, pues, y a la idea señera de progreso, que el pensamiento sobre lo humano y lo social no fuera puramente descriptivo, o sea positivo, sino que incluyera, en el siglo XVIII y también en el XIX, una intención reformista o revolucionaria, sin conciencia siquiera de que fuese necesario justificar tal intromisión en lo puramente científico de un elemento que le es extraño. Pero la ciencia natural, por su parte, tampoco ha justificado la confusión de lo útil con lo verdadero.

Esta última confusión es un rasgo característico de lo que se llama la modernidad. No es necesario recordar las filosofías pragmatistas; mucho antes que ellas, encontramos en los dos siglos anteriores al nuestro, pensadores que adoptan ciertas ideas y actitudes vitales porque les parecen más útiles para la vida misma, y no porque el examen de su fundamento las presente como verdaderas o válidas en sí. (Algunos físicos de hoy rehuyen igualmente la cuestión de la verdad y consideran, bien equivocadamente por cierto, que los esquemas teóricos tienen solamente el valor de instrumentos, de *útiles* para el trabajo positivo). En esto coincidieron algunos materialistas como Holbach, La Mettrie, Helvetius, por un lado, con algunos místicos o iluministas como Jean Rey, Maupertuis y el propio Rousseau, por el otro. Lo predominante en ambos lados es el optimismo, la confianza en la incontenible difusión de la luz. La luz es la raíz común, en sentido etimológico y en sentido ideológico, de los iluministas místicos y de los racionalistas ilustrados. Es lo que permite conectar en unidad de significado histórico a pensadores como Condorcet, Diderot, D'Alembert, La Mettrie, antecesores ideológicos de la revolución francesa, con Lessing y Herder, De Maistre y Jacobi, Hutcheson y Burke, y todos los que buscan en la zona del sentimiento vital una compensación iluminada para las luces insuficientes de la razón sola.

Unos y otros son por ello antecedentes definidos de los

grandes optimistas del siglo XIX que fueron Marx, Comte y Nietzsche. Los tres adoptan la misión de un verdadero apostolado laico. El mérito perdurable de Comte, al instituir la sociología como ciencia rigurosa y fundamental, sólo puede comprenderse históricamente en conexión con el declarado propósito del propio Comte de emplear dicha ciencia utilitariamente, como instrumento de una reforma científica de la vida. "El amor por base, el orden por principio, el progreso por meta": ésta es la divisa de la sociología positivista. Pero esto ya no es ciencia, sino ideología; no es la formulación de unas leyes inherentes a la realidad social, sino la expresión de un sentimiento, de una criterio de vida, de un anhelo de reforma. Es, en suma, un programa práctico, pero ya no, estrictamente, un método científico.

Pero lo que ocurre en la sociología, con Augusto Comte, ocurre igualmente en la economía, con Carlos Marx. El marxismo, como filosofía y como ciencia económica, no es teoría pura o ciencia positiva, como no es positivo el positivismo, sino que es teoría inspirada por un afán revolucionario. También el marxismo, a pesar de ser historicista, cancela el pasado con el diseño en perspectiva de una época futura —la meta histórica— que habrá de ser absoluta y definitiva. Pero tampoco el pensamiento existencialista de Nietzsche se ocupa de manera puramente especulativa o teórica de los problemas humanos de la cultura, y del individuo como actor en el drama cultural. Tienen estos tres filósofos la convicción profunda de que este mundo le ha sido dado al hombre para que señoree en él; y que, después de unas fases milenarias de titubeo y de inhibición, ha llegado por fin la hora de que lo transforme y lo domine. Así pueden recordarse estas palabras de Marx en *La Ideología Alemana:* "Los filósofos no han hecho hasta ahora otra cosa que interpretar el mundo de diferentes maneras. Ahora se trata de transformarlo". Y por su parte Nietzsche dirá más tarde: "Desde que ya no hay Dios, la soledad se hizo intolerable: es menester que el hombre superior ponga manos a la obra".[10]

Nietzsche ha sido el más penetrante de los tres nuevos iluministas. Él se ha percatado de que no bastaba prescindir de Dios, porque su ausencia dejaba un vacío angustioso en la exis-

[10] Cf. E. NICOL, *Historicismo y Existencialismo,* El Colegio de México, 1950; caps. IV y VI.

tencia humana, y era necesario encontrarle un substituto. Desaparecía Dios, por tanto, pero no desaparecía la tendencia mística, con la cual habría de reforzarse la acción del hombre sobre su mundo. La redención del hombre quedaba desde entonces confiada al hombre mismo; y así nació en el marxismo la mística revolucionaria del proletariado; y de Comte nació lo que pretendía ser la mística de la burguesía; y de Nietzsche nació la mística del superhombre, encarnada en la ambición soberana, omnipotente y suficiente del tirano. La más infortunada, en cuanto al *éxito* histórico, ha sido la mística positivista; no sólo porque los dos términos —mística y positivismo— no conjugan, sino porque la religión propia de la burguesía era precisamente el Cristianismo. La burguesía no pudo sentir la soledad y el abandono de la privación de Dios —porque éstas son experiencias existenciales o individuales, y no de masa o de clase—, y por tanto no buscó substituirlo con una mística nueva. Intentó el compromiso entre el utilitarismo positivista y las formas externas, sociales, de una religión en la que ya no participaba íntimamente con la fe, y en la que no buscaba por tanto el apoyo y el correctivo necesarios para la acción. Se quedó, pues, y ahí sigue, sin una mística propia, porque la vanagloria de la prosperidad no alcanza para el propósito. Acaso la única mística vigente que procede del positivismo, o que el positivismo anticipó, es la mística del cientificismo, la cual no es siquiera exclusiva de la burguesía, sino que ha penetrado y hecho adeptos y beatos entre las masas y los regímenes proletarios. La redención del hombre por obra de la ciencia natural: todavía persiste en algunos esta fe, a pesar de la boga del existencialismo; pues esta filosofía, interpretada como estado de ánimo, más que como teoría, es en efecto como una confesión de parte de que el hombre no ha tenido mucho éxito, según parece, en su empeño de substituir a Dios.

Por su parte el utilitarismo, que fue originariamente una expresión del optimismo cándido, y al que incluso se pudo dar la forma de un sistema económico, degeneró en el puro amoralismo de la rapacidad. No creó su ética propia —a pesar de Adam Smith— y sólo puede invocar en vano el respetable nombre de las ajenas. El dominio del mundo por el hombre, con el instrumento de la ciencia natural, ha culminado paradójicamente en su capacidad, probada ya, de destruirlo. El intérprete de la situación vital presente es el existencialismo, en el cual se expresa esa merma, que ya Nietzsche había anticipado, su-

frida por el hombre que pasó del candoroso optimismo a la soberbia de la suficiencia, para terminar en la pura soledad angustiada.

Lo decisivo, respecto del positivismo, es lo que pudiera llamarse el empobrecimiento del campo vital. La ciencia tiene sus límites; pero no son los señalados por el positivismo. La obligación de atenerse a los hechos no invalida la libertad de construcción teorética, la cual tiene también sus límites y leyes propias. La ciencia es hipótesis, y esto quiere decir aventura: historia. Por otra parte, los límites de la ciencia deben precisamente moderar esa arrogante ambición de imperio, a la que se conoce por cientificismo, y que es una consecuencia histórica del ánimo positivista, precisamente. La ciencia no es el único ni el último criterio de apelación en las cuestiones radicales de la existencia humana. Abarca ésta un campo más amplio del que pueda cubrir la ciencia sola. Esto significa simplemente que el hombre es rico: más rico de ser y de potencias que esa imagen de penuria vital que le ofrece de sí mismo el positivismo. Es rico, sobre todo, por la fortuna inagotable de todas las cosas inútiles y nobles que el mundo ofrece, y que él mismo es capaz de crear. Es rico como lo era el propio Augusto Comte, con la fortuna de su genio desinteresado.

LÓGICA POSITIVISTA Y POSITIVISMO LÓGICO

Por *Elí DE GORTARI*

La lógica no fue de las disciplinas predilectas de Augusto Comte y, en realidad, no recibió aportación alguna del autor del *Curso de Filosofía Positiva.* Es cierto que insistía continuamente en la estructura lógica de las seis ciencias que consideraba como fundamentales —matemáticas, astronomía, física, química, biología y sociología— y que a lo largo de los seis volúmenes de su tratado pretendía demostrar la estricta coherencia lógica de la doctrina positivista. Pero, con todo, ni hizo Comte contribuciones a la lógica, ni se preocupó tampoco de presentar un tratamiento sistemático —así fuese en forma abreviada— de la lógica empleada en sus obras. A fin de cuentas, y para salvar esa laguna, Comte decidió asociar plenamente a los fundamentos de su doctrina el *Sistema de Lógica Deductiva e Inductiva,* de John Stuart Mill, que fue publicado en 1843, justamente al año siguiente de haber terminado Comte el *Curso de Filosofía Positiva,* e inmediatamente antes de que concluyera la redacción del *Discurso sobre el Espíritu Positivo,* que apareció en 1844. Al declarar explícitamente esta incorporación orgánica de la *Lógica,* de Stuart Mill, al seno de la filosofía positivista, Comte afirmaba con entusiasmo: "Los siete últimos capítulos del tomo primero contienen una admirable exposición dogmática, tan profunda como luminosa, de la lógica inductiva, que no podrá nunca, me atrevo a asegurarlo, ser concebida ni caracterizada mejor, permaneciendo en el punto de vista en que el autor se ha puesto".[1]

Esta falta de consideración específica por la lógica, que tuvo Comte, discuerda con la actitud adoptada por los positivistas mexicanos hacia la misma disciplina. En efecto, la enorme influencia de la filosofía positiva sobre el desarrollo cul-

---

1 *Discurso sobre el Espíritu Positivo,* Madrid, "Revista de Occidente", 1934, p. 34.

tural, la educación nacional y la justificación política del partido "científico", trajo aparejada una notable preocupación por la lógica entre los exponentes del positivismo en México. Desde Gabino Barreda hasta Porfirio Parra, todas las grandes figuras del positivismo se ocuparon con largueza de la lógica —prefiriendo, por supuesto, el sistema de Stuart Mill— e incluso realizaron algunas investigaciones originales sobre metodología. Es más, a su organización académica le dieron el indicativo nombre de "metodófila". Sin embargo, su preocupación por la lógica tuvo un desenvolvimiento diferente al que se hubiese podido prever, de acuerdo con el saber positivista. Primero, la lógica era estimada como el instrumento indispensable de la investigación científica, a la vez que se la tenía como un resultado de los procedimientos seguidos en la experimentación y en el raciocinio. Luego, la especulación lógica se enderezó hacia el libro de texto; y, finalmente, la lógica positivista vino a convertirse en una disciplina normativa, con sus consiguientes reglas dogmáticas acerca de cómo debería ser el método científico. En esto desembocó el desarrollo positivista de la lógica en México.[2]

Pero, volvamos a Comte para presentar, si no su sistema lógico —ya que no lo tuvo propio— sí su doctrina lógica. Desde luego, la lógica positivista, a diferencia del antiguo razonamiento especulativo y contencioso, consideraba a las proposiciones como meros enunciados de hechos particulares o generales; y tenía a las leyes como simples expresiones de las relaciones constantes entre los fenómenos observados. Por otra parte, sostenía que las concepciones relativas a la lógica propiamente dicha, son esencialmente inseparables del cuerpo mismo de las concepciones científicas y, por lo tanto, Comte establecía una distinción entre la lógica matemática, la lógica astronómica, la lógica física, la lógica química, la lógica biológica y la lógica sociológica. Cada una de estas lógicas se caracterizaría por las operaciones peculiares que se ejecutan metódicamente en la ciencia a que corresponden. Así, la lógica matemática sería la verdadera fuente del sistema especulativo de la positividad racional, porque posee el privilegio de ocuparse de objetos extremadamente simples, lo cual le permite

[2] *Cf.*, Eli de Gortari, *La Ciencia en la Reforma*, México, U. N. A. M., Ediciones del Centenario de la Constitución de 1857, 1957; pp. 82-85.

multiplicar y prolongar sus deducciones rigurosas utilizando todos los artificios de nuestra inteligencia. Y, en virtud de la incontestable extensión de las leyes geométricas y mecánicas a todos los órdenes de fenómenos naturales, los lógicos matemáticos acaban por dejarse llevar insensiblemente por la pretensión de tener la supremacía racional en el dominio universal de la lógica. Pero, a pesar de lo indispensable que es el oficio lógico de las matemáticas y de que éstas representan la primera fase de la iniciación positiva, lo cierto es que la excesiva simplificación de sus abstracciones hace que sus poderosos medios lógicos resulten insuficientes, de manera inevitable, para el tratamiento lógico de las partes superiores de las ciencias positivas. Por consiguiente, "se puede asegurar —decía Comte— que el proyecto de una filosofía general dominada por las concepciones matemáticas será considerada cada vez más como una viciosa utopía metafísica. . .".[3]

Por su parte, la lógica astronómica constituiría un elemento necesario y decisivo para la descripción del mundo exterior, tanto porque es más susceptible de una plena positividad, como porque caracteriza al medio general de todos los fenómenos y pone de manifiesto la existencia matemática común a todos los seres reales. Es más, la lógica astronómica hace que se desarrolle de manera distinta y directa el espíritu de observación, con sus dos órdenes de ideas diferentes en necesaria armonía: el que atiende al perfeccionamiento de los instrumentos y el que atañe a las correcciones teóricas fundamentales, sin cuyas indicaciones sería ilusoria la precisión en las mediciones de tiempos y ángulos. Con todo, los procedimientos lógicos que utiliza la astronomía para orientar las exploraciones son puramente racionales y, por ende, la lógica astronómica viene a ser la más indirecta de todas, desde el punto de vista del empirismo positivo. En un nivel relativamente superior de positividad, la lógica física indaga las leyes de los fenómenos que componen la existencia inorgánica, o sea, el mundo exterior en abstracto. Más aún, la física sólo se ocupa lógicamente, según Comte, del aspecto externo de los fenómenos, sin calar en su estructura interior. Por otra parte, la lógica física es la que introduce el método experimental en la ciencia y lo desarrolla hasta cierto punto. Sin embargo, Comte considera que la lógica física está

---

[3] *Cours de Philosophie Positive,* Paris, Bachelier, 1830-42, t. VI, p. 609.

demasiado alejada del punto de partida y, a la vez, de la meta conveniente para el conjunto de la especulación positiva, de modo que únicamente puede pretender secundar a una u otra de las demás lógicas. En cierta manera, la lógica física de la concepción comtiana sirve estrictamente para salvar la solución de continuidad evolutiva entre la lógica astronómica y la lógica química.

Con la lógica química se produce una extensión capital de los medios elementales de investigación. Además de constituir el reino esencial del método experimental, la lógica química introduce el arte de las nomenclaturas sistemáticas. También se caracteriza la lógica química por servir para penetrar en el interior de los fenómenos, ayudando a conocer su estructura y la disposición íntima de sus conexiones activas. Por ello, la lógica química se destaca como instrumento eficaz para el estudio de los fenómenos de composición y descomposición y, al mismo tiempo, opera como vínculo fundamental entre la lógica inorgánica y la lógica orgánica. A través de este vínculo surge la lógica biológica, en donde el análisis es sustituido por la síntesis, el espíritu de conjunto consigue gradualmente prevalecer sobre el espíritu de detalle y la apreciación dinámica logra triunfar sobre la consideración estática. A la vez, la lógica biológica es el enlace obligado para establecer la comunión positivista del mundo externo con nuestro mundo interior. Y, lo que es más, por la introducción y el desenvolvimiento que hace del método comparativo —que es el procedimiento superior de la investigación racional— la lógica biológica se instituye en la verdadera teoría de las clasificaciones sistemáticas. De este modo, la lógica biológica forma la base en que se asienta la culminación de la positividad racional, que es la lógica sociológica.

El método comparativo de investigación de la biología es complementado en la lógica sociológica por la más eminente creación de la inteligencia humana, que es el método histórico. Este método reconstituye a los fenómenos por su filiación gradual y representa sintéticamente la evolución lógica que va desde la matemática hasta la sociología. De hecho, en la lógica sociológica queda comprendida la aptitud para deducir de la matemática, el poder de exploración directa de la astronomía, la apreciación experimental de la física, la aguda penetración de la química y el fecundo procedimiento de compara-

ciones de la biología. Estas cinco fases principales son necesariamente inherentes a la plenitud del método positivo, y su indispensable sucesión eleva lentamente al espíritu científico hasta la dignidad final del espíritu verdaderamente filosófico, con la implantación del sentido histórico del método sociológico. Sin embargo, hay una extraordinaria superioridad lógica del punto de vista sociológico sobre las otras etapas especulativas de la racionalidad. En rigor, la lógica sociológica es la única realmente universal, verdadera y activa; y su influencia se ejerce sobre todas las fases preliminares. Pero, esto no impide que la lógica positivista forme un sistema dogmáticamente indivisible, el cual tiene como extremos a la lógica matemática —su punto de partida exclusivo— y a la lógica sociológica —que es su único fin esencial—. Debido a esta estimación de Comte por la lógica social, los tres últimos volúmenes de los seis que componen el *Curso de Filosofía Positiva* están dedicados al tratamiento de la "física social", en cuyo desenvolvimiento se presentan lógicamente las seis fases metódicas de la especulación positivista, entretejidas con la evolución humana a través de sus estados teológico, metafísico y positivo. Y en su apreciación final acerca del método positivo, Comte declara sin modestia y dando muestras de su falta de sentido histórico: "El conjunto de este capítulo puede decirse que constituye, para la actualidad, una especie de equivalente espontáneo del discurso inicial de Descartes sobre el método, salvando las diferencias esenciales que resultan de la nueva situación en que se encuentra la razón moderna y de sus correspondientes necesidades también nuevas".[4]

En fin, en sus consideraciones propedéuticas, Comte establece una correlación entre el punto de vista lógico y el científico, como dos aspectos inseparables de uno y el mismo modo de enfocar las teorías positivistas. Esta indispensable coordinación deviene en una feliz consecuencia espontánea de la positividad racional y constituye el enlace universal y definitivo entre todas las especulaciones positivistas. Ahora bien, cuando se trata de obtener un conocimiento bastante claro y profundo del método positivo, como para poder utilizarlo efectivamente, entonces, es necesario estudiarlo en su propia actividad, es decir, mediante el examen filosófico de sus aplicaciones en las ciencias. No es posible estudiar el método por separado

[4] *Cours,* t. VI, págs. 731-2.

de las investigaciones en que se emplea. "No sé si más adelante —dice Comte— se podrá hacer *a priori* un verdadero curso de método en forma totalmente independiente del estudio filosófico de las ciencias; pero estoy convencido de que ahora es irrealizable, porque los grandes procedimientos lógicos no pueden ser explicados aún con precisión suficiente, cuando se les aísla de sus aplicaciones. Me atrevo a añadir además que, aun suponiendo que tal empresa se pudiese realizar de inmediato, de todas maneras, sólo por el estudio de las aplicaciones regulares de los procedimientos científicos es como podríamos llegar a formarnos un buen sistema de hábitos intelectuales, lo cual es el propósito esencial del método".[5]

La anterior presentación que hemos hecho de la lógica positivista, no será seguida ahora de una crítica de ella, porque ya la historia se ha encargado de juzgarla con acierto, colocándola en su correspondiente sitio dentro del museo filosófico. Tampoco nos referiremos aquí a su heredero directo, el empiriocriticismo de Ernst Mach y Richard Avenarius —que ni siquiera alcanzó el efímero esplendor del positivismo— puesto que el extraordinario desarrollo científico y social del presente siglo lo destruyó implacablemente cuando apenas acababa de ser formulado. Pero, en cambio, sí vamos a tratar con algún detalle de otra doctrina que en nuestro tiempo todavía apasiona a un buen número de conocedores de la ciencia —inclusive en México— aun cuando sólo tiene escasos sustentantes —y eso, parcialmente— entre los filósofos mexicanos. La filiación histórica de esta escuela de pensamiento incluye, además de sus progenitores inmediatos que son el positivismo y el empiriocriticismo, al empirismo solipsista de Berkeley, al impresionismo de Hume, al agnosticismo de Kant y, colateralmente, al pragmatismo de James y Dewey. Las denominaciones recibidas por esta corriente filosófica son bastante numerosas; en una relación que no pretende ser exhaustiva, podemos incluir las siguientes: empirismo puro, empirismo lógico, empirismo científico, empiriocriticismo moderno, positivismo lógico, neopositivismo, análisis lógico, atomismo lógico, círculo de Viena, escuela de Upsala, filosofía científica, empirismo analítico, cálculo lógico, pragmática, análisis del lenguaje, sintaxis lógica, semántica, semiótica, realismo crítico, neopragmatismo, movimiento para la unificación de la ciencia, logicismo empírico,

[5] *Cours*, t. I, págs. 32-33.

operacionalismo, instrumentalismo, fisicalismo, logística y axiomática. A pesar de las sutiles diferencias de matiz que existen entre sus distintas exposiciones, los representantes de esta doctrina filosófica coinciden en un principio fundamental, que Rudolf Carnap se ha encargado de enunciar con gran precisión: "Rechazamos la tesis de la realidad del mundo físico; pero no la rechazamos porque la consideramos falsa, sino porque carece de sentido; y su antítesis idealista la hacemos objeto, exactamente, del mismo rechazo. Nosotros no afirmamos ni negamos esta tesis, sino que rechazamos el problema de su integridad".[6] Por consiguiente, en el nada novedoso intento que hacen por establecer una imposible tercera posición entre el materialismo y el idealismo, los positivistas lógicos se colocan declaradamente *por debajo* del conflicto principal entre las dos corrientes fundamentales de la filosofía hasta nuestros días.

En el desarrollo del positivismo lógico, la primera tendencia que se destacó fue la del logicismo. El germen de esta tendencia se encuentra en las varias tentativas hechas por Leibniz para inventar un cálculo algebraico que permitiera el análisis lógico de los conceptos y de la estructura formal de los sistemas científicos. Los antecedentes inmediatos del logicismo se tienen en los trabajos de *Augustus De Morgan,*[7] *George Boole,*[8] *Richard Dedekind,*[9] *Gottlob Frege,*[10] *Ernst Schroeder,*[11] *Charles Saunders Pierce*[12] y *Giuseppe Peano,*[13] quienes crearon los instrumentos matemáticos necesarios para sustentar las tesis logísticas. La tarea de coordinar los resultados anteriores y de sintetizarlos en la teoría de la identidad de las matemáticas y la lógica, fue iniciada por Bertrand Russell en sus *Principles*

---

[6] *Philosophy and Logical Syntax,* London, 1935, p. 20.

[7] *Formal Logic,* 1847.

[8] *The Mathematical Analysis of Logic,* Cambridge, Macmillan Barclay and Macmillan, 1847; *An Investigation of the Laws of Thought,* London, 1854.

[9] *Was sind und was sollen die Zahlen?,* 1888.

[10] *Begriffsschrift,* Halle, 1879; *Die Grundlagen der Arithmetik,* Breslau, 1884; *Grundgesetze der Arithmetik,* Jena, 1893-1903.

[11] *Vorlesungen über die Algebra der Logik (exakte Logik),* Leipzig, 1890-1905.

[12] *Collected Papers,* Cambridge, Hartshorne and Weiss, 1931-1935.

[13] *Formulaire de Mathématiques,* Turín y París, 1894-1908.

of Mathematics,[14] que es una exposición filosófica y polémica de la logística; y luego fue continuada por él mismo en colaboración con A. N. Whitehead en los *Principia Mathematica*,[15] que es una obra escrita enteramente en símbolos matemáticos, salvo algunas breves explicaciones incidentales, con el propósito de probar las teorías sostenidas en el libro anterior. Después de Russell, la escuela logística ha hecho escasos avances con los trabajos de Hermann Weyl,[16] L. Chwistek,[17] y F. P. Ramsey.[18] Finalmente, el *Tractatus Logico-Philosophicus* de Ludwig Wittgenstein,[19] cuyas conclusiones son en muchos respectos desfavorables a Russell, puede considerarse como una especie de culminación autocrítica del movimiento logístico.

Entre los más graves defectos del logicismo se encuentran sus empeños de definir las nociones fundamentales de las matemáticas como relaciones entre términos puramente abstractos —literalmente "conceptos vacíos"— lo cual entraña irremediablemente la pretensión de que las matemáticas no contienen ningún elemento empírico y de que, en último extremo, las propias matemáticas se reducen a un capítulo de la lógica. Pero, a pesar de sus tenaces esfuerzos en este sentido, los logicistas han sido impotentes para encontrar las demostraciones requeridas. En cuanto a sus tentativas de construir nuevas disciplinas científicas a base de formular arbitrariamente y *a priori* un sistema de postulados, lo cierto es que no han podido establecer absolutamente ninguna que no sea la mera repetición de alguna de las ya existentes. Por lo que respecta a la formulación rigurosa de la estructura axiomática de las ciencias con base en un conjunto de postulados compatibles, independientes y suficientes que permitiera deducir todos los teoremas conocidos, lo que se ha venido a comprobar es la imposibilidad de establecer tales sistemas en que se cumplieran estrictamente los requisitos de compatibilidad, independencia y suficiencia; con el agravante de haberse descubierto, además, el carácter relativo y limitado que tienen dentro de las matemáticas mismas los principios tradicionales de identidad, no contradicción y tercero ex-

[14] Cambridge, 1903.
[15] Cambridge, 1910-13.
[16] *Das Kontinuum*, 1918.
[17] *Theory of Constructive Types*, 1923-25.
[18] *The Foundations of Mathematics and other Logical Essays*, New York, 1931.
[19] Routledge and Kegan Paul, London, 1922.

cluido. En lo que se refiere a las paradojas, que amenazan seriamente la solidez de los fundamentos formales de la lógica y de las matemáticas, la solución propuesta por los logicistas de adoptar exclusivamente definiciones que cumplan con la condición de Pascal —de que siempre se pueda substituir lo definido por la definición, y recíprocamente—, ha quedado descartada por entero, ya que se ha mostrado la existencia de una incompatibilidad entre la exclusión absoluta de las definiciones que no cumplen con la condición de Pascal y la realización completa del programa de la logística. Por otra parte, los intentos de establecer una rigurosa fundamentación jerárquica de las ramas superiores de las matemáticas en las ramas más simples, han resultado ser una mera utopía. Por último, los propios logicistas se han impuesto una limitación, tan arbitraria como absurda, al haber reducido sus esfuerzos dedicándose exclusivamente al tratamiento simbólico de la deducción lógica, sin preocuparse para nada de la inducción ni tampoco de la dialéctica.

La segunda tendencia desarrollada por el neopositivismo ha sido la del empirismo lógico. Se inició en Suecia en 1910, con Axel Hägerström y Adolf Phalén, quienes constituyeron la llamada Escuela de Upsala; y tomó un impulso definido con el *Tractatus* de Wittgenstein. En 1923 se formó el Círculo de Viena, dirigido por Moritz Schlick y con la participación de F. Waismann, Herbert Feigl, Hans Hahn, Otto Neurath, Victor Kraft, Felix Kaufmann, Kurt Reidemeister, K. Menger, E. Zilsel, K. Popper, Hans Kelsen, L. von Bertalanffy, Heinrich Gomperz y B. von Juhos; además, lo siguieron Philip Frank de Checoslovaquia, Eino Kaila de Finlandia, A. Petzaell de Suecia, Carlo G. Hempel de Alemania, A. E. Blumberg de Estados Unidos y Alfred J. Ayer de Inglaterra. Originalmente, sus discusiones se orientaron hacia los fundamentos de la lógica y la matemática, la lógica del conocimiento empírico y, ocasionalmente, la filosofía de las ciencias sociales. En 1929 publicó su declaración de principios en la *Wissenschaftliche Weltauffassung* presentándose explícitamente como continuador de la obra de Ernst Mach en el desarrollo de su concepción "científica" del mundo; a diferencia de Bertrand Russell, quien seguramente considera tan implícita y obvia su filiación y su repetición de Mach, que éste es uno de los pocos filósofos de importancia que ni siquiera menciona en su *Historia de la Filosofía Occidental.* Igualmente, los empiristas concentraron

su doctrina en dos de los aforismos de Wittgenstein, sosteniendo que la filosofía no es una ciencia y que consiste únicamente en la actividad mental de esclarecer las ideas.[20] Bajo el influjo del Círculo de Viena se organizaron varios grupos en otros países; el de Berlín tuvo como representativos a Hans Reichenbach, Kurt Grelling, Kurt Lewin y Carl G. Hempel; el de Praga, a Philipp Frank y Felix Mainx; el de Münster, a Heinrich Scholz; y el de Varsovia, a Kazimierz Twardowski, Jan Lukasiewicz, Leon Chwistek y Alfred Tarski. Poco después, se unió al Círculo de Viena Rudolf Carnap, quien ha ocupado desde entonces una posición preponderante dentro del positivismo lógico. En 1930, el empirismo lógico se presentó al gran público filosófico, en el VII Congreso Internacional de Filosofía, celebrado en Oxford; y posteriormente ha seguido participando organizadamente en los subsecuentes Congresos Internacionales de Filosofía. En 1935, se efectuó en París un Congreso Internacional de Filosofía Científica, durante el cual trabaron íntima relación con el empirismo lógico Charles Morris, Ernest Nagel, Rudolf von Mises, Werner Heisenberg, Louis Rougier, Ferdinand Gonseth, James Jeans, Arthur Eddington, George E. Moore y Stuart Chase. En este Congreso quedó planeada la publicación de la *International Encyclopedia of Unified Science* y se acordó, por parte de los positivistas lógicos, cambiar el nombre de la asamblea por el de Primer Congreso Internacional para la Unidad de la Ciencia. En 1936 se celebró el Segundo Congreso para la Unidad de la Ciencia, en Copenhague; en 1937 se efectuó el Tercero en París; en 1938 el Cuarto en Cambridge, Inglaterra; en 1939 el Quinto en Cambridge, Estados Unidos; y en 1941 el Sexto en Chicago. Su traslado al continente americano trajo aparejada la formación de un grupo de Harvard, cuyas principales figuras —además de los europeos refugiados o adquiridos— han sido Percy W. Bridgman, John Dewey, G. H. Mead, C. I. Lewis, Morris R. Cohen y V. F. Lenzen. Por último, la naturalización personal y filosófica de los empiristas lógicos en los Estados Unidos les ha permitido publicar 16 de las 20 monografías planeadas para la *Encyclopedia of Unified Science,* teniendo como autores a Otto Neurath, Niels Bohr, John Dewey, Bertrand Russell, Rudolf Carnap, Charles Morris, Leonard Bloomfield, Victor F. Lenzen, Ernest Nagel, Philipp Frank, E. Finlay-Freund-

[20] *Tractatus,* aforismos 4.111 y 4.112, págs. 75-77.

lich, Felix Mainx, Egon Brunswik, Joseph H. Woodger, Carl G. Hempel, George de Santillana, Edgar Zilsel y Joergen Joergensen. Su organización actual se denomina *Institute for the Unity of Science,* con sede en la Universidad de Harvard y tiene como órgano editorial a la Universidad de Chicago.

El fundamento del empirismo lógico se encuentra en la idea de que la ciencia se construye partiendo de proposiciones completamente elementales, cuyo encadenamiento queda garantizado por las leyes de la logística, o sea, los principios de la lógica formal tradicional expresados simbólicamente. Según Wittgenstein, las "proposiciones pueden representar toda la realidad, pero no pueden representar lo que ellas deben tener en común con la realidad para ser capaces de representarla... las proposiciones no pueden representar la forma lógica, sino que ésta se refleja en las proposiciones. Lo que se refleja en el lenguaje no puede ser representado por el lenguaje. Aquello que *se* expresa en el lenguaje, no lo podemos expresar por medio del lenguaje. Las proposiciones *muestran* la forma lógica de la realidad, la exhiben... (pero), lo que *puede* ser mostrado *no puede* ser dicho... (en suma) lo que el solipsismo significa es perfectamente justo; es aquello que no puede ser expresado, sino que se manifiesta por sí mismo".[21] Estas oscuras expresiones son esclarecidas por Carnap, al afirmar que "en la ciencia sólo existen, aparte de las tautologías matemáticas —o juicios analíticos *a priori*— los enunciados experimentales";[22] y, para precisar su significado, dice en otra parte, "estas proposiciones se reducen a una base común, ya que se les puede conectar con las nociones primitivas, las cuales se relacionan a su vez con los datos, con los contenidos inmediatos de la conciencia".[23] Como se advierte, lo que se destaca claramente aquí es cómo el empirismo lógico se conforma exclusivamente con los datos de la llamada "experiencia interna" e ignora deliberadamente a la experiencia objetiva. Por su parte, para no dejar lugar a dudas, Reichenbach insiste diciendo: "Para el positivismo, es la percepción adquirida en la experiencia vivida *(Erlebnis)* lo que debe constituir el único elemento al cual

---

[21] *Tractatus,* aforismos 3.13, 3.22, 3.24, 3.31, 3.33, 4.01, 4.02, 4.12, 5.61 y 5.62; págs. 45, 49, 51-53, 57-59, 63-69, 79-87, 149-151.

[22] *Le Probleme de la Logique de la Science,* Hermann, París, 1935, p. 6.

[23] *L'Ancienne et la Nouvelle Logique,* Hermann, París, 1933, p. 31.

se relaciona la noción de realidad. Lo que nosotros le agregamos, bajo el título de objeto del mundo, solamente es una construcción del pensamiento que agrupa, de algún modo, los datos de la percepción".[24] Este solipsismo metodológico, calificado de "perfectamente justo", no se limita en realidad al método, sino que se extiende al empirismo lógico en su integridad, puesto que todo aquello que no se deriva de las proposiciones "protocolarias" elementales es declarado ilegítimo y, por consiguiente, es desechado. Por supuesto, es bastante extraño que este idealismo subjetivo, que forma el contenido del empirismo lógico, pueda haber despertado interés entre algunos hombres de ciencia. Ahora bien, lo que ocurre es que se le presenta a través del impresionante aparato técnico de la lógica simbólica, con el cual se ofrece al conocedor la apariencia de corrección y precisión formales, al mismo tiempo que se consigue suscitar el respetuoso temor del profano ante lo incomprensible. Pero, a pesar de los laboriosos esfuerzos hechos en este sentido, el intento de los empiristas lógicos por identificar la lógica y las ciencias todas con el idealismo subjetivo, resultó enteramente fallido; tanto así que los propios positivistas han acabado por orientarse hacia otros senderos.

Una tercera tendencia del neopositivismo la representa el llamado "método operacional" u "operacionismo". Su presentación fue hecha por Percy W. Bridgman, en su discutido libro *The Logic of Modern Physics,* publicado en 1927. Como consecuencia del impacto producido por la comprobación experimental de la teoría de la relatividad, un buen número de físicos y filósofos preocupados por la ciencia dedicó su atención al examen y la crítica de los métodos científicos, sobre todo en cuanto éstos habían sido considerados como absolutos. Dentro de este propósito, y como una tentativa para resolver el problema, fue que Bridgman estableció el "operacionalismo lógico". Su intención primordial consistió en formular un criterio epistemológico que sirviera para eliminar las nociones vagas o carentes de sentido, planteando la exigencia de que todos los conceptos científicos quedaran definidos en términos de operaciones empíricamente ejecutables. Sin embargo, la precisión del enlace requerido entre las operaciones y el significado de

[24] *La Philosophie Scientifique,* Hermann, París, 1932, p. 34; se trata de una obra diferente a la publicada en español con el título de *La filosofía científica.*

los conceptos, ha sido hasta ahora un problema imposible de resolver para los sustentantes del operacionalismo. Acerca de esta cuestión —cuyo esclarecimiento es enteramente indispensable para la fundamentación de esta corriente positivista— el propio Bridgman ha establecido cuatro enfoques completamente distintos, por lo menos. En 1927, dice que "el concepto es sinónimo del correspondiente conjunto de operaciones".[25] En 1934, considera ya simplemente que "el significado debe ser indagado... en las operaciones".[26] En 1938, afirma que las operaciones constituyen sólo una condición "necesaria" pero "insuficiente" para la determinación de los significados conceptuales.[27] Y, en 1952, sostiene que "el aspecto operacional no es, en modo alguno, el único aspecto de la significación".[28] Así, el rango lógico de la relación entre las operaciones y el significado de los conceptos ha descendido tanto que, tal vez, ni siquiera la denominación de "operacionismo" resulta ya acertada y, desde luego, ha dejado de ser denotativa.

Por otro lado, las operaciones mismas que sirven de sustento al operacionalismo plantean un problema agudo: ¿cómo se sabe que una operación propuesta es realmente ejecutable? Porque no es posible intentar la formulación de una definición operacional de lo que significa semejante operación. Para definirla debemos emplear otra operación, la cual, a su vez, tiene que ser definida operacionalmente y, así, se proseguiría de manera interminable. A este respecto, Bridgman trata de suspender la serie infinita de definiciones operacionales sucesivas, deteniéndola en lo que llama las "operaciones simples". Tales operaciones serían aquellas que, cuando decimos que las ejecutamos, lo hacemos así realmente de modo inequívoco. Pero, además de la arbitrariedad francamente subjetiva y de la enorme imprecisión de la supuesta inequivocidad, surge todavía otra objeción. De acuerdo con Bridgman, la experiencia jamás contiene nada universal, sino que exclusivamente suministra hechos particulares. Por lo tanto, una operación es un acto ejecutado por un individuo en determinado tiempo y en cierto lugar. En consecuencia, ninguna operación es rigurosamente

---

25 *The Logic of Modern Physics*, Macmillan, New York, p. 5.

26 "A physicist's second reaction to mangenlehre", *Scrip. Math.*, *2*, p. 103.

27 Operational analysis", *Phil. Sc.*, *5*, p. 116.

28 "The nature of some of our physical concepts", *Brit. Jn. Philos. Sc.*, *1*, p. 257.

repetible. Únicamente existen operaciones equivalentes, que siempre siguen siendo particulares; y, en sentido estricto, ni siquiera se trata de operaciones particulares, sino rigurosamente individuales. A mas de esto, aun aceptando la posibilidad de que una "definición operacional" se refiera a toda una clase de operaciones —compuesta por un número muy grande, prácticamente infinito, de operaciones equivalentes del mismo tipo— y no a una sola operación singular e irrepetible, no obstante, es fácil advertir que conduce a resultados paradójicos. Por ejemplo, según Bridgman, "el concepto de longitud implica tanto como y nada más que el conjunto de operaciones por las cuales se determina la longitud".[29] Pero, como es bien sabido, existen varios procedimientos para determinar la longitud —empleando una cinta métrica, una triangulación geodésica, un barómetro, las ondas de una radiación, el producto de la velocidad de la luz por el promedio del tiempo en que va y viene una señal luminosa, etc.— que constituyen distintos conjuntos de operaciones. Y, por lo tanto, aunque coincida en sus resultados con los otros procedimientos, cada una de estas determinaciones corresponde a un concepto "operacionalmente" distinto de la longitud. Por otro lado, supongamos que se multiplica la altura de un hombre por su edad y luego, se obtiene la raíz cuarta del logaritmo decimal de este producto, llamando al resultado obtenido el número *aledádico* de tal individuo. Tendríamos así un concepto bien definido "operacionalmente", pero no sería posible establecer cuál pudiera ser el significado real del concepto definido de esta manera.

También es necesario señalar que el operacionalismo adopta una interpretación literal del nombre escogido por Einstein para su teoría explicativa de los movimientos de las grandes masas y las grandes velocidades. Así, considera que todo conocimiento es relativo y que una de las características más revolucionarias de la reciente experiencia científica en la física, consiste en que no podemos trascender el punto de referencia humano. Por consiguiente, pretende ignorar el aspecto epistemológico más importante que ha sido aclarado por la teoría general de la relatividad. Como se sabe bien, las "ecuaciones de campo" de Einstein separan distintamente las relaciones que se cumplen en la naturaleza independientemente de cualquier sistema de coordenadas —o punto de referencia— de la expre-

[29] *The Logic of Modern Physics*, p. 5.

sión de dichas relaciones en función de las coordenadas; y, justamente por ello, hace figurar en miembros diferentes de las ecuaciones a estos dos tipos de relaciones. En consecuencia, únicamente uno de los miembros de dichas ecuaciones es el que expresa el punto de referencia humano y, por lo demás, su expresión tiene que cumplir la condición ineludible de corresponder efectivamente a las observaciones objetivas que son enunciadas en el segundo miembro de las ecuaciones. En cambio, también en este caso el operacionismo se coloca en la posición del empirismo estricto, escogiendo uno sólo de los miembros de las ecuaciones einsteinianas y adoptando, por lo tanto, la única conclusión rigurosamente compatible con esta actitud, o sea, el solipsismo absoluto. En realidad, no otra cosa significa su afirmación de que la ciencia es, en último extremo, un asunto subjetivo que se refiere a lo que uno y el mismo individuo piensa y hace. Resumiendo lo dicho, tenemos que el operacionismo, como todo el positivismo lógico, comienza su desarrollo con un punto de vista muy preciso, pero obviamente absurdo e irrealizable; y, luego, a través de sus constantes revisiones y del refinamiento de sus formulaciones, sólo logra adquirir generalidad —siempre dentro de su propio punto de vista— a costa de una ambigüedad creciente. En particular, el mismo desenvolvimiento del operacionalismo confirma claramente que la reducción del concepto científico a las operaciones de medida, no pasa de ser una consideración unilateral y francamente insuficiente.

La cuarta tendencia del positivismo lógico fue la del análisis sintáctico del lenguaje. Según Russell, la tarea de la filosofía consistiría —en este sentido— en sujetar las proposiciones científicas a un análisis lógico que no podría establecer ninguna nueva verdad, pero que sí esclarecería la forma lógica de las verdades ya conocidas e impartiría al conocimiento positivo una nueva luz, superando la confusión y la perplejidad intelectual. Más tarde, Carnap —con su ambición de quedar "por debajo" del idealismo y del materialismo— abrevió el programa, estableciendo que "el objeto de la filosofía es conducir al análisis lógico del lenguaje" y, más aún, que "el análisis lógico se reduce a la sintaxis de las proposiciones científicas". Con esto, excluyó el análisis de las relaciones entre los términos de las proposiciones y lo que éstos significan, quedándose únicamente con el examen de las conexiones formales de los términos entre sí. En este plano abstracto, Carnap considera que

la oposición entre el materialismo y el idealismo es sólo cuestión del lenguaje empleado, ya que toda proposición puede ser traducida en función de objetos —modo material de expresión— o en función de una sucesión de experiencias subjetivas —modo formal—, siendo idéntico en ambos casos el contenido lógico de la proposición. Sin embargo, ni siquiera en este plano abstracto deja de intranquilizar a Carnap el espectro de la objetividad y, por ello, trata de eludirlo al añadir después: "Para mayor seguridad, sería preferible evitar completamente el empleo del modo material en el lenguaje... En la medida en que se utiliza este modo, es necesario velar muy especialmente por que todas las proposiciones establecidas puedan ser traducidas al modo formal. Tal es el criterio que permite distinguir filosóficamente entre las proposiciones auténticas y las falsas".[30] Lo deleznable de esta posición llevó a Tarski —quien es indudablemente uno de los más agudos y penetrantes entre los filósofos positivistas— a mostrar las insuficiencias de una pretendida teoría científica que se ocupaba exclusivamente de estudiar las formas sintácticas de las palabras y las relaciones sintácticas entre los términos de las proposiciones, abandonando por entero el problema de las relaciones del lenguaje con la realidad objetiva. Estas críticas dieron pronto al traste con la etapa de la sintaxis lógica del lenguaje de la ciencia, inclusive dentro del positivismo.

La última etapa del positivismo es la semiótica, o teoría de los signos, con la cual se consuma la proclama de Wittgenstein: "*los límites de mi lenguaje* son los límites de mi universo".[31] En esta variante del neopositivismo, Carnap adopta las tesis de Morris, dividiendo a la filosofía en tres ramas principales: la pragmática, la semántica y la sintaxis. De acuerdo con Carnap y sus seguidores, la pragmática se ocupa de investigar la actividad, la situación y la conexión entre el sujeto que habla un lenguaje y los signos con que se expresa. La semántica estudia las relaciones entre las expresiones lingüísticas y los datos significados. En fin, la sintaxis trata de las propiedades formales de las expresiones y de las relaciones que entre ellas se establecen. En todo caso, la semiótica positivista impregna a estas tres ramas de sus dos características peculiares: la separación entre los signos y el pensamiento, y la separación

---

[30] *The Logical Syntax of Language,* London, 1937, p. 20.
[31] *Tractatus,* aforismo 5.6, p. 149.

entre el pensamiento y la existencia objetiva. Por ello, la pragmática, la semántica y la sintaxis se reducen al tratamiento de los signos y de los significados, entendiendo por estos últimos las impresiones subjetivas de cada individuo. Lo que es más, la falta de relación entre el pensamiento y la palabra, que sustentan los semanticistas, los ha llevado a afirmar que todas las dificultades del mundo actual se deben exclusivamente al abuso del lenguaje. Y, como el lenguaje no corresponde a ninguna idea ni tampoco a realidad alguna, entonces, los pragmatistas positivos anuncian que pueden resolver todos los problemas humanos, con tal que se les deje realizar una reforma del lenguaje.[32] De esta manera, atribuyen a las palabras el poder mágico de engendrar mitos y, a su vez, estos mitos producen la acción que crea a los objetos. No hace falta decir más para indicar cómo el positivismo lógico ha venido a desembocar en un irracionalismo radical.

Para concluir, simplemente apuntamos con certeza, que el positivismo lógico no ha logrado cumplir ninguno de sus dos objetivos primordiales. No ha conseguido superar, ni tampoco rebajar, la oposición entre el idealismo y el materialismo. Y menos aún ha podido ofrecer a la investigación científica actual el instrumento metodológico que requiere. Al final se encuentra colocado en una posición peor que en su comienzo, porque ha perdido toda la apariencia de solidez que tenía en su programa inicial. En estas condiciones, resulta bien claro que el positivismo de Augusto Comte ha fracasado por entero. Por un lado, sus herederos en el aspecto dogmático de la filosofía de la ciencia han llevado el desarrollo de su doctrina hasta su más positiva aniquilación. Por otra parte, la aplicación histórica de la filosofía social comtiana —encarnada en México en los "científicos" porfiristas— hace ya tiempo que fue barrida literalmente por la fuerza revolucionaria de los campesinos. Así, cien años han sido bastantes para poder "cerrar con broche de oro" la historia real del "espíritu positivo", junto con todas sus consecuencias y sus ilusorios empeños.

---

32 CARNAP, *Foundations of Logic and Mathematics*, The University of Chicago Press, 1939.

ECONOMÍA ESTÁTICA Y ECONOMÍA DINÁMICA

Por *Francisco ZAMORA*

AUNQUE los términos "estática" y "dinámica" comenzaron a emplearse en las ciencias sociales sólo hasta mediados del siglo XIX,[1] desde mucho antes es posible hallar escritos sobre temas económicos que se basan en supuestos y métodos de razonamiento de un carácter que más tarde se llamará "estático". Suele afirmarse que las obras de los fisiócratas y de los clásicos ingleses de la economía contemplan los hechos económicos desde ese ángulo, porque los analizan con referencia a un estado de "equilibrio" al que tienden, o que ha resultado de ellos; estado que los fisiócratas concebían como un modelo ideal que les permitiría enjuiciar la realidad por comparación con él, y que era para los clásicos una posibilidad histórica. Se conviene, por lo contrario, en que, a partir de la gran depresión del cuarto decenio del siglo actual —que no solamente minó la antigua confianza en la estabilidad del orden económico y en su capacidad como autocorrector de sus propias deficiencias, sino que también puso en peligro la autoridad de la teoría tradicional, que atribuía las crisis a simples fricciones del mecanismo de autocorrección—, las investigaciones de los teóricos de la economía han dado especial importancia a los aspectos dinámicos de ésta, ya que lo que sobre todo les preocupa desde entonces es explicar la desocupación involuntaria y las fluctuaciones de la actividad productora, no como "fricciones" de un sistema esencialmente estable, sino como manifestaciones de su mismo funcionamiento.[2]

---

[1] Según JOHN NEVILLE KEYNES, gracias a COMTE. Ver *The Scope and Method of Political Economy,* p. 146 (Macmillan & Co., Londres, 1930).

[2] *The Theory of Fluctuations in Contemporary Economic Thought,* por SIDNEY D. MERLIN, capítulos I y II (Columbia University Press, Nueva York, 1949).

Los términos en cuestión fueron, como nadie ignora, tomados de la mecánica teórica, rama de las matemáticas aplicadas que trata del movimiento de los cuerpos, de las fuerzas que los generan, y de la anulación recíproca de éstas en un cuerpo en reposo. Dentro de la ciencia mencionada, se llama "dinámica" a la parte que se ocupa en el análisis del movimiento, y "estática" a la que estudia el reposo o equilibrio. Con significaciones similares fueron trasladadas ambas palabras a la terminología económica; sin embargo, su adopción no se halla exenta de inconvenientes, algunos de los cuales será bueno señalar.

La noción de fuerza es fundamental en mecánica: como que el reposo o equilibrio, que analiza la estática, resulta de la anulación recíproca de dos o más fuerzas, y el movimiento, que constituye la materia propia de la dinámica, supone la presencia de alguna capaz de generarlo. Sin embargo, esa noción es muy difícil de precisar, hasta el extremo de que incluso se discuta la posibilidad lógica de prescindir de ella; lo cierto es que casi sólo puede afirmarse que implica la acción mutua que los cuerpos ejercen entre sí: cuando chocan dos bolas de billar, una actúa sobre la otra y viceversa; cuando cae una pelota hacia la tierra, aquélla es atraída por ésta, pero a su vez la atrae. No obstante, si lo que nos interesa es observar el movimiento relativo de los cuerpos, preferiremos identificar la interacción de ambos, por lo que hace al movimiento, con la aplicación de una fuerza: una bola impulsa a la otra al golpearla, la tierra atrae a la pelota. De ahí que se haya dicho: "estrictamente hablando, las fuerzas son cantidades que definen los cambios impuestos a las velocidades de las masas en movimiento",[3] frase en la que ha de entenderse el "movimiento" como el paso de un cuerpo de un lugar o posición a otro; la "velocidad" como la razón entre la distancia que recorre y el tiempo que tarda en recorrerla; los cambios de velocidad como "aceleración", o sea, como la razón entre la velocidad y el tiempo, que es tanto como decir la tasa o razón que se establezca entre la razón o tasa entre la distancia y el tiempo (= velocidad), y este mismo tiempo.

Si llamamos L a la distancia calculada, por ejemplo, en metros, y T al tiempo computado en segundos, tendríamos:

[3] *Introduction a L'Analyse Macro-Economique*, por JEAN-CLAUDE ANTOINE, p. 179 (Presses Universitaires de France, París, 1953).

$\frac{L}{T}$ = distancia media en el tiempo = velocidad.

$\frac{L}{T} : \frac{T}{1} = \frac{L}{T^2}$ = velocidad media en el tiempo = aceleración[4]

Partiendo de lo anterior, con ayuda de las dos primeras leyes del movimiento, pertenecientes a la dinámica, estamos en aptitud de precisar la noción de fuerza. Pueden esas leyes formularse, del modo más sencillo posible, así: 1ª "Un cuerpo permanecerá en reposo o se moverá uniformemente en línea recta, si no es compelido a cambiar de estado por la acción de una fuerza"; 2ª "El cambio que experimenta la velocidad de un cuerpo en movimiento es proporcional a la fuerza que lo causa, y se realiza en la misma dirección, en línea recta, en que la fuerza actúa". Como acaba de verse, el cambio de la velocidad es la aceleración; por lo tanto, si un cuerpo dado se mueve con la aceleración A en determinada dirección, ello indica que una fuerza F proporcional a A actúa en la misma dirección, o sea, que $F = M \times A$, expresión que nos permite definir a F como una cantidad, y en la que M es un valor constante —la masa—, mientras que A viene a ser una relación entre la distancia y el tiempo, magnitudes mensurables.

En resumen, la mecánica teórica opera —u operaba hasta antes de la teoría de la relatividad— con tres dimensiones básicas, a las cuales pueden reducirse en último análisis todas las cantidades que requiere el estudio de los fenómenos físicos: el espacio, en que se mide la distancia *(L)*; el tiempo *(T)*; y la masa *(M)*, o sea, la cantidad medible y supuestamente invariable de materia que hay en cada cuerpo. Ya hemos visto cómo la combinación de esas tres dimensiones nos ha permitido definir la fuerza como una nueva cantidad.

Una traslación pura y simple de los conceptos fundamentales de la mecánica teórica a la teoría económica, hecho so pretexto de la adopción por ésta de los términos "dinámica" y "estática", resulta prácticamente imposible. Como lo indica Knight,

---

[4] Con mayor exactitud matemática podría decirse que si la velocidad es la primera derivada de la función que relaciona la distancia con el tiempo, la segunda derivada de esta misma función será la tasa de cambio de la velocidad en el tiempo, o sea, la aceleración. (*Mathematical Analysis for Economists*, por R. C. ALLEN, p. 151, Macmillan and Co. Ltd., Londres, 1942).

de las tres dimensiones básicas con que opera la mecánica, apenas si el tiempo no puede trasladarse sin adaptaciones previas al campo de la investigación económica, para utilizarse en él; sería, además, preciso —advierte el mismo autor— dar a la masa y al espacio (no sólo bajo el aspecto de distancia mensurable, sino también de dirección) significaciones que, como sucede en lo físico con las que tienen en mecánica, nos permitieran reducir a ellos todas las cantidades que se necesitan para expresar en términos cuantitativos los procesos económicos.[5]

Quizá por eso Boulding ha sugerido la adopción en la economía teórica de tres dimensiones básicas, similares, pero no iguales, a las de la mecánica: la mercancía, el dinero y el tiempo, a las cuales pueden reducirse, en su opinión, todas las cantidades económicas. Y ejemplifica: la mercancía M —que, de hecho, agrega, es una dimensión múltiple, puesto que cada calidad de mercancía es una dimensión distinta y exige un símbolo diferente, M_1, M_2, M_3. . . M_n.— y el tiempo, nos sirven para definir el capital como un monto de cosas físicas M considerado en un instante determinado; y también para definir el ingreso físico como la razón entre cierta cantidad de mercancía y un período de tiempo, o sea, M/T, en donde M es un número de kilos o toneladas de maíz o de cualquiera otra cosa, que partido por T, el tiempo, nos expresa el provento medio por día, semana o año, o sea, el ingreso en la unidad de tiempo. El precio es la razón de cambio entre el dinero y la mercancía: D/M; y si llamamos C al resultado de multiplicar el precio por el monto físico de cada una de las mercancías que constituyen el capital y de sumar los productos así obtenidos, o sea, al valor monetario de éste, y nombramos I al valor monetario del ingreso físico que el propio capital rinde en un año, tendremos que la tasa media de ingreso o tasa de interés por unidad será I/C, que podremos reducir a tanto por ciento multiplicándola por 100.[6]

Parece difícil llegar a delimitar con semejante procedimiento una noción económica equivalente o semejante a la de la fuerza mecánica, aunque se empleen en la nomenclatura de la economía términos tales como "movimiento", "veloci-

---

5 *The Ethics of Competition,* por FRANK H. KNIGHT, p. 166 (George Allen & Unwin Ltd., Londres, 1936).

6 Ver a este respecto *Economic Analysis,* por KENNETH E. BOULDING, tercera edición, pp. 241-242 (Harper & Brothers, Nueva York, 1955).

dad" y "aceleración", a los que se recurre cuando se trata de precisarla en física; y aunque la misma palabra "fuerza" sea de uso corriente en el lenguaje económico.

2

SEGÚN Antoine, traspuesta al dominio económico la noción de fuerza, se convierte en la de "cantidades que definen los cambios impuestos a los precios, los ingresos, etc.",[7] acepción esta última menos precisa que la correspondiente al mismo término en mecánica, y que quizá no sea aplicable, al menos con facilidad, a todas las comúnmente llamadas "fuerzas económicas"; porque, como sabemos, la economía no sólo opera con magnitudes extensivas, sino también con otras de excepcional importancia que son intensivas (verbigracia, las utilidades y satisfacciones, los gustos y preferencias, determinantes subjetivas de la conducta del consumidor), ya que, como ha hecho notar Kuznets,[8] la teoría económica tradicional ha sido, principalmente, una reducción de los fenómenos sociales a las acciones individuales de que se componen; tendencia, cabría agregar, que se acentuó y ha llegado a su máximo, a partir del advenimiento del subjetivismo. Cuando se habla, por ejemplo, de la "fuerza o poder del monopolio", es posible definirla como una cantidad:

$$F_m = \frac{P - CM}{P}$$

en donde F_m expresa la fuerza del monopolio, el grado de la capacidad que éste tiene de hurtarse a las condiciones de la competencia pura, P el precio de venta, y CM el costo marginal del monto de mercancía que corresponde a ese precio.[9] Pero si se habla de la competencia entre los compradores como una "fuerza" que en el equilibrio del mercado neutraliza la "fuerza" de la competencia entre los vendedores, resulta más

[7] *L'Analyse Macro-Economique*, p. 179.

[8] *Economic Change*, por SIMÓN KUZNETS, p. 33 (William Heinemann Ltd., Londres, 1954).

[9] *Price Theory*, por SIDNEY WEINTRAUB, pp. 145-146 (Pitman Publishing Corporation, Londres, 1949).

difícil reducirlas a cantidades, puesto que la competencia es en ambos casos "el esfuerzo —vocablo que vale aquí, según define la Academia, por empleo enérgico del vigor o actividad del ánimo— que hacen dos o más vendedores o compradores para venderle o comprarle a una misma persona, actuando por separado y atendiendo sólo a su propio interés"; operación que es, en lo esencial, de estricta naturaleza subjetiva.

De modo similar, solamente podrían definirse como cantidades "las fuerzas que guían los movimientos de los individuos" —a juicio de Schultz— si existieran en verdad funciones de la utilidad total, ya que las derivadas parciales de ellas medirían dichas fuerzas; pero, desgraciadamente, agrega, no hay forma ni valores de semejantes funciones.[10] En resumen, la noción mecánica de "fuerza", sólo en sentido figurado, puede trasladarse a la nomenclatura económica. Lo mismo pasa con las de "movimiento", "velocidad", "aceleración", "fricción", "equilibrio", etc.; y, en consecuencia, con las definiciones de "estática" y "dinámica", puesto que para adaptarlas a las exigencias de la economía, hay que atribuir significados distintos de los que tienen en física, a los términos que al hacer dichas definiciones se emplean en la mecánica teórica.

Vimos que en teoría económica "fuerza" recibe diversos sentidos, ninguno de los cuales se identifica con el que tiene la palabra en física. Lo que la voz expresa, con algunos de ellos, es mensurable, como en el caso antes indicado de la fuerza del monopolio; no en otros, en los cuales hay que imputarle, como dice Knight, la significación de motivo racional, determinante de la conducta humana.[11] Igual cosa puede afirmarse de "movimiento" y de "equilibrio": según las necesidades del análisis, adquieren esos términos connotaciones distintas. En la frase de Schultz transcrita líneas atrás, "las fuerzas que guían los movimientos de los hombres" los movimientos son, sin duda, las decisiones de éstos; pero la mayoría de las veces, la voz "movimiento" equivale en la terminología económica a "cambio", en el sentido de variación o mutación. Por lo tanto, el "equilibrio" en economía no será como en mecánica un estado de reposo, de inmovilidad completa, resultante de la anulación recíproca de todas las fuerzas que pudieran alterarlo, sino la

10 *The Theory and Measurement of Demand,* por HENRY SCHULTZ, p. 57 (The University Chicago Press, Chicago, 1938).

11 *The Ethics of Competition,* p. 163.

ausencia de motivos capaces de suscitar cambios en la situación económica a que se refiere. El consumidor estará en equilibrio, cuando nada lo induce a aumentar el consumo de uno de los bienes que aplica a la satisfacción de sus necesidades, para disminuir el de otro, porque con las cantidades de cada uno de ellos que usa obtiene la máxima satisfacción total (principio de la equimarginalidad)[12]; la empresa estará en equilibrio, cuando no hay nada que la incite a modificar el monto de su producción, porque está obteniendo la máxima ganancia posible, lo que sucede cuando el ingreso marginal es igual al costo marginal; la rama industrial se hallará en equilibrio cuando no hay estímulo para que crezca o decrezca el número de empresas que la componen; y el mercado de cualquier mercancía habrá alcanzado el equilibrio, cuando la cantidad de ella que se ofrece a un precio dado es la misma que a ese precio se demanda. En todos estos casos hay equilibrio, reposo, falta de movimiento, porque la respectiva situación económica permanece sin cambiar, aun cuando por esto haya en ella absoluta carencia de movilidad física de cosas y personas.

3

Si se reconoce que la traslación de los términos de la mecánica teórica al dominio de la economía sólo puede hacerse dándoles un sentido figurado, desde luego se comprende por qué, aunque los teóricos suelen coincidir en la definición de la estática económica, definen la dinámica de maneras distintas, según el propósito de los estudios que amparan con ese nombre. Discrepan en cuanto a la extensión del campo que reservan a la primera, puesto que mientras que hasta antes de la depresión del cuarto decenio del siglo asignaban a ese campo buena parte de la teoría, hay ahora la tendencia a reducir la parte de ella que le atribuyen, al extremo de que la escuela de Estocolmo, por ejemplo, sostiene que "*toda* la teoría económica que cumpla su finalidad debe tener un carácter dinámico".[13]

---

[12] *Tratado de Teoría Económica,* por Francisco Zamora, capítulo XIII, apartado 4 de la segunda edición (Fondo de Cultura Económica, México, 1955).

[13] *Estudios sobre la Teoría del Dinero y el Capital,* por Erik Lindahl, traducción de R. Verea Rial, p. 215 (M. Aguilar, Madrid, 1946).

Del modo más sucinto posible, la estática económica pue-
le definirse diciendo que "es la rama de la economía teórica
que se ocupa en el análisis del equilibrio económico"[14]; enten-
lido éste, claro está, como antes se explicó, o sea, no como un
estado de completo reposo, sino como una situación que como
al permanece invariable a lo largo del tiempo. Lo que equi-
vale a afirmar que dicho equilibrio solamente implica que son
uniformes y constantes en los procesos económicos ciertas can-
idades: montos de servicios productivos aplicados a la pro-
lucción de cada clase de mercancías, volumen de lo producido
le cada una de ellas en la unidad de tiempo, precios de los
factores de producción, de sus servicios y de las diversas es-
pecies de mercancías, etc.; o expresado de otra manera, vale
anto como decir que dentro de la estructura económica que
e considera equilibrada, la actividad se desarrolla constante-
nente, siempre igual a sí misma, sin aumento ni disminución.

Puede, incluso, ocurrir que en la situación equilibrio sur-
an cambios aislados de uno o varios datos que la alteren por
o pronto; si cuando uno de esos cambios se presenta, el sis-
ema económico responde con una serie de reajustes que lo lle-
ven sin fricciones a un nuevo estado de equilibrio, el estudio
caerá dentro de la jurisdicción de la estática, y el problema
consistirá en analizar, por comparación entre las dos situacio-
nes —la anterior y la superveniente— las diferencias entre
ambos equilibrios, y la influencia que hayan tenido en el re-
ultado final las variaciones de las cantidades económicas de-
erminantes de dichas situaciones. El método de investigación
que se aplica en tales casos toma el nombre de *estática com-
parada.*[15]

La trasmutación que sufre el significado de los términos
le la mecánica teórica cuando se les traslada a la nomencla-
ura económica, nos sugiere que si en economía todo cambio
le cantidades, estructuras o situaciones se asimila a un movi-
niento, el estudio de esos cambios debe corresponder en ella
. la dinámica. Sin embargo, acabamos de ver que el análisis
le algunos de esos cambios entra en el dominio de la estáti-
a, lo cual es clara indicación de que hay entre ambas seccio-

[14] *Tratado de Teoría Económica* ya citado, apartado 1 del capí-
ulo VII.

[15] Ejemplos de la aplicación del método de que se trata son las
xposiciones hechas en los apartados 8, 9 y 10 del capítulo XIX, y
n el apéndice al capítulo XXXIV del *Tratado de Teoría Económica.*

nes de la teoría económica una zona fronteriza, que corresponde a la estática comparada. Más todavía, si no son aislados, sino continuos y sucesivos los cambios generadores de otros tantos estados de equilibrio que son objeto de la investigación, podrá atribuirse a ésta el carácter de dinámica; y como cualquier cambio implica un período de tiempo dentro del cual ocurre, será posible incluso afirmar que la dinámica abarca aquellas partes de la economía teórica en las que las cantidades económicas deben ser fechadas, tal como lo afirmó Hicks.[16]

No todos los autores, por supuesto, comparten esa opinión. Para Harrod, lo que específicamente concierne a la dinámica son los efectos de los cambios continuos de las cantidades económicas, así como la determinación de la velocidad con que cambian, o sea, la determinación de la tasa de su cambio, que es tanto como decir, la de su cambio medio en el tiempo[17]; mientras que para Ragnar Frisch lo esencial de la dinámica es el análisis del *proceso* del cambio, y no la inmutabilidad de la estructura económica que lo sufre, en los extremos del intervalo temporal dentro del que ésta cambia.[18] Los economistas de la escuela de Estocolmo, como ya se habrá colegido, difieren de los autores citados, puesto que, como antes se dijo, sostienen que la teoría económica general es dinámica, toda vez que su finalidad es explicar la forma en que las cantidades económicas varían bajo el influjo del tiempo, basándose, al hacer la explicación, en lo que se conoce acerca del valor inicial de esas cantidades y de las condiciones que determinan sus variaciones. Las cantidades de que se trata serán, por lo tanto, funciones del tiempo cuyos diversos valores podrán relacionarse con los de éste en ecuaciones y curvas (curvas del tiempo). Es decir, la estática vendrá a ser una aplicación especial de la teoría general dinámica, que tendrá como fin el estudio de procesos económicos que, aun cuando se efectúan en el tiempo, se supone que son determinados por cantidades (variables) que no cambian al paso de él; de lo cual resultará que las correspondientes curvas del tiempo serán líneas rec-

---

[16] Véase *Value and Capital,* por J. R. Hicks, p. 115 (Oxford University Press, Nueva York, 1948).

[17] *Towards a Dynamic Economics,* por R. F. Harrod, pp. 3-4 (Macmillan & Co. Ltd., Londres, 1952).

[18] Citado en *Economics Dynamics,* por W. J. Baumol (The Macmillan Co., Nueva York, 1951).

tas, paralelas al eje del sistema de coordenadas en que se midan las unidades temporales.[19]

El punto de vista en que se coloca el profesor William J. Baumol al definir la dinámica económica pudiera calificarse de ecléctico. A su juicio, parece que la misión propia de ésta ha de consistir en hallar respuesta para cuestiones como la siguiente: "éstos son los hechos de ayer, ¿qué sucederá hoy como resultado de ellos?" Lo cual supone que en la dinámica adquiere relieve particular la predicción, no simplemente en el sentido de pronóstico similar al que se hace de los precios en la bolsa de valores, sino en el más general de establecer relaciones entre un suceso y los sucesos que lo preceden y lo siguen. Y así llega a una definición que llama "de trabajo": "la dinámica económica es el estudio de los fenómenos económicos que toma en cuenta la relación de ellos tanto con los acontecimientos que los precedieron como con los que habrán de seguirles".[20]

Tan amplia es esa concepción de la dinámica, que dentro de su ámbito caben todos los modos de concebirla de los autores citados momentos ha. El estudio que para Harrod constituye la esencia de la dinámica, o sea, el de los efectos de los cambios en las cantidades económicas, no puede hacerse sin relacionar los hechos actuales de la economía con los que les precedieron; ni tampoco podría analizarse sin relacionarlos, el proceso a través del cual se efectúan tales cambios, análisis que para Frisch circunscribe lo dinámico dentro de la teoría general. Hasta la idea que tienen de ésta los economistas suecos supone la determinación de relaciones entre los fenómenos pasados, presentes y futuros de la cambiante realidad económica; porque —como hace notar el propio Baumol— si la respuesta a la cuestión "¿qué sucederá hoy como resultado de los hechos de ayer?" tiene que ser: "las cosas no cambiarán", es decir, el estado de equilibrio persistirá, el análisis que nos llevase a esa conclusión pertenecería, sin duda a la estática; además, revelará que las variables, o sea, las cantidades en juego, no sufren cambios suscitados por el transcurso del tiempo, que es precisamente lo que, según la escuela de Estocolmo, caracteriza lo estático económico; sin embargo, sólo es posible de-

19 Ver a este respecto el libro *Estudios Sobre la Teoría del Dinero y el Capital,* por LINDAHL, pp. 215 y siguientes.
20 *Economic Dynamics,* por W. J. BAUMOL, p. 2.

terminarlo relacionando los hechos de hoy con los de ayer y los de mañana.

Inclusive la definición, a que antes nos referimos, que da Hicks de la dinámica, puede hallar sitio dentro de la de Baumol, aun cuando éste afirme lo contrario; porque aunque la sola circunstancia de que vayan fechadas las cantidades económicas, no supone por fuerza que el estudio respectivo considere los fenómenos a que se refieren, en sus relaciones con los sucesos que los precedieron y con los que habrán de seguirlos, para Hicks la exigencia de que toda cantidad tenga una fecha va aparejada con la de que se dedique "una atención especial a la forma en que los cambios en esas fechas influyen sobre las relaciones entre factores y productos"; y también con la necesidad de concebir el sistema económico no sólo "como una red de mercados interdependientes, sino como un proceso que tiene lugar el tiempo", proceso en el que, por ejemplo, "la oferta actual de una mercancía no depende tanto de lo que es en realidad el precio presente, cuanto de lo que los empresarios creyeron en lo pasado que iba a ser".[21] Es decir, fechar las cantidades económicas implica que los fenómenos respectivos se estudien en su relación con los acontecimientos que los precedieron y con los que vendrán después, aunque no de modo forzoso la continuidad de los cambios de esas cantidades, ni tampoco el estudio de los efectos de los mismos cambios y la determinación de su velocidad como quiere Harrod; ni mucho menos el del proceso a través del cual se consuma la mutación, como pide Frisch.

De cualquier modo, la definición de Baumol basta para darnos una idea suficientemente clara de la naturaleza de los problemas que caen bajo el dominio de la dinámica, cuando se la considera como una rama de la teoría económica general.

---

[21] *Value and Capital*, en el capítulo IX.

LOS FILÓSOFOS ESPAÑOLES

HA aparecido en Francia una obra en dos tomos sobre la filosofía española,[1] cuyo autor es el Dr. Alain Guy, Profesor de Filosofía ispañola en la Universidad de Toulouse. El primer volumen es una istoria cronológica de la filosofía española, estando dividido el estulio de cada filósofo en *Vida, Obras filosóficas* e *Influencias;* se anaizan las ideas de cada autor y se explican los textos respectivos. En a Edad Media el autor examina la obra de Raimundo Lulio y de Rainundo de Sebonde; en el Siglo de Oro, siglos XVI y XVII, la de Franisco Vitoria, Juan Luis Vives, Hernán Pérez de Oliva, Luis de León, uan Huarte, Miguel Sabuco, Juan de Mariana, Francisco Suárez; en l siglo XVIII, la de Benito Feijóo y Andrés Piquer; en el siglo XIX, la le Jaime Balmes, Julián Sanz del Río y Javier Lloréns y Barba. Al iglo veinte dedica el autor una tercera parte del libro. Dicha sección stá dividida más minuciosamente y se compone de cinco partes 1) los ombres del 98; 2) la generación anterior a 1914; 3) la generación e la primera guerra mundial; 4) las promociones surgidas entre las os guerras; 5) los jóvenes. El espacio reservado al estudio de los ensadores contemporáneos —donde encontramos los nombres famiares de aquellos que han venido haciendo y constituyendo la filosofía noderna española, Miguel de Unamuno, Ortega y Gasset, Manuel arcía Morente, Joaquín Xirau, Xavier Zubiri, José Gaos, García acca— se explica porque el autor advierte, en la primera mitad del iglo veinte, un verdadero renacimiento de la filosofía en España. Efecvamente, es en el siglo veinte cuando la filosofía española se hace, xplícita y abiertamente, contemporánea de la filosofía moderna euroea, es decir, es en el siglo veinte cuando los españoles convierten en bjeto y tema de sus preocupaciones los problemas propios y exclusios de la filosofía moderna. En una palabra, en estos cincuenta años emos asistido al esfuerzo de España por adquirir un lenguaje filosóico común con la filosofía de los demás países. Ésta ha sido la gran area de los maestros españoles. De ahí que la abundancia de filósofos ontemporáneos obedezca también a que el autor quiera demostrar la alsedad de que en España se estudie únicamente la filosofía católica

[1] *Les Philosophes Espagnols d'Hier et d'Aujourd'Hui,* Tomo I, Epoques Auteurs. Tomo II, Textes Chois. Privat Editeur, Toulouse, 1956.

y nos presenta pensadores que se inscriben en las más dispares corrientes filosóficas del siglo veinte. De ahí también que el autor rechace y considere inoperante el esquema propuesto por Menéndez y Pelayo, según el cual la filosofía española se dividía en Llullismo, Vivismo y Suarismo. Es en esta parte en donde probablemente la tarea divulgativa que se propone la obra sea más fecunda.

El segundo libro nos presenta algunas páginas de los autores estudiados en el primero. La antología ha conservado el idioma original, el castellano, excluyendo a quienes escribieron en latín, excepción hecha de Sebonde, Vitoria, Vives, Mariana y Suárez que aparecen en traducciones españolas.

En la Conclusión al primer volumen Alain Guy hace un balance y resume las aportaciones de la filosofía española en lo siguiente: haber transmitido la cultura oriental a Europa; haber creado un "humanismo integral", representado por Juan Luis Vives y Pérez de Oliva; haber practicado la ciencia de observación por intermedio de Huarte y de Sabuco; haber renovado la escolástica. De aquí habría que saltar, según el autor, al siglo veinte para encontrar de nuevo temas propios y originales, como, por ejemplo, el sentimiento trágico de la vida, la circunstancia, la razón vital, la razón histórica, etc. Esto es en resumen lo que nos presenta la obra de Alain Guy.

De la composición del libro sólo diremos que está hecha con orden, con sentido didáctico —en realidad está escrita para los alumnos de las clases preparatorias a las Escuelas Normales Superiores y para los candidatos al "certificado de Historia General de la Filosofía", quienes, de ahora en adelante, poseerán "un enchiridion y una pequeña biblioteca portátil de los pensadores hispánicos". (Tomo I, pág. 25). Sus méritos formales son varios: la información de primera mano, el orden y el rigor en la ordenación del material y en definitiva el cuidado y la atención con que ha abordado una tarea larga y fatigosa. Tan sólo, dado el carácter introductorio y apologético de este libro, pensamos que hubiese sido más adecuado, cuando menos en lo que se refiere al siglo veinte, hacer una selección de los autores más representativos e importantes en lugar de darnos una lista más o menos completa de aquellos que se dedican a la filosofía en España.

En conjunto, se trata de una novedad, de una primicia, pues quizá es el primer libro que aparece en un idioma extranjero dedicado exclusivamente a los filósofos españoles. Su importancia reside en que por primera vez se ha comprobado, en la forma académica de un manual, un hecho, un fenómeno: la presencia de la filosofía española; por primera vez se muestra, de una manera orgánica y hasta cierto punto sistemática, que los pensadores españoles han hablado y se han

expresado con el lenguaje de la filosofía. Porque se trata, precisamente, de una presentación, de una exhibición de la filosofía española.

Ahora bien, lo interesante del libro de Guy es que al mostrarnos, al enseñarnos la totalidad de la filosofía española, lo que ella ha sido a lo largo de nueve siglos, permite que resalten los problemas que entraña. Porque el libro demuestra patentemente que no ha habido un siglo en España sin que se ejerciera la actividad filosófica, sin que ésta estuviese presente y viva, y no obstante España ha sido tradicionalmente considerada como la nación no interesada en filosofía, como la nación no interesada en la ciencia, como la nación del desinterés por los temas que apasionaron y apasionan a los demás pueblos europeos. En definitiva se piensa que España no ha tenido parte alguna en la vida moderna de Europa. Las historias de la filosofía reflejan esta situación, ya que apenas se encuentran en ellas nombres españoles. España aparece excluída de la filosofía. Pero aquí es necesario hacer una distinción, puesto que no toda la filosofía española ha sido ignorada: la escolástica ha sido y sigue siendo tomada en cuenta. La escolástica española clásica no necesita ni presentaciones ni defensas, y tal vez lo más original de la filosofía española se encuentre allí. De Suárez se habla y se escribe, permanece siendo un clásico, es decir, un contemporáneo. Entonces el problema se limita a la filosofía española moderna. Sin embargo, aquí también vemos que España participó y participa, que algunos españoles han trabajado por cuenta propia problemas específicos de la filosofía moderna. Lo que sucede es que España no ha dado ningún clásico de la filosofía moderna, lo cual no excluye que haya habido pensadores con estilo, con originalidad y con genio. Lo ya dicho: España ha "participado" a una problemática, pero no la ha creado, y en esta participación ha "aportado", ha "contribuido". Por eso la filosofía española moderna carece hasta ahora de efectividad en la historia universal de la filosofía; de aquí la falta de interés, de aquí la leyenda negra o la realidad amarga de la filosofía moderna española. En contra el autor escribe: "Es combatir un estado de espíritu tan paradójico —fruto de la conjunción de factores psicológicos, históricos y sociales— a lo que la presente obra está consagrada, y para este fin será suficiente, creemos, desplegar a los ojos del lector un panorama del pensamiento español, desde sus orígenes hasta nuestros días, aun cuando nos limitemos a las figuras principales". (Primer tomo, pág. 9). O más adelante: "La fama de estos sabios (se refiere a los filósofos españoles contemporáneos) fuera de las fronteras de España, ha sido siempre y aún hoy, desgraciadamente, estorbada por una serie de causas extrínsecas, tales como los odios nacionales, las guerras, el aislamiento geográfico de la península en el

extremo de Europa Occidental, las censuras de la Inquisición, el eclipse político y económico de España en estos últimos siglos y por último y muy especialmente la odiosa "leyenda negra" difundida a partir de los enciclopedistas y colocada en lugar de la vieja fórmula admirativa: Gesta Dei per Hispanos". (Tomo I, págs. 15-16). Es en base a esta situación que nos presenta la obra de Alain Guy que quisiéramos, para finalizar nuestra breve reseña, apuntar algunas observaciones críticas.

No creemos, por lo dicho anteriormente, que la situación de aislamiento en que ha vivido la filosofía española se deba exclusivamente a causas ajenas e independientes del pensamiento español, que la opinión corriente y predominante sobre ella —es decir, sobre la filosofía española moderna— no esté motivada, cuando menos en parte, por España misma, por la ausencia o la índole[2] de sus reflexiones, y no creemos que la ignorancia o la pereza, la falta de oportunidad o los falsos criterios hayan sido las causas de esta distracción frente al pensamiento peninsular, en una palabra, que sean los otros quienes han colocado a España en esta peculiar situación de extrañamiento. No hay misterios, no hay confabulaciones, no hay razones políticas, sociales o económicas que expliquen la impopularidad de la filosofía moderna española, aunque tal vez las haya para explicar por qué no posee una tradición de clásicos. Ahora, como el libro se presenta como un intento para romper con un prejuicio, nos parece que la estructura misma de la filosofía española exige y requiere que se precisen más de lo que lo hace el libro cuáles son las aportaciones, los desarrollos peculiares que los grandes temas de la filosofía moderna han tenido en España, o explicitar más, en suma, cuál es la contribución española a la filosofía moderna. Quizá sea éste el camino para revelar y darle sentido a esta "tierra incógnita" de la filosofía que sería España, según escribe el autor en alguna parte. Éste es, a nuestro entender, el problema y la enseñanza que propone y aporta el libro de Guy.

Alejandro ROSSI.

---

[2] Sobre la peculiar índole del pensamiento de lengua española véanse los trabajos de José Gaos: "Antología del pensamiento de lengua española en la edad contemporánea", Colección Laberinto, Editorial Séneca, México. b) "Pensamiento de Lengua Española", Editorial Stylo, México, 1945. c) "Jornadas", número doce, "El Pensamiento Hispanoamericano", El Colegio de México, México.

Presencia del Pasado

LOS MANUSCRITOS DE QUMRÁN (MAR MUERTO)

Por *Pedro* GRINGOIRE

Kol koré: ¡Bammidbar,
pannú dérec Yahweh!
¡Yashsherú baArabah,
mesilah l'Elohenu!

ISAÍAS 40:3

Una voz clama: ¡En el desierto,
preparad el camino del Señor!
¡Trazad recta, en el Arabah,
una calzada a nuestro Dios!

(Versión libre)

ENTRE Jerusalén y el Mar Muerto se extiende el desierto de Judea. Precipitosos cantiles y profundas torrenteras —que los árabes llaman *wadis*— lo cortan como heridas monstruosas. A medida que desciende, en empinado declive, hacia la cuenca del Jordán inferior y del salado lago, desaparece hasta la rala vegetación que todavía se aferra a las tierras altas. Durante el día, flagélalo el sol, sin alivio de sombra alguna, pintando sus arenas de variados matices, conforme declinan las horas.

Multitud de oquedades y hendeduras se abren en los ija-res de su lomerío. Desde que David, perseguido por Saúl, se escabullía en sus escondites, ha sido asilo de prófugos, guarida de salteadores y base predilecta de guerrilleros. Hoy suelen trashumar en él, siguiendo a sus pastores beduinos, rebaños cabríos y ovejunos que triscan ávidamente cualquier asomo de amarillento verdor, y que lo recorren desde las cercanías de Jericó, al norte, hasta donde, por el sur, desemboca en el también desértico valle del Arabah.

Viejo desierto donde el folklore antiguo fijaba la habitación de Keteb, el demonio que ataca al mediodía, cuando está a plomo el sol, y de Lilith, el mortífero genio de la noche. En él los sacerdotes soltaban cada año, fulminado de maldiciones, el macho cabrío que cargaba simbólicamente los pecados de todo el pueblo. En él tuvo crianza y retiro Juan el Bautizador, antes de bajar al Jordán a proclamar la llegada del Ungido. A él "fue llevado por el Espíritu" Jesús, para su cuarentena de tentación. Y fue escenario de las últimas batallas en que los romanos domeñaron al fin la insurgencia judía. Antiguo desierto de Judea, lleno de recuerdos históricos, épicas leyendas y misteriosas tradiciones.

Cierto día, hacia la primavera de 1947, un pastorcillo beduino de la tribu taamira, trepaba por una de las pendientes del desierto, a unos 18 kilómetros al sur de Jericó (en qué menesteres, las versiones varían) cuando dio entre las peñas con la entrada a una cueva desconocida. Así se inició lo que el eminente arqueólogo G. Ernest Wright ha llamado "un descubrimiento fenomenal", "el descubrimiento más importante que se ha hecho hasta aquí en el campo de la arqueología bíblica".

El escondrijo contenía unas tinajas cilíndricas de barro, la mayoría rotas, de cuyas bocas sobresalían, envueltos en trapos, unos rollos manuscritos de cuero, en diversos grados de deterioro. La historia de cómo fueron a dar, una parte al convento ortodoxo griego de San Marcos, y otra a la Universidad Hebrea, en Jerusalén, es ya conocida en sus episodios principales. Al principio hubo dudas sobre su antigüedad e importancia. Pero el profesor John C. Trever, de la *American School of Oriental Research*, de Jerusalén, sospechóles singular valor, y habiendo sacado copias fotográficas de muestra de su texto, las remitió a la matriz de su institución en New Haven, Connecticut. Basándose en ellas, el veterano arqueólogo, profesor W. F. Albright, dictaminó que se trataba nada menos que del "más grande descubrimiento de manuscritos de los tiempos modernos".

En efecto, un riguroso examen por expertos, de los materiales encontrados, incluyendo tinajas y telas, con todos los procedimientos de la ciencia, identificó los manuscritos como hebraicos, y fijó su fecha entre mediados y fines del siglo II antes de Cristo. Además de fragmentos varios de otros rollos,

el hallazgo consistía de uno casi completo de Isaías; otro bastante incompleto del propio libro; un *pesher* o comentario del libro de Habacuc; una curiosa versión parafrástica de pasajes del Génesis, en arameo; unos veinte cánticos en el estilo de los Salmos; el libro de las reglas de una comunidad u orden, al que se ha dado el nombre de *Manual de Disciplina,* y otro que ha recibido el título de *La guerra de los hijos de la luz contra los hijos de las tinieblas.*

A medida que cundían las noticias del descubrimiento, aumentaba la sensación en el mundo de los letrados bíblicos y los historiadores. Pero el estado de sitio en que se hallaba prácticamente Palestina entonces, y luego la guerra que estalló en noviembre de ese año entre Israel y sus vecinos árabes, impidió que arqueólogos competentes y responsables exploraran debidamente la región. Mientras tanto, la codicia de los beduinos, que vendían a buen precio lo que iban hallando, hurgábalo todo, sin precaución alguna, y a cambio de lo que rescataban, estropeaban mucho más.

Fue hasta enero de 1949 cuando se emprendió la primera campaña seria y experta de exploración, con la protección y ayuda del gobierno de Jordania, en cuyo territorio está la región de los descubrimientos, y la admirablemente concertada participación de arqueólogos judíos, protestantes, católicos y árabes, que de entonces acá han continuado escudriñando el desierto y trabajando en la clasificación, identificación y conservación de los hallazgos.

Pues la primera cueva, designada hoy con la sigla 1Q, no fue más que el comienzo. Campañas sucesivas, en que se han explorado por lo menos unas 40 cuevas y oquedades, han dado por resultado el descubrimiento de otras 10 cuevas que han entregado verdaderos montones de fragmentos de manuscritos y otros objetos de valor arqueológico. A fines de 1951 se empezó la excavación en forma de las ruinas llamadas de Qumrán, de antiguo conocidas, pero que se creían de una fortaleza romana. Resultaron ser, nada menos, que las del monasterio de la secta o comunidad dueña de buena parte de los manuscritos encontrados. También se exploraron las ruinas llamadas de Al Mird, a 14 kilómetros al sureste de Jerusalén. En el Wadi Murabaat, a 16 kilómetros al sureste de Qumrán, otras cuevas dieron fragmentos de manuscritos del siglo I A. D., monedas, y hasta dos cartas del caudillo de la segunda rebelión

judía, Simón ben Kosebah (Bar Kojba o Kosiva), de la primera mitad del siglo II A. D.

Las excavaciones de Qumrán descubrieron el edificio que servía de centro de reunión (no de residencia) de una misteriosa comunidad de tipo ascético. Además de aposentos y salones de varias dimensiones, se han identificado la cocina, el refectorio, el *scriptorium* u oficina de los copistas, una torre de atalaya, y un intrincado sistema de cisternas, estanques y conductos para el agua. Entre los escombros se hallaron más de 700 monedas de varios cuños y épocas, que han servido para fijar con razonable aproximación las épocas de ocupación y vacancia del edificio, que van más o menos desde el año 136 A. C. hasta el 135 A. D.

En los rollos y fragmentos que se han ido encontrando, se calcula que están representados entre 600 y 1,000 manuscritos, unos en hebreo, otros en griego y algunos en arameo o siriaco de varios períodos. Unos son manuscritos bíblicos, otros son documentos propios de la comunidad de Qumrán, y buen número representan escritos seudo epigráficos y apócrifos. De los bíblicos se han hallado por lo menos fragmentos de todo el Antiguo Testamento, excepto el libro de Ester. Los libros que aparecen representados con más frecuencia son el Deuteronomio, Isaías, los Salmos y Daniel. Entre los otros, han aparecido fragmentos del Libro de Enoc, los Jubileos, el Testamento de Leví, los Dichos de Moisés y otros que la comunidad no reconocía como canónicos, pero que tenía en alta estima. En Al Mird se hallaron, de fechas más recientes, manuscritos griegos, siriacocristianos y árabes; entre ellos, los primeros fragmentos del Nuevo Testamento encontrados en la región.

Después del hallazgo inicial en la cueva 1Q, lo encontrado en 4Q se considera quizá más extraordinario. Pues se trata de fragmentos de unos 330 manuscritos, de los cuales entre 90 y 100 son bíblicos. Entre éstos se hallaron un Samuel y un Jeremías que datan de por el año 200 A. C., los más antiguos identificados hasta hoy.

Uno de los hallazgos que causaron más ruido, y tal vez el más intrigante de todos, es el de los dos rollos de cobre descubiertos en 3Q, en marzo de 1952. Realmente no quedaba ya nada en ellos de cobre metálico. Estaban completamente convertidos en óxido. Mientras se hacían diversas conjeturas sobre su contenido, del cual se advertían por el reverso trazas de la

incisión de las letras, tuvieron que emprenderse delicados experimentos para ver si podrían desenrrollarse. Todos fallaron y al fin hubo que cortarlos en tiras. Esto se hizo en Inglaterra a principios de 1956 y se han dado a conocer muestras de su texto.

Los rollos de cobre contienen una lista de 60 "entierros" de tesoros, con descripción de su sitio, que suman un gran total de 6,000 talentos (unas 200 toneladas) de oro y plata! Pero los eruditos no creen que se trate de un catálogo de tesoros que realmente existieron, sino de un inventario de tradiciones populares, o como dice el profesor Wright, "una colección del folklore tradicional, tal vez referente a la localización de los supuestos tesoros perdidos del antiguo Israel".

La recolección, limpieza y, sobre todo, identificación de las decenas de miles de fragmentos de los manuscritos, muchísimos de los cuales son tan pequeños que sólo contienen una palabra, unas cuantas palabras, y a veces apenas una letra, merece cálido y universal reconocimiento. Realiza esta labor en Jerusalén un equipo brillante de expertos de varias nacionalidades y credos, en ejemplar colaboración. No obstante su dedicación y competencia, las dificultades son tales que se calcula que pasarán todavía diez o veinte años antes de poder identificar por lo menos una considerable mayoría de esos fragmentos.

¿Qué importancia tienen para nuestro conocimiento del texto bíblico los manuscritos de Qumrán? Los eruditos están de acuerdo con el ya citado profesor Wright en calificar esos descubrimientos como de "extraordinaria importancia".

Se trata, en primer lugar, de manuscritos hebreos del Antiguo Testamento, por lo menos 1,000 años más antiguos que los de más antigüedad que se conocían. Datan éstos del siglo X A. D. en adelante, y corresponden al texto oficialmente fijado por los exégetas judíos llamados masoretas, por lo cual recibe el nombre de Texto Masorético (en adelante designado con la sigla TM). Es de él del que se han hecho todas las versiones modernas directas en las diversas lenguas.

Antes de este material, sólo existían dos fragmentos, uno en Londres y otro en El Cairo, del siglo IX A. D.; un manuscrito samaritano del Pentateuco, de la mitad del siglo VII A. D., y el famoso Papiro Nash, hallado en Egipto, que como muchos de los manuscritos de Qumrán data de por el año 100 A. C.,

pero es sólo una hoja que contiene los Diez Mandamientos (Éxodo 20) y Deuteronomio 6:4, 5. En cambio, y según resumen del profesor Frank M. Cross Jr., los más recientes de Qumrán —el Isaías incompleto de 1Q, y uno de Samuel y uno de Daniel procedentes de 4Q— son de fines del siglo I A. C. Los más antiguos —otro de Samuel y uno de Jeremías, también de 4Q— son de por el año 200 A. C.

¿Qué resulta de la comparación del texto de los rollos de Qumrán con el TM tradicional? En el entusiasmo del primer momento, hubo quienes predijeron tan radicales diferencias, que se impondría una alteración a fondo del texto bíblico autorizado. A medida que los textos de Qumrán se iban dando a conocer, eruditos cristianos y judíos se aplicaban de inmediato a una minuciosa compulsa.

Lo primero que en ella saltó a la vista fue que la abrumadora mayoría de las variantes son simplemente de ortografía o de gramática, pero no comportan diferencias esenciales en cuanto a contenido doctrinal. Algunos rollos, como el Isaías completo de 1Q, más bien sostienen el TM. De ese rollo dice el profesor Millar Burrows: "En términos generales confirma la antigüedad y autenticidad del texto masorético. Donde se aparta del texto tradicional, éste es usualmente preferible". Sus variantes, así como las del *Comentario de Habacuc* (1Q) aparecen ya incorporadas al aparato crítico de la autorizada *Biblia Hebraica,* de Rudolf Kittel (1951). Trece de las del primero fueron adoptadas en la novísima versión inglesa *Revised Standard* (Thomas Nelson & Sons, 1952).

Según parece, es en el texto de los libros de Samuel donde tendrán que hacerse más cambios, pues se colige que la fuente textual que en ese caso tuvieron a la vista los masoretas había sufrido ya algunas corrupciones. Pero ni en este caso resulta afectada la doctrina esencial.

En todo esto, las conclusiones son, por supuesto, provisionales, hasta que se hayan podido reconstruir y compulsar un mayor número de manuscritos. Pero por lo menos hasta aquí, se desprende del estudio y las opiniones de las autoridades, que las variantes que ofrecen los textos qumranitas no son de suficiente importancia para obligar a una alteración radical del texto conocido del Antiguo Testamento. En cambio, están sirviendo para aclarar algunos pasajes oscuros, y para rectificar en ciertos casos las lecturas. Y en resumen parecen probar que,

n lo general, el texto bíblico se ha conservado de manera ealmente maravillosa durante más de doce siglos que duró su ansmisión hasta quedar fijado en el TM, habida cuenta de s grandes azares y contingencias que naturalmente concurrie- on a su reproducción y conservación manuscritas.

Conviene aclarar, desde luego, que los eruditos no conce- en a los textos de Qumrán una autoridad final en todas sus cturas. Las versiones antiguas a otras lenguas tienen consi- erable autoridad también, en la tarea de reconstruir un texto ebreo lo más aproximado que fuere posible al que debió de aber sido el original. Había hasta aquí cuatro jalones prin- pales en la transmisión de dicho texto. Son los representados spectivamente por la versión griega llamada Septuaginta (si- lo II A. C.), por el *Tárgum* (o paráfrasis en arameo, siglo II . D.) y la *Peshito* (versión siriaca, *circa* 200 A. D.), por la aducción de San Jerónimo al latín, o Vulgata primitiva (si- lo IV A. D.), y, finalmente, por el TM (siglos IX-X A. D.).

La importancia de los textos de Qumrán estriba, como uede verse, en que su antigüedad los sitúa entre las Septua- inta (LXX) y el *Tárgum* y la *Peshito*, pero con la gran ven- ja sobre los tres citados, de no ser traducciones sino textos ebreos. Su presencia y sus variantes son la más dramática y otable revelación de que en su época había, no una sola, sino arias tradiciones textuales reconocidas como igualmente au- rizadas. El texto hebreo tenía aún cierta fluidez. No había uajado en uno solo e indiscutible. La LXX se basó en una de sas tradiciones. En cuanto al TM, su acuerdo general con los llos de Qumrán lleva a la conclusión de que es en su esencia ucho más antiguo de lo que se creía, lo cual refuerza consi- erablemente su autoridad. Según parece, debió de haberse jado en su forma actual entre los años 70 y 135 A. D. Fun- ándose, sin embargo, en una tradición anterior al siglo II A. C., udo muy bien haber recogido, como la LXX, lecturas de tex- s más antiguos y autorizados que los que sirvieron de base a s manuscritos de Qumrán. El profesor Cross ha señalado el echo significativo de que la ortografía del TM es, en realidad, ás antigua que la adoptada por Qumrán.

No obstante todas estas consideraciones, los rollos del de- erto están prestando servicios de extraordinario valor en la laración de lecturas del texto tradicional, y sobre todo de estiones relacionadas con la transmisión de éste. Sus lectu-

ras apoyan en unos casos a la LXX en sus diferencias con el TM, y en otros dan la razón a éste contra aquélla. Hay pasajes en que concuerdan más bien con la *Peshito* y las versiones latinas primitivas. Como muestra de pasajes que resultan aclarados a la luz de los rollos de Qumrán, citemos unos cuantos:

De Isaías (versión Reina-Valera), en 3:24, léase *vergüenza* en vez de "quemadura"; en 14:4, *la insolente furia,* en vez de "ciudad codiciosa de oro"; en 21:8, *Y gritó el que miraba,* en vez de "Y gritó como un león". En algunos casos, Reina-Valera se había apartado ya del TM, haciendo correcciones que parecían necesarias, traduciendo, por ejemplo, en 7:1, *no la pudo,* en vez de "no la pudieron" (tomar); en 14:30, *mataré,* en vez de "matará"; en 49:17, *tus edificadores,* en vez de "tus hijos"; en 51:19, *¿Quién te consolará?,* en vez de "¿Cómo te puedo yo consolar?". Y así es justamente como lee el rollo 1Q de esta profecía.

Quizá las dos correcciones más notables del TM que han debido hacerse hasta ahora, en vista de los textos de Qumrán, son las que siguen: En Deuteronomio 32:8, TM lee "hijos de Israel", pero un fragmento de 4Q, dando la razón a la LXX, lee *hijos de Dios.* En 1 Samuel 23:11, 12, los eruditos bíblicos habían sospechado que había una alteración en TM, en cuanto que la pregunta de David, al principio del versículo 11 resulta prematura y es repetición de la que aparece, en secuencia más lógica, en el versículo siguiente. Un fragmento de 4Q omite esa pregunta la primera vez, y al propio tiempo corrige a la LXX, que suprime parte de los versículos 11 y 12. El texto original, una vez restaurado, debió de ser, pues: *11. ¿Descenderá Saúl, como tu siervo tiene oído? Jehová, Dios de Israel, ruégote que lo declares a tu siervo. Y Jehová dijo: Sí, descenderá. 12. Dijo luego David: ¿Me entregarán los vecinos de Keila a mí y a mis hombres en manos de Saúl? Y Jehová respondió: Te entregarán.*

Otro señalado servicio que los manuscritos que Qumrán están prestando a la ciencia bíblica, es obligar a una revisión de las fechas que se habían fijado para la composición de algunos libros del Antiguo Testamento. La mayoría de los críticos mostraban la propensión a fijarles la más tardía fecha posible. El caso más notable es tal vez el del Eclesiastés. Se daba por sentado que había sido compuesto después de 150 A. C. Pero en 4Q se hallaron cuatro fragmentos de dicho li-

bro ya en su forma actual del TM. Por lo que su composición no puede ser posterior al siglo III, y hasta quizá se remonte al IV A. C. o antes. Otro caso es el del libro de los Salmos. Se llegaba a afirmar que muchos de ellos se habían compuesto en la época de los macabeos (siglo II A. C.) y que la colección, en la forma hoy conocida, se había completado cuando mucho en la segunda mitad de ese siglo. Pero las cuevas de Qumrán han entregado comentarios de esos salmos, lo cual prueba que el libro estaba ya formado como ahora por lo menos antes del siglo II A. C.

Resumiendo, con las palabras de dos eminentes autoridades: "Los manuscritos de Qumrán —dice el profesor Charles T. Fritsch, del Seminario de Princeton— han probado ya ser en extremo valiosos para los estudios sobre el Antiguo Testamento. Es verdaderamente notable la luz que arrojan sobre el texto hebreo y su historia, la traducción griega del Antiguo Testamento, el problema de la formación del canon, la paleografía hebrea y otras disciplinas relacionadas con el campo del Antiguo Testamento".

Y el profesor Millar Burrows, de la Yale Divinity School, concluye: "El lector en general, así como el estudiante de la Biblia, puede sentirse satisfecho al notar que nada de todo ello cambia nuestro modo de entender las enseñanzas religiosas de la Biblia. No necesitábamos de los rollos del Mar Muerto para mostrársenos que el texto no nos ha llegado, al través de los siglos, sin alteraciones. Las interpretaciones que dependen de las palabras exactas de un versículo deben examinarse a la luz de todo lo que sabemos en cuanto a la historia del texto. Sin embargo, la verdad esencial y la voluntad de Dios reveladas en la Biblia, se han preservado sin alteraciones en medio de todas las vicisitudes de la transmisión del texto".

¿Qué comunidad o secta era ésta de Qumrán, a la cual debemos tan extraordinarios documentos? ¿Eran esenios? ¿O eran, como algunos entusiastas se precipitaron a proponer, en un principio, nada menos que la original y prístina hermandad de los cristianos? ¿Pertenecieron Juan el Bautizador y Jesús de Nazaret a aquella cofradía? Éstas han sido tal vez las cuestiones de más trascendencia que se han planteado con motivo de los descubrimientos.

No puede intentarse, sin mucha cautela, precisar la naturaleza y describir el modo de vida y organización de la comu-

nidad de Qumrán. Los documentos recuperados están truncos, y la reconstrucción de sus blancos y lagunas sólo puede ser conjetural. Contienen, además, pasajes de incierta traducción. Con informes tan incompletos, sólo podemos formarnos una idea general, clara en algunos respectos, pero muy insuficiente en otros. Las propias autoridades que más a fondo estudian el asunto, nos advierten que sus conclusiones son tentativas y provisionales.

Dos son los documentos que más luces aportan sobre el particular. Uno es el *Manual de Disciplina.* El otro es el llamado *Sadokita* o *Documento de Damasco,* ya conocido desde 1896, por una copia que se halló en la sinagoga karaíta del Cairo. Había constituido un enigma, hasta el hallazgo del *Manual,* primero, y después, de otra copia fragmentaria entre los manuscritos de Qumrán. Su contenido tiene estrecha relación con el del *Manual,* y aunque todavía se debate la índole precisa del vínculo que existió entre las comunidades a que respectivamente se refieren, parece haber por lo menos acuerdo en que se trata de dos ramas o dos etapas del mismo movimiento religioso.

Los qumranitas se llamaban a sí mismos la *Yajad* ("Unión" o "Comunidad") y también los del "Nuevo Pacto". Su orden se componía de sacerdotes —"la santa casa de Aarón"— y legos o laicos —"la comunidad de Israel"—. Era una orden esencialmente masculina. Aunque el hallazgo, en el cementerio anexo, de osamentas de mujeres, prueba la presencia de éstas en Qumrán, los documentos no indican que fueran realmente miembros plenos de la comunidad. En el documento de Damasco se admite el matrimonio de los miembros y se previene contra la bigamia. En el anexo al *Manual,* llamado "las dos columnas", que el profesor T. H. Gaster llama el *Manual de disciplina para la futura congregación de Israel,* se menciona a "las mujeres y los niños". Pero son sólo los varones los que se inician en la orden.

Había dos órdenes de miembros. Unos hacían vida monástica en Qumrán. Los otros vivían, por decirlo así, "en el siglo", dispersos por toda Palestina, formando células de diez afiliados, cada una con un sacerdote como jefe. El movimiento en general se dividía en grupos de 10, 50, 100 y 1,000, semejando una organización paramilitar. Había cuatro categorías: la superior, formada por los sacerdotes; seguían los levitas, especie de clero auxiliar; luego los laicos iniciados, a quienes se

lenominaba "los hijos de Israel", y por último los novicios o ieófitos.

Se regían por una asamblea democrática, llamada de los Muchos *(rabbim)*. Todos los miembros plenos tenían en ella roz y voto. Pero se observaban las categorías o jerarquías, en el rango de los asientos y el orden en que debían usar de la palabra, para todo lo cual se observaban estrictas reglas par- amentarias. Como especie de comité ejecutivo, existía un Con- ejo de la Comunidad, que también servía como Suprema Corte le Justicia, compuesto de tres sacerdotes y nueve laicos. Ha- bía finalmente un inspector o superintendente *(mebaquer)* que presidía la asamblea y fungía como jefe de la comunidad.

El noviciado duraba dos años, tras un período preliminar le prueba, y con exámenes anuales y una extensión gradual de privilegios, hasta culminar en la ceremonia solemne de inicia- ción. Durante su primer año, el novicio no podía acercarse a os miembros del Consejo ni participar en las abluciones ritua- es, la comunidad de bienes ni la comida ritual común. En su egundo año, se le admitía con ciertas reservas en la comunidad le bienes.

Los qumranitas sustentaban un dualismo ético y metafí- ico, de influencias persas, pero con características propias. Dios iabría creado dos principios opuestos: el de la luz o el bien, y el de las tinieblas o el mal, personificado este último en un Ángel de las Tinieblas, llamado también Belial, y el primero en un Príncipe de la Luz. Dios ha infundido en el hombre gualmente estos dos espíritus, que luchan dentro de él, y se- gún el que prepondere de los dos, lo hacen "hijo de la luz" o 'hijo de las tinieblas". En el hombre, la historia y el cosmos, uchan encarnizadamente estos dos poderes. Pero en la consu- nación de los tiempos, Dios destruirá definitivamente el mal las tinieblas.

La comunidad es predestinataria hasta el fatalismo. Dios es absolutamente soberano y todo ha sido preordenado por su omnímoda voluntad. Es también una comunidad escatológica. Cree estar viviendo en los últimos tiempos, como el verdadero rsael de Dios. Por medio de ella, advendrán dos Mesías: uno acerdotal, "el Mesías de Aarón", y uno de investidura real, 'el Mesías de Israel". El texto de Isaías que sirve de epígrafe l presente ensayo, es para la comunidad de Qumrán el resu- nen de su sagrada misión: preparar, en el desierto, el camino lel Señor.

¿Cómo se realiza esta misión? Por una vida de completa piedad y devoción, un riguroso cumplimiento de la ley mosaica, una severa disciplina moral y un escrupuloso ascetismo. El puritanismo de Qumrán es absoluto. Todos y cada uno de sus miembros deben mantenerse libres de toda contaminación física, moral y ritual. Sus virtudes cardinales son la pureza, la piedad, la verdad, la humildad, el conocimiento, la prudencia, la fraternidad y la justicia. Se llamaban a sí mismos, "varones de perfecta santidad".

La copia y el estudio de las Sagradas Escrituras ocupa buena parte de su tiempo. En cada grupo de 10, y turnándose, siempre había por lo menos uno meditando las Escrituras. Sus dos ritos principales eran la ablución lustral, o bautismo, y la comida común. La primera, por inmersión en uno de los estanques, debía ir precedida por el arrepentimiento y la purificación espiritual. Era el símbolo de una purificación que ya había tenido lugar antes, y no un medio o símbolo de una purificación simultánea o futura. El transgresor —dice el *Manual,* 3:4-9— no puede "purificarse con baños en agua". Las abluciones se repetían de tiempo en tiempo, y según parece no intervenía en ella un oficiante, sino que cada quien se las administraba por sí mismo.

Las comidas comunes, en que sólo participaban los iniciados, tenían lugar cotidianamente, al mediodía y en la noche. Los participantes se bañaban primero, se vestían de blanco, y entraban en silencio en el refectorio, donde ocupaban lugares según su rango y grado. Un sacerdote presidía la comida, pronunciando, según cierto ritual, bendiciones al principio y al fin, y tomando él primero, y los demás después, según su rango, el pan y el vino. Estas comidas tenían, pues, un carácter sacramental, y eran la prefiguración del banquete mesiánico del fin de los tiempos.

No se han hallado pruebas de que la comunidad particular de Qumrán participara de los ritos y sacrificios del templo de Jerusalén. Parece que, inclusive, los repudiaban. Los documentos contienen severas denuncias del sacerdocio de Jerusalén como inicuo e infiel. Las referencias del Documento de Damasco parecen indicar, en cambio, que el templo de Jerusalén seguía siendo considerado como el santuario de Dios. Se ha ofrecido la explicación de que quizá los miembros de la comunidad que vivían en las aldeas y ciudades, mantenían cierta

relación con Jerusalén, mientras que los del desierto la cortaron por completo.

Cada año se efectuaba un examen general, a manera de revista semimilitar, con ascensos y degradaciones según el comportamiento que se hubiere observado. Las faltas se castigaban duramente. La pena máxima era la excomunión permanente, reservada para las transgresiones cometidas "descaradamente o con dolo", y no por inadvertencia o sin mala intención. Era un castigo terrible, que a menudo acarreaba la muerte por hambre, ya que a los miembros les estaba prohibido asociarse o compartir bienes con los excomulgados.

¿Eran esenios los qumranitas? Este punto ha provocado no poca discusión. Todo lo que sabemos de los esenios es lo que hallamos en los escritos de Josefo, Filón y Plinio el Mayor, como fuentes primarias, y Solino, Porfirio, Eusebio y Epifanio, como secundarias, entre los autores antiguos. Una comparación objetiva de sus datos, con los que arrojan los documentos de Qumrán y el Sadokita, hace que salten a la vista notabilísimas semejanzas, tanto en organización como en ritos y modo general de vida. Se descubren, a la vez, significativas diferencias. Algunas autoridades, como el profesor Cross, identifican resueltamente a los qumranitas como esenios. Otros, como Burrows, Fritsch y Gaster, no son tan categóricos.

Pesando semejanzas y diferencias, sin embargo, la balanza se inclina obviamente en favor de las primeras. Quizá se trate, en último análisis, para no dejar de lado las diferencias, de precisar la connotación que se da a la palabra "esenios". Si se emplea sin apegarse en todo a la descripción tradicional, sino con mayor amplitud, admitiendo que pudo haber varios movimientos "esénicos" o "esenizantes", o que los "esenios" de Josefo y los viejos autores, representan una etapa, y Qumrán otra, en la evolución del mismo movimiento, la dificultad desaparece. Podría aceptarse sin más debates que los qumranitas eran esenios.

Por otra parte, el escrupuloso legalismo de Qumrán permitiría calificarlo de ultrafariseísmo. Los fariseos deben de haberles parecido todavía tibios en el cumplimiento de la ley. Qumrán, entonces, parece representar una reforma conservadora o retroactiva, en el sentido de tratar de volver a lo que, según ellos, era la original pureza de la fe mosaica.

Aquí surge el interesante problema de por qué no se menciona a los esenios o esenizantes del desierto de Judea, en el

Nuevo Testamento, al lado de los fariseos y los saduceos. Cross propone que sería una omisión por simpatía y afinidad. Pero ¿no podría ser más bien porque se les consideraba como el ala derecha del fariseísmo, y se les incluía tácitamente en éste?

Dentro del cuadro de la religiosidad judía de la época, la comunidad de Qumrán representa —usemos palabras de Gaster— "la experiencia del no conformista típico que, por una extraña y maravillosa alquimia, combina una inquietud interior con un fanatismo externo, y cuya conciencia de Dios es la de un fuego ardiente a la vez que una radiante luz".

¿Qué relación existe entre la comunidad de Qumrán y los orígenes del cristianismo? En 1950, el eminente hebraísta de la Sorbona, A. Dupont-Sommer, proclamó haber hallado extraordinarias semejanzas entre un misterioso personaje mencionado en el Comentario de Habacuc y en el Documento de Damasco, bajo la designación, según él tradujo, de "Maestro de Justicia", y Jesucristo, hasta el punto de parecerle éste, "en muchos respectos, como una asombrosa reencarnación" del primero. Le pareció, además, hallar una relación directa entre Qumrán y el cristianismo primitivo. Sus conclusiones causaron la natural sensación, y se desató el debate. Y aunque en 1953 había atemperado ya un tanto sus conclusiones al respecto, fue todavía en buena parte bajo su influencia como el distinguido crítico literario y periodista, Edmundo Wilson, publicó en 1955, primero en la revista *New Yorker,* y luego en forma de libro, su trabajo, *Los rollos del Mar Muerto,* que de inmediato se convirtió en un éxito de librería. Llegó en él a afirmar que Qumrán "es tal vez, más que Belén o Nazaret, la cuna del cristianismo".

Nuevos y más equilibrados estudios de los documentos nos han venido a situar en una perspectiva más correcta. De ella forman parte las evidentes afinidades y semejanzas entre el mensaje y la organización del cristianismo de los tiempos apostólicos, y las ideas y prácticas de los comunitarios del desierto. Pero también las patentes y radicales discrepancias.

Juan el Bautizador, o Bautista, por ejemplo, salió del mismo desierto en que se levantaba el monasterio de Qumrán, aplicándose a sí mismo el propio texto de Isaías con que ella se caracterizaba, exhibiendo como ella una gran austeridad moral y practicando también un bautismo de arrepentimiento, a

la vez que anunciando igualmente un segundo bautismo, escatológico, ya no con agua sino con el fuego del juicio divino.

Pero a diferencia de Qumrán, no hace llamado a constituir una hermandad esotérica, ascética y exclusiva, sino que invita a todo el pueblo a "preparar el camino del Señor", no tanto por la observancia rigurosa de la ley de Moisés, cuanto por el arrepentimiento y el cambio interior. Administra su bautismo a todo el que lo pide, y por una sola vez, y lejos de exigir a sus discípulos que se retiren del mundo, los envía de vuelta a él, para dar testimonio de una nueva vida de justicia y rectitud moral. Y cuando aparece el Ungido de Dios, en la persona de Jesús, al instante lo reconoce y le cede prioridad. Sería difícil sostener que Juan no supo nada de Qumrán. Hasta podría admitirse que diera los primeros pasos de su noviciado. Pero es dudoso que haya hecho los votos solemnes. Y hasta parece que, en desacuerdo con la comunidad, y considerando errados sus métodos, decidió abrazar un ministerio individual y aparte de ella.

Mucho se ha explotado, de Renán para acá, el vago y romántico dibujo de Jesús de Nazaret como un esenio. Mientras no se conocieron más que las informaciones, un tanto idealizadas, de Josefo y los otros autores antiguos, esa hipótesis pudo simular visos de realidad. Hoy que tenemos en nuestras manos documentos de primera mano, y más precisos, la cuestión puede estudiarse con mejores bases.

Desde luego, aparecen interesantes similitudes entre algunas enseñanzas, y aun terminología, del Maestro de Galilea, y ciertos pasajes de los rollos de Qumrán, sobre todo en el Sermón del Monte. En la *Guerra de los hijos de la luz* (14:7) hay también una referencia a "los pobres en espíritu" (Mt. 5:3). Los pasos en la reprensión de un ofensor son semejantes en el *Manual* (5:24-6:1) y en Mt. 18:15-17. La condenación de la concupiscencia, la prohibición de los juramentos, la revocación de la Ley del Talión, las prevenciones contra el amor a las riquezas, tienen interesantes paralelos en el *Manual* y el *Documento de Damasco*.

Pero existen también profundas discrepancias. Por ejemplo, el *Manual* profiere terribles maldiciones contra los inicuos (2:5-9) y ordena "odiar a todos los hijos de las tinieblas" (1:10), mientras que Jesús prescribe: "Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen..." (Mt. 5:44). Y hasta algunas autoridades sugieren que en este pasaje, el Señor es-

taba expresamente refutando la enseñanza de Qumrán. Refiriéndose a la parábola del banquete, en Lucas 14, al cual se invita a "los pobres, los mancos, y cojos, y ciegos", el profesor Cross dice que "es difícil suponer que no es una reacción consciente" de Jesús contra la doctrina de Qumrán, según la cual prohibíase a los que tuviesen algún defecto corporal participar en las deliberaciones de la asamblea (*Manual para la futura congregación,* 2:5-11).

Es probable que Jesús haya conocido, pues, las enseñanzas de la comunidad del desierto. Pero hay todavía mucho menos que en Juan, la probabilidad de que haya sido un afiliado a ella. El evidente rechazamiento del ascetismo, y del legalismo riguroso de los fariseos, tanto de palabra como por su propio comportamiento, lo coloca en un polo casi opuesto al de Qumrán.

En cuanto a lo que Dupont-Sommer llamó el "conjunto alucinante" de semejanzas entre su mítico "Maestro de Justicia" y Jesucristo, el asunto se ha dilucidado ya considerablemente desde entonces. Las correcciones hechas por otras autoridades a la traducción misma de los pasajes en cuestión, hecha por el hebraísta francés, y en los que leyó lo que no dicen, han hecho que se desvanezcan sus argumentos torales. Ya ni siquiera es seguro que el nombre o título esté correctamente traducido. Gaster, por ejemplo, da buenas razones para sostener que sólo significa el Correcto Expositor o Maestro Ortodoxo. Y hasta parece que se trataba realmente del título genérico que llevaban los jefes sucesivos de la comunidad.

Y aun si se trató de un determinado personaje histórico, todavía cabría señalar radicales diferencias entre él y Cristo, que no dejan ya base a la tesis de que éste lo tomó como su inspiración y trató deliberadamente de revivirlo en su propia persona. Pues el "Maestro de Justicia" habría sido sacerdote, asceta estricto, sabio esotérico, predicador del severo cumplimiento de la ley, campeón de un intransigente legalismo. Jamás se le identifica con el Mesías, no hay pruebas de que se le considerara un ser divino, ni aparece traza alguna de que a su muerte se le atribuyera un sentido vicario y expiatorio.

Jesucristo, en contraste, fue un laico, sociable hasta el punto de que se le acusara de mundano y un predicador popular que enseñaba a las multitudes "los misterios" del Reino de los Cielos. Se identificó a sí mismo no sólo con el Mesías sino con el Unigénito de Dios, y anunció que, por su muerte vicaria

y expiatoria en la cruz, la salvación estaba en él mismo, y que, resucitado y glorificado "a la diestra de Dios Padre", viviría para siempre. Nada de esto aparece, ni por asomos, en los documentos de Qumrán.

Notables son en verdad las correspondencias, inclusive textuales, entre ciertos pasajes de San Juan y de San Pablo, y textos de Qumrán. Comunes a ambos son expresiones típicas del primero, como "hijos de la luz", "la luz de la vida", "espíritu de verdad", "andar en las tinieblas", y otras. También reflejo de Qumrán parecen ser algunas del segundo, como "Belial", "mensajero de Satanás", "gobernadores de las tinieblas", "misterio", "los santos", etc. Y hasta en pasajes como éste del *Manual* (11:10-12): "Y por Su justicia mi transgresión es borrada... Si resbalo, el firme amor de Dios es mi salvación", podría presentirse un antecedente a la doctrina capital de San Pablo: la justificación por la fe y la salvación por la sola gracia de Dios.

Pero nuevamente aquí las diferencias son mucho más notables que las semejanzas. Por debajo de la semejanza y aun identidad de la terminología, el sentido es radicalmente distinto. Para Juan y Pablo, Cristo es la Luz. Y sobre él no tiene poder alguno el Adversario. Porque no es un espíritu creado, sino el eterno Hijo de Dios, que ha recibido poderes soberanos y ha vencido ya, por su muerte y resurrección, el poder del pecado y de la muerte. El "hijo de la luz" no es el que observa estrictamente la ley, sino el que, por la fe, se entrega a Cristo, y en él recibe vida eterna. No ha de separarse del mundo, sino, sin *ser* ya del mundo, continuar *en* el mundo, para dar testimonio de la luz y la verdad: o sea, que la luz y la verdad están en Cristo.

Y la victoria final no estriba simplemente en el choque triunfal de "los hijos de luz" con los "hijos de las tinieblas", sino en la *parousia* de Cristo, su Segunda Venida en plena gloria y absoluto poder. De la gran verdad expresada por Juan (3:16), y a la que se ha llamado el corazón del Evangelio, no hay ni rastro en la teología de Qumrán: "Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo Unigénito, para que todo aquel que en él crea no se pierda mas tenga vida eterna".

En cuanto a la relación entre la comunidad de Qumrán y la Iglesia Primitiva, la comparación ofrece cuadro idéntico: notables semejanzas, diferencias más notables aún. Los creyentes cristianos, igual que los qumranitas, se designan a sí mismos

como "los santos", "los elegidos", "los testigos de la verdad" (Cf. Hch. 9:13; Ro. 8:33; Jn. 18:37, con *Manual* 8: 6, 33). La Iglesia se considera también la comunidad del "Nuevo Pacto" o "Nuevo Testamento". Su asamblea se designa también en un principio *Plethos* (Multitud) que equivale a *Rabbim* (Los Muchos). (Hch. 6:2, 5; 15:12, 30). El cuerpo de creyentes se suele llamar, como en Qumrán, *edah,* o congregación. El *mebaquer* qumranita equivale al obispo cristiano, y hasta hay un pasaje en que se le llama *paquid,* que filológicamente corresponde a *epískopos.*

Los doce del Consejo de Qumrán recuerdan desde luego a los Doce Apóstoles. Hay semejanza de ritos como el bautismo, la comida común, la oración, el canto de salmos. Y de prácticas como la comunidad de bienes. Hay concurrencia de ideas mesiánicas, apocalípticas y escatológicas. La Iglesia, como Qumrán, cree estar viviendo en los últimos tiempos, y considera inminente y próximo el fin del mundo y el juicio final.

Pero hay también decisivas diferencias. De los apóstoles, ninguno es sacerdote. El bautismo cristiano se administra una sola vez, por funcionarios autorizados, como señal de ingreso a la Iglesia, y testimonio de entrada en una vida espiritual nueva. El "Nuevo Pacto" de Qumrán es realmente la renovación del antiguo pacto, cuya cláusula obligante es el cumplimiento estricto de la ley. El "Nuevo Pacto" cristiano es el de una nueva relación con Dios, establecida bajo la gracia, por mediación del sacrificio de Cristo. Hasta hoy no aparece en la dogmática de Qumrán ni siquiera la idea de la expiación de los pecados, y mucho menos mediante el sacrificio de un Mesías divino. La insalvable, radical diferencia entre Qumrán y el cristianismo, está en la persona y obra de Jesucristo.

Pero podrían seguirse señalando otras diferencias. La comunidad de bienes entre los cristianos —abandonada, por lo demás, bien pronto—, era voluntaria. Qumrán es una comunidad esotérica; la Iglesia declara abiertas las puertas del Reino de los Cielos para todos, y proclama la universalidad del Evangelio de la gracia. No se sustrae y cierra en sí misma, sino que se lanza en medio del mundo a dar su testimonio por la predicación, el servicio y el ejemplo de hermandad. Qumrán excluye a la mujer. Pero, como dice San Pablo, "en Cristo... no hay varón ni hembra: porque todos vosotros sois uno en Cristo Jesús". (Gál. 3:28).

En cuanto a la comida ritual común, en que algunos han

reído ver el origen de la Santa Cena, Comunión o Eucaristía, e trataba solamente de un acto de comunión fraternal y de ına prefiguración del banquete escatológico para celebrar la ictoria final del bien. Pero el carácter sacramental que Cristo e da a la Santa Cena al instituirla, es único. El sacerdote de Qumrán bendice el pan y el vino antes de repartirlo. Pero Cristo dice: "Éste es mi cuerpo", "Ésta es mi sangre". Es la epresentación objetiva y dramática del sacrificio expiatorio de í mismo que está próximo a ofrecer, y que ofrecerá, una sola ez por todas, en la cruz. Más próxima semejanza es la de la Pascua, por aquel cordero del Éxodo cuya sangre salvó del Ángel Exterminador. Con lo que sí tiene verdadera semejanza a comida común de Qumrán es con el *agape* o fiesta de amor le los cristianos.

Con todo ¿cómo pueden explicarse las otras y reales semejanzas y correspondencias? Es que, por una parte, qumraismo y cristianismo respiran el mismo clima y se gestan en la nisma matriz: el pensamiento y la vida judaicos de la época. Ninguno es cuna u origen del otro. Sino que ambos hunden us raíces en el mismo suelo espiritual. Por otra parte, es del odo probable que, si no la comunidad de Qumrán en masa, ın número apreciable de sus afiliados de las células "del siglo" e hayan convertido al cristianismo. Los rasgos espirituales positivos de Qumrán los habían preparado para aceptar el Evangelio. Y es natural que hayan llevado a la organización le la naciente Iglesia reflejos de la organización y prácticas de u anterior hogar espiritual.

Lo más que puede decirse, pues, es que Qumrán preparó abonó el terreno para la siembra y desarrollo del cristianismo. Y ya en ello, aunque lo hayan hecho indirecta o inconscientenente, hay gran motivo de gratitud a los fervorosos ascetas del lesierto. Hay mucho de patético en aquella orden de espíritus encillos y devotos que quisieron ser "hijos de la luz", y vivir omo tales, pero que cuando vino Aquel que es "la Luz verladera" (Jn. 1:9), como corporación no lo reconocieron.

Todavía durante cuarenta años, después que Jesús inauguó en el Calvario la era de la redención, el viento del desierto iguió llevándose las oraciones de la comunidad. Un día resoıaron por las veredas que caen al Mar Muerto, las marchas netálicas de las legiones romanas. Apresuradamente, los qumanitas ocultaron en grietas y cuevas los tesoros de su biblioeca. Y cuando la Décima Legión cayó sobre Qumrán, y quizá

tras breve e inútil resistencia, se dispersaron para no volver jamás. Pero habían cumplido, sin saberlo, con la vocación que habían hecho suya en las palabras de Isaías: *"¡En el desierto, preparad el camino del Señor!"*

REFERENCIAS

(Nota: Para no abrumar al lector con un farragoso aparato de citas, nos limitamos a dar a continuación una lista de nuestras fuentes principales, sin pretensión de verdadera bibliografía).

BARTHÉLEMY, D., MILIK, J. T., *Discoveries in the Judean Desert. Qumran Cave I.* (Oxford University Press, 1955).

BURROWS, MILLARD, *The Dead Sea Scrolls* (The Viking Press, New York, 1955).

——, edit. *The Dead Sea Scrolls of St. Mark's Monastery,* Vol. I, Vol. II (The American Schools of Oriental Research, New Haven, Conn., 1950, 1951).

CROSS JR., FRANK M., "The Dead Sea Scrolls", *The Interpreter's Bible,* Vol. 12. (Abingdon Press, Nashville, Tenn., 1957).

DUPONT-SOMMER, A. *Aperçus préliminaires sur les Manuscrits de la Mer Morte.* (A Maisonneuve, París, 1950).

——, *Neuveaux aperçus sur les Manuscrits de la Mer Morte.* (A. Maisonneuve, París, 1953).

FRITSCH, CHARLES T., *The Qumran Community.* (Macmillan, 1956).

GASTER, T. H. *The Dead Sea Scriptures in English Translation.* (Doubleday & Co., 1956).

GINSGURG, CHRISTIAN D., *The Essenes.* (Macmillan, 1956).

MURPHY, ROLAND E., *The Dead Sea Scrolls and the Bible.* (The Newman Press, Westminster, Md., 1956).

LA SOR, W. SANFORD, *Amazing Dead Sea Scrolls and the Christian Faith.* (Moody Press, Chicago, 1956).

WILSON, EDMUND, *Los rollos del Mar Muerto.* (Fondo de Cultura Económica, 1957).

WRIGHT, G. ERNEST, *Biblical Archaeology* (The Westminster Press, Philadelphia, 1957).

(Además, diversos números de las siguientes revistas: *Bulletin of the American Schools of Oriental Research, The Biblical Archaeologist, Journal of Biblical Literature,* y *Revue d'Histoire et de Philosophie Religieuses).*

EL SIGLO DE LA ILUSTRACIÓN EN ESPAÑA, REVALUADO

(MEDITACIONES EN TORNO A *L'ESPAGNE ÉCLAIRÉE*, DE JEAN SARRAILH)

Por Manuel SÁNCHEZ SARTO

Sarrailh: el hombre y su escenario

A diez leguas escasas de la frontera francoespañola nació, en el pueblo de Monein (Bajos Pirineos), en 1891, Jean Sar-:ailh.[1] Desde su cuna estuvo, por suerte nuestra, muy cerca de España. Más aún había de estarlo cuando, al término de la pri-nera guerra mundial, decidió consagrar sus afanes de investi-gador a la Historia hispánica, y vivir largos años en el escenario geográfico de ella, junto a sus hombres, respirando y sintiendo sus problemas, hurgando sus archivos, recreándose en la contem-plación de sus monumentos.

---

[1] He aquí, resumido a grandes rasgos, el *curriculum vitae* de Jean Sarrailh. Normalista en París (desde 1907) y en Saint Cloud (1911-3); Becario en Madrid; Profesor en el Instituto Francés de la capital le España; Miembro de la Escuela de Altos Estudios Hispánicos (1925); Profesor de la Facultad de Letras de Poitiers; Rector de la Academia de Grenoble (1937), luego de Montpéllier (1941). Depues-o por su resuelta incorporación a la Resistencia, declara Sarrailh que el ibro ahora comentado fue "fruto de las vacaciones forzosas a que o condenó el régimen de Vichy". Restituido a su cargo en septiembre e 1944, cuando despierta la Francia inmortal, recibe en 1947 la inves-idura de Rector de la Universidad de París, cargo en cuyo desempeño ontinúa. Entre sus anteriores publicaciones mencionaremos *La fortune 'Atala en Espagne: 1801-1833; L'Institution Libre d'Enseignement, e Madrid* (1925); *Le voyage de Dumas, père* (1928); *Martínez de Rosa, un homme d'Etat espagnol; Voyageurs français du XVIIIe siècle n Espagne: De l'abbé Veyrac à l'Abbé Delaporte.* Quienes se intere-en por las cuestiones catalanas leerán con deleite el brillante prefacio uesto por Sarrailh al libro *Un espíritu mediterráneo: Joan Maragall*, riginal de J. M. Corredor.

Cuando se inició el alzamiento franquista, Sarrailh tenía ya, por anticipado, hecha su elección: él estaba del lado de la libertad. El caso España —como poco después el caso Francia, el de su patria— hizo vibrar con un ancho y generoso sentido humano todas las potencialidades de su figura señera. Jean Sarrailh, Rector de la Universidad de París, Presidente de la Unión Internacional de Universidades, sigue al servicio de la luz del pensamiento libre, en un mundo angustiado por el temor y por la duda, donde lo único ancho son las sombras. ¡Bienvenida sea su *España iluminada del XVIII,* llena de un claro mensaje de esperanza!

Por Monein, la aldea natal de Sarrailh, pasaba hace mil años "el camino de Santiago". Allí confluían los peregrinos de toda Europa para escalar, en procesión ordenada, las cumbres del Somport (el *Summum portum* del Pirineo central), frente a la cueva de San Juan de la Peña, donde Ricardo Wagner sitúa la acción del *Parsifal.* Luego se derramaban, siguiendo el curso del río Aragón, hacia el Occidente, cruzando las tierras húmedas del norte de España, hasta llegar al Santuario compostelano del apóstol Santiago, el más famoso de la Cristiandad, después de Jerusalén y de Roma.

En los riscos y valles de ambas vertientes pirenaicas se enzarzaban en eternas peleas las mesnadas de los Condes del Béarn y de los Reyes de Aragón. Pero esas contiendas no paralizaban la vida civil y cultural de los pueblos tendidos a ambos lados del macizo montañoso. Sin trastorno podían trajinar los peregrinos su mística vía, mientras por los prados vecinos se mezclaban en paz los rebaños y pastores de ambos dominios, y deambulaban los buhoneros, ofreciendo a unos y a otros sus modestas mercancías.

Luchaban en limitada guerra quienes en ella tenían intereses que defender. Los demás seguían viviendo la vida de siempre, y a veces —como en las peregrinaciones— una luz de fe y de humanidad los unía a todos, en una auténtica Paneuropa. ¿Somos ahora, con nuestra jactanciosa civilización, en perpetua guerra totalitaria, más sensatos que los hombres de entonces?

Una obra maestra iluminada de la segunda mitad del siglo XVIII[2]

¿Es el siglo XVIII el menos español de nuestra Historia, como opinó Ortega Gasset? Américo Castro ha dicho que "las categorías forjadas por los racionalistas franceses son inaplicables a la masa española". En uno y otro autores —diría yo— se afirma una idea importante: el siglo XVIII español significa, respecto a la tradición hispánica, un viraje trascendental, pero el tronco y la raíz patrimoniales —*la estructura*— se mantienen sustancialmente. Y, sin embargo, se produce *un cambio,* un desarrollo nuevo, que nos salva por el momento —¡un momento de un siglo!— de caer, más hondo, en el perecimiento total.

Las ramas del árbol español se ensanchan y airean hasta ganar la integración vital que nos faltaba. Penetran ideas nuevas, o se descubren e inventan desde dentro, pero una voluntad distinta embebe y traspasa los estratos todos de la sociedad hispánica: las *élites* culturales y gobernantes, la administración, la artesanía, la Universidad y las Escuelas, la concepción del Estado, de la diplomacia, del equilibrio europeo, de la organización colonial.

Que la versión de "las luces" españolas sea diferente de la formulada, también en forma peculiar para cada pueblo, por otros países europeos, no es sino un hecho natural: pero España ha seguido siendo España durante "el siglo de las luces", lo mismo en la estructura que en el cambio. Un acontecimiento indudable es éste: durante poco más de cien años España luchó con éxito contra las fuerzas que amenazaban destruir la nación; en el seno de la sociedad española se alumbraron —al principio con más pasión que sistema, con más individualidades meteóricas que acciones coordinadas— energías nuevas, de carácter cohesivo y reintegrador.

---

2 *L'Espagne éclairée de la seconde moitié du XVIIIe siècle* (IV + 778 pp., con un extenso repertorio bibliográfico conteniendo 548 fichas] fue editada en 1954, en París, por la Imprenta Nacional, y distribuida por la Librería Klincksieck, 11 rue de Lille. El Fondo de Cultura Económica de México, cuyo monumental catálogo de ediciones comprende, entre otros, los libros de los autores franceses Sée, Pirenne, Baudin, Marc Bloch, Bataillon, Braudel, Lefèbvre, Laurette Séjourné, Vaillant y Soustelle, prepara con vistas a una próxima edición, la versión castellana de "La España iluminada", a cargo del escritor Antonio Alatorre, traductor meritísimo del *Erasmo y España,* de Marcel Bataillon.

Para juzgar esa época, precisa ver el cuadro en su conjunto. Los factores de evaluación son los siguientes:

a) El acervo heredado del período anterior, la España del último Austria *(inventario de apertura);*
b) el juicio que españoles y extranjeros tenían, en los albores del XVIII, acerca del significado de la nación española en el concierto o desconcierto internacional de aquella hora *(conciencia nacional);*
c) los tímidos empeños iniciales, la firme política general durante la segunda mitad del XVIII, para recuperar una parte, al menos, de nuestro prestigio como pueblo *(voluntad de supervivencia);*
d) los factores adversos, referidos, por un lado, a la tenacidad con que se defendieron, primero en ostensible retirada, y, desde la Revolución Francesa, en franco y victorioso contraataque, las fuerzas reaccionarias, regresivas, antinacionales, aún supervivientes en el desgobierno de la España actual *(factores de desintegración);*
e) la pobreza de los recursos naturales e institucionales españoles para incorporarse a la dinámica evolución de la economía mundial, desde la era posnapoleónica *(insuficiencia de los medios).*
f) Como elemento final del juicio evaluatorio sería necesario trazar el cuadro general que presentaba España al finalizar el siglo XVIII *(inventario al cierre del ejercicio),* es decir, al iniciarse la guerra española de Independencia contra los ejércitos de Napoleón.

En toda evaluación importa el *saldo,* ciertamente. Respecto a nuestro caso, se trataría de dar respuesta sintética a esta gran pregunta: al terminar la "era de las luces", ¿hallábase el nivel de España más alto o más bajo que al iniciarse ese período, en riqueza patrimonial y espiritual, en voluntad de supervivencia y progreso nacionales, en aptitud para la convivencia de todos los grupos e ideas de la sociedad española, en capacidad para asimilar el cambio traído por los tiempos nuevos, a todo lo ancho del mundo?

Pero una evaluación dejaría de ser cabal si sólo atendiera al saldo. Éste no es sino la sigma o agregado final de toda la dinámica de una época. Cuando un empresario formula, al fi

nalizar un año, sus estados financieros, lo hace para ofrecer al mundo de sus relaciones una instantánea fidedigna —expresada en cifras— de la eficiencia singular de su gestión. Pero lo más importante de su historia empresaria de un año, se lo guarda *in petto*. Son los mil incidentes de optimismo o angustia que sobrevinieron durante el período. A lo largo de él ha logrado el hombre de empresa menudas y grandes experiencias, mejorado sus técnicas, corregido sus rumbos, reducido sus costos, elevado sus utilidades, exaltado su prestigio: ha creado, acaso, una mejor comunidad social. . . o el resultado ha sido adverso, y en los números rojos se expresa, *in nuce,* su total fracaso.

Pero, en la vida de una promoción empresaria, un año —aun siendo importante— no es sino parcela de una larga vida. Al empresario, la empresa le interesa como institución en perpetuo funcionamiento —*as a running concern.* Sin duda, la preocupación central en los desvelos de un capitán de industria es averiguar qué fuerzas o recursos son *incentivos* para lograr ciertos fines, y cuáles otros significan *obstáculos* opuestos a sus particulares metas. Durante los años transcurridos habrá procurado estimular los unos y reducir la virulencia de los otros, o eliminarlos, si puede. En esa lucha agónica seguirá mientras viva, y en ella continuarán sus sucesores en tanto que la empresa se mantenga. Y esa rica experiencia, la mejor de todas, le hará más apto, no sólo para resolver por analogía los problemas rutinarios, sino para afrontar, con luminoso criterio, nuevos y más altos empeños, suscitados por el desarrollo natural de la empresa, por el surgimiento de nuevos competidores, por el desbordante avance de la técnica universal, por el aura fascinante con que las renovadoras ideas de comunidad van envolviendo a los individuales pigmeos. Sentirse permanente actor de ese drama, adquirir la táctica, y la estrategia, y la logística para pulsar los hechos, mover los peones, cambiar los frentes, reagrupar las fuerzas, y alimentar, permanentemente y con agilidad, todo el sistema, es *el arte apasionado del hombre de empresa,* del capitán de industria: de ese hombre de quien decía Maurois que "sólo envejecía los domingos, y a quien unas vacaciones hubieran hecho morir".

Si nos hemos entretenido más de la cuenta en el tipo del empresario es porque su manera de ver y de actuar, su técnica y sus criterios han calado ya muy hondo en la sociedad del XVIII —también en España— y muy especialmente en las altas esfe-

ras de la gobernación del Estado. Tenemos, los hombres de hoy, una gran fortuna. Ese modo de pensar frente a las cosas, ese criterio universal del buen empresario, no es monopolio suyo, sino patrimonio de todas las vocaciones y profesiones creadoras: así piensan —o deben pensar, si aún no lo hacen— los sociólogos, los historiadores, los investigadores, los economistas, los políticos, los administradores, los forjadores de naciones, los infatigables creyentes en una comunidad internacional aún no realizada.

Y ese ha sido el gran acierto del Rector Sarrailh con su *España iluminada:* que no es "un poco de algo de eso", sino "un mucho de todo", con la adición venturosa de un claro y seguro sentido de integralidad.

Feijóo, un precursor

PARA José Cadalso, literato y militar, a la muerte de Carlos II (1702), España no era sino "el esqueleto de un gigante". Medio siglo llevaba ya por el derrumbadero de una monarquía y de un país —brillante aún, como nunca, en las hazañas de la literatura y de las artes plásticas— que por anticipado estaba celebrando su funeral como nación de imperio ecuménico. En Sevilla, don Miguel de Mañara, tras de una juventud borrascosa, con cuyos desmanes se identifica carnalmente la figura mítica de Don Juan, funda la Hermandad de la Caridad, y encuentra en el pintor Valdés Leal —"campeón sombrío de la virtud teologal y de la muerte", como ha dicho Enrique Lafuente Ferrari— un apasionado intérprete para "los jeroglíficos de nuestras postrimerías". La Corte, enlutada y ultraterrena, se preparaba ya para la ceniza y el pudridero, que iban a llegar *in ictu occuli* (en un abrir y cerrar de ojos) a la España insepulta de Carlos II.

En su *Historia de la Civilización Ibérica, Oliveira Martins*[3] describe, con apocalípticos tonos, ese mismo acabamiento para los dos países peninsulares hispánicos: España y Portugal. Ambos pueblos perdieron, según él, su vital sustancia en el descubrimiento y conquista de las dos Indias. La ruptura entre las Iglesias católica y protestante quedó consumada desde el Concilio de Trento (1645); con una política más certera, Francia,

---

[3] Edición española de Xavier Bóveda. Buenos Aires, "El Ateneo", 1944. Cap. VII, pp. 307 ss.

ecléctica y práctica al respecto, se erige por un siglo en eje del equilibrio continental europeo. Entretanto, con el desenvolvimiento de las ciencias experimentales, al norte de los Pirineos iba creciendo el número de los pensadores decididos a ponerse al margen de las disputas religiosas, y a cultivar los campos de la razón y de la Naturaleza.

"La ruina del edificio de la civilización peninsular —dice Oliveira Martins[4]— la preparó la ignorancia, y la consumó la intolerancia de la fe." Pero sería injusto, según el gran historiador lusitano, juzgar ese proceso en términos de un saber entonces desconocido. "Nosotros vivimos en un régimen científico, ellos en el de la fe; nosotros acatamos la utilidad, ellos la religión."[5] Nótese la gran analogía de ese aserto con las palabras del benedictino fray Benito Jerónimo Feijóo, en su *Teatro Crítico Universal*,[6] cuya edición primera anunció la *Gaceta*, de Madrid, en 3 de septiembre de 1726:

> ...para la verdad no hay más que una senda, y para el error infinitas... Aun en el cielo no hay más que dos puntos fijos para dirigir los navegantes. Todo lo demás es voluble. Otros dos puntos hay en la esfera del entendimiento: la revelación y la demostración... Quien no observe, diligente, aquellos dos puntos, o uno de ellos, según el meridiano por donde navega —esto es, el primero en el hemisferio de la gracia, el segundo en el hemisferio de la Naturaleza—, jamás llegará al puerto de la verdad.[7]

Las mentes del XVII continuaban aún transverberadas por la flecha meridiana de la gracia; pero desde las últimas décadas de esa centuria, unos cuantos hombres previdentes, como Feijóo, empezaban a ensanchar su visión, a flor de tierra, siguiendo a la vez el paralelo de la Naturaleza.

Para reñir esa temeraria batalla, Feijóo se aleja de los peligros de la Corte y se retira, muy joven aún (1709), a una modesta celda en el convento de San Vicente de Oviedo, renunciando a una dignidad episcopal en España, y acaso a una en América. Como Rembrandt, gigante de la pintura mundial, a

[4] Oliveira Martins, *op. cit.*, p. 317.
[5] *Ibid.*, p. 318.
[6] Cf. "Clásicos Españoles", edición resumida en cuatro volúmenes, publicada en 1951, con prólogo y notas, por Agustín Millares Carlo.
[7] *Ibid.*, I, p. 88 (Discurso sobre La Voz del Pueblo).

quien sus coetáneos llamaban "el buho", rebusca Feijóo en el hueco de las tinieblas la luz de lo invisible, y el fulgor de lo venidero. "Si no hubiera oscuridad —ha dicho Pascal—, el hombre no percibiría su corrupción; si no hubiera luz, el hombre no esperaría el remedio."

En el Museo Nacional de Amsterdam se conserva una joya rembrandtiana: "El Filósofo". Sumido en un recinto oscuro, en soledad y silencio, un anciano de blanca y larga barba, lee, junto a la ventana, un voluminoso infolio. El sol vesperal enciende de oro la figura y el libro, el ventanal y el polvillo flotante en el aire o posado en las paredes de la estancia. En ese "retiro" o "quitapesares" *(sans souci)* se gusta un libro, se pule una idea, se platica en paz con un amigo.

> ¿Qué cosa más dulce hay —dice Feijóo—[8] que estar tratando todos los días con los hombres más racionales y sabios que tuviesen los siglos todos, como se logra en el manejo de los libros? Si un hombre muy discreto y de algo singulares noticias nos da tanto placer con su conversación, ¿cuánto mayor le darán tantos como se encuentran en una biblioteca? ¿Qué deleite llega al de registrar en la Historia todos los siglos, en la Geografía todas las regiones, en la Astronomía todos los cielos? El filósofo se complace en ir dando alcance a la fugitiva Naturaleza; el teólogo, en contemplar con el telescopio de la revelación los misterios de la gracia.

A los soldados de Dios "no los derribó ni el moro ni el protestante —según el dicho de Oliveira Martins—: los venció el espíritu moderno, por ellos involuntariamente fomentado al defender, en Trento, la dignidad de la razón humana, y al descubrir, en Oriente y en Occidente, los mundos desconocidos". Portugal y España, "las dos naciones peninsulares, vencidas y exangües, se abrazaron (en 1580) como dos cadáveres en un camposanto", en un fugaz y estéril empeño de unidad. Siglo y medio más tarde, hombres como el padre Feijóo intentarían, desde el centro de las nuevas coordenadas históricas, compaginar la fe y la razón —con creciente predominio de esta última hasta comienzos del XIX, en que la naturaleza racional sufriría de nuevo un largo y doloroso eclipse.

Por el *Teatro Crítico Universal* desfilan y entran en deba-

[8] *Ibid.*, I, p. 169 (Desagravio de la profesión literaria).

te, juiciosamente, todas las creencias, supersticiones, esperanzas y realidades de la época.[9]

> "Muchos de los asuntos [aquí tratados] no caben bajo determinada facultad": se trata de "un riguroso misceláneo", pero "el objeto formal siempre es uno: *disipar errores comunes*"... "y no introducirse jamás en aquellas cuestiones que se ventilan entre varias escuelas."

El habla de Castilla empieza a adquirir prestigio en el palenque de las más altas ideas:

> Harásme cargo —dice Feijóo— porque habiendo de tocar muchas cosas facultativas, escribo en idioma castellano... Hay verdades que deben ocultarse al vulgo, cuya flaqueza más peligra en la noticia que en la ignorancia: pero, ésas, ni en latín deben salir al vulgo, pues hasta vulgo hay entre quienes entienden ese idioma.[10]

En castellano ha de expresarse la luz de la razón, a pesar de la rudeza fonética de nuestro idioma ("la lengua francesa se desliza, la española golpea"). En español ha de efectuarse, y no de otra manera, el ejercicio de la disputa, uno de los más útiles para la salud y robustez del cuerpo, según la sentencia de Plutarco.

"Un siglo ha de dar lección a otro siglo, una nación a otra", sin sombra de favor ni preferencia gentilicia. "No hay pueblo alguno que no tenga algo de bárbaro... Cada uno tiene por infalible la sentencia que reina en su patria... Pero ¿por qué ha de estar más vinculada la verdad a la voz de este pueblo que a la de otro? ¿No más que porque éste es pueblo mío, y el otro ajeno? ¡Buena es la razón!", exclama Feijóo, como si estuviera rotulando un capricho goyesco. "No hagamos como Apeles, que ladeó la imagen de Antígono, para ocultar que era tuerto...; pues para el fuerte varón, todo el mundo es patria".

Según Feijóo, la mayor gloria de España finca en el establecimiento de la fe católica y en la constancia de su fe, ahincada en la oficina del alma. Serán los españoles los más rudos

---

[9] *Ibid.*, I, p. 80, Prólogo.
[10] *Ibid.*, p. 81, Prólogo.

e inhábiles de Europa, pero aun en su tormentosa pérdida supieron encontrar [en el XVII] el supremo lustre. Distinguen, en los extranjeros, la calidad de enemigos de la sustancia de hombres. Son —al decir de Tito Livio— la gente más apta del mundo para reparar las ruinas de la guerra. Siempre que tuvieron cabeza proporcionada a su corazón, fueron invencibles; pero muchas veces les fallaron sus conductores políticos, haciendo buena la frase de San Juan Crisóstomo: "Imposible me parece que ninguno de los que gobiernan se salve": pues los príncipes suelen ser deidades crueles, saturninas.

En el *Teatro,* de Feijóo, no queda un solo títere con cabeza, pues así se lo exige, sin dimisión, la integridad de su carácter: "Yo nunca seguiré el partido de quienes, neutrales entre la verdad y la mentira, igualmente dan pasaporte a una y a otra." Es el estado hegeliano del espíritu que se sabe libre y aspira a nuevas y definitivas formas de lo verdadero, eterno y universal, echando fuera las escorias y alimentando con amor todas las fuentes de la luz, ya sean candela, antorcha y hoguera.

Por fortuna, la figura señera de Feijóo no está sola, en el siglo que empieza.

Ante luce

CON su reciente obra ha terciado el Rector Sarrailh en la disputa crucial, y aún inconclusa, de la España moderna: la de si existe o no, en ese país, sitio para todos los españoles decorosos, para todas las ideas cabales y sinceras, para la Fe y la Naturaleza, para la Gracia y la Razón. . . o sólo para un cuartel o estamento privilegiado, y para el cementerio o el extrañamiento de todo lo demás.

No es mi propósito resumir —cosa imposible— el libro de Sarrailh. Ni siquiera llegaré, en mi modesto empeño, a ofrecer "un retrato del tamaño de un grano de mijo", como Sancho Panza reclamaba al Hidalgo, su dueño, para identificar a Dulcinea. Créanme los lectores por mi palabra, si les digo que al servicio de la evaluación del XVIII, sobre todo en su segunda mitad, ha puesto el Profesor Sarrailh muchos años de investigación sagaz y paciente, una pasión indesviable en las ideas centrales, y un aparato crítico impresionante y casi exhaustivo.[11]

[11] El esquema del libro, distribuido en tres partes, cubre, entre otros, los siguientes temas: I. La dolorosa existencia de la masa rural.

El recio volumen es, ni más ni menos, la historia de unos hombres resueltos a ser libres, sin enajenar su buena tradición: y, entiéndase bien, cuando el espíritu de una nación quiere algo de veras, cuando surge, patente, una voluntad de ser, no hay violencia capaz de detenerlo. Gran favor nos ha hecho Sarrailh, tan inspirado y, a la vez, tan objetivo —uno de esos grandes franceses *qui ont la tête près du bonnet*— para ayudarnos en la restitución sentimental de nuestro siglo XVIII.

El balance de apertura es desolador. Una Corte en miserere; la Administración en las antesalas, plagadas de intrigantes; en bancarrota la Hacienda; el país en ruinas; la población rural miserable en su vida, primitiva en su técnica, privada de libertad, comida por la usura. Miles de "partidas" abandonadas por sus antiguos y pequeños propietarios, arrojados a la mendicidad. Hambres y plagas, diezmos y alcabalas, bandidaje y contrabando, incultura, superstición y desesperanza.

En ese mar de naufragio, pequeños islotes de optimismo enhiesto. Hombres aislados que no se resignan a perecer con el país; reducidos grupos que piensan y leen, trabajan y esperan, alentados por los pioneros de las huestes nuevas. De fuera llegan ideas distintas; de dentro, noticias de modestos inventores que se afanan por descubrir mediterráneos.

Los viajeros que visitan España desde otros países, no encuentran el vigoroso pulso de la incesante actividad productiva e innovadora. En su lugar advierten por doquier el imperio de la rutina: "Así lo hicieron mis padres. . .". El duque de Cars, que recorrió el país en 1782, dice: "Era de rigor hacer siempre lo que se había hecho la víspera, y hacerlo absolutamente como se había hecho." Análogo juicio formula, en 1759, el marqués de Aubeterre, embajador de la corte de Versalles en Madrid, al describir la miseria del campo español y aventurar su idea de que España lleva dos siglos de retraso con respecto a otras naciones del Occidente de Europa. Desesperados y hambrientos, muchos campesinos abandonan las tierras inhóspitas y van a engrosar el ejército de los vagos, en villas y ciudades. Entretanto,

---

Ignorancia y supersticiones. Las lamentables clases dirigentes. Los grupos selectos. II. Fe en la cultura. Cultura utilitaria y dirigida. Enseñanza y educación. Las Sociedades Económicas. El conocimiento del Extranjero. El conocimiento de España. III. Difusión de las Ciencias naturales. Soluciones generosas al sistema social. La Economía nueva. El problema del régimen político. El pensamiento de la Iglesia. Conclusión.

los nobles y grandes terratenientes viven con regalo, lejos de las tierras que los enriquecen, sin derramar sobre ellas parte de su ingreso, por donde su prosperidad alcanzaría a los brazos que la producen. Los labriegos se extenúan en su trabajo —muchos de ellos viven a legua y media de los tablares en cultivo: gran parte del año permanecen ociosos, buscando, en el invierno, al amor del sol, junto a una tapia en ruinas, el calor que no llega a ellos desde su hogar, miserable y renegrido. No existe —en contraste con los países del Norte, la alegría de las fiestas dominicales y pueblerinas, sino la inacción que consume y desespera. ¡Cuadro bien distinto del que acerca de España habían pintado, siglos atrás, Guicciardini y Navagero, y más tarde Cook, el sabroso cronista de los viajes de Felipe II!

El libro de Sarrailh dedica un gran capítulo a puntualizar, sobre datos y opiniones bien documentados, la dolorosa existencia de gran parte de los campos españoles, a la que contrapone ciertas tierras benditas como las de Asturias, el País Vasco, Cataluña y la huerta valenciana, a cuyo bienestar se comparan algunas privilegiadas vegas de la Rioja y Aragón. El último cuarto del siglo XVIII conoce una extensa floración de españoles, dedicados, con solicitud y amor, a recoger y describir su tierra: es la hora de los Viajes, las Observaciones y los Diarios. Ninguno de ellos aventaja a don Melchor Gaspar de Jovellanos, el más completo e imparcial de los memorialistas, infatigable en el arte de andar y ver, geógrafo de pies a cabeza, visitante de residencias nobiliarias, de colecciones artísticas escondidas en los pueblos, de bibliotecas maravillosas. Pero, también, descubridor de pequeños grupos selectos en villas y aldeas, donde a veces un hombre, solo y sin ambiente social, prueba o ensaya un artefacto nuevo, unas semillas, unos injertos, un medicamento o una idea. Francisco de Zamora escribe en una carta a Jovellanos: "¡Cuánto hay, amigo mío, que remediar, y cuánta facilidad para hacer feliz al pueblo español! Pero ¡qué poca gente que se dedique a esta gran obra!"

"El hombre debe, razonablemente —dice Sarrailh— adquirir conciencia de sus posibilidades y desarrollarlas. Hace falta instruirlo, educarlo, transformar su alma de siervo en un alma de ciudadano. Si la religión fuese menos formal y más eficiente, no alzaría obstáculos a esa liberación: ayudaría, por el contrario, a esa transformación radical de los españoles que, con sobrada frecuencia, 'tienen a Dios en las exterioridades y al

diablo en las entrañas' ", según la frase de Forner. Esas nuevas ideas, que reanudan el hilo de la mejor tradición del siglo XVI, y su creencia en la eminente dignidad del hombre, se convierten —después de un examen prudente, pero leal— en tema obsesionante de pláticas y meditaciones.

Medio siglo de luz

SEMEJANTE manera de ver y encauzar España, a fines del Setecientos, alcanza toda la anchura de la gobernación del Estado. El siglo entero cooperó a esa obra de galvanización y conjugación de voluntades, desde la paz de Utrecht, y propició un cambio, llevado al pensamiento, a la economía y a la administración, desde los países ultrapirenaicos.

Ya no se desahoga la ira contra el oscurantismo de doctores y maestros en las demoledoras palabras de Torres Villarroel, sino en las reformas universitarias, anchas y profundas, de Jovellanos, en los Reales Estudios de San Isidro (1770), en los Colegios Mayores (1777). Don Melchor Gaspar introduce, en el Colegio de Calatrava, novedades ignoradas por una Universidad como la española de la época, donde la figura de Aristóteles no dejaba ni un mínimo lugar a Descartes y a Gasendi, a la libre expresión y al experimento.

Jovellanos no es un alocado proyectista, sino un organizador ambicioso, pero certero. Los estudiantes nuevos de los nuevos Colegios asumirán, según su plan, una pesada carga. Para absorber y digerir la jugosa pastura de las recién instituidas enseñanzas hará falta el apetito inmenso de un Pantagruel; pero Jovellanos tiene fe en sus escolares. Y como es un realizador omnipresente, multiplica directivas e instrucciones, asiste a los cursos, separa lo esencial de lo accesorio, critica las conferencias y los métodos, reconforta a quienes desfallecen y enaltece a los que triunfan. Es la embriaguez de la cultura, y la fe en sus infalibles y generales beneficios, lo que trasluce en toda esta obra suya, culminada por la ceremonia inaugural del Instituto de Gijón. Arde con la prisa de recuperar dos siglos perdidos, y sueña con que la Ciencia, renacida, se apoye en el brazo fuerte del Estado. Para Jovellanos la gran meta de la cultura es la eficacia. Cabarrús —el padre de Madame Tallien— va más lejos: "Que no se enseñen sino cosas precisas, útiles y exactas". "No exaltes nada, no cantes nada —como decía Teresa, *la ben*

plantada, de Xenius—: define, cuenta, mide." Es la hora del triunfo de *Solidina* contra *Idearia.*

En su *Elogio de Carlos III,* el mismo Jovellanos dice: "La Ciencia económica te pertenece por entero, a ti y a los depositarios de tu autoridad." Ya no es la época de los arbitristas soñadores, en la Corte milagrera de los últimos Austrias, sino la era de los proyectos juiciosos, la de Campillo y la de Ward. Nada de operaciones brillantes y espectaculares, sino realizaciones modestas, pero seguras: un canal corto, como el de Pignatelli, un camino necesario, un hospicio para dar enseñanzas de artesanía a los pobres de solemnidad. El Estado dirige, pero no suplanta o monopoliza. "Conviene reservar —dice Cabarrús— al interés particular [hoy diríamos a la "libre empresa"] todo cuanto éste puede hacer, y a la acción del Gobierno lo inasequible a las fuerzas aisladas de una porción del Reino." "La industria —según Jovellanos— no ha de esperar del Gobierno sino libertad, luces y socorros", y en el *Informe sobre la Ley Agraria* se recomienda, por encima de todo, tener muy en cuenta "el precioso interés individual".

En 1776 se instituye, por el preclaro conde de Peñaflorida, el Real Seminario Patriótico Vasco. El mismo patricio había formulado en 1764 el Plan de las Sociedades Económicas de Amigos del País, que pronto alcanzaron difusión y prestigio en España y en los países latinoamericanos. La Sociedad de Zaragoza acuerda en 1784 establecer en la Universidad cesaraugustana una cátedra de Economía, confiándola al Profesor Normante y Carcavila, contra quien años más tarde (1795) lanza rudos ataques fray Diego de Cádiz, en sus belicosos sermones de la Basílica del Pilar. Las Sociedades Económicas no fueron sólo brillantes seminarios a la moderna, donde se informaban proyectos, se estudiaban inventos y técnicas, y se daba paciente y provechosa enseñanza a agricultores, artesanos y menestrales; sirvieron también, para los Gobiernos del llamado "despotismo ilustrado", como crisoles verdaderos donde se depuraban las ideas centrales en la política económica española. Su gran manifiesto fue el *Informe sobre la Ley Agraria,* redactado, a instancias de la Económica de Madrid, por el señor Jovellanos, para ilustrar las deliberaciones del Consejo de Castilla (1775-1784) sobre uno de los más arduos problemas de la Economía española.

Una previsión muy clara empuja al Gobierno a desparra-

nar por la Península un puñado de exploradores insignes, para razar un cuadro real de los recursos mineros españoles. La iniiativa había partido de Bernardo Ward: la llevan a efecto, con gran detalle, Bowles y, más tarde, el propio Jovellanos. Inteesan particularmente los yacimientos de azogue y de plata, explotados en el XVI por la dinastía de los Fúcares; los de cobre, n Molina de Aragón; las vetas bilbaínas de mineral de hierro, aun las existencias de cobalto en el Pirineo central. Jovellanos leva la obsesión de las reservas carboníferas, anticipando la mportancia que tendría ese mineral, desde los albores del XIX, omo fundamento de un rápido desarrollo económico en los paíes que poseyeran en abundancia esa fuente de energía (preciamente España no figuró entre ellos).

Junto al Sarrailh del libro comentado, otro excelente hisoriador francés ha dedicado al siglo XVIII gran parte de sus rillantísimos esfuerzos investigadores: nos referimos a Pierre Vilar, Profesor de la Universidad de París, gran conocedor y migo de España. Especialmente preocupado por inquirir, con jemplar rigor, los problemas económicos y sociales españoles, a hecho también, con gran finura, el aprecio de una de las nayores glorias del siglo XVIII español, sus grandes diplomátios e internacionalistas (Floridablanca, Campomanes, Aranda, Azara, Roda, Fernán Núñez, Urrutia —por no citar sino unos uantos de los más distinguidos). Vilar llama igualmente nuesra atención hacia el auge económico de la era de las luces en España, que él ha estudiado con particular profundidad resecto al caso de Cataluña, adelantando la importante tesis de que el secreto de la resistencia contra Napoleón hay que busarlo en la prosperidad material de las décadas de 1750 a 1800: na prosperidad que se ve reflejada no sólo en los economistas le vuelo raudal, como Jerónimo de Uztáriz, o en valiosas comilaciones, como la de Eugenio Larruga, sino en las verdaderas Economías a la moderna, como la de Antonio de Capmany y a de Ignacio de Asso, que no son sólo historias de la política conómica y de la legislación respectiva, sino examen puntual cuantificado de lo que se conoce sobre el pasado material de n universo geográfico como el español: demografía, moneda, recios, cosechas y mercados.

Desde la séptima década del XVIII, con Carlos III, España a recobrado su capacidad de presencia en el equilibrio contiental, y en los problemas internacionales de América. Vuelve

a poseer un prestigio, cimentado y reflejado en la acción de una serie de científicos y estadistas que con sus viajes y sus ideas asombran al mundo de entonces. Aranda, sobre todos ellos, "ve siempre en grande" —según la certera frase de Vilar— respecto al porvenir de las colonias españolas en América, desde la Independencia de los Estados Unidos (en coincidencia con el *Proyecto económico,* de Ward, terminado en 1762), y de los asuntos religiosos y profanos que agitaron la opinión pública española durante la segunda mitad del siglo XVIII. Nunca, seguramente, poseyó España un grupo de figuras de ciencia experimental y de erudición humanista que, coordinadas por los hombres de Estado al cargo de los negocios extranjeros, desempeñaran sus delicados puestos de misión dentro y fuera de España, con tanta sagacidad y experiencia como en esa época. Bowles, con la creación del Gabinete de Historia Natural en Madrid (1776); Antonio de Ulloa y Jorge Juan —que tan importantes misiones desempeñaron en la España de Carlos III—, quienes entraron en contacto con el Nuevo Mundo antes de cumplir veinte años, acompañando la expedición de La Condamine (en 1734), encargada de medir el meridiano terrestre en el Perú; el "ilustre patriarca de los botánicos" y universal naturalista José Celestino Mutis, quien desde 1760 se trasladó a América como médico de cámara del marqués de la Vega de Armijo, virrey de la Nueva Granada, y por espacio de casi cincuenta años (murió en 1808) proyectó sus geniales luces a todo el Continente sudamericano, fundando, además, en 1803, el Observatorio astronómico de Bogotá; Fausto de Elhuyar y su pléyade de colaboradores en la prestigiosa Escuela de Minería de México; el viaje americano del barón Alejandro de Humboldt... todos son claros ejemplos de lo que España debe a esa simbiosis, maquinada o voluntaria, de la Ciencia y del Estado.

En ese sistema, la Administración no es una suma de inconexas y heterogéneas unidades burocráticas, sino una conjugación juiciosa de expertos y hombres de probidad, con delegaciones a la moderna, bajo una autoridad de mano firme y elástica a la vez, como la de un gran conductor de orquesta. Todavía a fines de la "ominosa década" fernandina, el grupo de los constitucionales y estadistas emigrados en Londres daba a luz, en dos distintas y cuidadas ediciones, el *Diccionario de Hacienda,* de Canga Argüelles, cuya significación altísima respec-

to a la historia administrativa de Carlos III y Carlos IV está esperando todavía un estudio proporcionado a su grandeza.

"El acabóse", y Goya

DURANTE tres de las décadas finales —1760 a 1790— la creciente de la Ilustración fue incontenible. Aunque las fuerzas tradicionalistas eran en España más tenaces y orgánicas que en otros países, su capacidad de reacción estaba en receso, y no podía ser de otro modo, ante el éxito de los certeros y victoriosos ataques de que esas fuerzas eran objeto en los más diversos e inesperados frentes. Un valiente tenía que ser el Cardenal Lorenzana cuando, según testimonio de Jovellanos, negaba a la Biblioteca del Instituto de Gijón la licencia para poseer obras prohibidas, aunque su lectura estuviese reservada a los directores y profesores. Libros, folletos y avisos con las ideas de la Enciclopedia, de los revolucionarios y científicos modernizantes, circulaban profusamente por España, pese a la Inquisición vigilante. Muchos de ellos viajaban hasta el Nuevo Mundo en "las naves de la Ilustración" —como hace tiempo demostró, en un libro de ese título, Francisco Granmontagne— y todavía figuran en muchas bibliotecas coloniales.

La Revolución Francesa de 1789 —un año después del acceso de Carlos IV al trono de España— produce estupor y confusión en los "iluminados"; terror, esperanza y afán vindicativo entre los políticos postergados y en los círculos clericales. A juicio de éstos, la permanencia en el poder de unos gobernantes descreídos y perseguidores de la religión y sus ministros, amenazaba a la monarquía y a España con un caos semejante al de las jornadas revolucionarias francesas. Pero ¿cuál era, en cambio, la realidad? Como ha subrayado Marañón en su estudio sobre Feijóo, si éste es el pionero de la "crítica enciclopédica", mantiene en toda su pureza las características tradicionales españolas, entre ellas "la más estricta ortodoxia". Juan Bautista Pablo Forner se declara "un miembro de la Iglesia Católica, que respeta su santa organización, sin creerse obligado por ello a tolerar los abusos introducidos en su divina institución por la fragilidad de sus ministros". Floridablanca y Aranda secundan los inútiles esfuerzos de Carlos IV para evitar la muerte de Luis XVI en el cadalso. Azara, un escéptico, "cree en Dios, pero sólo en su ley". De la fe religiosa de Jovellanos

no es lícito abrigar duda alguna, no obstante lo cual es pronto confinado en el castillo de Bellver (Mallorca), de donde no saldrá hasta las jornadas de 1808.

Los "iluminados" del XVIII lo habían sido sin mengua para los puros principios de la fe.

Pero los tiempos han cambiado. Se identifica ahora a los españoles propensos al enciclopedismo y amantes de las ciencias nuevas, con los *sans culotte* que ven rodar, jubilosos, la cabeza del último Capeto. La caída de Aranda y el acceso de Godoy a la gobernación de España ofrecen a las fuerzas retrógradas una oportunidad feliz para recuperar el prestigio político, que unas décadas de buenos gobiernos habían eclipsado. Y cuando, el 17 de marzo de 1808, estalla el motín de Aranjuez contra Godoy, y poco después, el 2 de mayo, el pueblo de Madrid se bate con los mamelucos de Murat, y España entera se alza en armas, la Iglesia encabeza esta guerra contra el invasor, convirtiéndola en una santa cruzada:

"La Virgen del Pilar dice
que no quiere ser francesa. . ."

Acabada la ocupación napoleónica, se detiene de un golpe el proceso de reintegración española: en su lugar irrumpe la guerra fratricida entre los ministros de la fe vieja y los buscadores de un mundo nuevo. Con breves remanzos de paz constructiva, la guerra civil continúa aún hoy. Sobreviene la ruina material, económica, y como consecuencia sucumben los valores de la cultura. En los primeros momentos sólo uno de ellos pervive: Goya y su obra.

A don Francisco, el glorioso sordo de Fuendetodos, le toca una fortuna incomparable: describir con el pincel y la pluma, con el aguatinta, la punta seca y al lápiz litográfico, la historia de la vida y de las ideas de España en su era iluminada y en su ulterior ocaso, desde 1770 hasta 1828, fecha, esta última, de la muerte del pintor en la ciudad francesa de Burdeos.

Sin salir del Museo del Prado, la contemplación de dos retratos de un mismo personaje nos da una expresión sumaria, pero fenomenal, del cambio operado en España desde mediados del siglo XVIII hasta el orto del XIX. En las galerías altas de la pinacoteca madrileña se guarda una efigie de María Luisa Teresa de Parma, pintada por Antonio Rafael Mengs: la princesa veinteañera aparece en rosa y azul, grácil y bella, como la

cifra del candor femenino en una época convencional y falsa. En el testero de la gran Galería, la misma princesa —a la sazón reina de España— señorea, con su enjoyada ordinariez, "La familia de Carlos IV" (1800), pintada, inmortalizada y crucificada por Goya. Los reyes han dejado de ser héroes; el pintor de Corte describe, bajo las sedas y diamantes palaciegos, despiadadamente, los hombres y mujeres de barro, que el artista conoce y ve.

Veinticuatro años antes Goya había comenzado a llevar, en sus tapices, los temas populares y castizos, siguiendo la moda de la época, a las habitaciones de príncipes e infantes. Primero —según la idea del rococó— en forma juguetona e intrascendente; después, con "El albañil herido" (1786), "Los pobres en la fuente" y "La nevada", metiendo la cuestión social, cruda y dramática, en las alcobas de la Real Familia.

Me atrevo a recomendar que quien lea el original, o la versión española, del libro de Sarrailh, tenga a la mano, para mejor saboreo de la lectura, una o varias obras (las de Beruete, von Loga, Mayer) con buenas reproducciones de los personajes pintados por Goya. No disponemos, en toda la historia del arte español, de una mejor y más abundante galería que la goyesca de aquel medio siglo en que, con dinámica arrebatadora, se rehizo y se deshizo una nación. Más de trescientas cincuenta figuras de todos los estamentos sociales —príncipes y artesanos; estadistas, comediantes y toreros; dignatarios de la Iglesia; nobles, militares y marinos; científicos y artistas; arquitectos y guerrilleros; damas de calidad y hembras de rompe y rasga, amén de Goya mismo en numerosas efigies, cambiantes de tono y humor con el andar de los tiempos—, todo ello nos ayuda a ver y aforar la corriente de España en la faz y el porte de quienes la empujaron por la senda de sus destinos.

Por las venas y las obras de Goya corre, además, el pulso fuerte de las creencias, idearios y anhelos de su tiempo. Todo en creciente y cambio, hasta el parto mortal de 1808. También Goya es siempre un cristiano, pero siempre nuevo: de sus frescos en la Cartuja zaragozana de Aula Dei a los de San Antonio de la Florida hay una distancia infinita, pero siempre contrapunteada por la intrusión popular en las formas reverenciales de la liturgia.

Cuando sobreviene *el acabóse* —la guerra de la Independencia—, Goya ha cumplido sesenta años. Hora de descansar

y envejecer, pero no para don Francisco, cuyo genio se hace más juvenil y acometivo a medida que sus "sueños de la razón" le enfrentan a los "monstruos" de España. Desde la altura de su tremenda experiencia histórica, con su inmensa imaginación soñadora de mundos más justos, en la plenitud de su universo interior, agrandado por la sordera, Goya despliega en "caprichos", "desastres" y "disparates" su ataque frontal contra la ignorancia y la superstición, contra la maldad y la ceguera, contra la barbarie palatina, la *clique* militar y la cerril intolerancia de un sector del clero, que rebrotan y sobreviven en torno al más odioso de los reyes españoles. En las leyendas de esa vastísima obra gráfica, como en su arte mismo, se derraman sobre el pueblo español todas las luces de la compasión humana: su fe en la reforma salvadora es la misma que animó a los gobernantes ilustrados, pero más vivaz toadvía, más arriscada y anhelante. Goya es un "Coloso" —como el del cuadro de la Quinta del Sordo o el aguafuerte de la Biblioteca Nacional de Madrid— en espera del alba, de un amanecer al que no dejan romper, todavía hoy, los mismos nubarrones cerrados de hace ciento cincuenta años. Su mensaje de entonces resuena ahora con más vigor aún, porque no se aplica sólo a la tierra hispánica, sino al mundo entero, que no acierta a salir de la noche oscura, vestida, eso sí, con glorioso tecnicolor.

Un mensaje actual

SARRAILH ha hecho, con su reciente obra, un alto servicio a la cultura hispánica, alumbrando de verdad un período muy controvertido de nuestra Historia. Más aún: ha sembrado entre algunos de nosotros el deseo de seguir labrando en ese jugoso campo de la investigación y de la esperanza.

Pero, entiéndase bien: no nos interesa la revaloración del siglo XVIII para justificar un plañidero retorno al pasado. Lo que nos impresiona, como ejemplo, es el esfuerzo de aquel crecido número de buenos españoles (de los cuales sólo hemos citado una muestra representativa), ansiosos de cohonestar la gran tradición con el progreso y la libertad integral. Un esfuerzo que ellos incoaron con brío, pero sin lograr la sazón de la permanencia, pues bien pronto empezaron a galopar sobre las tierras españolas —y siguen en su algara— los siniestros jinetes de la desintegración nacional.

Un pensador político norteamericano, William Buckley Jr., ha dicho que el conservatismo es "un reconocimiento tácito de que lo verdaderamente importante de la experiencia humana se halla detrás de nosotros; que ya se han reñido, en la Historia, las batallas decisivas, y que el hombre puede conocer y gozar las grandes ideas surgidas de esas lides". Para mí, lo esencial no es "llegar"; la cuestión es "seguir ardiendo". Acaso para algunos pueblos la lucha haya cesado ya, llegando a la permanente y constructiva convivencia, en torno a unas grandes e indiscutibles ideas. Pero no es, ese, el caso de la España actual: no hay en ella convivencia de ciudadanos honestos, de pleno derecho, ni ideas grandes, ni acción nacional conjunta e integradora, bajo la férula franquista. Lo único real es que la lucha sigue; que el desgobierno ha ensayado —entre el dolor del pueblo— todos los símbolos geométricos imaginables: el rectilíneo, el triangular, el pentagonal. . . y ¡quién sabe qué otros desastrosos y disparatados caprichos multidimensionales nos aguardan todavía, mientras termina de agonizar el Imperio azul.

¡Batallas, grandes batallas! Pero al día siguiente de ellas sale el Sol y cantan los pájaros, vuelve la Fe y triunfa la Naturaleza. Cuando nació el Parícutin parecía llegado, leguas a la redonda, el fin del mundo: una gruesa capa de negra ceniza convertía los alrededores en un paisaje lunar. Pero, a poco, entre las partículas metálicas y cristalinas de la lava, tendida sobre la tierra, salió a la luz la hierba verde, fresca y nueva. Pensemos, pues, en la ruina, pero luchemos, como la Naturaleza, para sobrevivir. "¿Qué vale —según decía Jovellanos— el pensamiento sin la acción?"

A la vista de la meta final estuvieron los "iluminados" del siglo XVIII. Mucho lograron, pero cosas más grandes les quedaron por realizar aún. También el mundo está muy cerca de lo que quiere, pero le queda por rendir el último y sobrehumano esfuerzo, como a los Reyes Católicos frente al postrer reducto de los moros:

"Sí, ganada es Antequera!
¡Ojalá Granada fuera!"

REFLEXIONES EN TORNO AL LIBERALISMO MEXICANO

Por *Mario DE LA CUEVA*

CADA época histórica se propone y tiene sus temas particulares, pero lo peculiar e interesante del medio siglo que vivimos —nos referimos principalmente a México y con una especial proyección a las cuestiones jurídicas— consiste en que nuestro tema, o, por lo menos, uno de nuestros grandes temas, está principiando a ser la historia misma. La presencia de este tema entre nosotros tiene un singular significado: el mexicano de nuestros días comienza a darse cuenta de que una nación es, ante todo, un pasado, o, más concretamente, lo que conserva vida de ese pasado y de que es también un presente, que es tanto como decir aquello que subsiste del pasado, más la vida nueva. Una nación es un pasado y un presente que se conjugan para producir la vida futura: las naciones no nacen de pronto, son historia que se ha hecho presente y que se proyecta en el porvenir, lanzada y configurada para su nueva aventura por el genio propio de cada época y de cada generación, genio que, a su vez, devendrá historia y que contribuirá a formar un nuevo presente, el que una vez más será proyectado hacia el futuro por el espíritu de otra época y de otra generación. De ahí que una nación, para adquirir conciencia de sí misma, necesite primordialmente poseer el conocimiento de su historia, o, si se prefiere, adueñarse de su historia, para convertirla en parte de su presente y para preparar, así, su vida futura.

El libro de Jesús Reyes Heroles *(El Liberalismo Mexicano, los Orígenes)* se encuentra dentro de esta nueva trayectoria, que ha hecho de la historia un tema de nuestra época y cuyo propósito es poner la historia al servicio de la cultura nacional. Esta nueva trayectoria del pensamiento está contribuyendo a transformar los métodos y sistemas de estudio de nuestra ciencia del derecho y está también aclarando, precisando y rectificando el conocimiento acerca de los orígenes y la natu-

raleza de nuestras instituciones jurídicas. Nuestra ciencia del derecho, en términos generales, ha padecido la influencia de un doble prejuicio: primeramente, que las instituciones jurídicas mexicanas, ya se trate del derecho constitucional o del derecho privado, son o han sido la consecuencia o la adaptación de ideas e instituciones extranjeras, de tal manera que, a ejemplo, los orígenes y los caracteres de nuestro federalismo, o la particular fisonomía de la doctrina de la división de los poderes, o la estructura constitucional del municipio, o la concepción del individualismo y liberalismo, se buscaban exclusivamente en el estado norteamericano, en el derecho francés, en las instituciones jurídicas de España o en el pensamiento liberal de Europa. En segundo lugar, particularmente en los últimos treinta años y merced a la influencia de la llamada *Escuela Vienesa* y de su jefe, Hans Kelsen, ha padecido nuestra ciencia del derecho de un exagerado *formalismo,* postura que la ha conducido a un despreocuparse del contenido de las normas e instituciones jurídicas, para atender solamente a sus aspectos formales. Los dos prejuicios se combinaron en el pasado para producir una ciencia del derecho a la que poco o nada importaban la realidad y la historia y a la que, desde luego, parecían no interesarle ni la realidad ni la historia mexicanas.

El *Liberalismo Mexicano* está llamado a contribuir a la extirpación de aquellos dos prejuicios: Reyes Heroles, que es jurista por vocación y preparación —jurista en el sentido pleno y universal de la palabra, como el hombre que se destina al conocimiento de la ciencia de lo justo y de lo injusto— y que es también un conocedor profundo del pensamiento político —nos parece suficiente recordar su libro *Tendencias Actuales del Estado*—, pone de relieve en el *Liberalismo Mexicano* que sin el dominio y el entendimiento de la historia, no es posible penetrar en el recinto de las esencias de nuestros pensamientos e instituciones jurídicos y políticos. Inglaterra, que es la fuente y uno de los grandes maestros de la ciencia política y del derecho constitucional, acude en ayuda de la nueva trayectoria del pensamiento mexicano, al enseñarnos que su constitución y su estado no son engendros puros de la razón, sino creaciones de la historia del pueblo inglés. El libro de Reyes Heroles es el retorno y la exaltación de una vieja tesis, cuyas raíces se encuentran en Aristóteles, cuyo renacimiento se debe en gran parte a Dilthey y cuyos maestros contemporáneos son, entre otros,

Hermann Heller y Eustaquio Galán y Gutiérrez y que consiste en el reconocimiento de que las ciencias del derecho y del estado son disciplinas históricas.

El catedrático de *teoría del estado* no solamente no cae en un historicismo puro, sino que, por el contrario, cree que el pensamiento humano de cada época vivifica a la historia de los distintos pueblos; y tampoco se coloca en un nacionalismo radical, pues, a la inversa, piensa que sería un error sostener que el conocimiento de la historia nacional es suficiente para la cabal comprensión de nuestros pensamientos e instituciones políticos y jurídicos: los pueblos modernos y contemporáneos no viven aislados, sino rodeados de un mundo internacional rico en ideas y en enseñanzas. Es un dato suficientemente conocido que la monarquía y los virreinatos españoles procuraron impedir la penetración y difusión en las colonias, del pensamiento individualista, liberal y democrático, del siglo XVIII y del llamado a la revolución que se desprendía de las obras de Juan Jacobo y del derrumbe de la monarquía francesa; y es igualmente conocido el dato de que aquel pensamiento, que, como dice Reyes Heroles, se filtró por entre los muros de la Santa Inquisición, fue uno de los fundamentos doctrinales de las guerras de independencia de América. La realidad y la historia mexicanas no pudieron ser, pues, ajenas, ni substraerse a la filosofía política del individualismo y liberalismo; Reyes Heroles dedica un bello capítulo a mostrar *la recepción de las ideas liberales* y en él cita —lo que es de gran valor para medir la filiación legítima de nuestro liberalismo— los testimonios de Humboldt, Lorenzo de Zavala, José María Luis Mora y Fray Servando Teresa de Mier, de los que se desprende que la generación mexicana que hizo o presenció la guerra de independencia de la Nueva España, conoció a los grandes filósofos políticos de los siglos XVI, XVII y XVIII, desde Grocio, Hobbes y Puffendorf, hasta Thomas Paine, pasando por Rousseau, Montesquieu y Voltaire. Pero agrega que sería parcial el estudio del liberalismo mexicano si se detuviera en el pensamiento europeo: la Nueva España vio florecer una corriente humanista, que venía del corazón mismo de la España de la conquista y que tuvo manifestaciones tan brillantes como el obispo don Vasco de Quiroga, Fray Bartolomé de las Casas o Fray Alonso de la Veracruz y todavía añade Reyes Heroles el nombre del sacerdote Víctor María Velázquez, de quien dice Eligio Ancona que

"no obstante ser creyente, profesaba los principios de la escuela liberal más avanzada y quien fue, probablemente, el fundador de la primera agrupación política liberal: la *Asociación de San Juan,* en cuyas reuniones se examinó el problema del yugo a que están sujetos los indígenas".

La idea de la historia como tema de nuestra época no ha de significar el encadenamiento de la vida nueva: la historia es la comprensión del pasado y una enseñanza para el futuro, pero no es el amo de la vida nueva: "Ha existido una continuidad del liberalismo mexicano que influye en las sucesivas etapas de nuestra historia", escribe Reyes Heroles. "Conocerla ayuda a desentrañar el presente de México. Esto no supone que debemos restaurar nuestro pasado... Continuidad del liberalismo mexicano tampoco significa permanencia, inmutabilidad, constante actualidad de una petrificada idea liberal. Quiere decir evolución, mejoramiento y perfeccionamiento de las ideas liberales. Modificación y enriquecimiento de ellas y su actualización, a la luz de nuevos problemas y nuevas circunstancias".

La exaltación de la historia no es, sin embargo, el propósito inmediato y fundamental del *Liberalismo Mexicano,* pues aquella exaltación y la doctrina que en ella hemos creído descubrir, son más bien la consecuencia de la revelación de un mundo histórico, del que hacía más de un siglo nada decían nuestros juristas y sociólogos: Reyes Heroles muestra que si bien el pensamiento y las instituciones jurídicos y políticos nacionales tienen como fondo ideológico a Europa y a los Estados Unidos del Norte, tanto o más importantes son las características del mexicano y los efectos de la vida colonial; y más aún, revela también que nuestro pensamiento político y nuestras instituciones, con sus excelencias y sus defectos, con su cumplimiento y sus fracasos, son incomprensibles, a menos de sumergirse en su historia.

Después de explicar *la recepción de las ideas liberales* en la Nueva España y la presencia del sentido humanista del mundo español, dualidad de la que resultó, en nuestro concepto, la unidad ideológica que sirve de antecedente al principio de *justicia social* que late en el pensamiento y en la obra de don José María Morelos y Pavón, o en las reivindicaciones sociales de Ignacio Ramírez, de Ponciano Arriaga o de José María del Castillo Velasco, para concluir en los incumplidos artículos 27 y 123 de la Constitución de 1917, el *Liberalismo Mexicano* nos

pone en contacto con una romántica actitud de la conciencia
del pensamiento mexicanos, determinada por la promulgaci
de la Constitución española de 1812, postura a la que denon
na Reyes Heroles *la euforia constitucional:* es una pléyade
folletos y artículos de la época, en los que se trata, desde l
más diversos ángulos, el tema de la constitución. Diversos f
lletos participan de la creencia de que la promulgación de
Constitución gaditana "hará desaparecer todos los males",
cuya creencia nació *el gran mito de la constitución,* que se e
plica fácilmente, según creemos, si se atiende a que las con
tituciones del siglo XVIII y las de principios del siglo XIX fuer
pensadas como el instrumento que pondría fin al absolutisn
y sometería el poder al derecho. El mito de la constitución pr
dujo el *Catecismo del ciudadano constitucional,* en el que se e
señaba que el primer mandamiento es "amar a Dios y despu
a la constitución sobre todas las cosas". En algunos folleto
como, a ejemplo, en *El Liberal a los bajos escritores,* bajo
influencia de Montesquieu, se contempla a la constituci
como un todo armónico, a cuyo efecto se dice que "tiene un t
jido tan maravilloso y sus partes guardan una relación tal e
tre sí, que es imposible infringirla en alguna, sin que el to
deje de resentirse", de lo que dedujeron los autores de los f
lletos que era urgente reclamar su aplicación integral y no s
lamente por partes. Adquiere un singular atractivo, románti
y profundo, el recuerdo que hace Reyes Heroles, en elegant
páginas, de las polémicas que sostuvo don José Joaquín Fe
nández de Lizardi, nuestro célebre *Pensador Mexicano:* en ell
descubrimos un trozo nuevo de la idea de la justicia soci
cuando expresa aquel escritor que "no se nos recuerden los p
vilegios que les eran concedidos (a los indios), ni los encarg
de los reyes para que fueran menos desgraciados, porque m
chos de aquéllos sólo podían hacerlos de peor condición y l
más de éstos nunca se cumplían o rara vez"; por eso agrega,
propósito de la libertad, la igualdad civil y los derechos de l
indios que "todo es jerigonza que no entienden, enigmas q
no alcanzan a comprender y países imaginarios en donde nu
ca esperan pasearse en realidad"; y en la respuesta a la *Car*
de los indios de Tontonapeque, concluye apuntando la nece
dad de una reforma social, que incluya, entre otras medidas,
reparto de la tierra y la educación primaria: "Esos ayuntamie
tos no deben dormir sobre que en todos los pueblos haya

elas de primeras letras; deben desvelarse sobre que se les re-
ırtan tierras de labor, que se establezcan en todas partes, si es
ısible, sociedades económicas de amigos del país. . ." Un fo-
eto firmado por L. L. M. sostiene que México necesita darse
ıa constitución para gobernarse a sí mismo: "Las constitucio-
es son como los astros que no influyen ni alumbran sino en
espacio de su órbita. . . No debemos, por lo tanto, esperar
ıe nos venga una constitución de las orillas del Manzanares. . .
›bre las márgenes de Chalco influye también el cielo y este
flujo benéfico produce cada día más los grandes talentos me-
canos. . . México hará una constitución para gobernarse a sí
ismo. . ." El ilustre Gallo Pitagórico, en un folleto titulado
erdadera explicación de la voz independencia, se apoya en la
ncepción contractualista de la vida social y en el iusnatura-
smo jurídico que se desprenden del *Contrato Social,* de Rous-
au, para concluir que la independencia de América está bien
stificada: "Es evidente que a la América le es no sólo útil,
no absolutamente necesario, para su felicidad, que la raíz de
gobierno esté dentro de ella misma, y no mediando los ma-
s". Sería imposible citar las muchas cuestiones que se deba-
eron en torno a la constitución gaditana, pues ello implicaría
reproducción del capítulo del libro que tenemos a la vista,
ero vamos a seleccionar otras dos: en un folleto publicado en
ciudad de Puebla, se acusa de impía a la filosofía liberal,
la que se liga con el nombre de Voltaire y se mira con des-
ecio a la constitución de 1812; para rebatirlo aparece, entre
ros, un impreso titulado *El amante de la constitución,* el que,
su vez, suscita nuevas polémicas, en las cuales, entre otras co-
s, y según Reyes Heroles, se dice que "la irreligiosidad es
ıa falsa etiqueta que se quiere poner a los constitucionales y
catolicismo una máscara con que se quieren encubrir los ser-
les". La cuestión relativa a la libertad de imprenta, excelen-
mente relatada en *El Liberalismo Mexicano,* muestra la gran-
za del pensamiento nacional de aquellos años; conviene
cordar sobre este asunto que Miguel Ramos Arizpe, el 16 de
ıero de 1812, presentó una proposición en las Cortes de Cá-
z pidiendo se ordenara al virrey de la Nueva España pusiera
vigor el decreto de 10 de noviembre de 1810, que consignó
libertad de imprenta, pues, explicaba, "sancionada la liber-
d de imprenta ha más de un año, se hallaba ya publicada y
rriente en la península y sus islas, en toda la América del

Sur, en Guatemala y La Habana, menos en el reino de Méxi co"; y es también útil mencionar que el 13 de febrero de 181 insistió Ramos Arizpe por escrito en su proposición; pero la dos instancias fueron desechadas. Pues bien, cuenta Reyes He roles que la Imprenta de Ontiveros editó el *Informe dado po Manuel de la Bodega y Mollinero al rey,* del año 1814, hech que motivó un proceso judicial en contra del editor; en esa circunstancias apareció la *Consulta constitucional sobre la li bertad de imprenta,* folleto que reclamaba "la igualdad de tra tamiento entre los habitantes de la Nueva España y los de l Península"; cita también Reyes Heroles dos importantes im presos mexicanos: *El voto sobre la libertad de imprenta,* de diputado Mejía, y *El español imparcial,* este último sostenien do que "la libertad de imprenta tiene una función destacad en la ciencia del gobierno, pues ella tiene una finalidad polí tica: contribuir al choque y dilucidación de las ideas".

La consumación de la independencia propuso las cuestio nes todas que se refieren a la organización política de un pue blo: los mexicanos carecían de experiencia en el arte de gober nar, pues la monarquía y el virreinato españoles no permitie ron a los hombres nacidos en la Nueva España, ni tan siquier a los criollos, que participaran en la vida del gobierno. L lectura del *Liberalismo Mexicano* pone de manifiesto, con ver dadera elegancia, que aquella *generación de la independenci* tenía un conocimiento claro y preciso de los grandes proble mas que se le habrían de presentar a la nueva nación y, ade más, un amplísimo dominio del pensamiento filosófico, social político, jurídico y económico de aquellos primeros años de siglo XIX. Uno de los muchos méritos del libro de Jesús Reye Heroles consiste, a nuestra manera de ver, en que gracias a l presentación de los hombres que figuraron en nuestros dos pri meros congresos constituyentes, éstos pueden ser comparado con las más brillantes asambleas de la historia nacional, tale como el congreso de 1842, que gestó el juicio de amparo, o e constituyente de 1856-1857. Otra de las grandes cualidade del libro es el fino análisis de las múltiples cuestiones que hub de abordar la generación de la independencia y a las que pro curó dar respuesta en la Constitución de 1824, si bien la fuer te supervivencia de la vida colonial impidió al pensamiento li beral y democrático imponerse desde entonces: las cuestione económicas, el problema de la propiedad, la condición de la

finanzas públicas del país, las relaciones entre la iglesia y el estado, las doctrinas de la soberanía del pueblo y de la representación política, los derechos del hombre, el federalismo y la división de los poderes, son asuntos que proporcionan oportunidad al distinguido maestro de teoría del estado para combinar los principios generales con las particularidades nacionales y aclarar los orígenes y los rasgos característicos de nuestro liberalismo y de las instituciones que fue creando. En los párrafos siguientes nos proponemos hacer algunas reflexiones sobre parte de las cuestiones mencionadas:

En América no han podido ni pueden florecer las monarquías: la Casa de Braganza, de largo y brillante historial que remontaba a 1640, que había realizado la independencia y logrado la prosperidad del Brasil, entendió que América era un continente para la igualdad y la libertad y supo retirarse con nobleza y sin rencores. El imperio de Iturbide fue un ensayo sin relieve y su caída abrió la pregunta respecto de la forma que asumiría la nueva república, federal o central. Otro de los grandes merecimientos del libro que suscita estas reflexiones, radica en su aportación al esclarecimiento de los orígenes y de las causas de nuestro federalismo: el tema, república federal o central, nos permitimos apuntar, pertenece a los años de 1822 a 1824, lo que quiere decir que en el futuro —sin que ello implique desconocer las aportaciones del Congreso de 1846 que restableció la vigencia de la Constitución de 1824 e introdujo el juicio de amparo a la legislación federal y los resultados finales de la Constitución de 1857— será indispensable analizar con el mayor cuidado los acontecimientos ocurridos en aquellos primeros años de nuestra independencia y los precedentes que los explican, lo que ratifica la tesis de *la historia como tema,* que obliga a remontarnos al pasado para la mejor comprensión del presente.

Uno de los pasajes del *Liberalismo Mexicano* que más nos han llamado la atención, por su originalidad y profundidad, es el comentario a la *Memoria sobre las Provincias Internas de Oriente,* que presentó el diputado por Coahuila, don Miguel Ramos Arizpe, a las Cortes Constituyentes de España, en la sesión de 11 de octubre de 1821, *Memoria* a la que Reyes Heroles bautiza con el nombre de *alegato contra la centralización colonial:* "Ramos Arizpe" —leemos en una de las páginas del comentario— persigue la descentralización gubernamental como

solución a los problemas que presencia, y de no haber existido la fórmula del federalismo norteamericano, probablemente habría terminado por inventarla, a tal punto lo aguijoneaban las necesidades de su país y el sistema federal resultaba impuesto por las realidades". Con pinceladas de maestro, el licenciado Reyes Heroles destaca los puntos culminantes de la Memoria: las Provincias Internas de Oriente, Coahuila, Nuevo Reino de León, Nuevo Santander y Texas componen, se dice en la *Memoria,* una inmensa extensión territorial, lejana de la capital del Virreinato de la Nueva España y a la que no han llegado los cabildos, las audiencias, las universidades y demás instituciones introducidas en varias de las restantes provincias de la Nueva España; en las Provincias Internas de Oriente "se halla entronado el solo mando militar, muy parecido al de México en los seis primeros años de su conquista. . ." Uno de los mayores males en las Provincias Internas de Oriente es "la casi absoluta nulidad en la administración de justicia, pues —expresa Ramos Arizpe— las Audiencias, a donde debe apelarse, están fuera de las provincias a una distancia enorme, que hace imposibles los recursos, aun a los ciudadanos de medianas facultades". Otros muchos párrafos de la *Memoria* están citados en el *Liberalismo Mexicano* como una prueba del *alegato contra la centralización colonial:* "De todo lo expuesto —concluye Ramos Arizpe— . . .se demuestra que los vicios del sistema de gobierno de las Provincias Internas de Oriente consisten principalmente en no tener en su interior un gobierno superior y común, así para lo puramente gubernativo como para lo judicial". La descentralización propuesta por Ramos Arizpe era, además, una medida de defensa: los Estados Unidos del Norte estaban demasiado próximos y era preciso un gobierno propio que atendiera al bienestar de las provincias y las conservara para la nación mexicana.

En el mismo problema de los orígenes de nuestro federalismo nos encontramos con otras hermosas páginas del *Liberalismo Mexicano* y son las que se refieren a las fuentes ideológicas y a los modelos concretos que tuvieron en cuenta los constituyentes mexicanos cuando redactaron el Acta Constitutiva de la Nación Mexicana de 31 de enero de 1824: Reyes Heroles destruye, en primer término, la afirmación de Lorenzo de Zavala en el sentido de que los diputados constituyentes conocían únicamente "una mala traducción (de la Constitución norte-

americana) impresa en Puebla de los Angeles, misma que servía de texto y de modelo a los nuevos legisladores", pues "Francisco García, en sus importantes *Reflexiones sobre el Acta Constitutiva,* habla de la Constitución de los Estados Unidos, o sean, *las traducciones que tenemos de ese Código*". Combate también Reyes Heroles otra afirmación de Zavala en el sentido de que los federalistas no podían tener idea acerca de una forma de gobierno "de la que no se habían ocupado los libros políticos franceses y españoles que circulaban en México"; en el *Liberalismo Mexicano* se explica lo interesante que es "ver cómo la conjugación de la idea federal, sostenida por los clásicos europeos, con el modelo norteamericano y las realidades nacionales, produce el federalismo mexicano", esto es y según creemos se desprende de los anteriores y de otros párrafos, la idea federal, si bien nueva en su realización concreta y magnífica por los Estados Unidos del Norte, no lo era en su esencia, pues la doctrina política europea se había ocupado de ella desde hacía varios años: esta tesis obliga a rectificar muchas ideas, pues el federalismo aparece como un viejo pensamiento relativo a la manera de organizar a los grandes pueblos. Para justificar su aserto, transcribe Reyes Heroles los párrafos del libro noveno, capítulo primero, del *Espíritu de las Leyes,* del barón de Montesquieu: en ellos, después de ofrecer las ventajas del sistema democrático sobre la monarquía, se dice que las repúblicas pequeñas corren el riesgo de ser destruidas por la fuerza, en tanto las grandes dan nacimiento a vicios también destructores; "parece ser —agrega Montesquieu— que los hombres se hubieran visto obligados a vivir gobernados por uno solo, si no hubiesen imaginado una manera de constitución que tiene todas las ventajas interiores de la república y la fuerza exterior de la monarquía. Hablo de la república federal"; otros renglones de la misma obra del escritor francés complementan la vieja noción del federalismo: "Esta forma de gobierno es una convención, mediante la cual diversas entidades políticas se prestan a formar parte de un estado más grande, conservando cada una su personalidad. Es una sociedad de sociedades. . ." "También en Rousseau", continúa explicando el profesor de teoría del estado, "está la idea federal: para eludir la falta de representación, dice que su sistema de gobierno debe aplicarse a ciudades pequeñas, estando éstas en libertad de confederarse". Las anteriores reflexiones no deben conducir al menosprecio

de la influencia de la Constitución norteamericana, pues es bien sabido y entre otros autores Tocqueville lo puso de relieve, que el sistema federal de los Estados Unidos contiene principios desconocidos en las federaciones y en el pensamiento político del pasado.

De un alto valor histórico, para continuar en el mismo terreno, son los magníficos resúmenes que logra Reyes Heroles de las ideas y escritos de los constituyentes y polemistas mexicanos de los años 1822 a 1824: Prisciliano Sánchez, en el *Pacto Federal del Anáhuac,* sostiene una teoría acerca de la naturaleza del estado federal, que hace derivar de la doctrina del contrato social y que se inspira en gran parte en el pensamiento de Montesquieu; y es tanto más interesante el resumen, por cuanto se llega fácilmente a la conclusión de que la exposición de aquel constituyente mexicano está muy próxima a las ideas modernas: el origen de la sociedad civil está en el contrato y es conforme a la naturaleza de éste que los gobernantes "no tengan más autoridad sobre los súbditos que la que sea bastante para mantener el instituto social"; de esta tesis se desprende la idea federal, en la que "la nación se divide en estados pequeños e independientes entre sí para todo aquello que les conviene, a fin de ocurrir a sus necesidades políticas y domésticas, más inmediatamente, a menor costo, con mejor conocimiento y con mayor interés...". Sánchez, leemos en el *Liberalismo Mexicano,* tiene interés en distinguir *alianza de potencias de federalismo* y al hacerlo, desarrolló toda una teoría acerca de la naturaleza del estado federal: "No se separan las provincias para ser otras tantas naciones independientes en lo absoluto... respecto a su gobierno interior se han pronunciado estados soberanos —recuérdese el artículo 40 de nuestra Constitución vigente—, porque quieren ejercer éste sin subordinación a otra autoridad... se independen mutuamente para administrarse y regirse por sí mismas... y para esto tiene un derecho incontestable, así como lo tiene cada ciudadano para ser el señor de su casa..." Hasta ahí el fundamento de la autonomía de las provincias, al que se agrega la razón de ser del estado federal: "Sin embargo, ellas aseguran que quieren permanecer siempre partes integrantes del gran todo de la nación de que son miembros, unidas por el vínculo indisoluble de federación..." Bastaría el recuerdo de este párrafo sobre la indisolubilidad de la federación —asunto que tanto se debatió durante la guerra de Secesión de los Estados Unidos— para

agradecer al licenciado Reyes Heroles sus notas sobre el *Pacto del Anáhuac.* Ideas análogas a las de Prisciliano Sánchez están en la obra de otro jalisciense ilustre, don Francisco Severo Maldonado, titulada, *Contrato de asociación para la república de los Estados Unidos del Anáhuac* y cuyo propósito es —nótese el parecido con los párrafos iniciales del *Contrato Social* de Juan Jacobo— "hallar la forma de asociación en que toda la masa de un pueblo, por numeroso que sea, y por más vasto territorio que ocupe sobre la superficie del globo, pueda desarrollarse completa, cabal y progresivamente, para concurrir a la formación de todas y cada una de las leyes...". Todavía deseamos resaltar, entre los muchos testimonios que cita el licenciado Reyes Heroles, el brillante discurso pronunciado por el diputado por Jalisco Juan Cayetano Portugal, en el que postula con una precisión que no se encuentra ni en el *Federalista,* ni en la *Democracia en América,* la doctrina de la co-soberanía, como explicación de la naturaleza del estado federal: "Después del pacto celebrado por el acta de la federación, es inconcuso que este congreso no puede traspasar ni en un ápice las atribuciones que el acta mencionada le señala... por un acta de esta naturaleza, los estados federales se comprometen entre sí a no ejercer el común consentimiento en un congreso general, sino ciertas partes de la soberanía, sobre todo, las que conciernen a su defensa... Mas cada uno de los estados, o la nación misma en muchas representaciones parciales, retiene una entera libertad de ejercer como lo juzgue más a propósito, las partes de la soberanía de que no se hizo mención en el acta federativa como debiendo ser ejercidas en común...". Finalmente, no resistimos la tentación de reproducir los párrafos en que Reyes Heroles cita al distinguido abogado Juan Bautista Morales: "Si la nación ignora lo que es federalismo, tampoco sabe lo que es república central ni monarquía"; y es que en verdad y según indicación anterior, los mexicanos no habían sido instruidos en el arte de gobernar, por lo que tuvieron que buscar el sistema que mejor armonizara con las necesidades y aspiraciones nacionales.

El federalismo mexicano, sin embargo, no fue un producto de la doctrina, sino que brotó de lo más profundo de la vida de las distintas provincias y el *Liberalismo Mexicano* lo hace resaltar en forma magnífica: "En ningún punto el Congreso Constituyente fue tan obligado a obedecer como en la adopción del sistema federal y esto en un momento en que todavía cen-

tralismo no era definición de antiliberalismo. En ningún tema la voluntad general se exterioriza tanto como en el de que la república fuese federal. Las tendencias eran tales, que no digamos el pronunciamiento centralista del Congreso, una mayor dilación en la resolución federalista habría desatado fuerzas centrífugas imprevisibles. Es cómodo ver estas fuerzas como simples grupos políticos locales sin raíces y guiados por el puro aspirantismo, como entonces se decía; pero en el fondo, esto es disimular y ocultar el problema. Las manifestaciones federalistas eran emanación, y sólo así se explica su reciedumbre, de fuerzas reales no carentes de profundidad". Recuerda el licenciado Reyes Heroles que los grandes impugnadores del Acta Constitutiva, Fray Servando Teresa de Mier, en el discurso que pronunció ante el Congreso Constituyente, y José María Luciano Becerra, en su voto particular contra el federalismo, reconocieron que, en efecto, la voluntad nacional se había pronunciado en favor de una república federal. Siempre será útil mencionar, que además de Miguel Ramos Arizpe, que representaba la opinión y las necesidades de las Provincias Internas de Oriente, Manuel Crescencio Rejón, el gran yucateco, sostuvo la idea federal. No es el momento oportuno para seguir la historia de la actitud de las distintas provincias, Jalisco, Yucatán, Chiapas, Oaxaca, etc., pero si suscribimos la tesis, contraria a la de Fray Servando: "la federación no solamente no era un medio para desunir lo unido, sino, a la inversa, el único procedimiento para mantener unido lo que se estaba desuniendo".

La historia de las relaciones entre la iglesia católica y el estado mexicano ocupa un lugar especial en la obra del licenciado Jesús Reyes Heroles, por la serenidad del tratamiento y por la precisión y oportunidad de los datos presentados y de las reflexiones que los acompañan. El tema pertenece a la esencia de la historia nacional y es altamente significativo y será de incalculable interés en el futuro, el inicio de trabajos destinados a revelar una verdad objetiva, producto de la probidad intelectual del investigador, que a la vez que permita obtener la experiencia del pasado, evite la pasión que, en regla general, desfigura los hechos y les priva de valor.

El hombre español que vino a la conquista de América era hondamente católico y también las poblaciones del Anáhuac poseían un profundo sentimiento religioso. El pueblo de México tenía tres siglos de educación religiosa católica y la mo-

narquía y los virreinatos españoles habían practicado una estricta intolerancia para todo lo que no fuera la religión católica. Es fácilmente comprensible que todo ese pasado hiciera que el mexicano no entendiera la vida social sino dentro de aquella postura religiosa. Los dos movimientos de la Independencia, el del pueblo de México, con Hidalgo y con Morelos, y el de los criollos, con Agustín de Iturbide, hablaron siempre a los hombres con la voz de la religión. No es, pues, de extrañar que tanto la Constitución de Apatzingán, cuanto el Acta Constitutiva de la Nación Mexicana y la Constitución de octubre de 1824, reprodujeran la tesis española que estuvo consignada en la Constitución gaditana de 1812 y que, en consecuencia, declararan a la religión católica, la única de la nación mexicana, con expresa prohibición del ejercicio de cualquiera otra. El *Liberalismo Mexicano* relata una serie de debates que sirvieron para dejar constancia de que la generación de la independencia no desconoció el problema de la necesaria tolerancia religiosa como garantía de la libertad y como elemento esencial a la dignidad de la persona humana: el diputado Juan de Dios Cañedo se opuso a la aprobación del artículo tercero del Acta Constitutiva porque, "siendo todo el país católico y no habiendo peligro para la religión, la declaración era inoportuna" y especialmente porque, "la intolerancia era hija del fanatismo y contraria a la religión" y agregó que "al decir el precepto que la religión será perpetuamente la católica, se incurría en una impropiedad del legislador, quien no debe referirse a esos futuros indefinidos". Nos referimos anteriormente a la brillante exposición que hizo Reyes Heroles de las polémicas en torno al problema de la libertad de imprenta, reveladoras del gran amor a la libertad de los hombres de 1822-1824: en ellas se discutió si debía prohibirse la publicación de impresos contrarios al dogma y si debía subsistir la censura de la iglesia católica. En Congreso Constituyente no pudo resolver la cuestión de la tolerancia religiosa, ni la plena libertad de imprenta, pero tampoco la Asamblea de 1856-1857 pudo decidir definitivamente esas cuestiones: fueron necesarios la Guerra de Reforma y la destrucción del imperio de Maximiliano.

El Congreso Constituyente se vio colocado frente al difícil problema del *real patronato indiano:* a la consumación de la independencia nació la pregunta relativa a su subsistencia y en tanto el estado se sentía el heredero natural de los reyes de

España y aun afirmaba que, en cualquier supuesto, le correspondía un derecho directo del patronato, la iglesia marcó su tendencia a sostener que el patronato fue otorgado a la persona del rey español y que, en consecuencia, era intransmisible. En torno a éste y a otros aspectos de las relaciones estado-iglesia, según leemos en el *Liberalismo Mexicano,* "apuntó en el Congreso la corriente que aspira a la secularización de la sociedad, a la separación estricta entre el orden temporal y el espiritual y a la subordinación de la iglesia al estado, en cuanto los actos de ésta tuvieran efectos en la sociedad civil, con fundamento en la teoría de la soberanía del estado". En los debates de aquellos años se tocaron numerosos asuntos y de entre ellos queremos destacar diversas exposiciones acerca de la doctrina de la soberanía nacional y de la separación entre los poderes temporal y espiritual, a las que consideramos dignas de estudio y meditación; y es de agradecer al licenciado Reyes Heroles, que con su fino espíritu de jurista, las haya extraído del mundo olvidado de documentos de los años primeros de nuestra independencia; esos debates muestran una vez más que la generación que elaboró la Constitución de 1824 poseía un amplísimo y profundo conocimiento de las doctrinas políticas de la época: "En la sesión de 7 de abril", escribe Reyes Heroles, "Covarrubias, después de decir que siempre ha sido republicano, demócrata y liberal, asienta que el primer partidario del gobierno popular fue Cristo, para exponer la tesis clásica de la separación de la iglesia y el estado, el dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. La distinción tajante entre el orden temporal y el espiritual, *entre la soberanía del orden de gracia y la soberanía civil de los pueblos,* con campos perfectamente delimitados, es expuesta por Covarrubias". Y José Cecilio Valle, hombre respetuoso de la iglesia, quien desea que la nación mexicana presente sus respetos al Papa, expresó, según transcripción que hace el licenciado Reyes Heroles: "El Papa tiene dos aspectos, y esta América tiene otros dos: el Papa es un monarca de los estados pontificios y un jefe de la iglesia universal: la nación mexicana tiene igualmente dos aspectos, el de sección o parte de la iglesia, y el de nación soberana e independiente: me parece que como nación soberana e independiente no necesita tener relaciones con Roma, que de nada servirían a una ni otra potencia". El primer Congreso Constituyente se reunió el 24 de febrero de 1822 y Reyes Heroles, en

algún pasaje de su libro, recuerda los solemnes momentos en que don José Hipólito Odoardo, que acababa de ser elegido presidente del Congreso en esa misma sesión, preguntó a los diputados si se declaraba que "la soberanía reside esencialmente en la nación mexicana"; y se respondió unánimemente que sí. Otro bello testimonio que se encuentra en el *Liberalismo Mexicano* es la propuesta del diputado Lallave: "El señor Lallave observó que todavía sería más eficaz para introducir el principio cierto de que la soberanía reside en la nación, mandar que en las escuelas, colegios y universidades, se hiciese que sus alumnos jurasen el sostener siempre la soberanía del pueblo". Y es también significativo el dictamen de la Comisión Eclesiástica sobre que "se quiten todos los edictos insultantes que bárbaramente condenaron herética la sentencia o axioma de que la soberanía reside en el pueblo".

El liberalismo es el pensamiento de la libertad y conduce al principio de que la democracia es la única forma de vida política compatible con la naturaleza y la dignidad de la persona humana. La democracia, por su parte, tiene un doble sentido, como forma y como esencia: en su primer aspecto, la democracia es el gobierno del pueblo por el pueblo, el idéntico derecho de todos los hombres a intervenir en la estructuración y en la vida de los poderes públicos; en su segunda dimensión, la democracia es la organización política de un pueblo que procura asegurar a cada hombre un máximo de libertad, tan amplio como lo permitan las exigencias de la vida en común. En su primer sentido, la democracia significa que el poder se legitima cuando proviene y se ejerce en nombre del pueblo; en su segundo carácter, democracia quiere decir que el fin de la organización política es garantir a cada persona la libre elección y realización de su destino. Pues bien, el *Liberalismo Mexicano* enseña cómo influyó el pensamiento liberal y democrático en la vida y en las instituciones políticas y jurídicas que culminaron en el primer ensayo de república federal que es la Constitución de 1824; los diversos capítulos y asuntos mencionados en estas reflexiones y otros que no tratamos por falta de espacio y de tiempo, son parte de la enseñanza que se desprende del *Liberalismo Mexicano.*

El joven y brillante jurista de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional Autónoma de México, don Jesús Reyes Heroles, tiene razón cuando habla de la continuidad del

liberalismo mexicano: sus raíces se encuentran en los hombres que prepararon con su pensamiento y con su acción la independencia de la Nueva España y se encontró magníficamente representado en nuestros primeros congresos constituyentes. Pero nuestro liberalismo y también releva el hecho nuestro fino investigador, si bien y por razón natural, estuvo emparentado con el pensamiento europeo, marchó unido al sentido humanista que nos vino de España y que difundieron en el Anáhuac los misioneros católicos. Naturalmente, éste que debe denominarse *liberalismo humanista,* no pudo realizarse plenamente en 1824: las fuerzas conservadoras de la colonia evitaron su desarrollo, pero en los debates, en los escritos y en las instituciones creadas por la generación de la independencia, quedó constancia eterna de su vitalidad como elemento integrador de la nación mexicana y de su amor por la justicia y contribuyó, dentro de las nuevas perspectivas históricas, a la producción de las constituciones de 1857 y 1917.

LA DOCTRINA MONROE Y LA SEGUNDA INTERVENCIÓN FRANCESA EN MEXICO

Por Isidro FABELA

Se dice mucho, en tono que pretende atraerse la admiración, la simpatía y el aplauso de la crítica histórica hacia la Doctrina Monroe, que ésta salvó a nuestro país de la intervención francesa y el Imperio de Maximiliano, asegurándose que México debió entonces su libertad a los Estados Unidos. Esto no es verdad. Los Estados Unidos no salvaron a México de la intervención francesa y el Imperio de Maximiliano. A México lo salvó Juárez; Juárez, que, con los liberales de su patria, tras lucha heroica, venció a sus enemigos con su tesonero patriotismo. En efecto, Juárez combatió con las tropas de Napoleón III, sin recibir de los Estados Unidos otra atención que la más injusta neutralidad; neutralidad que fue violada por los Estados Unidos en favor de los intervencionistas. Juárez desbarató a los conservadores mexicanos, sin auxilio material norteamericano. Juárez luchó contra todo y contra todos, inclusive contra el egoísmo de la Doctrina Monroe, que se presentó en la sangrienta escena mexicana cuando los imperialistas sufrían derrotas por doquiera, pues no eran dueños sino del terreno que pisaban; cuando el Parlamento francés trinaba contra la insensata expedición; cuando Thiers y Favre demolían con su lógica contundente la política nefasta de Napoleón III; y cuando, vencida moral y políticamente la Intervención, quedaban en México muchos miles de muertos a quienes no quisieron defender los intérpretes de Monroe. Aquel gran indio salvó a la República, porque contó con el esfuerzo unánime de los liberales mexicanos y con que "tarde o temprano, se impone la causa del buen derecho y la justicia".[1]

---

1 Palabras de Juárez en su manifiesto de 12 de abril de 1862.

PARA conocer cuál fue la verdadera política de Washington hacia México durante la intervención francesa, consignamos algunos documentos y datos históricos que demuestran: que el pueblo norteamericano estuvo desde un principio en favor de México, y que el Gobierno de Washington, aunque también mostró simpatía por la causa de la República, su simpatía fue platónica y se tradujo en una ayuda moral que, aunque tardía, influyó en favor del país intervenido, pero no hasta el grado de ser la causa única y determinante de acabar con la intervención y el imperio. Además, comprobaremos que México, aparte del apoyo moral tardío que recibió de los Estados Unidos, no contó con ningún auxilio material, que le fue negado.

En octubre de 1861, el Gobierno de Washington decía a su Ministro en París, Mr. Dayton: "Los Estados Unidos siguen profesando, respecto a México, los mismos principios que observaron frente a frente de otros países, que *ellos no tienen el derecho, ni la intención de intervenir por la fuerza en México respecto al Gobierno que se pretende establecer o para derrumbar al gobierno Imperial. Los Estados Unidos se atienen a su política de no intervención*".

¿Y la Doctrina Monroe? ¿No había declarado el 5º Presidente de la Unión Americana que se opondría a toda ingerencia de los Estados europeos en las Repúblicas que habían conquistado su independencia? ¿La no-intervención que proclamaba el gobierno estadounidense respecto a la pretendida conquista napoleónica de México, no era un desacato a un postulado terminante de la Doctrina monroísta?

Evidentemente, pero el Sr. Seward se olvidó de Monroe.

El 23 de abril de 1862, el mismo Seward, como Secretario de Estado, escribía al propio Dayton, a París: "Los Estados Unidos se han colocado, en lo que respecta a la guerra entre Francia y México, en una posición que sabrán mantener. Este Gobierno, confiándose en las explicaciones que le han sido dadas, *considera el conflicto como una guerra proveniente de las reclamaciones que Francia tenía que hacer y a las cuales México no ha dado la satisfacción que se le pide. No hay lugar a intervenir entre los beligerantes*".

Con esta actitud Seward no sólo no respetaba a Monroe, ni lo recordaba siquiera, a pesar de tener la intervención europea en la casa del vecino, sino que erigiéndose en juez, condenaba a México sin oírlo, cometiendo con ello la más crasa in-

justicia doble porque no auxiliaba ni con una simple y platónica protesta que pudo y debió elevar a Francia, y porque prejuzgó la actitud dignísima del pueblo mexicano, que hallaron loable los propios reclamantes, España e Inglaterra, que se retiraron de Veracruz con sus escuadras porque comprendieron que las reclamaciones no ameritaban el hacer una guerra injustísima al pueblo mexicano.

ESTA conducta oficial contrastaba de manera palmaria con la actitud fraterna de algunos países latinoamericanos que mostraron una gran simpatía por México, de diferentes modos.

El Perú envió a don Manuel Nicolás Corpancho, no sólo como mensajero de los peruanos cerca del gobierno de Juárez, sino como portador de los fondos colectados espontáneamente en Lima para auxiliar a los heridos mexicanos.[2]

El gobierno del Uruguay envió al general Zaragoza una medalla por su victoria sobre los franceses. El de Colombia expidió un decreto (21 de mayo de 1865) que declaró que don Benito Juárez "ha merecido bien de la América". El de Venezuela ordenó a su Ministro en Washington, Sr. Bruzual, entregara al Secretario de Estado norteamericano una nota que decía: "Cuando el gobierno de los Estados Unidos crea oportuno tomar alguna medida para oponerse a la intervención europea en América, debe contar que mi gobierno se pondrá de su parte en *paz o en guerra*". Bolivia envió a México "Una misión extraordinaria para presentar sus felicitaciones a México, paladín glorioso de toda la América". En Buenos Aires "se celebraron honras a la memoria de los valientes mexicanos que sucumbieron en la defensa de Puebla de Zaragoza". En Chile, "La Sociedad de Unión Americana" remitió 513 libras esterlinas como donativo para nuestros hospitales de sangre. . .[3]

"En los Estados Unidos la opinión pública se manifestó igualmente entusiasta en contra de la intervención, declarándose abiertamente por nuestra causa en artículos, en brindis, en discursos pronunciados ya en reuniones populares (meetings), ya en el seno de las Cámaras de la Unión pero, separándose de las explícitas indicaciones de la opinión pública, dando

[2] IGLESIAS CALDERÓN, *El egoísmo norteamericano durante la Intervención Francesa.* México. Imprenta Económica, 1905, p. 6.

[3] IGLESIAS CALDERÓN, *op. cit.*, pp. 10 y 12.

al olvido la doctrina Monroe y presentando franco contraste con la conducta de los gobiernos sudamericanos, el de la Unión observó, mientras duró la rebelión suriana, una política débil y contemporizadora respecto de la Francia, llegando hasta infringir en contra nuestra las leyes de la neutralidad".

"Bastará para probar la verdad de nuestra aserción recordar la más notable de las infracciones cometidas. La imprevisión que reinaba en el gobierno napoleónico envió a nuestras playas cuarenta mil soldados sin los necesarios trenes de transporte, y, *con escándalo de toda la América, el Gobierno de los Estados Unidos permitió que el general Forey se proveyese de mulas y carros en Nueva Orleans y en Nueva York.*

"Luego que nuestro encargado de negocios —dice mi padre en sus Revistas Históricas—[4] el patriota y ameritado Sr. Romero, tuvo conocimiento de lo ocurrido, dirigió la correspondiente reclamación al Secretario de Estado, quien salió con la ridícula evasiva de que *no reconocía estado de guerra entre México y Francia, cuando lleva diez meses de existir* de hecho, ya que no de derecho".

"A esta absurda respuesta agregó Mr. Seward, *que estaba en nuestro interés que los mercados de su país estuviesen abiertos para todos, a fin de que cada cual exportase lo que le conviniera.*

"Aceptadas estas ideas por nuestro encargado de negocios, reclamó éste su falta de observancia respecto de la exportación de 35,000 fusiles belgas, 15.000,000 de cápsulas y algunos miles de pistolas y espadas, comprados para México.

"En contestación se le dijo, que si bien los artículos comprados por los franceses eran contrabando de guerra, no se podía impedir su exportación, quedando los particulares interesados en su venta, sujetos a los peligros consiguientes, pero que las armas no podían ser exportadas, en virtud de una prohibición especial, por necesitarlas los Estados Unidos para sus propios soldados, y para evitar que cayeran en el mar o en poder de los rebeldes".

"El Sr. Romero replicó, fundando con habilidad su disentimiento, en los principios generales del derecho internacional, en el tratado vigente, que prohibe expresamente el contrabando de guerra en el caso de que una de las repúblicas esté en hos-

[4] Se refiere al ilustre estadista don José María Iglesias, uno de los más eminentes colaboradores del Benemérito.

tilidades con otra nación, y en la inconsecuencia en que se incurría al observar la misma conducta que se ha echado en cara a la Inglaterra, como una falta de los deberes de la neutralidad".

"A pesar de ser tan incontestables estas observaciones, no habían producido el efecto de que se repara el mal causado con no haber permitido que viniera a México un armamento que tanta falta les hace, llevándose la oposición al extremo de haberse mandado detener y embargar el cargamento de un buque que había salido para Quebec, en el Canadá, desde donde debía dirigirse a Matamoros; hecho que se había efectuado sin conocimiento oficial del Gobierno de los Estados Unidos".

"Con este motivo, en la prensa y en las Cámaras norteamericanas se tildó, por su extraordinaria debilidad hacia las naciones fuertes, la política de Mr. Seward".[5]

PERO no sólo el pueblo norteamericano estaba con el gobierno republicano de Juárez, también algunos altos funcionarios de la administración estaban abiertamente con México.

En marzo de 1863 el Senador Mc. Dougall, "sostuvo en un notable discurso, que estaba en el interés y en el deber de los Estados Unidos contrariar la política francesa". Después de la actitud justiciera de Mr. Dougall, el Gobierno de Washington se contentó con hacer una declaración diciendo: "jamás consentiría en el establecimiento de una monarquía en México".[6]

A principio del año 64 el mismo senador Mc. Dougall, propuso en el Senado que se declarara atentatoria la ocupación de México por el ejército francés, en la inteligencia de que de no ser efectuada, entrarían los Estados Unidos en guerra con Francia.

La proposición de Mc. Dougall, pasó al estudio de la Comisión de Relaciones, pero allí se detuvo pues "la influencia de Mr. Seward hizo que durmiera indefinidamente en el seno de la comisión".[7]

El 4 de abril de 1864 la Cámara de Representantes presentó al Congreso la proposición que sigue: "El Congreso no quiere con su silencio dejar a las naciones del mundo la idea de que

---

[5] IGLESIAS CALDERÓN, *op. cit.*
[6] IGLESIAS CALDERÓN, *op. cit.*, p. 15.
[7] *Id.*, *Id.*, p. 16.

permanecerá como espectador indiferente a los sucesos deplo rables acaecidos actualmente en México. Juzga pues a propósit declarar que no conviene al pueblo de los Estados Unidos reco nocer al Gobierno monárquico levantado sobre las ruinas d un gobierno republicano de América, bajo los auspicios de un potencia europea cualquiera que ella sea".

La proposición fue aprobada por unanimidad de votos. E 7 del mismo mes Seward envió a su plenipotenciario Dayton en París, una copia de esta resolución, diciéndole que ella "tra ducía sinceramente el sentimiento unánime de los Estados Uni dos respecto a México", pero temiendo tal vez una reacción d grave contrariedad del gobierno francés, dulcificó la noticia di ciendo que el acuerdo de la Cámara "no tenía el carácter de u acto legislativo", puesto que, debía "recibir la sanción del Se nado y la aprobación del Presidente o en caso de asentimiento la nueva aprobación de las dos cámaras del Congreso que debía expresarse por una mayoría de las tos terceras partes de cada Cámara".

"Es apenas necesario decir, agregaba Seward, que la Cá mara de Representantes ha obrado por su propia cuenta, y n por ninguna sugestión del Ejecutivo, y que el gobierno francé será prevenido en tiempo razonable sobre todo cambio a est respecto, que el Presidente crea conveniente adoptar en el fu turo".[8]

Apenas recibida por Dayton la expresada nota, se apre suró a comunicarla al ministro de negocios extranjeros Drowyn de Lhuys, quien mostró "extrema emoción" por lo que el mi nistro americano lo calmó de tal manera que el periódico oficial *Moniteur* publicó la siguiente nota:

"El gobierno del imperio ha recibido de los Estados Unidos explicaciones suficientes sobre el sentido y alcance del acuerdo tomado en la asamblea de representantes del gobierno de Wash ington, respecto a los negocios de México. Se sabe además que el Senado ha aplazado indefinidamente esta resolución, a la cual, en todo caso, el Poder Ejecutivo no ha acordado su sanción".[9]

Como se ve, los diputados se manifestaban del todo con trarios a la intervención, pero el Ejecutivo, en vez de aprovecha

---

[8] Héctor Petin. *La Doctrina de Monroe*. París. Arthurs Rousseau Editorial. 1920, pp. 191 y 192. (Archives Diplomatiques, 1864. III, p. 78. Iglesias Calderón, *op. cit.*, p. 16. Moore, *op. cit.*, t. VI.

[9] Lawrence, *op. cit.*, II, p. 367. (Cita tomada de H. Petin, p. 192).

esa circunstancia, tomó una actitud contemporizadora que no nos favorecía cuando más necesitábamos de una ayuda realmente eficaz de su parte.

El 6 de diciembre de 1865, cuando ya habían transcurrido cuatro años de terrible guerra entre México y Francia, Seward decía al marqués de Montholom:

"La primera razón de este descontento no es la presencia en México, de un ejército francés. *Nosotros reconocemos el derecho de las naciones a hacerse la guerra en tanto que ellas no ataquen nuestros derechos, amenacen nuestra seguridad o justa influencia.* La verdadera causa del descontento de esta nación consiste en que el ejército francés que se encuentra ahora en México, está invadiendo allí a un gobierno republicano y nacional... con el reconocido objeto de aniquilar a dicho gobierno y establecer sobre sus ruinas una monarquía extranjera, cuya existencia en aquel país por todo el tiempo que dure, no podría considerarse por el pueblo de los Estados Unidos, sino como injuriosa y amenazadora para las instituciones americanas que él ha escogido y que le son tan caras... Por otra parte siempre hemos sostenido y nos vemos obligados a seguir sosteniendo... que el pueblo de cada Estado de América tiene el derecho de asegurar para sí un gobierno republicano... y que la intervención de estados extranjeros para impedir el goce de esas instituciones establecidas con toda deliberación, no sólo es injusta, sino que se halla además, por sus efectos, en directo antagonismo con la forma de gobierno libre y popular que existe en los Estados Unidos. Creemos que si sería injusto e imprudente en los Estados Unidos el tratar de derribar por la fuerza los gobiernos monárquicos de Europa, para sustituirlos con instituciones americanas, es igualmente censurable que las naciones europeas intervengan por la fuerza en Estados de este Continente para derribar las instituciones americanas y suplantarlas con monarquías e imperios... Habiendo definido de esta manera con entera franqueza nuestra posición, dejaré que Francia tome el asunto con la consideración debida, y espero sinceramente que esa gran nación encuentre compatible con sus verdaderos intereses y con su alto pundonor el abandono de su actitud agresiva en México dentro de un plazo conveniente y razonable...".[10]

[10] IGLESIAS CALDERÓN, *op. cit.*, pp. 121 y 122.

Esta fue, indudablemente, la nota más enérgica y favorable a los intereses de México que dirigió la cancillería de Washington al gobierno de Napoleón III.

Pero como estamos relacionando nuestro estudio con la Doctrina Monroe, llamamos la atención sobre el párrafo de dicho comunicado que reconoce el derecho de las naciones soberanas a hacerse la guerra, pues el sólo reconocimiento de ese derecho era ya violatorio de la Doctrina porque admitía la facultad de Francia para intervenir en el territorio de un Estado americano que ya había conquistado su independencia, y que, por lo tanto, según la declaración monroísta, quedaba protegido por ella en casos de intervención europea como la que sufría México en aquellos momentos.

Por supuesto que el Ministro de Negocios Extranjeros en París, al contestar, el 9 de enero de 1866, la nota de Seward, aprovechó sus términos para decirle:

"Fuimos, pues, a México —decía— con el fin de ejercer el derecho de hacer la guerra que el mismo Mr. Seward *conviene plenamente que tenemos,* y no en virtud de ningún principio de intervención, sobre cuyo punto sostenemos la misma doctrina que los Estados Unidos. No fuimos allá con el fin de formar prosélitos para la monarquía, sino para obtener la reparación de agravios y las garantías que teníamos derecho de exigir, y apoyamos al gobierno fundado en la voluntad de los pueblos, porque de él esperamos la satisfacción de nuestras quejas y la seguridad debida para nuestro porvenir".[11]

Contemplando la situación de modo realista, es preciso convenir que si los Estados Unidos cinco años antes hubiesen mostrado el mismo empeño que tuvieron cinco años después, es muy probable que hubieran logrado éxito en el sentido de hacer desistir a Napoleón de su trágico error. No fue así y por esa causa la intervención francesa duró hasta poco antes de la caída y muerte del emperador Maximiliano, que selló el triunfo del gobierno de Juárez.

Para que se vea que no sólo nosotros opinamos de esta manera, sino que también en los Estados Unidos existió entonces la misma creencia, vamos a transcribir la "circular" de la

[11] Iglesias Calderón, *op. cit.,* p. 126.

Legación Mexicana en Washington, número 11, en la que don Matías Romero daba a conocer el mensaje presidencial del 3 de diciembre de 1866, que decía[12]:

"El más notable de esos partes es el del general Sheridan, fechado en Nueva Orleans el 14 de noviembre próximo pasado. Sentimos mucho que la estrechez de estas líneas nos impidan reproducir los pasajes de este parte que hacen relación a nuestros negocios, y en este caso también nos vemos obligados a hacer extractos ligeros. El general Sheridan aprovecha esta buena oportunidad para repetir lo que otras veces ha dicho y lo que todo el mundo sabe aquí, esto es, que la intervención francesa en México era una parte integrante de la rebelión del Sur, y que está seguro de que si los Estados Unidos hubieran exigido de Napoleón el retiro de sus fuerzas, fundándose en ese motivo, la Francia habría accedido a tan justa demanda. Y así se nos habrían ahorrado a nosotros dos largos años de sangre y desolación; habla en los términos más duros de los franceses y de su agente Maximiliano; hace mención de las simpatías que los insurrectos del Sur tenían por éste, del proyecto de los franceses de formar un partido angloamericano que sostuviera a su agente en México, y de las medidas que él tomó para impedirlo, prohibiendo la emigración de Nueva Orleans para Veracruz; habla, por último, del apoyo moral que nos ha dado con sus simpatías, y refiere que en los dos últimos años de lucha hemos reducido a los invasores a obrar a la defensiva solamente".[13]

Otro testimonio en apoyo de nuestro criterio es el siguiente: En un banquete dado a don Matías Romero, nuestro Ministro en Washington, con motivo de su retorno a México, el Gral. Buterfield y el señor Jas R. Whiting pronunciaron brindis que se referían precisamente al abandono en que los Estados Unidos habían dejado al gobierno republicano.

El Gral. Buterfied expresó lo que sigue: "He estado escuchando atentamente la expresión de los sentimientos de los que han hablado esta noche y no hubiera pensado en responder al llamamiento que me dirige el Sr. Presidente, si las observaciones que he oído no me hubiesen sugerido la idea de que

---

12 Las "circulares" de entonces son los "informes" que los agentes del servicio exterior rinden periódicamente a la Secretaría de Relaciones.

13 *Correspondencia de la Legación,* t. X, pp. 388 y 390. Cita tomada de I. CALDERÓN, *op. cit.,* p. 340).

todo lo que se deduce filosóficamente de cuanto ha pasado en en esta reunión, es que México, *sin nuestro auxilio y sólo con nuestras simpatías, ha conquistado su libertad y su independencia. . ."*

Por otra parte, Mr. Whiting dijo: "Si alguna vez ha hervido en mis venas la sangre del ciudadano americano, fue cuando el administrador del puerto de Quebec me escribió una carta en inglés, en la que había borrado el aviso que me daba de ser libre ya el Canadá en los días en que estábamos luchando en nuestro país por la libertad civil y personal. Ese fue, señores, el mensaje que me remitió al verme en la necesidad de pedirle un auxilio para México que se me había negado en mi propio país; motivos hay, pues, de sobra para que nuestros ciudadanos bajen avergonzados la cabeza al reflexionar sobre la conducta que ha seguido nuestro Gobierno con el de México en los momentos de sus mayores peligros. *Con haber dirigido nuestro Secretario de Estado cuatro palabras en aquella época a la atrevida Francia, para advertirle que los Estados Unidos desaprobaban la intervención de Napoleón en los asuntos de México, vuestro pueblo, señor, habría economizado millares de vidas y millones de pesos y esto habría sido también para nosotros de incalculable beneficio en la guerra que manteníamos a la sazón. . ."*[14]

Ya para entonces la opinión pública en Francia cada vez se manifestaba más y más exigente respecto a la repatriación del ejército francés que intervenía en México. Las ilustres figuras de Favre, Thiers, Edgar Quinet, Casimir Perier, Emil Olivier y otros atacaban duramente la política de Napoleón III, exigiéndole el retiro de las tropas expedicionarias al mando del general Bazain, y su retorno a la patria, no sólo por la sangre de hombres y por el dinero perdido, que significaba para el pueblo francés la absurda expedición a México, sino por la situación cada vez más aguda de la política interna e internacional de Francia.

No siendo nuestro objeto hacer la historia diplomática de la intervención francesa en México, no hacemos más referencias al intercambio de notas entre las cancillerías de París y Washington.

Cuando Napoleón III se decidió a llevar sus tropas, dijo

[14] *Correspondencia de la Legación,* t. X, pp. 388 y 390. (Cita tomada de I. Calderón, *op. cit.,* p. 342).

a su Ministro en México por conducto de su canciller Drouy de Louys, el 14 de enero de 1866: "La situación en la que nosotros nos encontramos no puede prolongarse. Nuestra cooperación debe encerrarse en los límites precisos que la Convención de Miramar ha tenido por objeto determinar. . . Es preciso que nuestra ocupación tenga un término, y nosotros debemos prepararla sin retardo. . ." Y la prepararon, en efecto, hasta darle cabal término.

EXAMINAREMOS ahora cuál fue la ayuda material que los Estados Unidos prestaron a la causa republicana.

Desde que inicióse la guerra de intervención, el gobierno de Juárez trató por todos los medios posibles proveerse de armas y pertrechos de guerra en los Estados Unidos, habiendo encontrado desde un principio el obstáculo insuperable de la neutralidad que dicho gobierno resolvió guardar entre los beligerantes en lucha, México por una parte, e Inglaterra, España y Francia por la otra.

Desde luego, cabe observar que esa neutralidad era absolutamente contraria a la declaratoria monroísta, porque si el Presidente Monroe había manifestado que los Estados Unidos se opondrían a toda ingerencia de los países europeos en las Repúblicas americanas, ¿cómo podía justificarse que el primer acto de su gobierno fuera el de considerar bajo un pie de igualdad jurídica al interventor y al intervenido?

Y, sin embargo, así fue.

Cuando don Matías Romero, Ministro mexicano en Washington reclamó a la Secretaría de Estado porque varios oficiales del ejército francés, que invadía ya la República, estaban comprando armas y parque para su ejército, el Sr. Seward le manifestó que el Secretario de Hacienda de los Estados Unidos había resuelto "no prohibir la salida de Nueva York de los efectos que compren los soldados franceses".[15]

Asimismo, el gobierno americano consideró aplicable a la guerra de intervención en México el mensaje del Presidente Franklin Pierce a su Secretario de Estado, Marcy, y que a la letra decía:

---

15 *Correspondencia entre la Legación de la República Mexicana en Washington y el Departamento de Estado de los Estados Unidos.* México, Imprenta del gobierno, 1867, p. 21.

"Las leyes de los Estados Unidos no prohiben a sus ciudadanos vender a cualquiera de las potencias beligerantes, artículos considerados como contrabando de guerra, o transportar a buques particulares municiones, soldados, y aunque al hacerlo los referidos ciudadanos exponen sus personas a los azares de la guerra, tales actos no envuelven una infracción de la neutralidad internacional".

Por eso fue que en marzo de 1866 las autoridades francesas compraron en Nueva York y embarcaron a bordo del vapor *Manhattan,* con destino a Veracruz, cinco mil fusiles "comprados por los agentes del usurpador Maximiliano y embarcaron no como propiedad particular, sino por cuenta de dicho usurpador".[16]

El 22 de noviembre de 64 el Gral. Plácido Vega se dirigió a nuestro Ministro Romero comunicándole "el hecho escandaloso que tuvo lugar el 21 de octubre próximo pasado en el tránsito del Istmo de Panamá, transportando clandestinamente por la vía férrea y bajo la protección directa del presidente de la compañía ferrocarrilera de Panamá y del comandante del buque de guerra de los Estados Unidos *Lancaster* un cuerpo de tropas francesas compuesto de cerca de trescientos sesenta soldados de marina y marineros destinados a reforzar la escuadra francesa en el Pacífico que bloquea los puertos de México y hostiliza sus costas indefensas".[17]

Así, decía el Gral. Vega desde S. Francisco, California, al Ministro Romero: "el gobierno norteamericano proporciona y protege el paso a las tropas francesas que hacen una guerra injusta a México, concede la estadía de cuarenta días en este puerto al buque de guerra francés *Rhine,* quien se abasteció de víveres y otros artículos sin impedirle el enganche de hombres que embarcó para cubrir las bajas que había sufrido dicha escuadra, al paso que observa su neutralidad de una manera estricta en México y el Perú impidiendo la exportación de toda clase de materiales de guerra que para la defensa de estas repúblicas se procura tener de este país.[18]

Don Matías Romero puso en conocimiento de Seward esos hechos, "no conformes con la neutralidad que ha adoptado este gobierno entre cuestiones pendientes entre México y Francia".

---

[16] *Correspondencia, op. cit.,* p. 229 (nota de don Matías Romero a Mr. Seward).

[17] *Correspondencia, op. cit.,* p. 134.

[18] *Correspondencia,* etc., *op. cit.,* p. 135.

Por toda respuesta, el Secretario Seward manifestó al plenipotenciario mexicano que "se tomarán las medidas convenientes por este Departamento, tan pronto como sea posible, para remover las instrucciones que se han dado sobre este asunto al Departamento de Tesoro y a las autoridades de S. Francisco para impedir que tengan lugar los hechos sobre los cuales ha llamado usted mi atención".[19]

El 26 de diciembre de 1864, el Gral. Vega, que antes se había quejado con nuestro Ministro en Washington sobre la ayuda que los franceses recibían de las autoridades norteamericanas en Panamá, comisionado por el gobierno de Juárez para comprar armas en los Estados Unidos logró comprar ciertas armas y pertrechos de guerra que no pudo remitir a México comunicándole a don Matías Romero la noticia en esta forma:

"Comunico a usted que no sólo me han prohibido la exportación de todas las mercancías, sino que me las tienen embargadas en los arsenales de Benicia y en los almacenes de esta aduana 'marítima' (San Francisco)".[20]

Otro comisionado para comprar armas en los Estados Unidos fue don Andrés Treviño, quien después de muchas vicisitudes no pudo, ni aun con la ayuda del Gral. Sheridan, que era su amigo, abastecerse de armas para el gobierno del Sr. Juárez. Por eso dice Iglesias Calderón:

"Recapitulando: puede decirse, como verdad ya comprobada, respecto del caso particular de Treviño, que tan patriota ciudadano no recibió del Gobierno de los Estados Unidos ni una sola arma, ni un solo cartucho; ni a crédito ni al contado; ni a precio barato, ni a precio caro. Y puede decirse también, de igual manera, en tesis general, que el Gobierno de la Unión no vendía a plazo ni armas ni municiones; que el 8 de junio de 1866 aún era un problema para nuestro Ministro en Washington, la manera de adquirir para nuestras fuerzas nacionales elementos de guerra pertenecientes al citado Gobierno; que, en consecuencia, hasta esa fecha, no habían facilitado a México los Estados Unidos por medio de su Gobierno ni una sola arma; que hasta el 9 de julio el problema mencionado permanecía sin solución; y que de esta fecha en adelante, el Gobierno americano, lejos de facilitarnos armas y municiones, impidió que adquiriéramos las que a él le sobraban, al prohibir en sus maes-

[19] *Correspondencia,* etc., *op. cit.,* p. 143.

[20] *Correspondencia,* etc., *op. cit.,* p. 270.

tranzas y arsenales toda venta de artículos de guerra, valiéndose de un simple pretexto, según la opinión de nuestro Ministro en Washington".

Otras muchas cosas podríamos citar como pruebas de que los Estados Unidos no prestaron ayuda material al gobierno liberal mexicano en contra del Imperio de Maximiliano y el ejército francés, pero creemos que los hechos relatados bastan para concluir con esta afirmación enfática de don Fernando Iglesias Calderón.

"¡No! No nos facilitaron los Estados Unidos para ayudarnos a vencer la infidencia y la invasión, ni un solo peso, ni una sola arma, ni un solo combatiente. Así lo dijimos desde un principio y así lo hemos comprobado plenamente".[21]

---

[21] Iglesias Calderón, *op. cit.*, p. 338.

Dimensión Imaginaria

LA LÍRICA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA Y GARCÍA NAREZO

Por *José ALMOINA*

I

El primer libro de poemas de Gabriel García Narezo *(Aurora encadenada,* México, 1955), contenía ya suficientes elementos creadores para detener la atención y marcar hito significativo dentro del panorama de la poesía española contemporánea. A aquella colección inaugural siguió pronto otra *(Desde esta orilla,* México, 1956) más decisiva como muestra de la posición del poeta que, a mayor abundamiento, ha ido ofreciendo posteriormente en revistas y periódicos suficientes ejemplos adicionales que ahincan aquella inicial actitud y más que justificar exigen consideración y análisis, pues aun a simple vista y por somera lectura, la trayectoria seguida resulta de suma importancia para enjuiciar una evolución poética cuyo desenvolvimiento parece haber llegado a sazón.

Pertenece García Narezo a un tránsito, el más agonístico sin duda de la literatura y la vida españolas; una buena mitad de la suya se sintió agitada por la cruenta conmoción de la guerra. Aunque ya entonces, en medio de aquella violencia desenfrenada, produjera algunos iniciales ensayos de poesía en su tierra natal, donde realmente se formó como poeta, emproado a un deber de creación, fue en el exilio, en México. No debe extrañar, pues, que en su verso se refleje cierto forcejeo, que si por un lado trata de desasirse de una herencia con la cual no se aviene, por otro intenta con decisión y afán seguir rumbos que la poética antecesora, y aun parcialmente aceptada en algunas zonas zagueras, considera negadores de toda poesía auténticamente lírica. Y eso es precisamente lo que más nos puede interesar ahora tanto en este como en otros poetas españoles actuales.

Lo primero a que inexcusablemente obliga todo enjuicia-

miento de un poeta es situarlo en su tiempo y ámbito, en lo que pudiéramos llamar su "vivencia". He de confesar que algunos de los primeros poemas de García Narezo que leí, hará unos dos años, me resultaron reveladores por su expresión nítida y directa, plena de espontaneidad que casi orilla lo ingenuo y brota como fresca corriente de hontanar serrano; por el hondo latido, la lograda plasticidad, el sentimiento penetrante y el ímpetu mañanero y esperanzado que ofrecen en su continua y casi obsesionante temática; y por su "anécdota"; es decir, por esos mismos tinte, tono y contenido que se han venido señalando como defecto o negación de la lírica "pura" y que se han enjuiciado con menosprecio incluso en poetas del más alto y exquisito timbre lírico y hasta por poetas-críticos de insospechable y acendrada exégesis. El tema central y esencial de la poesía de García Narezo, unas veces concreto y descrito y otras aludido en perspectivas cambiantes de paisaje interior, en matices sutiles o en toques inefables, es siempre el de la patria ausente y sus dolores, patria que no por lejana deja de estar menos presente en el recuerdo y en la proyección vital; y pocas veces habrá resonado con más anhelo y nostalgia en la poesía de lengua española la voz de un destierro sin anublarse y anularse en el estéril lamento, en el vano sollozo, y antes bien convertida en fulminación y saeta y hasta en pulida guija de vigoroso hondero. Porque en los versos de García Narezo, para decirlo con uno suyo,

Teje la ausencia su añoranza en vela...

Es decir, el exilio conjuga una actitud actuante que jamás se despoja de la vital circunstancia propia cuya experiencia se sigue viviendo en pleno paralelismo temporal entre el espíritu del poeta y la lacerante realidad que desborda fronteras y se universaliza con efusión generosa, y de esta manera surge

...esta doble vida
y este doble morir en el presente
que tan lejano está de su pasado!

(Desde hace quince años, en *Aurora encadenada).*

Por lo demás, García Narezo ha superado las lindes de todo canto a la tristeza del exilio según la línea tradicional re-

cargada de lugares comunes y vigente hasta que se produjo aquel decisivo gozne de 1914-1918 que marcó un cambio en el curso de los avatares humanos y transformó el concepto de "destierro". Los éxodos masivos del vergonzoso decenio de 1933-1943, que hicieron retrogradar a la humanidad a los días del feroz Assurnasirpal, condujeron a que, en mayor o menor medida, todos los hombres se sintieran, un poco o un mucho, "desterrados"; así la exégesis anagógica y soterológica de ciertas religiones (no importa que sus más conspicuos representantes bendijeran entonces y sigan bendiciendo ahora a quienes practican la violencia e incluso los instrumentos que emplean para ejercerla) se vio ecuménicamente ensanchada en su aplicación; ¡nunca pudieron los hombres con mayor propiedad llamarse "los desterrados hijos de Eva"! Desde entonces el destierro se ha hecho algo consubstancial con la circunstancia humana y cuando la excepción se convierte en norma pierde su patetismo, por eso el por siglos sollozante *pathos* —a las veces fingido— del "destierro", se alivió de todo lo adjetivo y, a mayor abundamiento, aun vino a despojarle del factor de la lejanía el incesante progreso de la técnica al acortar las distancias de tiempo y espacio. Pero de lo que no se puede ni se podrá nunca desnudarle es de su más sutil y único elemento substancial: la ausencia por extrañamiento de un medio humano determinado, de esa atmósfera vital creadora y sostenedora de una determinada e inconfundible *civitas humana* diferenciada, que es ella misma y siempre se mantiene intramuros de sí, y de la que todo lo demás —paisaje, cielo, aire, sensaciones, tierra nutricia y realidad física elemental— es un conjunto de adiciones, de anejos, que pueden o no darse con gravitación de intensidad diferente. En este aspecto la poesía de García Narezo muestra una compenetración y entendimiento de extraordinario valor actual, pues lo que en verdad inquiere, diseca, investiga y exalta es una realidad humana, al hombre en sí, cuya envoltura —viva en su patria o fuera de ella— es algo adjetivo y externo por sorprendente que se nos aparezca; y en esto dijérase estar recordando aquellas palabras del coro en la *Antígona,* de Sófocles: "El mundo está lleno de prodigios, pero nada más prodigioso que el hombre". En este sentido su poética del "destierro" es más bien una antropología del español escindido por el *fatum,* pero enlazado y formando un todo *suyo* que logra sobreponerse al *sparagmos* a que le sometió la feroz omofagía de esa tan decantada "civilización occidental"

y "cristiana", y saltarse las fronteras que alzaron, y siguen sosteniendo en sañudo cerco para mantenerle en ominosa sujeción, cruces, espadas y dineros. De ahí también el sentido ecuménico de esta temática que podría llevar como lema el viejo apotegma castellano: "Al buen varón tierras ajenas patria le son"; tierras ajenas que se convierten en propias y entrañadas, a lo renacentista: "Ubi bene, ibi patria". Aunque no sea éste el único asunto que cultiva García Narezo, sí es el más abundante en su obra, y hay que dejar señalados los términos de su planteamiento por lo que se dirá a seguido respecto a la evolución de la poesía española más contemporánea, es decir, la inmediatamente anterior a este poeta cuya posición me condujo a revisar algunos conceptos propios y bastantes opiniones ajenas.

Entre estas últimas consideré, ante todo *(ad Jove principium)*, la expuesta hace algunos años por Juan Ramón Jiménez en una muy curiosa interpretación que se centraba en las diferentes facetas o actitudes de Antonio Machado. Ese trabajo, con el título *Historias de España y México. Un enredador enredado (Respuesta concisa en letra de archivo)*, se publicó en *Cuadernos Americanos* (julio-agosto de 1944, pp. 192-197); de él nos interesa reproducir (respetando la típica ortografía de Juan Ramón) el juicio relativo al Machado de la tercera etapa, el de los días bullentes de la República y la Guerra; decía entonces Juan Ramón:

> Y el tercero, el más vulgar, en los dos sentidos, Antonio Machado; el más exaltado hoy, tras la guerra en España, por un grupo de escritores españoles y estranjeros de los dos bandos, y ayer por todos los tradicionalistas; el Antonio Machado de Castilla con todos los tópicos literarios y poéticos, encinas, arados, olivos, tipos castizos de mujer y hombre, etc.; del romanticismo injerto en la jeneración del 98; casi castúo a lo Gabriel y Galán; el Académico de la Real Academia de la Lengua; el demagogo que confunde verso y prosa para sus denuestos; el "Poeta Nacional"... Sí, un Antonio Machado más filosófico que metafísico, muy siglo 19; sentencioso en aforismos rimados de un Sem Tob hecho Campoamor... Y más Campoamor:... Y también Bartrina:... con toques constantes del Unamuno más prosáico y más docente. Docente, docente y entregado al medio más abusivo...

[Aquí reproducía Juan Ramón Jiménez los versos finales del soneto *A Lister*].

...Y este Antonio Machado es el que, por desventura, a cuenta de realidad más urjente, ha sido montado sobre el segundo, es decir, el primero en vida y muerte. Las guerras siempre esaltan lo grosero, porque la guerra es gruesa, es natural que lo sea, y la lírica es delicada; y no deben mezclarse guerra y lírica. Lo que corresponde a la guerra, en escritura, es la épica; pero la épica nunca ha sido la forma suprema de la poesía, ni en Antonio Machado ni en nadie. Y, es necesario decirlo también con honrado respeto. Este Antonio Machado épico es el que una parte de la juventud poética de lengua española incorpora hoy, dentro y fuera de España; y el que caerá pronto, con el manoseo corriente, en esa vulgaridad que luego hará surjir de su ceniza el limpio fénix lírico del espíritu, volador májico de lo encantado...

No nos detengamos demasiado en lo aristado, en lo excesivamente cortante y afirmativo de algunas de estas invectivas que más de dos lustros han convertido en frustrado profetismo; si se examinan bien estos conceptos veremos que lo único cierto que marcan, en síntesis, es la fundamental divisoria de dos vertientes poéticas que hubieron de tramontar las letras españolas en el espacio aproximado de 30 años, es decir, desde 1916 a 1946. Cuando apareció en el horizonte Juan Ramón Jiménez abriendo perspectivas a una lírica acendrada, aun había en el ocaso intensos rescoldos modernistas y precisamente en la poesía de Antonio Machado que iba abandonando su hondo monólogo ochentaiochista; incluso se daban fusiones curiosas como en Enrique de Mesa y en Juan José Llovet. Unos años antes —muy pocos— había publicado el mexicano Enrique González Martínez su libro *Los senderos ocultos* (1911) en una de cuyas páginas aparecía un soneto simbólico y decisivo como signo de un cambio poético: *La muerte del cisne*. Era todo un manifiesto en catorce versos; se abría, así, un rumbo diferente y adversario de la sensualidad exterior, de la elegancia suave y vagarosa, del enarcamiento formal y preciosista. Había que torcer el cuello a la inmaculada y elegante ave de Leda para que los poetas hicieran otro género de poesía: el verso denso de intención o sutil de agudeza penetrante, pero de asunto entrañado, hondo y trascendente:

...Huye de toda forma y de todo lenguaje
que no vayan acordes con el ritmo latente
de la vida profunda, y adora intensamente
la vida, y que la vida comprenda tu homenaje...

El modernismo recibía, así, el primer tañido de una esquila anunciadora de su agonía. No mucho más tarde daría la versión de aquella llamada un poeta aristado e ironizante, de expresión directa y condensada, de metáforas simplistas, de imágenes casi primitivas e impresionistas: López Velarde, que supo torcer el cuello al cisne cuando parecía acariciárselo y hacer hablar al buho con despreocupada garrulería de papagayo. Y nada más significativo que estas nuevas actitudes hispanoamericanas cuando en España se estaba a punto de producir un gran viraje que tendría consecuencias incalculables para la trayectoria de su literatura. Y lo curioso es que, a mi juicio, la expresión poética de transición no se estaba dando entonces de manera autónoma en la Península, sino en Hispanoamérica, con los dos nombres que acabo de citar. Casi al mismo tiempo irrumpía ya el hervor del llamado "futurismo" o "ultraísmo", es decir, del "cubismo", que quería convertirse en "lírica pura" y cultivar no ya el "arte por el arte", sino "la imagen por la imagen" con plena arbitrariedad de la forma y de la coherencia. Los comienzos de aquella tendencia en España van unidos al nombre, hoy bastante olvidado, de otro hispanoamericano, el chileno Vicente Huidobro, que llevaba como viático el lírico regalo del francés Reverdy y marcó su influjo, entre otros menores, en tres sobresalientes poetas: Francisco Vighi, Juan Larrea y Gerardo Diego. Aunque entre esta tendencia y la poesía estilizada en una expresión de acendramiento lírico del Juan Ramón Jiménez de *Platero y yo* y de *Diario de un poeta recién casado* (1916-1917), hubiera hondas diferencias, el ambiente en que ambas se movían era propicio a coincidir en determinados aspectos. En primer lugar, las dos eran (hasta cierto punto nada más, si se tiene en cuenta *Platero y yo) anti-anécdota;* el que pudiéramos llamar grupo vanguardista o *creacionista* trasponía con decisión irónica las candilejas de la refulgente tramoya montada y aplicada por el "modernismo" y buscaba un acento que fuese únicamente respiración: "Crear poemas a la manera que la naturaleza crea árboles". Por lo que hace a Juan Ramón hace pasar todo lo decorativo y sensual del modernismo por la sutil caña de una

avena que canta en semitonos apagados, llenos de matices melancólicos de puesta de sol o de música con sordina; su poesía era como un retorno a las tablas de los primitivos de Siena, a las actitudes de los ángeles de Fra Angélico en el *Tabernacolo dei Linaioli* o en la *Anunciación de Cortona,* incluso en el título, pues Juan Ramón publicaba desde 1898 a 1902 su *Anunciación* y sus *Rimas de sombra* cuyos versos se deslizan con levedad de nubes sobre un fondo de sepias, malvas y violetas, en el marco de un horizonte de pálidos biseles opalinos.

La influencia de esas actitudes no tardó en hacerse sentir. En 1913 publicaba Moreno Villa su libro de versos *Garba,* y no mucho después *El pasajero,* que Ortega y Gasset saludaba como la revelación de algo nuevo. Así se inauguraba la corriente de la poesía "pura", estructurada en abstracciones, libre de todo "incitativo emocional". Es decir, en la faz literaria de España se producía la transición postmodernista con tanteos precursores que, por distintos caminos, conducían a objetivos apenas atisbados, pero ya sin duda alejados del decorativismo sensualista y de la demora o detención en la realidad, es decir, en la *anécdota,* y, por tanto, en ese "vivir en torno" que nunca deja de ser *anécdota.* Largo y ocioso sería ponernos ahora a hacer el catálogo de nombres; bastará recordar los señeros o de cabecera; conviene, sin embargo, señalar algunos de los entonces adscritos a aquella poesía de tránsito y que después evolucionaron por muy diferentes y hasta para ellos bien insospechadas rutas, por ejemplo, León Felipe y Pedro Garfias, entre otros. Marginal y apartadizo se mantuvo Juan José Domenchina y eso ya desde sus libros iniciales (en 1917, *Del Poema eterno;* en 1918, *Las interrogaciones del silencio);* algo semejante sucedió con el excelente cultivador del verso alejandrino, el vasco que murió loco, Ramón de Basterra. Y ya no se detuvo la transformación poética española; todo favorecía aquel fenómeno casi general de substracción a cuanto fuera formas vivas y alimentaba el entusiasmo por una poesía desnuda que en algunos ahincó un propósito dinámico y cerebral exaltador de lo recio y vigoroso con menosprecio para cuanto fuera turgencia y arregostamiento. En 1925 apareció *La deshumanización del arte,* de Ortega y Gasset. Pero ya en aquella sazón se daban actitudes que apuntaban ciertos matices diferenciadores; por ejemplo, la poética de García Lorca, que goteaba vivas claridades de fuente aldeana y llevaba un oreo de

bestiaje y gañanía: olor "a caballo y a sombra"; la *anécdota* no estaba ausente de aquellas formas de romances, remozados con una sensibilidad exquisita que sabía dejarles el sabor arcaico y la tensión dramática primitiva, y esto entrañaba un neorromanticismo de tipo norteño aplicado a la riquísima gama colorista de las tierras béticas. En aquel momento y para siempre después, García Lorca era una voz sola y propia (en el transcurso de los años se verá que su acento se separa radicalmente de aquel conjunto agrupado —con diferentes matices, claro está— entre modernismo-noventaiochismo y poesía "pura" —vanguardismo— que debía su huelgo y resonancia a varios siglos neumatizados en el vivir cotidiano. Entre tanto, la poesía "pura" seguía su ascensión. En 1926 publicaba Altolaguirre *Las islas invitadas* y un año después conmemoraban los "nuevos" de entonces el centenario de Góngora. Alberti, que ya había dado en 1924 su *Marinero en tierra,* se sumaba al neogongorismo con *Cal y canto* (1927); era como si el postmodernismo se liquidara y sumiera en un neobarroquismo formal que si en algunos (como el mismo Juan Ramón, y, a veces, Alberti y Salinas) busca un modelo más sutil en Garcilaso, en otros, como, por ejemplo, Jorge Guillén, incluye influencias de Rimbaud. La realidad detenía un instante el latir de los versos, pero el instante indispensable para lanzarse a perseguir lo que estaba *detrás* o *allende,* en una búsqueda investigadora transubstanciada, desdoble continuo del mito interior y del símbolo externo, como, hasta en el título, aquel libro miliar de Pedro Salinas, *Fábula y signo,* que apareció precisamente el mismo año de la proclamación de la República (1931). Y en esos dos substantivos podríamos considerar que se encerraba todo lo que entonces sentían las gentes en su totalidad (y no sólo los poetas), aunque no supieran decirlo sino aquellos que formaban la *minoría* y creían estar expresándose únicamente por y para ella, cuando en *realidad* reflejaban junto con su alba interna la que estaba brotando a la vez con luces casi iguales fuera de ellos: la aurora del día de todos que se malogró sin llegar a ser mañana plena. Lo curioso es que muchos de aquellos poetas que pudiéramos llamar "los de la República", los "nuevos" que se calificaban de "vanguardistas", los rebeldes, los disconformes que alzaban su lírica como una afirmación contra la literatura "putrefacta", contra lo "académico" y se adscribían al superrealismo o al subrrealismo, unos bajo el signo de Freud,

otros influidos por la lectura de Keyserling o por Kierkegaard (a través de Unamuno), estaban agresivamente seguros de crear arte abstracto sin la menor intencionalidad o precaución que se dirigiera a la "muchedumbre", a ese "vulgo municipal y espeso" (el de las elecciones, también *municipales*, de abril de 1931) al que sus precursores modernistas veían minúsculo, distante y sin valor, extramuros de su ebúrneo alcázar; ya no les bastaba una filosofía del arte, sino que aspiraban a hacer metafísica (repárese en la frase que Juan Ramón dedicaba, todavía en 1944, a Machado: "más filosófico que metafísico"). Pues bien, lo que en verdad reflejaban, aun sin proponérselo ni darse cuenta cabal, era la anécdota de entonces; sus anhelos en constante debate entre *La realidad y el deseo* (título de un libro de poemas que publicaba por entonces Luis Cernuda), eran las inquietudes de toda la circunstancia española y la tensión tremulante que hizo brotar otra *realidad* (no importa que fuese prestamente estrangulada por los maestros del otro "realismo", del político, los Chamberlain, los Leon Blum, etc., que tantos y tan aventajados epígonos tuvieron y aún tienen). La España de aquellos años (como la Europa de entre las dos guerras) sentía el anhelo de transfundirse; los poetas no podían despojarse de aquella ansiedad común que también les alcanzaba a ellos y, por ser más sensibles, con mayor intensidad. Hasta tal punto que el signo general de aquella poesía, al culminar por los años 1928-1932, vino a ser semejante al que señaló la literatura política de la República: imágenes, metáforas y símbolos tienden a lo gnómico, a lo aforístico, lo mismo en Juan Ramón Jiménez *(Unidad, Sucesión)*, que en Bergamín *(El cohete y la estrella, La cabeza a pájaros)*, que en los discursos de propaganda y en los parlamentarios. El primero en resonancia que pronunció Manuel Azaña en las postrimerías del viejo régimen siempre será recordado por la ejemplaridad de los Cuatro Jinetes del Apocalipsis; y aún después vinieron la imagen paralelística de la silla y la mesa y la sentencia irónica: "todo el que se embarca es un poco náufrago". Alcalá Zamora, neobarroco, simbolista y gnómico, también evocaba con prosa lírica de estofado de retablo la significación de la "corona de España" en un desfile de imágenes que incluía hasta las poco edificantes empresas de los almogávares, y acuñaba ante las Constituyentes la frase famosa: "Traemos las manos limpias de sangre y de codicia". El mismo Ortega y Gasset sugería en un tríptico de figuras peyorativas una repulsa: "Ni

tenor, ni payaso, ni jabalí". Otro tríptico exornó una peroración desafortunada de Martínez Barrio: "fango, sangre, lágrimas". Incluso mentalidad tan distante de cualquier concepción poética como Lerroux perfiló todo un apólogo para poner fin a las Constituyentes: el del león y la serpiente. Y Dolores Ibárruri inscribió en el trágico medallón de momentos aciagos aquel exergo en quiasmo: "Más vale morir de pie que vivir de rodillas". Estos ejemplos podrían multiplicarse sin esfuerzo y demuestran el grado de saturación lírico-sentenciosa a que había llegado el ámbito español de aquellos días en que triunfaba la poesía "pura". Se podría decir que estaba plenamente vigente el concepto de Mallarmé de que "nommer un objet c'est supprimer les trois quarts de la jouissance du poème qui est faite du bonheur de deviner peu à peu; le sugèrer, voilà le rêve. . ." Ortega y Gasset casi lo vertió al español cuando escribía: "La poesía es eufemismo; eludir el nombre cotidiano de las cosas, evitar que nuestra mente las tropiece por su vertiente habitual, gastada por el uso; y, mediante un rodeo inesperado, ponernos ante el dorso, nunca visto, del objeto de siempre". Como se ve, hubo un mayor paralelismo del que algunos creen entre aquella estética abstracta de los poetas al margen de la vida corriente, y la *anécdota* heñidora del continuo vivir "histórico" y "humano". Claro que no pretendemos ni lejanamente un encasillamiento cualquiera. Por lo mismo que requiere lozanía virginal y no contaminada en cada vocablo y sólo admite instantes aurorales en su concepción, la poesía es ya por sí misma lo bastante sutil, flexible y triscadora para no dejarse encerrar en fórmulas definitorias; por eso cada poeta nos sorprende con esa transmutación mágica que al preñar y bruñir los sentimientos y las palabras más naturales y percibidos los unge de una valoración totalmente nueva y les proporciona fluidez, matices y tonos recién creados; de ahí que la única hora posible de la poesía sea la del alba, también para tenderse por una dilatada campa de Montiel. Pero el poeta no surgiría nunca como tal, es decir, con su *Erlebnis,* si la aurora que brilla en su alma no fuese, asimismo, nuncio y reflejo, a la vez, de la amanecida que le circunda, de ese alborear que ilumina la tierra que va pisando o sobre la que vuela —según se quiera—, pero que es circunstancia suya como de los demás; *anécdota,* en fin de cuentas, con la que tiene que contar, quiéralo o no; se trata de una *conjunción* de claridades que da toda su verdad (es decir, su ser etimológico, su *ethymos)* al *poietes,*

al creador; al cabo el que crea descubre, inventa, o, lo que es igual, encuentra lo que estaba al alcance de todos y nadie había visto antes que él. Y en esto se verá lo injusto de considerar al poeta como un "evadido" de la realidad, cuando casi siempre está más en contacto con ella que los *prosaicos* "realistas" que pasan tocándola sin verla cual es; ¡lo que se llama *intuición* del vate no es otra cosa que contemplación sincera y reflejo auténtico de su mirar la circunstancia que los demás deforman a su conveniencia! Los poetas *inventan* la realidad aun en el caso de que hagan o crean estar haciendo eso que se denomina poesía "pura" o "arte deshumanizado". De tal manera que se podrían señalar las épocas o períodos de mayor o menor densidad poética por el ascenso o descenso correlativos de determinadas mareas renovadoras o remozadoras de esa misma "realidad". El panorama general de la poesía española en los veinte años decisivos que mediaron entre 1919 y 1939 corrobora esa transmutación emocional; desde 1925 un grupo catalizador de aquel momento histórico recoge líricamente, casi siempre en poesía "pura", las inquietudes que se agitaban en el ambiente y les proporcionan expresión en poemas de un verso insólito más por su contenido que por su forma; fueron días de albas casi incesantes que iban a culminar en la angustia de una trágica y tremenda "hora de España", pues por curiosa coincidencia, aquella generación de poetas que fue dando su verbo en numerosas hojas efímeras *(Cruz y Raya, Litoral, Carmen, La Pluma, Sí, Héroe, Gallo Crisis)* o en publicaciones de mayor densidad y permanencia, como *Revista de Occidente,* se despidió, para lanzarse a una expansión entonces imprevisible, con la titulada simbólicamente *Hora de España,* que fue meteórica en su tránsito entre siniestros confines desbordantes de sangre y revueltos de ruinas. La poesía "pura", la poesía "difícil" anterior a 1936 (especialmente la de un Aleixandre en *La destrucción o el amor,* la de un Jorge Guillén en *Cántico* 1928), o la de Emilio Prados, Fernando Villalón, etc.; poesía que siguió cultivando con ahinco obsesionante Juan Ramón Jiménez llevándola a extremos *(Diario de Vida y Muerte),* que justificarían repetir la pregunta de Mallarmé a Valéry al entregarle el manuscrito de *Un coup de dés n'abolira jamais l'hasard:* "N'est-ce pas un acte de démence?"), nacida al oreo de Juan Ramón, que fue para aquel grupo de poetas "padre y maestro mágico", tuvo que dar paso al acento hondo, bergsoniano y sobrio de Antonio Machado y en 1937, en plena gue-

rra, la voz de Juan de Mairena se dilata sin perder nada de su intensidad y gana en expresión lírica (sí, lírica) en la misma medida que asciende y se corrobora el cada vez más agudo proceso de asedio de la *realidad* circundante y se intenta su exégesis. La lírica gnómica se funde con la *anécdota:* "¡Madrid, Madrid, qué bien tu nombre suena. . ."; o: "¡Qué norma inolvidable sube de nuestro pueblo, como un vapor de tierra mojada en la tormenta! . . .". Por entonces escribía Luis Cernuda, después de señalar los hitos marcados en el pasado por Emilio Prados, Altolaguirre y García Lorca y de recordar la celebración del centenario de Góngora:

> Es curioso que se haya censurado tanto aquel común afán hacia una poesía española bien enlazada con nuestra tradición clásica, de forma precisa y lenguaje exacto; era natural reacción frente la descomposición modernista, que todavía ocupaba a los supervivientes de una generación española contemporánea de la guerra europea y cuya única figura en conclusión es Ramón Gómez de la Serna. La posición definida en la obra *La deshumanización del arte,* como propia del artista moderno, ha servido como piedra arrojadiza contra todos estos poetas para tacharlos de inhumanos, cosa tanto más injusta cuanto que el punto de partida del autor de dicho libro respecto a la poesía, si ahora no recordamos mal, es darla por agotada. . . No estaba agotada la poesía. ¿Había poetas? Y, de haberlos, ¿eran inhumanos? Por de pronto, dos entre tales poetas, Lorca y Alberti, llegaron prontamente a ser populares. . . El poeta es fatalmente un revolucionario y estas palabras aquí dichas son repetición de otras escritas hace unos años; un revolucionario con plena conciencia de su responsabilidad. Rigor en su trabajo y disciplina en su actitud; esto aprendieron los actuales líricos españoles de sus maestros en poesía a través de los siglos. . . *Y si hoy están donde juzgan que se halla la verdad y la justicia es porque así lo decidieron ya en aquella fecha,* y porque. . . *así lo habían creído siempre, íntima y fervientemente. Aquella pureza* de que ridículamente se les acusara *no era sino sentimiento estricto de su deber de poetas. . ." (Líneas sobre los poetas y para los poetas en los días actuales,* en *Hora de España,* VI, Valencia, junio de 1937, pp. 65-66; el subrayado es mío).

En efecto, la reacción de los que, hasta no hacía mucho, habían cultivado la poesía "pura" y *aparentemente* hacían un

arte "deshumanizado" al margen de la *anécdota,* resultó lección elocuentísima y patente demostración de que el poeta vive y siente *su* creación en contacto con *su* circunstancia. De otra manera, ¿cómo hubieran podido improvisar de un día para otro sus cantos vibrantes de *anécdota* aquellos mismos que muy poco antes eran señalados como "evadidos" de toda realidad? Un poeta que sólo cultiva la poesía abstracta no puede pasar de la noche a la mañana a la expresión candente de un trance emocional provocado por el mundo que le rodea, y buen ejemplo nos lo ofrece Juan Ramón Jiménez, que se mantuvo —como caso sin par en aquellos días— abstraído y ausente en cuanto a su creación poética, no importa que su posición personal fuese bien definida. Es curioso ver cómo un poeta tan "puro" pocos años antes como Manuel Altolaguirre escribe y publica en mayo de 1937 un "ensayo de representación" titulado *Tiempo, a vista de pájaro,* en donde la *anécdota* lo llena todo. El mismo poeta reune en una preciosa garba bajo el título *Nova Antologia* a un puñado de poetas catalanes en cuyos versos se siente también la palpitación anecdótica, por ejemplo, en el breve poema de Agustín Bartra, *Elles* ("Elles viatgen cap a temudas distancies/de morts verticals,/de plom furiós, de ressonáncies/de terra ofesa i d'apocalipsis d'hospitals"). Y para esto no tuvo necesidad el poeta lírico de hacerse épico. Porque no se trataba tanto de entonar con rigidez de brunia los episodios de una gesta bélica como de algo más entrañado y sensitivo: el anhelo del poeta tendía toda su vibración lírica hacia una superación de lo inmediato y epidérmico, una superación de la "acción dramática"; el poeta lírico español de aquellos días era el *coro* de la tragedia impuesta por el destino a todos; era el subrayado emocional sutilísimo de resonancias delicadas guardadas en el escriño de sucesivos apotegmas: la lírica "pura" formó íntimo maridaje con la gnómica que, como vimos, saturaba el ámbito español ansioso de transmutaciones. España en aquellos días fue, según insuperable definición del propio Machado,

ancha lira hacia el mar entre dos mares,

y lo fue con *toda su realidad,* la creada por los poetas y la otra, la turbia y anonadante; los líricos no hicieron más que sutilizarla y tremular las tendidas cuerdas con sus plectros. Y después llegó la diáspora a lo largo de dos decenios y aquel ins-

trumento amphialos se escindió y repartió en dos ámbitos; es decir, en una *realidad* con dos atmósferas, en una poesía bifronte: para los que no pudieron salir (y el caso más sobresaliente fue el de Miguel Hernández, plenamente logrado ya al advenir la República) las cuerdas se hicieron rejas de cárcel; para los que se quedaron se convirtieron en mallas de censura y de ellas brotó el rezumo de una honda, de una acibarada e infinita tristeza, del hastío sin confines, de los aciagos terrores ante fantasmales remordimientos urgidos, asediantes inexorables de una vida vacía que Dámaso Alonso definió: "¡Somos un vaho de muerte!", en un libro de título bien significativo: *Hijos de la ira* (1944). ¡Para los poetas que prefirieron quedarse, la lira perdió su inicial! Hay que recordar, sin embargo, a aquellos otros que desde dentro, en medio del asedio agobiante, se pusieron a cantar con voz propia —¡y también con *anécdota!*— aupando sobre las olas del naufragio, bien asida —como en la leyenda camoeniana— su *Antología cercada.*

Para los que quisieron y pudieron salir al vasto mundo de su lengua, la lira tensó más aún su cordaje, no ya "entre dos mares", sino entre dos océanos, es decir, universalizó sus resonancias. Los poetas de la diáspora española no bien llegados al otro lado del mar, anotaron la similitud de todo lo que encontraban con aquello de que nunca se desprendieron; lo anotaron incluso los más adversarios de la *anécdota:*

esta New York es igual que Moguer,
es igual que Sevilla y que Madrid. . .

(Juan Ramón Jiménez, *Espacio;* ¡respetemos estos símiles con perdón de Moguer, de Sevilla y de Madrid!)

Ya estamos en la playa nueva. La misma arena
el mismo rizo acompasado de la dulce orilla;
los mismos vagorosos pájaros que en la otra.
Pisamos tierra adentro y hallamos en las casas
semblantes, palabras, utensilios y afanes
casi gemelos a los del mundo dejado.
¿Un espejismo? El viento arrastra madreselva,
jara, clavel y rosa, pino, laurel y espliego.
Todo lo que flotaba en los campos remotos".

(Moreno Villa, *Nos trajeron las olas).*

Repárese en estos versos la reaparición de "todos los tópicos literarios y poéticos" a que se refería la crítica de Juan Ramón Jiménez al hablar del Antonio Machado "el tercero, el más vulgar"; repárese en esto y no se pierda de vista que quien escribía, así, al desembarcar en "esta orilla" era aquel mismo autor de *Garba* (1913) y de *El pasajero,* que abría entonces los rumbos de la poesía abstracta, de la poesía "pura"; a un cuarto de siglo de distancia —distancia bien repleta de avatares decisivos y definitivos para aquella poesía "pura"— la *anécdota,* es decir, lo vital, se impone. Y repárese también en ese título *Nos trajeron las olas,* reflejo del lirismo *amphialos* y hasta de aquel "ruiseñor de los mares" que Machado aplicaba a Rubén Darío. Este simbolismo marino llenó casi toda la temática de los líricos españoles por más de treinta años; por distantes que estuvieran los asuntos tratados de cualquier orilla física del mar, siempre resolló la resaca de los acantilados o el profundo jadeo de la caracola nacarada; a las veces su huelgo angustioso se convierte en trágica intuición obsesionante, como en Miguel Hernández que lo parea con su hemorrágico destino:

De sangre en sangre vengo,
como el mar de ola en ola;

y Pedro Garfias anuda su visión del "vinoso ponto" inmenso, lo mismo en poemas de ancho aliento que en composiciones de garcilasiana levedad en las etéreas memorias:

Contigo traes, a tu costado atado,
el mar de ancho pulmón y duro acento...

Pero siempre, desde el comienzo del arco abierto por la Guerra y completado por el éxodo y el exilio, la poesía española de la diáspora hace brotar sus acentos líricos de ese "dolorido sentir", de la *anécdota,* que comenzó siendo prurito casi melindroso de sagueros epígonos del alba lírica castellana, y terminó en lacerante desgarrón de inexorable y aciago *fatum.* Los mejores ejemplos de esa evolución al contacto con la circunstancia son los de Pedro Salinas (bastará recordar su poema *Cero,* esquila de medroso retiñir al día siguiente del espanto de Hiroshima), León Felipe (cuyo extraordinario vigor de concepto es ciertamente prodigioso) y Pedro Garfias. Pero jun-

to a ellos hay que colocar a un poeta que nada había ofrecido antes del éxodo y que se alza como hito representativo y característico de su tiempo: Juan Rejano. No tengo ahora espacio ni es esta la ocasión de detenerme con la necesaria demora en su extraordinaria obra poética, pero no es posible dejar de citarle como un testimonio más en esta revisión de criterios; a mi juicio, es el eslabón que enlaza la corriente ancha y antigua y la manifestación de la nueva poesía española, tanto la de dentro de España como la surgida fuera: es decir, el eslabón entre poesía "pura" de signo juanramoniano y la que, continuando la trayectoria más clásica y hasta más tradicional (hay que decirlo sin ambages) de Antonio Machado (precisamente del Machado "tercero" que con tan poca simpatía señalaba Juan Ramón Jiménez, según vimos), crea una poética de amplia proyección unificadora, "rompeolas de todas las Españas", para no abandonar el simbolismo marino. Y a esta poesía pertenece plenamente Gabriel García Narezo, motivo de las anteriores consideraciones y de las siguientes.

NUEVA DISCUSIÓN DE MENÉNDEZ PELAYO

Por *Guillermo* DE TORRE

"Las ideas no aventajan nada con declarar la guerra a otras ideas; son mucho más nobles cuando se acomodan a vivir en sociedad; y para conseguir esto es para lo que hay que trabajar en España".

ÁNGEL GANIVET, *Idearium español* (1897).

En contra de lo prescrito por la costumbre, yo estimo que la sazón más oportuna para evocar a cualquier escritor del pasado, no es precisamente alguna de esas fechas prefijadas por el almanaque en forma de aniversarios o milenarios. Cualquier recordación, revisión u homenaje suele entonces teñirse de cierto sentimentalismo laudatorio o cierta actitud adversa, uno y otra contagiosos, que nivelan, a la postre, todos los juicios, restándoles así espontaneidad crítica. En cambio, transcurrido algún tiempo tras la fecha conmemorativa, ya no hay ninguna razón para sentirse cohibido por temor a reproducir disonancias en el coro, y los pareceres verdaderamente personales pueden abrirse paso con toda libertad. Además, unos meses después de la data ritual, cabe también combinar el juicio crítico personal con el balance o discusión de las opiniones vertidas por los demás. Tal es mi propósito al traer hoy nuevamente a primer plano la figura extraordinaria de Menéndez Pelayo, tras el centenario de su nacimiento, cumplido el 3 de noviembre del pasado año.

La cosecha no ha sido escasa. Artículos y conferencias a granel, compilaciones, antologías, inclusive algún libro crítico han surgido últimamente en torno a Menéndez Pelayo. Pero

esta abundancia, ¿guarda acaso paridad con el valor efectivo de tales homenajes, supone acaso alguna aportación decisiva, la llegada de un texto nuevo verdaderamente iluminador? Podríamos sospechar que a estas alturas, y dado el auge extraordinario que en España, por razones casi siempre extraintelectuales, ha alcanzado su figura durante los últimos años, se hubieran abierto allí nuevas perspectivas. Y, sin embargo, la realidad es que se ha seguido dando vueltas a la misma rueda de la noria, cuyos cangilones solamente derraman incienso apologético o, cuando no, gotas y aun raudales turbiamente tendenciosos. Tampoco desde el otro sector ha brotado ninguna exégesis más ecuánime. Como tantas otras figuras y cosas de España, Menéndez Pelayo parece destinado a ser un sujeto polémico más que un tema de estudio. Pero reconozcamos lealmente que esa es la misma característica de su espíritu: bajo un exterior aparentemente frío, como corresponde a un erudito, su estructura interna es la de un polemista. La objetividad, por lo tanto, parece quedar reservada, recíprocamente, para el estudio de su vida y de su pasión bibliofílica, que son una y la misma cosa. Así, en un ensayo que hace años publiqué sobre el caudaloso polígrafo, señalaba esta distinción: en primer término, el titán de los libros; después, el banderizo ideológico.

Lo que predomina en la mayoría de esos homenajes aludidos, en los que se limitan a serlo de circunstancias, es el tono apologético sin atenuantes, sin la debida mezcla de sombras y luces. Tanto se ha extremado en ciertos medios esta actitud, pretendiendo hacer del autor de la *Historia de los heterodoxos españoles* el único y supremo definidor del espíritu español, convirtiendo su interpretación del pasado en la única posible y "ortodoxa" para el presente y el futuro, que un hombre, a la postre, tan ecuánime como Gregorio Marañón (cuyo liberalismo de vuelta ojalá nunca hubiera sufrido extravíos...), se vio precisado a dar un grito de alarma, protestando contra esta mitificación desmesurada. Saliendo al paso de los actuales intentos de "heterodóxica idolatría", Marañón concluía: "La personalidad de Menéndez Pelayo está por encima de todo lo circunstancial. Y nada se parece tanto a una circunstancia como un ídolo" *(La Nación,* Buenos Aires, 14 octubre 1956).

Los apologistas incondicionales o sectarios no benefician su obra; antes bien, quienes pretenden convertirla en una especie de panacea o bien de bandera partidista, a la zaga de consignas especiosas, desnaturalizan turbiamente sus mejores va-

lores. No es, pues, aventurado sospechar que si Menéndez Pelayo resucitara, habría de revolverse airadamente contra esos escoliastas sectarios, del mismo modo que en vida hubo de alzarse contra los "neos", "integristas", "tomistas" y otras gentes del mismo linaje. El "reaccionario" de antaño haría figura de "liberal" contra estos "ultrarreaccionarios" de hogaño, movido desde el fondo de su espíritu por un sentimiento superior de equidad, de amplitud histórica, en abierta pugna contra ciertas interpretaciones unilaterales. "¿Intolerante? Sí —podría decir Menéndez Pelayo si levantara la cabeza, interpelando a algunos de sus últimos panegiristas—; sí, pero en primer término contra vuestra imposible y anacrónica intolerancia".

VINIENDO a los hechos, esbocemos ahora un somero recuento de los escritos múltiples aparecidos en los últimos años y más concretamente con motivo del centenario menéndezpelayesco. En el sector biográfico, ninguna novedad considerable. La mejor biografía sigue siendo la primera, la que publicó Bonilla San Martín, su discípulo, en 1915, a raíz de la muerte del maestro (figura a la cabeza del volumen 21 de la Nueva Biblioteca de Autores Españoles). Otra posterior, hoy más leída por más asequible, la de Miguel Artigas, no agrega nada esencial y apunta ya cierto parcialismo y beatería (me refiero no a la primera edición de 1927, que ahora no tengo a la vista, sino a la segunda, probablemente "agravada", hecha en Zaragoza, en el "tercer año triunfal", 1939), si bien acierte a mantenerse en los límites de la discreción. El *Menéndez Pelayo* de Pedro Laín Entralgo, aunque su ángulo de mira sea biográfico, se presenta más bien, según reza el subtítulo, como una "Historia de sus problemas intelectuales", concebida con ecuanimidad y llena de atisbos agudos, más allá de su énfasis digresivo. De suerte que en lo que se refiere al hombre, la semblanza del natural que trazó *Clarín* en el primero de sus *Folletos literarios,* junto con un retrato semejante de Ricardo Rojas en *Retablo español* y algunos apuntes de Rubén Darío, siguen contando entre lo más válido.

En materia de epistolarios, se reproduce lo que ya pudimos observar hace años leyendo la copiosa y sabrosa correspondencia con Juan Valera: las cartas más explícitas y reveladoras pertenecen a los corresponsales de Menéndez Pelayo, no a él mismo, puesto que éste —al contrario de Unamuno— despachaba el co-

rreo amistoso muy rápidamente, deseando acabar, urgido siempre por la tarea cuantiosa de sus propios libros. Por ello, en ciertas compilaciones últimas de la correspondencia cambiada con su hermano Enrique o con los colegas Farinelli, Rodríguez Marín y *Clarín,* apenas hay otra cosa que referencias bibliográficas y poco nos revelan sobre la intimidad de su vida y su pensamiento.

Ya es notorio que el autor de la *Historia de las ideas estéticas* vivió enteramente por y para su obra, descartando como accidentes enojosos cuanta peripecia sentimental pudiera apartarle de ella. Sin embargo, he aquí que al margen de las Lydias y Aglayas de salón —nombres clásicos con los que disfrazó a algunas damas madrileñas cortejadas por él durante su juventud— y de los madrigales que hubo de dedicarles, nuestro erudito varón estuvo una vez realmente enamorado, y aun a punto de matrimoniar. Pero en su destino innato de *clerc* (precisamente una de las condiciones que para la perfecta existencia de este raro arquetipo postularía luego Julien Benda es la resistencia al connubio) estaba escrito el celibato perpetuo. El episodio a que aludimos es muy sencillo y vulgar, pero de haber caído en otras manos, nos hubiera valido algunas perspectivas nuevas sobre el hombre. Al pasar por la pluma de cierta novelista (Concha Espina, quien ya hace años había profanado sin gracia otra historia íntima, "el grande y secreto amor de Antonio Machado") se convierte en un cursi folletín, bajo el título, no demasiado original, de *Una historia de amor.*

ACERQUÉMONOS ahora a otros libros más serios, aislando únicamente dos de entre el conjunto de los aparecidos últimamente sobre nuestro autor. El primero de ellos se titula *Estudios sobre Menéndez Pelayo* (Editora Nacional, Madrid, 1956); el segundo, *Menéndez Pelayo, crítico literario (Las palinodias de don Marcelino),* por Dámaso Alonso (Editorial Gredos, Madrid, 1956). Los antedichos *Estudios* no tienen un solo autor, sino veintidós: se trata de una recopilación de trabajos extremadamente diversos, tanto por su valor, extensión y carácter como por el significado de los autores. En verdad, su recopilador, V. Pérez Embid, ha intentado dar al conjunto cierto tinte de ecuanimidad, mezclando los apologistas incondicionales con algún otro en quien se insinúan las reservas —como *Azorín*—, y abriendo la mano para incluir, junto a la mayoría confor-

mista, un par de firmas pertenecientes al sector opuesto. Aclararé acto seguido, para no hacer mayor misterio del rasgo, que estas últimas son las de Luis Araquistáin y la mía. Cierto es que en el primer caso, las páginas reproducidas pertenecen a una conferencia dada hace años por el entonces embajador de la República Española en Berlín y constituyen esencialmente un alegato contra la "leyenda negra" de España hecho ante un público extranjero, y una vindicación hispanista a propósito de Menéndez Pelayo y la cultura alemana. En el segundo, en lo que concierne a mis páginas, se trata de una reproducción fragmentaria del pequeño libro antes aludido y publicado hace años (1943) sobre el tema siempre vivo de *Menéndez Pelayo y las dos Españas.* El recopilador, con toda cautela, ha recogido únicamente la primera parte de dicho estudio, titulada "El titán", que es una exaltación del hombre de libros, dejando fuera la segunda, llamada "El banderizo", donde se analiza y discute con todo respeto su parcialismo ideológico.

Pero ¿existió verdaderamente tal parcialismo —puesto que algunos quisieron no verlo y otros insisten en negarlo—, experimentó altibajos, hubo rectificaciones decisivas en el pensamiento de Menéndez Pelayo sobre ciertos problemas capitales, desde las páginas veinteañeras, exaltadas de *La ciencia española* hasta las más maduras y equilibradas de las *Ideas estéticas?* He ahí las posibles cuestiones que un libro titulado *Las palinodias de don Marcelino* estaba obligado a responder. Pero ¡oh decepción! Al recorrer las páginas de tal librito, muy pronto advertimos cuáles son esas palinodias o rectificaciones del preclaro escritor: cosas de poca monta que en nada cambian nuestra visión del ardoroso polemista. Son las naturales evoluciones del gusto, de la sensibilidad, del criterio de un hombre de amplísimas lecturas, pero que procedía de un mundo humanista y sólo había concebido inicialmente la belleza encuadrada en normas rigurosamente clásicas. Por ejemplo, a medida que pasan los años, su clasicismo horaciano se hace menos unilateral; si en un comienzo había infraestimado a Heine y a Bécquer, luego los alaba; adverso un día a la poesía popular de origen tradicional, más tarde llega a su comprensión, por la vía de Lope de Vega. Por lo demás, éstas y algunas otras rectificaciones, como su mudanza de apreciación respecto a la cultura alemana, habían sido ya señaladas antes por Araquistáin en la conferencia berlinesa de 1933. En cambio, Menéndez Pelayo se mantuvo irreductible frente a cualquier expresión del

barroquismo literario, sin tachar una tilde a su condenación del culteranismo y de Góngora; actitud, por lo demás, nada personal, muy propia del tiempo y del medio cultural en que vivió y a la cual sería ingenuo, por lo tanto, adjudicar una importancia desmesurada, pero que a Dámaso Alonso le duele como una ofensa personal, presumiendo ingenuamente que —si Dios hubiera alargado unos años más la existencia de don Marcelino— él y sus amigos hubieran logrado disuadirle de tal error... "Si Napoleón hubiera vencido en Waterloo..." El juego de los *si* en historia, como agrupando una larga serie de tales supuestos, ha escrito Claudio Sánchez Albornoz —en su monumental *España, un enigma histórico*—, se presta a las más divertidas conjeturas; sólo tiene el inconveniente de que es rigurosamente antihistórico, pues los fallos de Clío son irreversibles.

Ahora bien, no obstante la sutileza que campea en todos sus análisis y desmenuzamientos literarios, Dámaso Alonso no para mientes en otra posible "palinodia" de un bulto incomparablemente mayor y harto más necesitada de una profunda y leal exégesis: la de las "rectificaciones" ideológicas sobre puntos capitales y no sobre minucias, cuya hipotética busca puede todavía intentarse a lo largo de los millares de páginas menéndezpelayescas. He ahí un tema capital, insisto, no advertido o cautelosamente soslayado por el agudo crítico y que algunos otros autores de la antología de *Estudios* antes mencionada afrontan unilateralmente —como era de esperar, dado su punto de mira geográfico y espiritual—, lo que equivale a dejarlo irresoluto. Porque la cuestión insoslayable, central, decisiva, cuando se pretende situar en un plano verídico y rigurosamente actual a Menéndez Pelayo, es ésta y no otra: ¿puede o no tomársele como bandera reaccionaria? ¿Tuvo o no el autor de *La ciencia española* una visión unilateral, cerrada, de España? ¿Es o no el turiferario dogmático de una tradición que él estimaba única, exclusiva y excluyente? ¿Cabe, acaso, concertar una doctrina de signo opuesto, abierta, o por lo menos más tolerante, a base de algunas páginas, párrafos, alusiones, que constituya una repudiación clara, no sólo literaria, sino ideológica, del espíritu de intransigencia? ¿Puede, en último caso, situarse su obra en un terreno no neutral, desde luego, pero sí superior a las pugnas inmediatas de su tiempo y del nuestro?

Tales son algunos de los interrogantes que yo hube de

plantearme hace años y a los que intenté dar respuesta en el estudio mencionado. Poco después de aparecido, Alfonso Reyes publicó un artículo (1944); reproducido últimamente en la *Revista Interamericana de Bibliografía,* Washington, número 4, 1956), titulado muy significativamente —como prolongando mis últimas intenciones y uniendo las suyas todavía más generosas— "Reconciliación de Menéndez Pelayo". Escribía Alfonso Reyes textualmente: "El honesto Guillermo de Torre ha emprendido un examen sincero de la cuestión, situando a don Marcelino entre las dos Españas y esperando a ver hacia dónde gira por sí solo. La descripción de las dos Españas es honrada y magnífica. La apreciación sobre el rumbo de don Marcelino se resiente por un flaqueo de la fe. Le falta coraje. El crítico parece haber dicho: "¡No caerá esa breva! ¡No será tanta nuestra suerte!". Ahora bien, ¿cómo había yo de atreverme a tal cosa, a esta "apropiación", a incorporar a Menéndez Pelayo a nuestra causa —la tradición liberal—, si los propios textos del maestro no me autorizaban? Sin embargo, Alfonso Reyes, anudando una serie de agudas —más que convincentes, la verdad— hipótesis, insinuaba que con los mismos elementos aducidos por mí podía "llegarse a una conclusión diferente".

Desde luego, yo no ignoraba, entre otras, ciertas rectificaciones de lenguaje y de tono existentes entre la primera y la última edición de la *Historia de los heterodoxos españoles* (como asimismo en las ediciones sucesivas de *La ciencia española,* visibles ya en el simple título, puesto que la inicial de 1876 tenía como primer nombre *Polémicas),* pero no advertía por ningún lado las rectificaciones sustanciales de concepto. Objetiva, científicamente, ¿habría sido, pues, correcta —insisto— esta "apropiación" de Menéndez Pelayo? Se dirá que tampoco lo es enteramente la anexión absoluta hecha por "los de la acera de enfrente", ya a fines del pasado siglo, y extremada hasta el límite en los últimos tiempos. Sin duda, pero ellos, al menos, tienen mayor cantidad de textos indubitables en qué apoyarse. La prueba definitiva (ofrecida sin ningún regocijo, antes al contrario, con sentimiento, pero con rigurosa objetividad) es la siguiente. Desde hace años circula una *Historia de España* compuesta de páginas extraídas de las obras de Menéndez Pelayo, y amañada —más que compuesta— por Jorge Vigón. Con toda evidencia, la selección es supremamente tendenciosa y la imagen de España que en esas páginas se nos brinda resulta mutilada, unilateral. Ahora bien, partiendo de un criterio radical-

mente opuesto, ¿sería acaso posible compilar otra *Historia de España* de la misma extensión, a base de explícitos textos menéndezpelayescos? ¿Podría llegarse a agrupar más de dos docenas de páginas, con intención y signo inversos, aparte sus arremetidas contra los ultraderechistas y su condenación de cierto sectarismo en lo literario? Ofrezco la sugestión a cualquiera de los nuestros que tenga ánimo y valor para tan improbable empresa... Prueba tan concluyente acabaría de una vez con muy candorosas ilusiones. No es Alfonso Reyes el primero que las ha mantenido, cuando escribe que "Don Marcelino, en su operación viva sobre la historia y la crítica, fue siempre liberal". Algunos años antes, Fidelino de Figueiredo, en una obra capital, *As duas Espanhas,* se aventuraba también a sostener —sin pruebas, claro está— que "una exégesis serena puede extraer de la obra menéndezpelayesca fragmentos que conciertan con el evangelio de la europeización". Cierto es que antes nos había explicado lo que por tal cosa entiende al escribir: "De Menéndez Pelayo dejóse a un lado el gusto pasadista y guardóse la gran obra de la historia literaria; de Giner olvidóse la obra escrita, pero se guardó en el mejor rincón de los corazones su enseñanza personal; y de Joaquín Costa conservóse la vibración ardiente de su apostolado de la revolución política y social. Y todo esto —crítica pura de Menéndez Pelayo, lección de la vida de Giner, gritos estentóreos de Costa— constituyó la *europeización*".

Ojalá, sobre todo en lo que concierne a Menéndez Pelayo, pudiéramos considerar exacta la afirmación de Figueiredo, y de su obra sólo se retuviera el más puro y desinteresado mensaje, aquel que modula como creador de nuestra historia literaria, sin ninguna clase de interferencias tendenciosas. Ojalá cupiera restablecer la tolerancia de su tiempo (al menos, así se nos representa, confrontada con las actuales intolerancias...), tiempo en que se producían ayuntamientos tan ejemplares como el de los liberales-conservadores y los conservadores-liberales; tiempo de diálogo y concordia en que era habitual interpelar al contrario llamándole "mi particular amigo y distinguido adversario", con costumbres y maneras tan distintas del energumenismo intransigente, flor de la actual civilidad... Aquellos eran los días en que el gran polígrafo (es J. B. Trend, en *The origins of Modern Spain,* quien recuerda este hecho tan escrupulosamente omitido en todas las biografías), no desdeñó colaborar con sus antagonistas de otro tiempo, como Giner, Cos-

sío y Azcárate, al constituirse en 1907 la Junta para Ampliación de Estudios, mirada entonces justamente como una "Paz de Westfalia" de la cultura española.

¡Empeños baldíos, aunque nobles y generosos, los de intentar cualquier aproximación de Menéndez Pelayo, a la tradición liberal, o por lo menos, los de restar sumandos a su hiriente unilateralismo! Ya lo pretendió en su día, cuando aún era sazón para cambiar tales directivas, un espíritu tan equilibrado y con evidente ascenso sobre el "joven Marcelino", como era don Juan Valera. Pero muy pronto, tras aquel famoso "brindis del Retiro" (1881), donde Menéndez Pelayo, para exaltar a Calderón, no vaciló en hacer un elogio de la Inquisición, hubo de desistir el tolerante humanista. "Confieso mi candidez —le escribía poco después—; hasta que usted dio la pitada, y yo he creído posible, no la conversión rápida, sino una lenta y suave conversión de usted. Ya la creo imposible. Usted ha puesto su *chic* en echarla de archicatólico y de inquisitorial, se ha engolfado en ello y ya no hay medio de remediarlo". Con todo, al año siguiente, en otra carta, todavía insiste Valera en acercársele, aprovechando cierto desengaño o ciertas acometidas que Menéndez Pelayo había sufrido de sus correligionarios. "Hablando con franqueza, desapruebo esa determinación que me dice usted haber tomado de refugiarse en la estética, enojado de la ingratitud y estupideces de los carlistas. Yo creo que debe usted prescindir de lo que ellos hagan y digan y hablar con sinceridad y valentía de religión, de filosofía, de política y de cuanto se le antoje, según su leal saber y entender y sin propósito de agradar a nadie. Ya usted verá cómo así agrada más aún y halla quien le siga en vez de ser usted quien tenga que seguir a otros".

Se dirá que transcurridos tres cuartos de siglo desde aquel y otros episodios semejantes, extinta la virulencia exterior de tales cuestiones, bien pudiera luego haber cambiado la actitud crítica de las generaciones sucesivas, si éstas hubieran sabido contrarrestar el influjo de los monopolizadores reaccionarios del menéndezpelayismo. Pero . . . está todavía por hacer el análisis, *verbi gratia,* de la actitud de los del 98 frente a Menéndez Pelayo. Unamuno, fiel a sí mismo, le enjuició de modo contradictorio. "Mi maestro Menéndez Pelayo —dijo en una interviú—, el español contemporáneo de quien he aprendido más. . ." Y en otra ocasión, bajo su firma: ". . . qué daño ha

hecho la grandilocuente superficialidad de Menéndez Pelayo, mozo, el de los alegatos catalógicos —de catálogo— de *La ciencia española,* el sectario de *Los heterodoxos españoles,* el forjador de la leyenda blanca!" Son fácilmente desdeñables las desdeñosas acometidas, muy barojianas, de Pío Baroja en una página de *Juventud, egolatría.* Todavía años después volvió a la carga en un artículo *(Ahora,* Madrid, 6 de enero de 1935). Por su parte, *Azorín,* si en un capítulo de *Clásicos y modernos,* escrito a raíz de morir el gran polígrafo, afirmaba que su crítica fue meramente erudita, enumerativa, y no interna, interpretativa, psicológica —juicio de palmaria inexactitud—, posteriormente ha publicado páginas menos ásperas, sin dejar de reclamar la controversia libre sobre su obra. Ramiro de Maeztu tuvo que cambiar radicalmente de ideas para rectificar un primer juicio de juventud sobre Menéndez Pelayo —"triste coleccionador de naderías muertas", le había llamado— y entonar loas a su sentido de la "tradición española" como "tradición de universalidad". Pero ni estos panegíricos ni aquella diatriba revelaban el menor espíritu de objetividad. En toda la obra de Ortega y Gasset apenas puede espigarse más que alguna alusión circunstancial, desde luego poco simpática o afín, a la obra de Menéndez Pelayo.

Finalmente, fijemos la atención en alguna figura representativa entre el grupo de estudiosos continuadores del espíritu adverso al menéndezpelayesco, el institucionista, y hagamos memoria de un juicio de Américo Castro (en el *Boletín de la Academia Argentina de Letras,* julio-septiembre de 1937, Buenos Aires). Alterna equitativamente alabanzas y censuras. Considera *Los heterodoxos* como una "pérdida de tiempo", pues "lo negativo y lo que aparece como fleco de la historia" no puede "ser eje para ninguna construcción". Alaba, en cambio, no su sentido histórico, pero sí su sentido artístico, ya que don Marcelino "toma una personalidad literaria, la limpia de olvido y de inútil broza y la hace surgir ante los ojos modernos, destellando valores y simpatías". Deplora por ello "que vulgaridad y aldeanismo determinaran igualmente que Menéndez Pelayo se convirtiera en airón y penacho del pasado político de España y de sus gustos inquisitoriales", y como clara muestra de un afán de integración, asocia su nombre al de Giner de los Ríos, "los dos únicos hombres que en torno a 1890 aluden en español a temas universales del espíritu", doliéndose de su fatal distanciamiento en estos términos: "Cuánto hubieran ganado

ambos hombres, consagrados a las más altas y más desinteresadas tareas y a soñar en un mejor destino para su raza; cuánto habrían ganado ellos y nosotros, completándose y enriqueciéndose en un humano y abierto comercio. El pensarlo es, sin embargo, una quimera".

Lo más sensible es pensar que también sigue siendo hoy una quimera el "humano y abierto comercio" entre los sucesores de Giner y los de Menéndez Pelayo; en suma, el claro entendimiento entre los representantes de las dos Españas. Y ello no tanto por culpa de los primeros (a la vista queda un extracto del testimonio de Américo Castro, parejo a otros que podríamos exhibir, allegados después, entre ellos el nuestro) como por fatal e irrenunciable inclinación de los segundos. Para evidenciarlo basta recorrer ciertas páginas del mencionado volumen de *Estudios sobre Menéndez Pelayo.* ¡Con qué complacencia ciertos autores (los menos, desde luego, pero también los que por su significación o sus cargos parecen llevar todavía la "voz cantante" del "pensamiento oficial") se detienen en citar, glosar y aumentar las páginas más apasionadas y tendenciosas del autor de *La ciencia española!* ¡Cómo se solazan algunos (hagámosles la gracia de no citar sus nombres) en subrayar el "antiliberalismo" y la "intolerancia" de Menéndez Pelayo! "Toda la obra de don Marcelino —escribe uno de ellos— es fundamentalmente un titánico esfuerzo levantado contra el liberalismo español". Por su parte, otro repite con deleite cierta frase de Menéndez Pelayo: "Ley forzosa del entendimiento humano en estado de salud es la intolerancia", y añade por su cuenta: "Fieles a la voz del maestro debiéramos hacer lema nuestro para la España de hoy, con la seguridad de que en ella está la única esperanza de salud y la única actitud inteligente, la palabra que la seudointeligencia hizo un tiempo considerar como un estigma y como una afrenta: intolerancia".

FRENTE a semejantes alardes de energumenismo suenan como una dulce música, o sencillamente como palabras civilizadas, las de Pedro Laín Entralgo, quien situado en una posición difícil por inteligente, intenta desde la derecha conciliaciones no menos arduas que las ensayadas desde la izquierda. Esto le lleva a afirmar que Menéndez Pelayo no puede encasillarse en un bando ni en otro. "Su intención permanente —escribe—, desde su aparición dentro del horizonte histórico español, fue

superar católica, creadora y científicamente, dentro de una caliente fidelidad a Cristo y a la historia de España, la cruenta e inútil antinomia de España en el siglo XIX". ¿De veras? ¿Lo consiguió? En el supuesto afirmativo, páginas como éstas que ahora redactamos serían impensables, no tendrían razón de ser.

Cosa muy distinta de la afirmación desdichadamente tan gratuita como bienintencionada de Pedro Laín Entralgo, sería hacer un recuento y comentario de aquellos pasos de la obra menéndezpelayesca donde se combaten los extremos máximos de ambos conceptos de España; no estos mismos, sino sus hipérboles más inadmisibles. Por ejemplo, para demostrar que no sólo atacó el krausismo se recuerdan también sus censuras al tomismo e integrismo y se aducen párrafos como éste *(Estudios de crítica histórica y literaria, VII):* "La historia de España que nuestro pueblo aprende, o es una diatriba sacrílega contra la fe y la grandeza de nuestros mayores, o un empalagoso ditirambo, en que los eternos lugares comunes de Pavía, San Quintín, Lepanto, etcétera, sirven sólo para adormecernos e infundirnos locas vanidades". El claro de luz, la leve esperanza de integración que párrafos como ése, tomados aisladamente, permitirían alimentar, se borra muy pronto, cuando se les confronta con otros de signo inverso, como, por ejemplo, aquellos escritos con motivo del centenario de Balmes y donde Menéndez Pelayo se cierra a la "otra España" y exalta sin atenuantes la suya: "La única España que el mundo conoce...". Aún más; todavía en aquellas fechas —1910—, dos años antes de su muerte, Menéndez Pelayo reiteraba, a varias décadas de distancia de la pelotera con los krausistas, su excomunión de Sanz del Río, imaginando que si en vez de éste hubiera sido Balmes "el primer viajero filósofo que nos trajo noticias directas de las universidades del Rin", habría sido muy otra la suerte de la filosofía española. Mas sobre este punto, Juan López Morillas, en su libro *El krausismo español* (Fondo de Cultura Económica, México, 1956), después de Pierre Jobit, ha dicho ya todo lo pertinente.

En rigor, apurando los términos, las famosas y nunca comprobadas rectificaciones, transacciones o atenuaciones del pensamiento menéndezpelayesco, nunca se operaron en ese plano propiamente dicho, sino en el de la estética. Dicho con más exactitud: su criterio, desde un comienzo más amplio sobre puntos de estética y literatura, no tuvo nunca necesidad de cambiar sustancialmente, pues siempre fue abierto. Desde el

día que en la carpeta de sus versos juveniles escribió: "En arte soy pagano hasta los huesos —pese al abate Gaume—, pese a quien pese", hasta aquel otro en que recibió a Galdós en la Real Academia Española, leyendo un discurso generoso, sin contar su perspicaz valoración crítica. Ejemplos semejantes de comprensión frente a manifestaciones estéticas muy diversas pueden espigarse a granel en numerosas páginas de las *Ideas estéticas.* Y llevando al extremo una sospecha generosa, pudiéramos conjeturar lo siguiente: Quizá su fobia contra el krausismo (aparte la debilidad filosófica de la escuela y por encima de su tinte "herético" o "aconfesional", en el que reparaba fundamentalmente Menéndez Pelayo) tuviera, como apuntó hace años Artigas, una raíz esteticista. Imaginemos, pues, que si Sanz del Río, y Salmerón, en vez de manejar aquella jerigonza abstracta y germanizante, se hubiesen expresado en cláusulas ciceronianas, o en sencillo romance paladino, no es improbable que su más tenaz enemigo habría acabado por rendirse a sus encantos verbales. . .

Más exacto que hablar de una evolución de su pensamiento sería limitarse únicamente a señalar un cambio temático. En sus primeros años, dentro de su obra prevalecen, en cierto modo, los temas históricos de carácter polémico *(Ciencia española, Heterodoxos);* después, a partir de las *Ideas estéticas,* predominan los de investigación literaria *(Lope de Vega, Historia de la poesía lírica, Orígenes de la novela).* En suma, cuando trata sentimientos (religiosos), ideas (políticas, en el sentido más lato), se cierra; cuando aborda conceptos (literarios), ideas (estéticas), se abre, libertándose de fobias, superando el espíritu de partido. He ahí, en suma, la clave no de su evolución, pero sí de su transición. Una prueba definitiva es que, malamente aconsejado por Laverde, el mentor de su juventud, haciéndose fácil portavoz del ambiente político de aquellos años finiseculares (guerra latente de ideas o seudoideas, teocracia y clerofobia conjugadas, intransigencia en todos los sectores, hostilidad y discordia en el aire. . .), Menéndez Pelayo, por ejemplo, en vez de componer una historia al derecho, de los místicos o ascetas, compuso una historia religiosa del revés: la de *Los heterodoxos españoles*. . . Aquel vástago tardío de la Contrarreforma, no contento con que sus antepasados hubieran estrangulado un conciliador erasmismo, quiso replantear pleitos añejos con un anacronismo que luego, aún más inverosímil-

mente, hemos visto reproducirse, pues el sentido del destiempo parece ser fatal en la historia de España.

Carguemos, pues, todo lo que sea menester a la cuenta del espíritu "aldeano" de su época, al medio "provinciano" que fue su matriz, su cuna y su "vividura", a la cerrazón y mediocridad de sus contemporáneos más afines (los cuales, por otra parte, no le ahorraron disgustos y acrimonias: Pidal le arrebató una vez la presidencia de la Academia, le atacaron los integristas, *El Siglo Futuro* y periódicos de esa laya hablaron de su "deserción" cuando elogió a Galdós, etcétera); pero que un mal entendido espíritu "reivindicador" no lleve a nadie a adulterar la realidad de los hechos, sus verdaderos perfiles históricos, la auténtica, grandiosa y vulnerable fisonomía (insistiré en esta caracterización) del titán literario y el apasionado banderizo.

LA excelencia formal, la belleza puramente literaria, la perfección idiomática de Menéndez Pelayo (por encima de cierta grandilocuencia oratoria), tal vez sean, en definitiva, las prendas más seguras de su pervivencia como escritor, si, como se ha dicho varias veces, la belleza, el estilo son, en última instancia, las únicas garantías de eternidad de una obra, y si los pleitos ideológicos y religiosos que lamentablemente hoy todavía nos afectan, pasan a ser felizmente, como les corresponde, en un futuro inmediato de la historia de España, curiosidades de museo. ¿Podremos entonces —o podrán nuestros descendientes— leer los libros de don Marcelino como leen hoy los franceses los libros del autor de las *Lettres sur l'Inquisition espagnole?* Salvadas todas las distancias y diferencias —a favor de la calidad en nuestro autor, por supuesto—, la evocación de Joseph de Maistre no es arbitraria o extemporánea; se justifica, al menos en mi caso, porque el azar —mejor dicho, E. M. Cioran— ha traído ahora hasta mí una selección reciente de sus prosas, prologada con la peculiar verba y penetración de este originalísimo ensayista. De "profeta del pasado" calificaron al furibundo suizo quienes experimentando la atracción de su prosa advertían la aberración de sus ideas. "Obra rica en enormidades, sistema que no deja de seducirnos y de exasperarnos", escribe ahora Cioran, subrayando la ambivalencia de Joseph de Maistre, la desmesura y debilidad de su fanatismo. La apología de la Inquisición que, después de todo, sólo abocetó tímida-

mente o de soslayo Menéndez Pelayo, es encarada de frente por Joseph de Maistre, mediante una concatenación de argumentos rigurosamente sofística. Merece, para nuestro regocijo espantado, ser transcrita: "En primer término no hay nada tan justo, tan docto, tan incorruptible como los grandes tribunales españoles y si a este carácter general se agrega el del sacerdocio católico, quedará uno convencido, antes de toda experiencia, que no puede haber en el universo nada más calmo, más circunspecto, más naturalmente humano que el tribunal de la Inquisición".

¿Dónde quedan junto a este frío delirio razonante las elocuentes y artificiosas invectivas de un Donoso Cortés contra el liberalismo? Hay, desde luego, un "aire de familia", el mismo que enlaza a este último con Bonald, y llega también, en sus últimas ramificaciones, hasta Menéndez Pelayo. Hay el empeño de anteponer a todo lo teológico y la obsesión de acorralar el mal radical mediante la panacea del gobierno teocrático. En el plano estricto y limitadísimo de la pura especulación gratuita, al margen de toda realidad, ésas y otras cuestiones similares pueden replantearse sin el menor riesgo —ni provecho—, pero quedan descartadas cuando se trata de examinar u orientar la realidad viva de los pueblos. De esta suerte, y en aquellos países que han rebasado tan anacrónica problemática, sus intelectuales pueden darse el lujo de exhumar como una curiosidad pintoresca a De Maistre y ponderar fríamente sus aciertos verbales, su vehemencia adjetivadora. Todo peligro de caer bajo el peso de su dogmatismo ideológico ha sido superado.

Hagamos votos porque algún día no lejano, Menéndez Pelayo pueda ser leído en España tan fríamente y a distancia, por lo que concierne a sus tesis, como lo es hoy en Francia Joseph de Maistre.

UN DESCONOCIDO TRADUCTOR AMERICANO DE PETRARCA

Por *Estuardo* NÚÑEZ

En el recuento del proceso del romanticismo literario del Perú, está por hacerse la revisión crítica integral de sus más preclaros representativos. Entre ellos fue conspicuo poeta y dramaturgo Clemente Althaus (1835-1881). Para el estudio monográfico de su obra adelantamos estas notas acerca de su formación cultural, que nos revelan su honda afinidad con la cultura de Italia y las letras clásicas latinas.

En sus años de aprendizaje se incorporaron las esencias itálicas a través de su experiencia viajera por tierras de Italia y las lecturas de los grandes clásicos latinos y los modernos escritores italianos. Al contacto con esa realidad y esos efluvios espirituales, se nutrió y engrandeció su genio creador, superando la simple imitación y constituyendo la obra poética original que ha legado y que con orgullo, puede exhibir la producción del romanticismo. Otros espíritus de semejante formación intelectual caben igualmente dentro del romanticismo del Perú y se completaría por lo menos una trilogía de espíritus superdotados y nutridos de humanidades que fueron Pedro Paz Soldán (Juan de Arona), Manuel González Prada y Althaus. Arona tuvo igualmente la experiencia vivida de las letras y de la vida italiana, en la oportunidad de su prolongado viaje por Europa y Oriente, en que pudo pasar algún tiempo en la península. Pero lo detuvieron especialmente los estudios lingüísticos latinos e italianos. Prada no tuvo ocasión de llegar nunca a Italia, pero desde París durante varios años, profundiza en el estudio de la lengua de Dante y en la versificación de los grandes poetas italianos. En cambio, Althaus armonizó la erudición con la vivencia italiana. El paisaje, la música, la pintura y las letras fueron sus pasiones desenvueltas en esa tierra acogedora e inolvidable. Lo retuvo en ella probablemente algún amor exaltado, de que dan fe sus encendidas estrofas. Su estilo de frase

elegante, el buen gusto característico, el equilibrio en la creación, su ponderada fluencia poética son cualidades fortalecidas en el contacto con los clásicos latinos e itálicos. Pero la virtud formativa de sus traducciones italianas puede explicarnos en conjunto su prestancia literaria y de ella poco o nada ha dicho la crítica hasta hoy.

Clemente Althaus había hecho sus estudios secundarios en Santiago de Chile (entre 1846 y 1851). Allí tuvo maestros europeos que lo familiarizaron con los idiomas modernos y tal vez con el latín. Luego viajó por Europa entre 1855 y 1863 y tuvo oportunidad de recorrer en esa larga estada los países más importantes de ese continente. Podría reconstruirse por las fechas de sus composiciones, su posible itinerario europeo: Francia (1855-57), Inglaterra (1857), Italia (Nápoles, Roma, Florencia y Génova entre 1857 y 1859), España (Madrid y Cádiz, 1859-1860), Alemania (1861 a 1862), y de nuevo Francia (de 1862-63). No hay duda de que su formación humanista fue un tanto desordenada y arbitraria, pero resulta evidente el impacto indeleble que dejan en él ciertas expresiones del arte europeo, y sobre todo, las manifestaciones del arte italiano. Para Althaus hay cosas buenas en este mundo que señalan sus predilecciones:

para solaz y consuelo
de los hombres infelices

. . . .

Hay el poema de Dante
y los de Homero sublimes,
y hay cuadros de Rafael
y hay música de Rossini.

(*Lo bueno de este mundo,* 1866)

Su humanístico interés es múltiple. En literatura, la poesía de Leopardi inspira su propia musa. Frente a los cuadros de Rafael le brotan varios poemas. En Madrid, su más intensa experiencia proviene de su contemplación de los cuadros de Ticiano. Coreggio le inspira notas admirativas tanto como el efluvio de las noches napolitanas. Y en lo musical, a Rossini (en 1855), después de haber oído por vez primera la plegaria del "Moisés", le dice entusiasmado:

Por esa hora dichosa,
por el celeste olvido
del mundo, de mí mismo, de mis males;
por el alto placer que mi alma endiosa,
a tu valor divino desiguales
estos versos te envío agradecido
¡Oh delicia y amor de los mortales!

(*A Rossini,* 1855)

Es indudable que el país del Lacio dejó la más honda huella en su exquisito espíritu de creador. Sus lecturas, tal vez poco sistemáticas, y más exaltadas y románticas, afianzaron no obstante una serena cultura clásica, que se percibe en su forma e inspiración interior y en los epígrafes de Horacio. En más de un poema, incluye glosas o intercala fragmentarias versiones de Virgilio y de Homero. Lo mismo hace con su predilecto Leopardi. Leía a los latinos en su lengua original y nutría su espíritu de los grandes italianos desde Petrarca y Dante hasta los modernos románticos como Giusti, Foscolo y Manzoni. Años después (1872) cuando reunió sus *Obras poéticas,*[1] en vísperas de partir nuevamente a Europa (en 1876) para atender a su quebrantada salud y de donde no habría ya de volver, incorporó a su libro muchos poemas en que palpita inconfundible la vivencia italiana y en que se muestra un fervoroso admirador del paisaje y del alma de Italia. En ese mismo libro definitivo incluyó como apéndice un discurso en prosa titulado "A Italia", que es muy revelador acerca de sus aficiones y de la profunda identificación que estableció con la vida italiana. Era Italia sin duda su segunda patria espiritual. Aparte de los temas de tal índole, incorpora igualmente a ese libro algunas "imitaciones" de cantos populares toscanos, en que se muestra además, cercano a la viva entraña del pueblo meridional y a la romántica devoción por la expresión folklórica. No descuida tampoco su homenaje o la referencia cálida dentro de sus poemas, a las grandes figuras clásicas de Italia, como en ese insigne soneto dedicado "Al Petrarca", que elogió sin reservas Menéndez y Pelayo.

Bajo el influjo de las corrientes humanísticas italianas, Clemente Althaus tradujo del latín algunos fragmentos bíblicos, que también incluye en el citado libro. Lo condujeron a ello

[1] C. ALTHAUS, *Obras poéticas,* Imp. C. Prince, Lima, 1872.

cierta mística romántica inclinada a las expresiones de la sensibilidad oriental y su honda formación cristiana. Pero también actuó, sin duda, la tradición literaria del Perú que en diversas épocas había dado culto a las expresiones líricas insertas en la Biblia. Me refiero concretamente a las versiones peruanas de los Salmos que elaboraron en el siglo XVI, Miguel Cabello Balboa; en el siglo XVIII, Pablo de Olavide; en el siglo XIX, José Manuel Valdés y luego el propio Clemente Althaus. Las versiones bíblicas de este último poeta son las siguientes: "El lamento de David por la muerte de Saúl y Jonatás", que es traducción de la Elegía de David, inserta en el II Libro de Samuel, versículos 21-27. Traducción estricta son las tres primeras estrofas. Las tres siguientes constituyen una paráfrasis extensiva. Luego existen dos versiones del Salmo 136—"Super Flumina Babylonis". La primera, muy libre, con este mismo título, y la segunda, que constituye una paráfrasis, con el título "Cantos del Cautiverio".

Aún más que en sus versiones italianas, en estas bíblicas (que trasladó del latín) Althaus se aparta de la tendencia literal en su técnica de traducir y desemboca en una técnica "librista". Esto significa que en general, el texto original constituyó un apunte o impulso de partida para una ulterior elaboración personal. En el comienzo de los poemas la intención manifiesta es volcar el texto primigenio, pero en el desenvolvimiento posterior la imaginación del creador impera incontenible y se abre amplia realización de la propia inventiva. Con todo, Althaus, no llega a traicionar el tono particular de la lírica elegiaca hebrea ni la cristiana concepción de la vida que late tanto en lo traducido como en lo inventado o parafraseado.

La más valiosa contribución de Althaus al conocimiento de la cultura italiana está integrada por la preciosa colección de versiones que tituló *Sonetos italianos* y que destaca entre la fronda romántica de traductores del siglo XIX. Sus *Sonetos* comprendieron tres series, aparecidas las dos primeras en el diario *La Patria,* de Lima, en 1873, y luego las tres series completas en *El Comercio* de Lima, en 1874, con algunas variantes. En la primera serie, dedicada a Petrarca, figuran 9 sonetos de este autor, a saber: 1) "Recuerda que el viernes santo fue el día que conoció a Laura", 2) "Belleza de Laura", 3) "Vergüenza amorosa", 4) "En presencia de Laura no puede hablar, ni llorar ni respirar", 5) "La noche y la aurora", 6) "Laura en el cielo", 7) "Volviendo a Valclusa años después de la muerte

de Laura", 8) "En la muerte de Sennucio, poeta y amante", 9) "A un pajarillo".

Es interesante confrontar estas versiones petrarquianas hechas en el Perú en el siglo XIX, con las producidas aquí mismo por Enrique Garcés, en pleno siglo XVI.

Garcés, escritor y minero nacido en Portugal produjo, como es sabido, una versión completa de *Los Sonetos* y *Canciones,* durante su larga estada en el Perú, entre 1547 y 1589, lapso en que vivió y laboró —como arbitrista, minero y poeta, entre Huancavelica, Potosí, Huamanga y Lima. Su versión de Petrarca apareció en Madrid en 1591.[2] Tradujo, además (del portugués), *Los Lusiadas* de Camoens y una obra de Patrizzi (del latín). Resulta interesante comparar las versiones de los mismos poemas de Petrarca por un escritor del Renacimiento como Garcés, y por uno del Romanticismo como Althaus, producidas en los extremos de un lapso de casi tres siglos que media entre unas y otras, por lo que nos puede ilustrar acerca de la técnica de traducción empleada y la distinta sensibilidad de sus respectivos autores. Dos estilos diferentes se contraponen. En el renacentista, dominante la alegoría y la fantasía mitológica, de fina estirpe clásica, se advierte el afán literal. En el romántico, se enseñorea la fluencia sentimental, la adaptación al gusto contemporáneo, y aunque hay deseo de mantener la fidelidad, el ímpetu creador avasalla el propósito inicial, y desemboca por momentos francamente en una traducción libre. Althaus lleva la ventaja de conocer profundamente su propia lengua, en tanto Garcés (de lengua materna portuguesa) encuentra a veces dificultades de léxico que sólo salva a medias, o traicionando el genio idiomático. Pero, en veces, la fortuna acompaña a Garcés, quien supera a Althaus, como en la versión del Soneto 260:[3]

Valle, che de'lamenti miei se'piena;
Fiume, che spesso del mio pianger cresci;
Fere silvestre, vaghi augelli e pesci,
Che l'una e l'altra verde riva affrena;

Aria de'miei sospir calda e serena;
Dolce sentier, che si amaro riesci;

---

[2] Henrique GARCÉS, *Los Sonetos y Canciones del poeta F. Petrarcha,* Madrid, en la casa de Guillermo Droy, 1591.

[3] F. PETRARCA, *Le Rime de F. P.*, ed. Milano, 1805.

Colle, che mi piacesti, or mi rincresci,
Ov'ancor per usanza amor mi mena;

Ben riconosco in voi l'usate forme,
Non, lasso, in me: che da si lieta vita
Son fatto albergo d'infinita doglia.

Quinci vedea'l mio bene, e per quest' orme
Torno a veder ond' al ciel nuda é gita
Lasciando in terra la sua bella spoglia.

Veamos seguidamente la versión de Garcés:

Valle que de mis llantos eres lleno,
rio, que dellos tomas más augmento,
pesces, aues, y fieras, qu'el assiento
en tal lugar tenéis, y tan ameno.

Ayre con mis sospiros más sereno,
senda dulce, que amarga agora siento,
collado que otro tiempo gran contento
me dauas, con quien tanto agora peno:

En vosotros conosco lo passado,
mas en mi no, que de vna dulce vista
aluergue soy tornado de amargura.

De aqui via yo mi bien, de donde es ida
desnuda al cielo en passo apressurado,
dexando acá su linda vestidura.

Y finalmente la traducción de Althaus:

¡Oh valle, donde mi lamento suena,
río que tanto con mi lloro creces,
silvestres flores, vagas aves, peces,
que la una y la otra verde orilla enfrena.

Aura de mis suspiros toda llena
dulce senda que amarga hoy me pareces,
alcor que me alegraste tantas veces
y ahora me causas tan profunda pena!

Todos sois lo que fuisteis, todavía;
no yo ¡ay de mí! que tan feliz he sido
y soy albergue de infinito duelo;

Ah! aquí fue donde mi bien vivía,
Y desde aquí a los cielos ha subido,
Dejando al mundo su terrestre velo.

Si la palma ha sido en esta versión para Garcés, no obstante lo discutido de su estro poético y de su buen dominio del idioma, el acierto es del romántico Althaus en este otro Soneto, el 69, que en italiano dice:

Erano i capei d'oro all'aura sparsi,
Che 'n mille dolci nodi gli avvolgea:
E'l vago lume oltra misura ardea
Di quei begli occhi ch'or ne son si scarsi;

E'l viso di pietosi color farsi
Non so se vero o falso mi parea:
I' che l'esca amorosa al petto avea,
Qual maraviglia, se di subit'arsi?

Non era l'andar suo cosa mortale,
Ma d'angelica forma; e le parole
Sonaban altro, che pur voce umana.

Uno spirto celeste, un vivo Sole
Fu quel ch'i'vidi: ese non fosse or tale;
Piaga perallentar d'arco non sana.

Garcés lo traslada en esta forma, un tanto forzada y sin fluencia:

Aquel cabello de oro era esparzido
a Laura, que en mil ñudos le enlazaua,
y la luz en estremo relumbraua
del Sol, que de mi suele andar huydo.

Mostrauase me el rostro enternescido
no see si de verdad, o me engañaua,
pues si en mi seno yesca tal estaua,
que hay qu'espantar de verme ansi encendido!

Su contoneo no era acá del suelo,
y su boz se mostraua más que humana,
vn Angel paiescia en el asseo.

Un biuo sol, vn noscé que del Cielo,
y aunque algo menos fuera (que no creo)
no porqu'l arco afloxe llega fama.

Pero Althaus logra una cuidadosa y alada versión:

Volaba la dorada cabellera
al aura que en mil nudos la envolvía,
y de los ojos el fulgor ardía,
como el sol en mitad de su carrera.

De su piedad, o falsa o verdadera,
en el color su rostro se teñía:
yo que al amor dispuesto me sentía,
¿qué mucho fue que de improviso ardiera.

No era su leve andar humana cosa,
sino de forma angélica y volante;
no mortal parecía, sino diosa:

y al mirarla así sola semejante
por lo bella, modesta y pudorosa,
yo ser juraba su inmortal amante.

De la labor traductora de Garcés nos ha ofrecido aportes considerables en los últimos tiempos la nueva crítica y los investigadores del pasado colonial del Perú, pero de las versiones petrarquianas de Althaus no teníamos información alguna. La publicación de sus *Sonetos italianos* abre una insospechada perspectiva tanto para conocer el fondo cultural de una generación y específicamente la formación italiana de Althaus, como para estudiar la "fortuna" del gran poeta aretino en América. El nombre de Althaus se incorpora a la exigua lista de los insignes traductores de Petrarca en el Nuevo Mundo. Pero volvamos al examen del resto de sus *Sonetos italianos* y a la apreciación global de los mismos.

En la segunda serie, incluye Althaus 3 sonetos de Dante, a saber, "A Guido", "Saludo a Beatriz" y "Alabanza de Bea-

triz"; 2 sonetos de Ariosto, o sean: "A una estancia donde esperaba a su amada" y "La cabellera cortada"; 2 sonetos de Miguel Ángel Buonarroti titulados "A Victoria Colonna" y "Desengaño" y, finalmente, 2 sonetos de la propia Victoria Colonna: "Al Cardenal Bembo" y "Recuerdos de su esposo"; en total también 9 composiciones traducidas.

En la tercera serie, se recogen las versiones de sonetos del Cardenal Pietro Bembo (1470-1547) "A Italia" y de Torcuato Tasso (1544-1595) "A San Francisco de Asís" y "Compara su amada a la aurora"; de Vicenzo Monti (1754-1828) "A una doncella que profesaba" y "En otra profesión"; de Vicenzo da Filicaia (1642-1704) "A Italia"; de Hugo Foscolo (1778-1827) "A mi hermano" y "A la amada" y, por último, un soneto de Giuseppe Giusti (1809-1850) titulado "Los 35 años". Totaliza esta serie igualmente 9 sonetos, con lo cual tenemos en las 3 series 27 sonetos.

El autor de las versiones se esforzó por mantener la fidelidad al original, orillando un tanto la tendencia general de los traductores románticos de hacer versiones libérrimas. Pero en Althaus y en su propia poesía, dominó siempre una tónica clásica, que también informa sus traslados. En medio del logrado valor literario de estas versiones, cabría formular un reparo: la fuerte personalidad literaria del traductor se ha impuesto demasiado, al punto que todos los sonetos traducidos se parecen entre sí en el tono y estilo y resultan, al parecer, más obras de Althaus que de sus respectivos autores. De otro lado, los autores clásicos y románticos traducidos sienten y se expresan al unísono, y las versiones no se han cuidado de mantener el "aire" personal de cada autor. La técnica de su modelado paciente y castigado, demostrada con las variantes que se anotan en las dos publicaciones de 1873 y 1874, con sólo pocos meses de diferencia, acabó por esfumar el carácter de cada autor traducido, aunque, al mismo tiempo, demuestra en Althaus a un verdadero orfebre de la palabra y a una extraordinaria capacidad en el oficio literario.

EL PETRÓLEO

Por *Mario MONTEFORTE TOLEDO*

TRESCIENTAS casas de adobe enjalbegado, con zócalos azules; un riachuelo que llevaba agua todo el año, una herradura de montañas al Poniente y una planicie que llegaba hasta el río grande: eso era todo lo que había en el pueblo.

Nada existía que no dependiera de las siembras. La zona producía en su justa medida, como para evitar a los comarcanos el cuidado de buscar compradores. Las tiendas importaban de las ciudades las telas floreadas para las mujeres, el jabón, las cosas de metal y el aguardiente. Lo demás se hacía ahí, con las fibras de las palmas y las cocciones de las hierbas y los jugos de las semillas o de las piedras.

El único negocio extraño que había en el pueblo era el de la viuda: echaba las cartas y alquilaba habitaciones a los poquísimos forasteros que llegaban en misiones del gobierno; era muy raro que alguien parara en aquella remotidad tan apta para sí misma, tan ríspida para rechazar la extranjería y los cambios.

La llegada del joven matrimonio causó sensación. Él se llamaba Santiago y ella Betty. Vestían de campo; pero no como los lugareños sino como si anduviesen disfrazados. Les llamaron "los gringos" porque él hablaba en voz alta y ella era rubia; pero procedían de la capital.

Pronto supieron los campesinos qué buscaban; querían comprar terrenos, todo el viejo patrimonio que pasaba por herencia de una a otra generación sin menguar su fuerza.

—¿Por qué no mercan fincas arriba de los montes? Allá es más fresco y el suelo está nuevo; allá sí vende la gente —les dijo Leoncio.

Los forasteros le explicaron que necesitaban una gran extensión plana porque proyectaban trabajar a máquina una plantación algodonera.

—No podemos vender —insistió Leoncio—. El dinero no sirve para nada al hombre que se queda sin tierra.

—Con lo que vamos a pagarles pueden convertirse en verdaderos agricultores allá en la sierra.

—No es lo mismo —dijo Leoncio.

Quién sabe cómo se enteraron de que él sabía más que sus compañeros, aunque bien disimulara sus fuerzas para no lastimarles su pequeño orgullo. Éste era el tino que los había hecho respetados y poderosos a él, a su padre y a quienes siempre examinaban en última instancia los negocios colectivos.

Leoncio era macizo, más viejo de lo que parecía. Miraba con prudencia, despacio, como si no se conformase con apreciar las cosas del mundo por el aspecto que los demás les veían. Su piel daba la sensación de algo coriáceo e impermeable; y así era, sin duda, porque cuando él caía en cama ya muchos campesinos estaban en el cementerio. Ahora ya no asolaban al valle pestes ni enfermedades. "Las hemos acabado con nuestros huesos", decían los del pueblo.

Leoncio sólo se emborrachaba una vez al año, para la feria del santo patrono. Luchaba entonces con dos o tres mozos al mismo tiempo, hasta que le salía sangre de los lagrimales, y se dejaba destrozar fachendosamente las piernas por los espolones de los gallos de pelea. Tambaleándose, con la botella en la mano, vociferaba por la calle, rompía cristales a puñetazos y espantaba a las mujeres. Al día siguiente iba a trabajar al campo; las bromas de sus vecinos lo sonrojaban hasta las orejas, pero no abría la boca para no sentir el sabor a herrumbre que daba gana de vomitar. "Está bueno que se eche sus tragos de vez en cuando", declaraban los campesinos, complacidos porque también él tenía sus debilidades; "es tan solo, el pobre".

Su mujer había muerto joven; tuvo que pelearla a machetazos con los muchos que se la quisieron llevar porque era limpia, espigada y tenía un lunar junto a la boca. Nunca buscó otra compañera; vivía con su hija, una muchacha hosca con la que poco a poco le quedaba menos qué hablar.

Betty y Santiago llevaban ya veintiséis días en el pueblo. Se pasaban la mañana tendidos en sus hamacas, medio desnudos, indolentes, mordisqueando frutas y fumando. Por la tarde, apenas los hombres volvían de los campos, montaban en su *jeep* y entre remolinos de polvo y hojarasca y la algarabía de los niños, rodaban la legua de camino hasta la casa de Leoncio y reanudaban sus ofertas.

Al cumplirse el mes se presentaron, como de costumbre. Leoncio los hizo pasar a la pieza donde estaban los santos, las

:edes de maíz y los aperos de labranza, y ordenó a su hija que :rajera unos cocos de agua. Betty repitió —con otras palabras— que la muchacha era hermosa y Santiago, que estaba muy bien educada. El campesino sonrió, dejó caer las manos como densas herramientas en reposo y se preparó a escuchar. El hombre miró de soslayo a su mujer y ella empezó a explicarse con voz segura y profesional.

—Venimos a hacerte una última proposición. Si nos consigues todas las parcelas del valle te pagaremos las tuyas al doble y además te daremos cinco mil quetzales de comisión —buscó en derredor algún término de comparación, hizo un cuenco con ambas manos y repitió lentamente— Cinco mil quetzales.

A Leoncio le disgustó que ella participase en el trato. No porque creyera que las mujeres fuesen completamente inferiores a los hombres, sino porque había algo repulsivo en ellas cuando hablaban de dinero. Además, la tierra era parte substancial del hombre, en todos sus minuciosos misterios; él la trabajaba, la fecundaba y la transmitía a la hora de su muerte, abonada con su propia carne. Sólo los indios permitían que sus mujeres labrasen. Pero la gente del valle no era india, de ninguna manera; bastaba repasar sus apellidos: González, Antillón, Pérez, Arévalo; no faltaban los rubios y los zarcos... Ninguno toleraba amos y cada quien era dueño de lo suyo, hasta para quemarlo si le daba la gana.

De pronto, dentro de la cabeza le estalló la cantidad: cinco mil quetzales... Era más de lo que valía la mejor tajada de la vega; más de lo que nunca había visto reunido nadie en el pueblo desde que comenzó a nacer bajo los aleros de la minúscula misión de los franciscanos —y esto había ocurrido antes del cometa, antes del primer terremoto y los vómitos negros. Leoncio redujo la cantidad lo mejor que pudo a maíz de primera, a frijol, a yuntas de bueyes, a sacos de chile, a cargas de piña, a docenas de tendales de cedro rojo. "Si tuviera un lápiz", pensó.

—Bueno, ¿qué dices? —preguntó Betty.

El campesino sonrió a la fuerza, para ganar tiempo.

—Es nuestra última palabra —insistió ella.

—La gente no quiere vender —dijo.

—¿Y si les habláramos directamente a ellos?

Leoncio sintió que las palabras de la mujer le azotaban como dedos la mejilla.

—Si quieren probar, prueben —cortó, con inocultable soberbia.

Los forasteros cambiaron rápida mirada. Habían cometido un error. Sin la voluntad de este hombre cauto, zamarro y de una irritante sensatez, no se movería ni una hoja en la zona entera. El método inicial era correcto: tentarlo con una gruesa oferta.

—Preferimos que tú decidas. No queremos obrar sin tu consentimiento —terció Santiago en tono casi respetuoso y a punto de tapar a su mujer con su cuerpo, como si quisiera desaparecerla.

Leoncio consideró que la ofensa estaba lavada.

—Siempre hay que pensar —dijo.

Cuando se despidieron, traslucían su esfuerzo para no escupir palabras descompuestas. Leoncio los vio alejarse, los saludó con la mano y se apoyó en el marco de la puerta. "Ofrecen demasiado", pensó.

—Avisa a los muchachos que los espero hoy por la noche. Tenemos que hablar —dijo, sin volverse.

Su hija se limpió las manos en el delantal, se alisó el cabello y fue a dar el recado al caserío. Leoncio pensó que muy pronto lo dejaría solo para irse con algún muchacho, que ojalá fuera bueno; se parecía algo, muy poco, a la difunta, la que tenía el lunar junto a la boca.

Ya había ido a la capital muchos años atrás. No le gustó entonces y no le gustaba ahora. Era fea, impenetrable y lo hacía sentirse consciente de sus menores movimientos, de su habla vieja y cadenciosa. La gente parecía agazapada para saltar sobre los fuereños y sacarles provecho. La vida estaba en peligro entre los vehículos, los maleantes y una vaga inminencia de tener que enojarse para salvar la dignidad. Órdenes escritas, prohibiciones y hombres de uniforme reclamaban constantemente al hombre su inferioridad y su obediencia. Allí se sabía, de un modo abrumador, cuánto se ignoraba; pero también cuántas cosas simples y profundas se conocían.

Llevaba la dirección del abogado anotada en un trozo de papel con muchos dobleces. Él había arreglado la titulación de las parcelas cuando los vecinos acordaron dividir la comunidad. Leoncio era entonces un mocoso; pero recordaba que su padre llamó al abogado "un hombre cabal", tal vez porque cobró

poco y se tomó las copas de furioso licor sin pestañear, al mismo ritmo que los campesinos. "Los malos licenciados son como los zopilotes, que se lo comen a uno aunque todavía no haya muerto", dijo el anciano, y una enseñanza más hizo reverenciar su memoria.

Encontró el bufete después de mucho preguntar. Una muchacha que escribía a máquina, con el pelo pintado color zanahoria, le miró de pies a cabeza, le hizo un signo para que se sentara en una silla y entró a la pieza contigua. Él dudó un instante y se sentó con cierto desafío en el sofá. La pulcritud del pequeño salón no molestaba. Cuadros y pergaminos colgaban de las paredes; pero consideró ingenuo examinarlos demasiado y no apartó la vista de la vidriera que daba a la otra habitación.

Volvió la secretaria y le hizo pasar. Leoncio se halló en presencia de un joven de pelo liso y echado hacia atrás, cordial y serio. Sin embargo, le pareció demasiado joven para saber; había menesteres de la madurez y la justicia era uno de ellos.

Leoncio desdobló su papel con primor y preguntó por el viejo licenciado.

—Era mi padre. Murió hace quince años.

Leoncio tuvo el impulso de retirarse. Los temores a la estafa y al engaño le asaltaron, y se arrepintió con toda su alma de haber emprendido viaje a la capital.

—¿De dónde es usted? —dijo el joven, y le ofreció cigarrillos.

—De San Andrés Colorado, un pueblo del Norte.

El hombre desvió los ojos para recordar mejor.

—Sí —dijo en tono jovial—. Mi padre hizo unas particiones y unos testamentos por allá.

Fue a un librero donde había muchos tomos empastados a la española, eligió uno, luego otro y un tercero. Sopló el polvo de los cantos y abrió el libro sobre el escritorio.

—Aquí está —dijo, y leyó en voz baja—: Macario Arévalo, Diego López Monasterio, Pantaleón del Águila, Desiderio Castro...

Leoncio se animó.

—Ese es mi señor padre —dijo.

El joven le hizo una reseña de la escritura.

—Mi padre sentía mucho afecto por la gente de San Andrés Colorado. Le parecía un lugar recio y feliz.

—Era un señor muy honrado —dijo Leoncio.

El otro le miró con reconocimiento.

—¿Quiere usted algún testimonio de estos contratos?

—No, señor licenciado. Sólo vengo a consultar un asunto.

El abogado adoptó cómoda posición de escuchar.

—Han llegado unos señores de la capital a comprar tierras. Parecen muy apurados. Mis compañeros me nombraron para que viniera a averiguar. Queremos saber si será bueno o será malo.

El abogado se dirigió a un mapa de la república que pendía junto al almanaque y a uno de sus títulos —cruzado con un cordón azul y blanco, con una medalla de oro— y preguntó:

—¿Dónde queda la población?

Leoncio le dio las señas: la del monte más alto, la del río grande, la de la ciudad a donde llegaba el ferrocarril más próximo.

—Sí, aquí está.

Leoncio leyó a pequeña voz: "San Andrés Colorado". Había muchos otros nombres, sinuosas líneas de carreteras, el lago allá al fondo y la sombra garrapateada de la sierra que bajaba desde el centro del país hasta el mar. Y se sintió satisfecho de que San Andrés Colorado figurase en el mapa, que de tanto tenía que ocuparse.

El abogado meditó, mecióse lentamente en su silla, y preguntó:

—¿Cómo eran esos señores?

—No los conocemos. Se mira que están casados. Son así, como de este porte. Ella tiene sus ojos azules. Nunca han trabajado la tierra porque tienen su piel descolorida y sus manos limpias.

El profesional se dejó resbalar en su silla, sonrió y dijo:

—Son los coyotes del mundo.

Leoncio no comprendió.

—Sí. Son los que rondan a la presa de noche, cuando agoniza, y aúllan para orientar a las fieras —adoptó un aire glacial, inclinóse sobre el campesino y dijo—: ¿Ha oído hablar del petróleo?

Leoncio hizo un signo negativo.

—Bueno. Pues han venido del extranjero muchos hombres que quieren explotar petróleo. Ya se repartieron el país entero, hasta debajo del mar. Esos terrenos de ustedes colindan con una buena zona y ese matrimonio de que me habla quiere com-

prarlos para vendérselos a las grandes compañías. Es mejor negocio ser dueño de lo de arriba y de lo de abajo del suelo.

—Entonces, ¿vale mucho el petróleo?

—Sí. Más que la tierra. Más que el hombre. Más que este país, con todo y sus barrancos y sus lagos y sus montes.

—¿Cómo es el petróleo? ¿Como piedra?

—No, como sangre; como sangre negra. Se perfora un pozo y salta un chorro de aceite hasta las nubes. Enseguida se instalan las torres, las válvulas, las tuberías, los depósitos. Luego se llenan barriles y se exportan en barcos.

Leoncio asentía con la cabeza, entre consternado y fascinado.

—¿Para qué sirve?

—Para quemar y producir energía. Para alumbrar y mover maquinaria. Para hacer pinturas y medicinas y comestibles y telas y explosivos. Sirve para todo, como los talismanes de la brujería. Sirve para comprar joyas, mujeres, gobiernos, conciencias. Casi todo lo que se mueve en este mundo es por el petróleo.

—Entonces... ¿puede ser bueno? —dijo Leoncio, e inmediatamente advirtió que nunca encontraría las palabras para plantear todas las dudas que lo agobiaban.

El abogado se mesó el cabello y descargó el puño sobre el escritorio.

—Sí, supongo que sí. Como el dinero y el poder; como todo lo que es fuerza, que lo mismo destripa que eleva, que lo mismo impulsa que estanca. Sólo que el petróleo ya no es nuestro porque estos malditos lo regalaron, con el pretexto de que somos incapaces y pequeños, y no podemos trabajarlo por nuestra cuenta. ¿Comprende?

Leoncio confesó, angustiadamente, que no entendía. El licenciado le puso la mano sobre el hombro y dijo con suavidad:

—Comenzaba este país a verse a sí mismo. ¿Cómo es posible vivir tantos siglos ignorándose de arriba abajo? Y sin embargo, así es. La muchacha de quince años se descubre ante el espejo o en la mirada de los que la codician. Comenzaba a medir su miseria y a buscar remedio a sus males, aunque doliera destruir lo pequeño para lograr lo grande. El gobierno hacía cosas buenas y malas, como todos los gobiernos; pero al menos se negó a dar nuestros recursos para que se explotaran sin garantía para la nación. Esto es mal visto en nuestro tiempo. Con el pretexto de sacar a algunos, que eran pícaros, vi-

nieron otros, que son peores. Los extranjeros les dieron dinero y armas, y ahora ellos pagan regalándoles el petróleo y otras cosas. Correrán ríos de petróleo. Ya empezaron a levantarse casas enormes y a abrirse almacenes y prostíbulos de lujo. La esperanza ya no está en el trabajo sino en esto que nos hará ricos de mentiras, como en los sueños. Ahora el gobierno vivirá de las compañías petroleras y la gente, del gobierno. Porque no vale la pena ser mujer honrada cuando se gana más como puta.

A Leoncio le empujaba recio el corazón en el pecho. Adivinaba más que comprendía, que aquellas palabras encerraban algo terrible. Y vislumbró que una nube parda como la lava, caía sobre San Andrés Colorado.

El abogado se abotonó el saco y encendió pausadamente un cigarrillo. Le temblaban un poco las manos. Algo amargo y corrosivo le daba de pronto un aire de vejez. Quién sabe cuántas cosas llevaba rotas por dentro. Esos cambios políticos que había referido al petróleo, sin duda abarcaban mucho más campo, hasta donde se dirime la pureza y la justicia.

—Señor licenciado, ¿qué hacemos con nuestros terrenos? —preguntó Leoncio con dulzura, como para no perturbarlo.

—Tarde o temprano se abrirán agujeros entre la milpa y los frijolares. Nada pueden hacer para evitarlo. Ustedes no son el gobierno ni hacen las leyes. Ustedes son demasiado débiles para que alguien los respete. Vendan sus tierras, al precio más alto que puedan sacarles, porque si se oponen se las expropiarán de todos modos y los acusarán de cosas peores que los crímenes.

—Pero. . ., el pobre no puede comprar su comida; debe producirla en su campo porque nadie se la da —dijo Leoncio con tristeza.

—Eso era antes; ahora la pobreza se mirará como a través de una lupa. Habrá huevos y marranos y frutas y aspirinas, como siempre; pero se comprarán en dólares que hay que ganar trabajando para las empresas petroleras. Ahora todo nos sabrá a petróleo: el aire, la mano del amigo, hasta el agua con que bautizamos a nuestros hijos. Y algunas torres de acero marcarán el punto que San Andrés Colorado ocupa en el mapa.

—Señor, ¿y no podríamos sacar. . . eso nosotros?

El abogado aspiró una bocanada de aire y dijo apretando los dientes:

—¿Con qué, Leoncio Castro? ¿Con las manos?

—Pues... sí —dijo el campesino.

—Podríamos; claro que podríamos —murmuró el abogado, sin detenerse a pensar en que hablaban de algo inaudito—. Otros pueblos lo hacen. Pero allí no hay traidores en el poder.

Lo acompañó hasta la puerta y no quiso cobrarle. Parecía apenado de haberlo hecho acercarse a tanta mugre.

El campesino echó a andar sin rumbo. De pronto sintió ansias de parar a cualquier transeunte y compartir con él lo que había aprendido. "Huele, huele el aire. Está saturado de petróleo"... Pero no: esas cosas no se toleran en la ciudad.

Los campesinos le rodearon apenas volvió al pueblo. De tanto que querían saber, nadie preguntó nada. Leoncio los miró de frente, uno a uno, y sin la menor indecisión les habló.

—Dijo el licenciado que no es bueno que vendamos la tierra. De ella somos, de ella comemos y en ella nos enterrarán, como a nuestros muertos.

—¿Y qué más dijo?

—Sólo eso.

—Así será, entonces. No les venderemos a los gringos.

—No, no les venderemos —repitió Leoncio.

PERO las noticias circularon con celeridad. Sin resuello, gesticulando, con los ojos extraviados, un muchacho campesino reveló a todos los que quisieron oírle:

—Aquí debajo de las siembras hay petróleo.

—¿Y eso qué es?

—Eso es lo que buscan los que abren pozos allá abajo, a dos jornadas de aquí.

Los había visto él mismo, cuando iba de caza con unos amigos. Eran unos hombres altos, requemados, vestidos de caqui con sombreros de corchos. Enjambres de braceros abrían veredas, tumbaban árboles y levantaban casas; procedían de diversas comarcas y contaban que de las entrañas de la tierra habían salido piedras embadurnadas de aceite negro. De noche, bajo sus tiendas, los ingenieros hablaban y así se supo que en la zona entera había petróleo.

La gente enloqueció de un júbilo irracional y contagioso.

—¡Somos ricos, somos ricos! —gritaban.

Cada quien se sintió dueño de lo que siempre había soñado y libre de la manera de la miseria que había sufrido. Los que primero emigraron, con el pequeño lío de sus cosas al hombro,

fueron los jóvenes. En la zona petrolera había hecho explosión una vida farandulesca. Los salarios eran altos. En la tienda se vendía de todo: buen licor, camisas de seda, linternas de cuatro pilas, cinturones con iniciales de plata, zapatos de señor y algunas cosas que no servían para nada, pero que se veían muy bonitas. Los sábados llegaban las mujeres en avión y se bailaba en la carpa donde estaba la rocola, con su inquieto arco iris de luces; luego, entre la maleza se hacía el amor, que sabía a humedad de tierra y a perfume dulce y a saliva con menta y nicotina. De vez en cuando había cuchilladas. Pero la zona embrujaba y hacía olvidar que alguna vez uno hubiese olido a sudor viejo y a boñiga. San Andrés Colorado quedaba atrás, olvidado con prisa y odio, con sus consejas y sus chismes, su severidad y sus mujeres cerradas, que querían casarse y no sabían besar.

Cada mañana, Leoncio contaba a los campesinos, hasta donde llegaba la vista. Hoy faltaban los Pérez, mañana los Arévalo... Quienes dejaban hasta los azadones clavados en los surcos; quienes, la ropa usada, pero aún decorosa para cualquier pobre. La vaca de los Quintana quedó amarrada a un guayabo, sin agua ni una hoja de pasto qué comer. Una majada de cabras sin pastor se echó sobre los maizales ya crecidos. Cuervos y zanates nublaban las sementeras y tronchaban las plantas tiernas. En algunas casas sólo permanecieron los gatos, junto a las puertas que el viento movía en vaivén; en otras, las mujeres cocinaban yerbajos y empezaban la espera del que nunca iba a regresar.

—Leoncio, la gente se va —decían los viejos.

—Sí. Morirán como perros, en los basureros.

—¿No sería bueno que alguno de nosotros fuera a ver qué pasa en la zona?

—No. Aquí está la tierra. No nos iremos.

—Leoncio, ¿vale mucho el petróleo, de veras?

—Para el pobre no vale nada. Él lo saca de la tierra y el rico se lo lleva. Todo lo que no se come no pertenece al pobre.

Pero los viejos conversaban por la noche en sus casas. Unos soñaban con ríos de monedas de oro; otros oían ruidos debajo de la tierra; otros creían haber visto salir entre las rocas una columnita de humo que olía de un modo extraño.

—Tal vez estemos caminando sobre nuestra riqueza.

—La suerte es la suerte y sólo una vez le llega al cristiano.

—Hemos sido pobres demasiado tiempo. Si cambiáramos...

—Sí, pero ahí está la tierra. No podemos dejarla.

Un día murió el niño más tierno de los Antillón. Unos dijeron que se hubiera salvado con rayos calientes, de esos que fortalecen la vida, o con inyecciones. Pero no había dinero para eso. Cuando terminaron de cubrir con tierra el cajón de pino que aún exudaba trementina por sus nudos rosados, el viejo Antillón se encaró con Leoncio.

—Ya ves lo que pasa —le dijo, apretando el gemido bajo los ralos bigotes.

Leoncio no contestó. Pero palpó de bulto, inmensa, desolada, como nunca la había visto, la injusticia de la pobreza. Y admitió, contrito, la responsabilidad de todas las desgracias que cayeran sobre el pueblo.

Esa noche se emborrachó solo en su casa. Le pegó a su hija y destrozó las redes. Con el machete le cortó la cabeza a un santo que de nada tenía la culpa, y hasta la madrugada estuvo sacando chispas en una piedra, a planazo limpio.

Apenas salió el sol se fue a su milpa. Ya no le importaba cuántos se sostenían en el valle. Él también percibió que abajo, más allá de las raíces y las arenas y las rocas, rugía el chorro de petróleo.

BETTY y Santiago volvieron al pueblo. Ya no hablaban con humildad y tenían prisa. Muchos campesinos les habían vendido sus tierras; sólo quedaban unos cuantos, sostenidos por la vergüenza que les daba el juicio de Leoncio; pero ya caerían. Ni siquiera era preciso buscarlos.

—Bueno... ¿no te decides?

—Ustedes me mintieron —dijo Leoncio.

—Tú también. Prometiste que al día siguiente nos resolverías y te escabulliste a la capital.

—No es lo mismo —murmuró el hombre, confuso.

—Sí, es lo mismo. Así son los negocios.

Rieron a carcajadas. Todo les daba risa ahora; probablemente hasta el respeto con que habían tratado a ese pobre hombre.

—Si te decides, ya sabes.

—La tierra no se vende —dijo Leoncio, y su voz parecía un clamor que trotase de cerro en cerro.

—Eres terco; pero ya comprenderás cuando veas que la compañía empieza a perforar frente a tu nariz —dijo Santiago.

Se fueron hacia la zona por la vereda que acababan de abrir los ingenieros.

Cuando llegaron al maizal los pocos viejos que quedaban en los campos, Leoncio ya los aguardaba.

—Tal vez sí hay petróleo, tal vez no —les dijo—. Pero si ha de ser de alguno, será nuestro. Nosotros vamos a abrir los pozos.

Los viejos se pusieron muy contentos. Con ardoroso entusiasmo, afilaron sus herramientas y reforzaron sus sogas.

—Haremos un pozo entre todos. Nos turnaremos y será más fácil el trabajo —propuso Leoncio.

—No —porfiaron los viejos—. Que cada uno abra el suyo en su propia tierra.

Leoncio cedió.

A unos sesenta metros encontraron roca. Las piochas saltaban a pedazos; las manos sangraban y al trepidar la tierra se desprendían arenas y pedruscos que allá abajo llenaban la espalda de verdugones. Pero despreciaban las penalidades, embriagados por un porvenir de grandezas. Leoncio también creyó en el tesoro. Sacarían el petróleo en cubos; luego lo enlatarían y lo venderían en la capital. Una recua de mulas de alzada haría el transporte y de regreso cargaría artículos para vender en las ciudades de la ruta. Le dirían "don Leoncio" y casaría a su hija con un militar.

Amarillentos, menguadas las fuerzas y las esperanzas, los viejos le preguntaban todos los días:

—Leoncio, ¿hasta dónde está el petróleo?

—Allí abajo, allí abajo.

Los ancianos dejaron de perforar. Sentados en el brocal, sin desprender los ojos de la negra sima donde Leoncio cavaba, oían los golpes rítmicos, cada vez más profundos.

—¿Cuánto llevas?

—Ciento dos metros.

—Eso es malo. Tal vez saldrá fuego.

Por fin se aburrieron y una noche de lluvia, mientras dormía aquel hombre a quien odiaban ya, se fueron a la zona y le vendieron a los gringos la tierra de sus mayores.

Solo en la heredad quedaba Leoncio. Poco a poco vendió sus muebles, sus santos y hasta la casa, y se quedó reducido a un cuarto donde dormía en el suelo. Su hija se había ido con

uno de los muchachos que trabajaban en la petrolera; hablaba muy bonito y eso fue todo lo que ella supo de él. Mas ya sólo importaba el pago de los dos ayudantes que manejaban la polea y diariamente lo bajaban hasta la negrura del agujero.

Cavaba dos horas por la mañana y dos por la tarde; eso era todo lo que aguantaba. Un día vomitó un cuajarón de sangre.

—Leoncio, te vas a enfermar. ¿Por qué no descansas un tiempo? —le dijeron los dos ayudantes.

El hombre sonrió y se tendió cara al sol.

Los dos muchachos estaban enloquecidos por aquella faena. Ellos también creían en el petróleo y en el poder sobrenatural de esa voluntad que lo buscaba desenfrenadamente. A veces, después de sacar muchos cubos de roca o de arena o de fango, se les quebraba la fe; pero cuando hablaban a Leoncio y lo veían empapado de sudor pardo y de sangre, se contaminaban de nuevo con su furia.

—Ya vamos llegando —decía él, como un alucinado—. Hoy sentí el tufo, el tufo caliente.

Una tarde sacaron el cable. Al extremo venía amarrada una piedra cubierta de aceite. Los dos muchachos se pusieron a gritar de alegría; tanto que los pajarracos que ahora campeaban en los antiguos sembrados rompieron vuelo. De pronto callaron y se asomaron al brocal con precauciones, para no desprender arena.

Del fondo de la tierra ya no subía ningún rumor.

—Leoncio, Leoncio. . .

La voz se perdía, adquiriendo cierta solemnidad, y regresaba en ecos sofocados. Los muchachos se asustaron y echaron a correr hacia el pueblo. Unos hombres que visitaban a sus familias y trabajaban en la zona los acompañaron.

En el fondo del pozo retumbaba el golpe de la pica, lento, regular.

—Leoncio. . . Leoncio. . . ¡Sube!

Tiraron el cable; pero al arrollarlo, venía solo.

Uno de los ayudantes se ató para descender; mas cuando había pasado los cien metros gritó para que lo subieran.

—Me dio miedo —confesó.

Todos se miraron, consternados.

—Mejor nos vamos —dijeron.

Y corrieron desalados hacia el pueblo.

Los ingenieros plantaron sus teodolitos y su torres, y dejaron estacas que triangulaban toda la vega. Sonreían al encontrar los pozos que habían abierto los campesinos.

—¿Y éste? —preguntaron a los peones.

—Es el de Leoncio.

—¡Ah!

Los ingenieros sintieron un extraño calofrío.

La compañía hizo perforaciones al otro extremo de la vega y en las selvas, río abajo. Las tierras de San Andrés Colorado se reservaron para lo último, si era estrictamente necesario.

Sobre todo porque las cuadrillas se negaban a trabajar allí. Decían que en el silencio del campo se escuchaban unos golpes semejantes a los de un corazón desmesurado que pulsara en la profundidad de la tierra.

Libros y Revistas

LIBROS

Por *Mauricio DE LA SELVA*

ELI DE GORTARI, *Introducción a la lógica dialéctica.* Edit. Fondo de Cultura Económica, 291 págs., México, 1956, Publicaciones de Diánoia.

El Dr. Eli de Gortari, investigador del Centro de Estudios Filosóficos y profesor de la Facultad de Filosofía y Letras, así como de la Escuela de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México, condensa en este libro los resultados de sus investigaciones tendentes a estructurar una *Introducción a la lógica dialéctica.* Como indica en el prólogo, "pretende mostrar el funcionamiento de las leyes dialécticas en los tres aspectos primordiales del proceso del conocimiento —descubrimiento, racionalización y comprobación experimental— y, a la vez, trata de destacar las conexiones existentes entre las propias leyes dialécticas". El presente trabajo constituye tan sólo la primera parte del programa que se ha propuesto su autor, estudiándose en él los aspectos generales del método científico y sus diversos problemas lógicos y epistemológicos; reservando, para la segunda parte —de la cual se ocupa en la actualidad—, el estudio detallado de las fases metódicas de la investigación científica, así como el examen de la particularización del método materialista dialéctico en la física y en la economía, a manera de ejemplos característicos de las ciencias naturales y sociales respectivamente.

Esta *Introducción,* es el primer estudio profundo que se realiza en lengua española sobre la lógica dialéctica, lo cual representa un mérito indiscutible en la obra del filósofo mexicano.

De Gortari divide su trabajo en nueve capítulos, a saber: *Dominio de la lógica, Estructura del conocimiento, Las leyes dialécticas, Las funciones lógicas, Teoría del concepto, Categorías del conocimiento, Teoría del juicio, Teoría de la inferencia* y *Elementos del método científico.*

Con estilo sobrio y presentando a profusión ejemplos tomados de la ciencia misma, De Gortari explica todos y cada uno de los temas de su *Introducción a la lógica dialéctica,* la cual, en verdad, cumple satisfactoriamente su tarea de colocar a los estudiosos en camino de comprenderla y asimilarla.

El autor verifica una revisión de las leyes dialécticas que regulan al pensamiento, a la naturaleza y a la sociedad, al par que analiza el sistema categorial con el lente novedoso de sus interpretaciones marxistas. De ahí que la lógica formal, la del viejo Aristóteles y la del eleático Parménides, no resulte desvalorizada sino que, mediante el método dialéctico empleado por el Dr. Eli de Gortari, pierda solamente su carácter de dictadora de principios con validez absoluta.

Las apreciaciones del autor se apoyan en la trilogía fundamental de expositores del método dialéctico: Marx, Engels, Lenin, y su ámbito de especulación no se constriñe al esquema —tan usado por los lógicos formalistas—, sino que se mueve sobre el terreno harto demostrativo de la ciencia, sin abandonar por ello la rigurosidad de las disciplinas filosóficas.

En realidad, la tarea que el Dr. Eli de Gortari se propone es digna de un filósofo consciente de su responsabilidad histórica y social, pues, como ya dijimos, lo que hoy reseñamos es la primera parte de tan sólida investigación, además, muchas de las conclusiones a que llega, son el fruto de su labor como catedrático; así lo hace constar: "En sus rasgos más destacados, los resultados que ofrecemos han sido sometidos a la discusión penetrante y fecunda de los alumnos de la cátedra de Lógica que impartimos en la Facultad de Filosofía y Letras y de los catedráticos y alumnos participantes en el Seminario sobre el Método del Materialismo Dialéctico, que trabaja bajo nuestra dirección en la Escuela Nacional de Economía".

En resumen, podemos afirmar que este erudito estudio del filósofo mexicano es, indudablemente, una verdadera contribución al desarrollo de la lógica dialéctica; en este sentido, el doctor De Gortari viene a ser uno de los pocos pensadores del Continente que enriquece la materia con sus aportaciones.

El autor concluye su exposición, expresando: "la lógica dialéctica es el instrumento científico indispensable para explicar cómo existen y, más aún, cómo se desarrollan los procesos de la naturaleza, de la sociedad y del pensamiento, para poder prevenirlos o propiciarlos, atenuarlos o intensificarlos. Y, con ello, la lógica dialéctica permite al hombre actuar con una eficacia creciente en el mundo, realizando su objetivo indeclinable de mejorar las condiciones de la vida humana".

ESTELA CANTO, *El estanque,* Edit. Goyanarte, 141 págs., Buenos Aires, Argentina, 1956.

Primero, se presiente la muerte de alguien; el suicidio o el homicidio asoman el rostro de vez en cuando; se sospecha fatalmente de éste o de aquél personaje, y aun cuando Gracia Ramos, refiriéndose al *estanque,* declare que las "malezas ya lo ocultaban" desde diecisiete años atrás, y que es "mejor no descubrirlo, especialmente si hay niños", el lector que de inmediato piensa en Jacinta, la chiquilla de once años, no se confía y cree ver una pista falsa, por lo que, mientras elige otros nombres como posibles protagonistas de tragedia, se deja distraer con las perturbaciones en la capilla del colegio, o con la inmovilidad de Margarita, o con la abulia de Manuela.

Después, la atención se va ramificando; por un momento, más que la muerte de alguien, importa el "espejo mágico" del estanque y sus reflejos de la realidad, la cual contribuye a la ficción; o también, el drama de la esposa que comprende su papel secundario ante la amante del marido: "Nunca me has querido y yo siempre lo supe, desde el principio. Te casaste conmigo porque te convenía hacerlo, y yo acepté porque te quería". La atención del lector, ya dentro del drama, cae en confusiones de planos afectivos o de realidad y sueño; en el primer caso, se duda entre el paroxismo amoroso y el relajamiento moral, así cuando la esposa declara: "No me he enojado cuando he sabido que estabas enamorado de otra mujer; no he sentido celos. Sólo he querido conocer a esa mujer para admirarla y para poder parecerme a ella"; y en el segundo, cuando una mujer que no se atreve a marcharse con el hombre que la ama, se ve remplazada por otra, casi en el mismo instante, sin más justificación que la creencia de "estar dentro de un sueño". En los sueños pasan cosas absurdas, las

decisiones no dependen de nosotros, en los sueños se cambia una persona por otra".

La novela de Estela Canto no es propiamente el estanque, símbolo de lo mágico, sino el drama símbolo de la vida que ella traza. El drama está presente desde las primeras páginas; la novela en sí es un drama gigantesco, tejido de otros menores que no por ello son menos intensos. Drama el de Dora, quien deja al prometido por seguir al hombre que conoció en su infancia. Drama el de Gracia Ramos, amando la estrujante quinta por creerla saturada de la presencia del patrón muerto a quien amó siempre. Drama el de Manuela, que sacrifica a Ernesto y a Isidoro, sus dos amantes, por un incomprensible amor hacia Jacinta, su hija. Drama el de Jacinta, quien con su once años va al suicidio por no entender a fondo el conflicto de su madre. Drama el de Isidoro, atado a su esposa sin quererla y traicionado por la otra a quien ama. Drama el de Margarita, despreciada por Isidoro y desbordándose de amor hacia Jacinta, pequeña hija de la mujer con la cual comparte a su marido.

En fin, la autora consigue el clima emotivo que se propuso. Los personajes, aunque faltos de iniciativa, no rayan en robotismo, inconscientemente se *salvan* unos a otros; incluso, cuando en Jacinta la iniciativa surge con cierto exceso aparente, se descubre muy pronto la debilidad de su origen, pues la determinación arroja un fruto negativo: la muerte de la niña. Por otra parte, el estanque no alcanza categoría de personaje (¿será por ello que no *salva* a Jacinta?), ni se define como el árbol que Steinbeck —en su novela *A un Dios desconocido*— planta para el personaje Joseph Wayne.

No obstante, Estela Canto ha construido el éxito de este relato a base de una bien disciplinada imaginación; por lo cual no sería remoto que el sacrificar la magia del estanque ante la realidad de Jacinta, fuera producto de su preferencia por determinada solución y no ausencia de capacidad, circunstancia que suele rodear a muchos novelistas, pero no a Estela Canto quien ha sido capaz de sortear lugares más peligrosos a fin de darnos una novela como *El estanque*.

ALFONSO REYES, *Obras completas*, Tomo V, Edit. Fondo de Cultura Económica, 397 págs., México, 1957, Colec. Letras Mexicanas.

En este tomo V de sus *Obras completas*, Alfonso Reyes —señor del buen decir y del buen narrar— divide su exposición en dos partes: *Historia de un siglo* y *Las mesas de plomo*.

En la primera, revisa los sucesos trascendentales del siglo diecinueve. Con prosa ágil y desenvuelta el humanista mexicano nos lleva hacia hechos diversos de importancia histórica, económica y social.

Dentro del marco de estos artículos periodísticos, surgen las revoluciones que transformaron el perfil del siglo pasado. "La revolución intelectual fue obra de los filósofos. Más que pensadores sistemáticos, escolásticos, abstractores de ideas, son por lo general, y sobre todo en el caso de Francia, que llevaba la voz, filósofos sociales, meditadores independientes... La revolución industrial, hija del maquinismo, comienza por los progresos de hilados y tejidos en Inglaterra, madura con el vapor, culmina con la electricidad; transforma, al volcarse por toda Europa, los cuadros sociales". Y la tercera, la social, se atribuye a la patria de Rousseau con su clásica revolución, la cual "trajo una reconstrucción social para el mundo".

Guerras, pactos, convenios y revoluciones son recordados por Alfonso Reyes, y el hilo que une esos sucesos conduce al lector de Viena a Brasil, de Rusia a Italia, de España a Turquía, mientras la exposición histórica adquiere finos matices poéticos, como en el artículo titulado *El ocaso de Napoleón*. "La isla, el barco, la guardia, un puñado de francos, una casita, una administración diminuta —de ama de llaves— con que divertirse... Modesto alivio para el que había exigido un tributo de 1,500 millones y 300,000 hombres anuales, a fin de poder realizar aquel paseo triunfal por Europa que —tras los desastres de la Moscova, Leipzig y Waterloo— acabaría en una roca solitaria, en las lejanías sudatlánticas, bajo las arenas de Longwood, junto a un sauce llorón".

Las mesas de plomo —parte segunda del libro— contiene artículos referentes al periodismo; habla de los precursores del periodismo inglés, de los orígenes del periodismo español, de Hispanoamérica, Francia y los Estados Unidos; igualmente, se le dedican artículos al periodismo literario y al de la "España Romántica", siempre con ese estilo característico de Alfonso Reyes, en el que campea la erudición y la gracia.

Es digno de transcribirse en esta breve nota, un párrafo del título *Inglaterra y los Estados Unidos*. "Lograr una noticia única o alcanzarla antes que los demás es, ya se sabe, el honor del periódico. Malo cuando el director se pasa de listo, como sucedió con un periódico inglés de segunda fila, en tiempos en que las regatas apasionaban más que hoy en día. Hizo el tal tirar dos ediciones de antemano, decidido a poner su periódico en primera fila a todo trance: en una edición anunciaba el triunfo de Oxford, y en la otra el triunfo de Cambridge. Pero ese año quiso la suerte que sucediera lo que no había sucedido nunca: hubo empate".

VICENTE SÁENZ, *Nuestras vías interoceánicas*, Edit. América Nueva, 220 págs., México, 1957, Colec. Autores Contemporáneos.

Pocos escritores de temas políticos poseen una bibliografía tan significativa como Vicente Sáenz, quien desde su juventud, inclinó su pluma hacia los problemas esenciales que confrontan los países hispanoamericanos. Con tal trayectoria, nos entrega ahora un nuevo título que, prolongando su ideario de derechos y libertades totales para nuestros pueblos, arriba a conflictos internacionales de actualidad, los cuales deslinda con precisos conocimientos jurídicos e históricos.

Sáenz analiza en este libro los tratados y convenios que la potencia mayor ha impuesto siempre a las débiles economías hispanoamericanas, así como recuerda las "cuarenta intervenciones armadas estadounidenses en diversas repúblicas latinoamericanas, entre 1900 y 1933".

Aunque con igual tónica, Sáenz se extiende más sobre el peligro que se cierne contra el Istmo de Tehuantepec, que sobre los amenazantes en Nicaragua y Panamá. De aquél asienta, después de agotar la relación histórica, que finalmente, cuando estuvo en boga la *buena vecindad*, "hubo al mismo tiempo un visionario y decidido gobernante de la nación azteca, el señor general Lázaro Cárdenas, quien supo darse cuenta de circunstancias tan propicias para poner fin a la herencia de Santa Anna".

En seguida, da cuenta de la *Mesa redonda sobre los canales internacionales*, verificada en la Universidad de Panamá durante los últimos días del mes de

marzo (1957). Y, a manera de apéndice, incluye los *Principales tratados de tránsito, o para la construcción y el manejo de vías interoceánicas en territorio americano.*

SARA GARCÍA IGLESIAS, *Exilio,* Edit. Fondo de Cultura Económica, 339 págs., México, 1957, Colec. Letras Mexicanas.

Es una novela en la que no sólo se pudo aprovechar el título, sino exprimirlo en favor de esta o de aquella agrupación política. Indudablemente, como el tema desarrollado es la convivencia de los exilados españoles con los ciudadanos mexicanos, no deja de aparecer por ahí el repudio hacia Franco.

La autora intenta ser justa al resaltar las debilidades características del mexicano y del español. Es posible que por cierta necesidad de ser cortés, sea más drástica al juzgar a sus hermanos de raza; tal drasticidad la lleva a veces a caricaturizar personajes y situaciones. Por ejemplo, suenan bastante falsas las palabras del diálogo que Esteban —español— libra con Nemesio —mexicano— cuando aquél pregunta por las actividades de la hacienda. Del diálogo queda firme una conclusión: el campesino mexicano no prospera porque le tiene miedo a la tierra y al sol. Pensamos, que sin haber llegado a esos extremos la novela podría sacarse hacia adelante. Esta clase de vicios y otra de prejuicios, dan la impresión de que la autora desconoce ciertos ambientes y que los aborda con más imaginación que experiencia; quizás por este motivo, resulten personajes como Rivera, sin conformaciones psíquicas e introducido en el relato para que diga cualquier cosa.

Aparte de lo anterior, es de hacerse notar que, Sara García Iglesias, maneja con habilidad el relato y su estilo la lleva a exponer las historias con claridad. Tal vez por ello, las penalidades del exilado nos resultan realmente humanas, y el gachupín nos coloque entre la disyuntiva de aborrecerlo o sentirle lástima. En resumen, la novela es amena y sobresale por sus aciertos.

EDUARDO BLANCO-AMOR, *La catedral y el niño,* Edit. Losada, S. A., 405 págs., Buenos Aires, Argentina, 1956.

Eduardo Blanco-Amor, español radicado en Buenos Aires, ha construido una pieza novelística que no obstante su voluminosidad, mantiene el interés de quien recorra sus páginas. En ella nada es reiterativo. Existe concordancia entre todos sus elementos.

Los diálogos y las descripciones fluyen sin complejidades. Las historias son constantemente enriquecidas. Los personajes están a la altura de sus historias, y cada uno de ellos cumple fielmente el cometido que le corresponde. La acción se antoja a veces un poco lenta, pero ello se explica en la armonía que ha de existir entre el transcurso del tiempo y el lugar provincial donde se desarrolla.

Cualquiera de estos elementos es suficiente para elaborar comentarios extensos. Blanco-Amor ha cuidado minuciosamente la estructuración de cada uno. Los asuntos no constituyen novedad, pero la forma como están tratados los colocan sobre un campo de verdadera creación. El vínculo entre la catedral y el

niño es bastante original; Luis intuye, en la existencia de aquélla, lo inexplicable de la eternidad y lucha sordamente para liberarse del temor que le engendra. La ficción ronda a menudo el vínculo entre Luis y la catedral, sin embargo, se aleja en derrota cuando aquél se aferra a la realidad. Luis es un buen personaje, no defrauda nunca, pero como creación de caracteres nos atraen más *las Fuchicas*. "Eran las correveidile de la ciudad, y el extremoso ensañamiento con que declaraban sus chismorrerías participaba de la exageración caricaturesca de sus facciones. La flaca daba sus nuevas con un ríspido asco hacia la humanidad condenada, perdida, sin remedio posible, y la gorda con una compunción aconsejadora y resabiadísima más peligrosa en sus ungüentos verbales, que la otra con sus bíblicos aspavientos".

Antonio Gómez Robledo, *Ensayo sobre las virtudes intelectuales,* Edit. Fondo de Cultura Económica, 242 págs., México, 1957, Publicaciones de Diánoia.

El pensamiento filosófico de los griegos es siempre traído a cuenta por los escritores ocupados en la tarea de investigación, pues en las ideas de aquéllos se descubren facetas interesantes para la interpretación de las diversas ramas de la filosofía. Es con la figura de Aristóteles, en el contexto de la *Ética nicomaquea,* con la que Gómez Robledo escribe su *Ensayo sobre las virtudes intelectuales.* El trabajo entraña una respetable investigación sobre el *libro VI* de la *Ética nicomaquea;* el autor, sin dejar de hacer luz en los pasajes oscuros del peripatético, expone su criterio dando su propia interpretación de las virtudes intelectuales.

Al asomarse a la exégesis que Gómez Robledo ha realizado, el lector siente que el Aristóteles de la Antigua Grecia se remoza, comprobando la vigencia de sus conceptos. "No creemos que en nuestro tiempo, tan aquejado de irracionalidad... estén fuera de lugar estas reflexiones sobre aquellos ideales de vida. Cómo plasmar, en la mejor síntesis posible, lo racional y lo irracional en el hombre, alma y espíritu, y cómo proyectar esta síntesis en la sociedad, ésta fue acaso la preocupación mayor de la sabiduría antigua. Su mensaje es por ello, para nosotros, un magisterio cuyo vigor y frescura parecen desafiar hasta hoy la usura del tiempo".

Gilbert Cesbron, *Los santos van al infierno,* Editorial del Pacífico, 304 págs., Santiago de Chile, 1957, Colec. Plenitud.

El éxito de esta novela se entiende, al saber que fuera de la edición original en francés, la misma editorial ha publicado, desde 1952, cinco ediciones más.

El tema que desarrolla, bastante conocido, es de actualidad. El autor ha novelado la pugna que se planteó en Francia entre los sindicatos comunistas y la acción de los sacerdotes obreros. No cabe duda que Gilbert Cesbron, aun cuando intenta ser imparcial, tiene sus preferencias. No obstante, las ubicaciones ideológicas pueden olvidarse por un momento, dada la finalidad humana que a ratos se adivina en la narración, es decir, que mientras el autor mueva al personaje Pedro como un hombre que lucha a favor de sus misérrimos hermanos obreros, podemos ignorar que en la novela como en la realidad el sacer-

dote ha sido trasplantado, artificiosamente, hacia un medio social que no es el suyo, y por ende, su actuación es poco sincera, a menos que el contacto con dicho medio le elimine las viejas raíces, y surja en él la conciencia que corresponde a un auténtico obrero.

Cesbron ha escrito un relato donde la polémica se circunscribe más al tema que a la forma. Sin embargo, es forzoso reconocer que esta última sale bien librada.

CRUZ COSTA, *Esbozo de una historia de las ideas en el Brasil,* Edit. Fondo de Cultura Económica, 177 págs., México, 1957, Colec. Tierra Firme.

En el presente estudio, Cruz Costa abarca desde los *Orígenes y desenvolvimiento* de las ideas en el Brasil hasta el movimiento actual. Costa coincide con Silvio Romero en que el lapso que se extiende entre 1868 y 1878, es "el período más notable de nuestra vida espiritual en el siglo XIX" .

El eclecticismo y el positivismo son las corrientes que privan en Brasil hasta principios de este siglo. El autor señala en su exposición, que hacia la primera guerra mundial, empieza a notarse cierta inquietud por la estructuración de un pensamiento de carácter nacional.

Brasil se inicia en su búsqueda con una actitud contemplativa orientada en favor de la religión, actitud que en la actualidad se ha transformado en "una acción social y política", pero que no cristaliza todavía en un movimiento específicamente brasileño. Cruz Costa abriga la esperanza de que su patria, en tiempo no lejano, llegue a contar con una filosofía propia. "El Brasil —dice— es un país de contrastes... Solamente una filosofía de la acción, solamente un pragmatismo puede, en estas condiciones, corresponder a sus necesidades profundas, a su edad intelectual. Y es su condicionalismo histórico lo que da sentido a su pensamiento... Para nosotros la filosofía auténtica siempre estuvo ligada a la acción".

S. SERRANO PONCELA, *La venda,* Editorial Suramericana, 275 págs., Buenos Aires, Argentina, 1956.

Ocho relatos, que a veces son cuentos largos y a veces novelas cortas, integran el presente tomo. Su título coincide únicamente con el del primer relato. *La venda,* es la narración más parsimoniosa, pero la más acabada e intensa. Bajo la venda, simbólicamente, se encuentra toda la emotividad que Serrano Poncela derramó en esta relación; bajo la venda se dan cita una serie de factores: el sentido humanitario del sacerdote, la repugnancia por la lepra, la atracción sexual del hombre, etc. El placer que el cura busca en una de las enfermas de la leprosería, casi llega a nulificarse cuando descubre que en la frente de la mujer, cubierta por una venda, se localiza la lepra. El cura se asquea. Ella comprende y lo repudia. Pero él, en nombre de Dios y de su propio deseo, se humilla y olvidando la venda, retiene a la hembra que huye. "No me creerás —le dijo al oído, asustado de sus propias palabras y su entrecortado resuello— quizá no me crees, pero voy a darte mi amor y mi pureza. Dios me lo manda y ya no tienes por qué despreciarme".

Los otros siete relatos están en la misma línea estilística del anterior, aun cuando los motivos centrales sean más débiles. Cansan las retrospecciones sobre el suicidio de Ángel Gaitán en *Amore amaro,* la entrega de la hija al novio pudiente en *Un susto,* o la inexperiencia del jovenzuelo militar del ejército republicano en *Fräulein Inka.*

EMMA SUSANA SPERATI PIÑERO, *La elaboración artística en Tirano Banderas,* Edit. El Colegio de México, 206 págs., México, 1957, Publicaciones de la Nueva Revista de Filología Hispánica.

Según opiniones, *Tirano Banderas* es la mejor novela escrita por Ramón del Valle-Inclán, aparte de ser la única que, entre las publicadas por sus contemporáneos españoles, versa sobre América. La autora del trabajo que nos ocupa, además de considerar que la interpretación y el tema del libro son valiosos, cree que tal vez encierra más valor el conocer "la forma como Valle aplica en él sus teorías y despliega su arte".

Emma Susana Speratti Piñero, para analizar el fondo artístico de la obra de Valle, ha buscado e investigado los materiales más diversos pero necesarios, a fin de que sus juicios se aproximen, hasta donde sea posible, a los méritos que concede la exactitud. Por ello nos informamos, que para la estructuración artística de *Tirano Banderas,* Valle utilizó las crónicas de Toribio de Ortiguera y Francisco Vázquez, quienes narran la rebeldía del primer tirano de América, Lope de Aguirre, contra el Rey de España. Asimismo, nos enteramos que el novelista incorporó, oportunamente transformados, pasajes e ideas de antiguos trabajos suyos, así como también textos casi completos, por él reelaborados, de la obra ajena. "Lindando con el plagio, Valle-Inclán supo esquivarlo. Nos ha presentado —con la firma, diríamos— la verdadera paternidad del texto utilizado". Tal afirma la investigadora al referirse al cuento *La juida* del Dr. Atl, incluido como un episodio de *Tirano Banderas* después de sufrir modificaciones formales.

ALLAN LEWIS, *El teatro contemporáneo,* Edit. Universidad Nacional Autónoma de México (Imprenta Universitaria), 187 págs., México, 1957.

Cinco autores del teatro contemporáneo son analizados en otros tantos capítulos, empleándose para cada uno el mismo método de exposición. Lewis escoge la obra que por una u otra circunstancia le parece más adecuada a su trabajo, sin dejar por eso de anotar generalidades acerca de los demás títulos que el autor correspondiente posee. En beneficio del análisis, introduce datos históricos relacionados con los rasgos biográficos del escritor en turno.

La selección de obras y autores que aquí se tratan es: *Yegor Bulitchev,* de Máximo Gorki; *El cocktail-party,* de T.S. Eliot; *La buena mujer de Setzuán,* de Bertolt Brecht; *Rosas rojas para mí,* de Seans O'Casey, y *La muerte de un viajante,* de Arthur Miller.

Gorki y Eliot están expuestos con mayor pasión; Brecht con mesura; O'Casey, con admiración, y Miller, con no mucho entusiasmo. La situación de este último quizá pueda explicarse en las siguientes palabras de Lewis: "Los

Estados Unidos experimentaron por unas cuantas y breves décadas el orgullo de ser los líderes del teatro. Su mejor teatro, todavía está por hacerse".

Refiriéndose a Gorki y Eliot, Allan Lewis hace notar que el primero trabajó desde niño, fue mensajero, lavaplatos, panadero, estibador, velador y periodista, total: "el primer dramaturgo socialista definitivo"; y el segundo, de familia acomodada, estudiante en Harvard y otras Universidades alemanas, viajero, profesor y banquero, total: "el representante más formidable" del *teatro de la reacción.*

CHARLES GUIGNEBERT, *El cristianismo medieval y moderno,* Edit. Fondo de Cultura Económica, 313 págs., México, 1957, Colec. Breviarios.

Guignebert, quien ya había tratado el cristianismo antiguo, estudia ahora extensa y minuciosamente desde el cristianismo del medievo hasta el de nuestros días, asentando que tal corriente espiritual convertida en catolicismo occidental, no ha sido comprendida nunca y mucho menos practicada.

La investigación pone de manifiesto las contradicciones existentes, a través de los siglos, entre la Iglesia Católica y el cristianismo. Por otra parte, señala cómo el catolicismo —contra lo que se cree— no dominó tranquilamente en el transcurso de la Edad Media, dada la cantidad de sectas disidentes que incluso obligaron a la Iglesia a establecer —"una de las más espantosas invenciones del fanatismo de todos los tiempos"— la Inquisición.

Guignebert también muestra, investigando sus más lejanos antecedentes, la creación del Papado, cuya institución, en vez de obedecer a necesidades puramente espirituales, se debió a circunstancias políticas, recurriendo, para darle la solidez de que carecía su origen, a escritos apócrifos.

La interesante exposición de este autor, no se debe a desahogos antirreligiosos, sino al anhelo de hacer luz sobre un tema que ha sido falseado desde sus principios.

VIRGILIO PIÑERA, *Cuentos fríos,* Editorial Losada, S.A., 191 págs., Buenos Aires, Argentina, 1956.

Por generalización se acepta que todos los títulos corresponden a cuentos, pero, en realidad, algunos están desprovistos del ámbito que exige el género; demos por caso *En el insomnio,* cuya extremada síntesis viene a darnos la razón.

Ahora bien, esto no significa que Virgilio Piñera desconozca el oficio, ¡de ninguna manera! Por el contrario, además de conocerlo, lo domina y lo utiliza de acuerdo con la exigencia de cada tema.

Por lo regular, la mayoría de los cuentos son breves, pero alcanzan a crear un clima intensivo, clima sostenido más por cierta técnica kafkiana que por la descomposición parabólica de la realidad. Particularmente, pensamos que los mejores efectos de dicha descomposición se logran en los cuentos más extensos; junto a la ironía desplegada en *El gran Baro* o en *El muñeco,* habrá de recordarse siempre la agilidad de Piñera para evadir a Kafka, construyendo con mayor originalidad —mediante la desarticulación de lo real— el juego imaginativo que conviene a sus intenciones.

FERNANDO DE LOS RÍOS, *Religión y Estado en la España del siglo XVI,* Edit. Fondo de Cultura Económica, 199 págs. México, 1957, Sec. de Obras de Historia.

En el amplio prólogo que Ángel del Río dedica a esta obra, se hace ver que la misma fue publicada en 1927 por el Instituto de las Españas de la Universidad de Columbia. Ahora se edita en México como un homenaje póstumo al patriota español, cuya ambición fue edificar una España socialista donde concurrieran "bases morales, espirituales y estéticas".

Fernando de los Ríos, quien creyó siempre en el renacimiento de su España, resucita el tiempo glorioso en que Fernando V fue un reformador disciplinario de la Iglesia, y Carlos I un convencido por el ideal de la confederación cristiana.

Dentro del proceso monárquico español, De los Ríos hace hincapié en el nacimiento de la reina Isabel, que logró unir varias provincias en un solo reino.

Refiriéndose a la acción de España en América durante la época de colonización, sostiene que la encomienda tuvo origen en la rebeldía indígena, la codicia conquistadora y los intereses del imperio.

ELI DE GORTARI, *La ciencia en la reforma,* Edit. Universidad Nacional Autónoma de México, Centenario de la Constitución de 1857, Centro de Estudios Filosóficos, 91 págs., México, 1957.

Buscando los antecedentes de la Reforma en México, el autor se remonta a Galileo, Bacon y Bruno. Enseguida, rememora algunos años durante los cuales se realizaron las primeras conquistas de este tipo: en 1776 se impone la educación laica en el Colegio de las Vizcaínas; en 1781 surgen las actividades en favor de la fundación de la Academia de las Nobles Artes de San Carlos. Junto con estas conquistas, Eli de Gortari enumera a Francisco Echeveste, Ambrosio Meave y Manuel Aldaco, para la primera, y a Francisco Javier Clavijero y Francisco Javier Alegre, para la segunda.

De Gortari habla aquí del movimiento filosófico en el que intervienen Benito Díaz de Gomarra y Juan Antonio Alzate, de las influencias de las revoluciones norteamericana y francesa, de la primera realidad jurídica con Gómez Farías, de la necesidad de que la enseñanza fuera laica y gratuita, puesto que de siete millones de habitantes, seis eran ignorantes, y, por último, que como "resultado positivo de la peculiar reforma 'científica' puesta en práctica por los herederos reaccionarios del liberalismo de la Reforma, hasta los principios del positivismo terminaron por desaparecer".

W. A. JOHR y H. W. SINGER, *El papel del economista como asesor oficial,* Edit. Fondo de Cultura Económica, 157 págs. México, 1957, Sec. de Obras de Economía.

Después de que una obra anterior de W.A. Johr fue criticada por H.W. Singer, y que aquél, por tal motivo, procediera a una revisión, el profesor E.A.G. Robinson propuso que crítico y criticado laboraran juntos a fin de publicar un

nuevo libro, "en el que la obra del profesor Johr se ampliaría y complementaría con las aportaciones del doctor Singer sobre las funciones especiales y las experiencias de trabajo de los economistas que trabajan en los departamentos de investigación de las organizaciones internacionales". La propuesta fue aceptada de inmediato por Johr y Singer, dando como resultado las dos partes que constituyen *El papel del economista como asesor oficial.*

Ante las dificultades existentes entre las resoluciones teóricas de la Economía en determinadas situaciones y la forma como ha de procederse para afrontar los problemas económicos en la práctica, este libro tiende a "indicar los problemas particulares que surgen al tratar de contestar las interrogantes de orden práctico en el campo de la política económica, y señalar los medios para solucionarlos".

FERNANDO DÍEZ DE MEDINA, *Thunupa,* Edit. Gisbert y Cía., 373 págs. Bolivia, 1956.

Trabajos líricos sobre lugares, artistas y acontecimientos así como ensayos políticos, se reúnen en este volumen que hace diez años fue editado por primera vez y que ahora, en su segunda edición, viene aumentado con doce nuevos títulos.

Dos son las características de Fernando Díez de Medina en el presente libro: su valentía americanista para señalar todo lo relacionado con los problemas que acosan a nuestros pueblos hispanoamericanos, y su prosa poética y directa cuando roza el mito y la leyenda.

Thunupa, el primer título del tomo, manifiesta al héroe legendario que en Bolivia, aun a costa de su vida, proclamó la libertad entre los primitivos moradores. En este ensayo, Díez de Medina busca thunupas para la actual Bolivia, pero en los otros de este tipo, tácitamente los busca para Hispanoamérica.

Entre las páginas valientes que llaman la atención, están las tituladas: *¡Qué pequeños son los grandes hombres!* En ellas se relata el vasallaje y el poco valor civil que representantes hispanoamericanos mostraron durante una conferencia sobre *La libertad responsable,* celebrada en la Universidad de Columbia. La cobardía se observaba por todas partes, no obstante que había allí cinco ex-presidentes, tres premios Nobel y muchos "grandes hombres". El autor únicamente salva a Picón Salas y a Eduardo Santos. Apunta de Lleras Camargo: "tipo de orador internacional: culto, muy fino, orador de medios tonos, lo dice todo... y no dice nada". Luego, describe: "Benítez, de Puerto Rico, pretendiendo pasar como exponente de una generación revolucionaria... ¡la que determinó la anexión a los EE.UU.!" Finalmente, concluye: "Primera y última vez que asisto a una conferencia internacional. Ni amargado ni resentido; simplemente: desolado". Nosotros pensamos: ¿lo volverán a invitar?

CARMEN BÁEZ, *La roba-pájaros,* Edit. Fondo de Cultura Económica, 127 págs. México, 1957, Colec. Letras Mexicanas.

Veinte denominaciones reúne la autora en este nuevo tomo de *Letras mexicanas,* el cual toma su título de uno de los cuentos de mayor extensión.

Carmen Báez desenvuelve los temas que aborda en una línea que bien podríamos llamar de ternura, línea que a ratos es llevada a tal extremo, que decae desafortunadamente en expresiones cercanas a la cursilería.

Algunos de sus cuentos dejan la impresión de haber sido solucionados apresuradamente. Otros, en cambio, no sólo eliminan de golpe esa impresión, sino que muestran a la autora sobre un plano de conocimientos y sensibilidad, relacionados con el género.

JOSÉ G. ZUNO, *Las artes plásticas en Jalisco,* Edit. Et Caetera, 342 págs. Guadalajara, México, 1957.

En este ensayo crítico-histórico, Zuno inicia su investigación sobre las artes plásticas desde el tiempo de la Colonia y sus representantes en la materia (Ibarra y Cabrera, entre otros), y la concluye con Clemente Orozco y el Dr. Atl, a quienes señala como representantes de la pintura jalisciense actual.

El estudio abarca a los artistas nacidos o formados en Jalisco, cuya enumeración arranca desde el siglo XVI, complementándola con una serie de notas alusivas y apuntes sobre exposiciones artísticas realizadas en ese Estado.

Zuno remonta toda la cultura plástica jalisciense a la cultura prehispánica y a su correspondiente formación étnica, y sostiene con abundante documentación que el verdadero arte de nuestro pasado fue la escultura.

MANUEL ROMERO DE TERREROS, *Una casa del siglo XVIII en México,* Edit. Instituto de Investigaciones Estéticas, Universidad Nacional Autónoma de México (Imprenta Universitaria), México, 1957.

Mediante la "reseña, selección de documentos y notas de Manuel Romero de Terreros", acerca de la casa aún en pie del que fuera Conde de Xala, el lector puede darse una idea de la vida y costumbres que llevaban las clases privilegiadas durante el siglo XVIII.

Se incluye aquí un inventario minucioso de todas las pertenencias de dicho conde, las que representan una cuantiosa fortuna, así como cuarenta y cinco reproducciones fotográficas de aspectos y objetos relacionados con la casa.

GUILLERMO DÍAZ DOIN, *¿Revolución o golpe de Estado?,* Ediciones Amanecer, 181 págs. Argentina, 1956.

Artículos y ensayos conforman este libro prologado por Américo Ghioldi, cuyo autor es un expatriado por la tiranía franquista y quien tiende a modelar una opinión política en beneficio de su nueva patria, Argentina.

Díaz Doin, en estas páginas, esclarece la esencia del fascismo, movimiento que señala oculto, en el tiempo de Juan Domingo Perón, bajo el nombre de "laborismo". Enseguida, demuestra cómo Perón, al no obtener la colaboración capitalista, se atrajo a la clase trabajadora con promesas de mejoras materiales, apoyándose en el elemento militar. Con este motivo, revisa la toma del poder por el ex-mandatario argentino hasta el instante de su derrocamien-

to, interrogándose sobre si esto último se debió a una *Revolución* o sólo a un *golpe de Estado.* Deslindando los conceptos, afirma que el derrocamiento sí es consecuencia del hecho revolucionario. Más adelante, el autor comenta el libro de Luis Jiménez de Asúa: *La constitución política de la democracia española;* cita el ideario de Azaña y se duele de que hoy en su patria, por gobernar un solo partido "ya no existe margen para la sonrisa, ni para la mueca burlesca".

Francisco González de Cossío, *Crónicas de la Compañía de Jesús en la nueva España,* Edit. Universidad Nacional Autónoma (Imprenta Universitaria), 258 págs. México, 1957.

El prólogo y selección correspondientes a estas *Crónicas* que se publican en el tomo setenta y tres de la Biblioteca del Estudiante Universitario, se deben a Francisco González de Cossío, quien de las principales, aquellas que aportan un valor a la historiografía colonial de México, seleccionó los capítulos más interesantes, basándose en los originales.

Las *Crónicas* son cuatro y pertenecen a otros tantos jesuitas: Juan Sánchez Barquero, Andrés Pérez de Rivas, Francisco de Florencia y Francisco Javier Clavijero. La de Sánchez Barquero es inédita y se refiere a la llegada de la Compañía de Jesús a la Nueva España (26 de septiembre de 1572), así como a sus labores de instrucción y evangelización rudimentarias.

REVISTAS Y OTRAS PUBLICACIONES

Revista del Museo Nacional, Director: Luis E. Valcárcel, Año XXV, Tomo XXV, 1956, Lima, Perú.

Esta orientadora publicación peruana —fundada en 1932—, celebra con el presente número su XXV aniversario. "Durante los veinticinco años de vida ininterrumpida, la Revista ha cumplido su misión científica, acogiendo en sus páginas valiosos estudios, de carácter histórico, lingüístico, arqueológico y etnológico, relativos al Perú".

Desgraciadamente, con este aniversario de la revista ha llegado la muerte de uno de sus cofundadores: José Sabogal. Suponemos que, por encontrarse en prensa el número que nos ocupa al momento de morir el genial pintor Sabogal (15 de diciembre de 1956), no se dio más amplitud al homenaje que se inserta y que le rinden el Museo Nacional de Historia, el Museo de la Cultura Peruana y el Instituto del Arte Peruano. El pintor murió a la edad de 68 años.

Respaldando el homenaje, se ofrece aquí una *Autobiografía de Sabogal, José Sabogal, primer pintor peruano,* de José Carlos Mariátegui; *José Sabogal,* de Luis E. Valcárcel, y *Hombre guía,* de Camilo Blas.

En parte de su autobiografía y después de larga residencia en el viejo continente, Sabogal anota: "Volví a Buenos Aires con fines de retorno a Europa, pero la belleza inédita de los Andes americanos, tuvieron en mí fuerte

atracción y planeé viajar a Cuzco... En Cuzco me detuve seis meses sólo dedicado a pintar..., me dirigí a Lima por la ruta del ferrocarril y el mar, y otra vez yo iba recogiendo con unción las *bellas* de la variada efigie peruana, estampas directas y sentidas que han formado en mí la devoción por mi país... Expuse mis telas pintadas en Cuzco, el 15 de julio de 1919... Cayó esta muestra como si fueran motivos de exótico país; el medio limeño aún permanecía entre los restos de sus murallas virreinales, con más conocimiento de mar afuera que de mar adentro... Mi primera presentación en Lima... fue la iniciación del movimiento de nuestro 'redescubrimiento', tocándome a mí ser el portaestandarte y 'cabeza de turco' para la diatriba. A base de esta exhibición vino más tarde el grupo de pintores motejados de 'indigenistas' por la razón de buscar la expresión estética de nuestro país.... Viajé a México en la hora inicial del poderoso movimiento artístico que hizo el milagro de colocar el país azteca en la carta geográfica de arte universal. Volví con mayores ímpetus para continuar mi peregrinación de pintor por el territorio peruano".

En seguida, leemos algunos juicios sobre el pintor emitidos por Mariátegui, en 1927; juzga: "Sabogal es, ante todo, el primer 'pintor peruano'. Antes de él habíamos tenido algunos pintores, pero no habíamos tenido, en verdad, ningún 'pintor peruano'... El espíritu de Sabogal ha madurado en un instante en que se constata la decadencia, la disolución del arte occidental... Europa no ha logrado europeizarlo... Creo, sin embargo, en la utilidad de su experiencia europea... Sobre todo, lo ha ayudado por reacción contra un mundo en el cual se sentía extranjero, a descubrirse y reconocerse... Sabogal ha comprendido o, por lo menos, esclarecido en Europa la necesidad de un humus histórico, de una raíz vital en toda gran creación artística".

Luego, Luis E. Valcárcel asienta: "Su fervor peruanista llevó a Sabogal hacia una posición representativa que ahora, en la inmortalidad, comparte con José Carlos Mariátegui y César Vallejo... los tres juntos simbolizan la afirmación del Perú, la toma de conciencia del Ser del Perú... amaron al pueblo, salieron de sus entrañas y fueron portadores del secreto de su eternidad".

Por último, Camilo Blas recuerda: "Con intuición de verdadero creador comprende que todo arte grande debe sustentarse en el ancestro, y va derecho a esa fuente, en pos de la savia que habrá de nutrir su obra... En una época desorientada nos da la pauta y el sendero a seguir... el que nos conduce a la afirmación de nuestro destino como pueblo, y nos asigna deber y responsabilidad de conocerlo, comprenderlo y amarlo".

Finalmente, se incluye un telegrama, enviado desde los Estados Unidos por personalidades que remiten un "mensaje de condolencia al Gobierno y al pueblo del Perú" por la muerte del artista.

En este número hay trabajos de: Luis E. Valcárcel, Max Uhle, Louis M. Stumer, Humberto Ghersi Barrera, Federico Kauffman Doig, José Matos, José María Arguedas, Juan B. Lastres, J.M.B. Farfán, María Scholten de D'Ebneth y Emilio Choy.

BOLETÍN INDIGENISTA, Publicación suplementaria de "América Indígena", Vol. XVII, Núm. 2, Junio 1957, México.

Con motivo de la celebración del *Día del Indio,* el ejemplar que tenemos a la vista trae una serie de trabajos al respecto, firmados por autores de distintos países. Como se entenderá, el material resulta harto interesante.

De los trabajos mencionados, escogemos el *Editorial,* pues se trata de una alocución del Dr. Manuel Gamio en el *Día del Indio.* El Dr. Gamio, quien ha dedicado su vida a entender y solucionar los problemas del indígena mexicano, expone que para aliviar en sus penalidades a "esos desvalidos sectores demográficos", urge primordialmente preocuparse por su salud. Informa, además, de los obstáculos con que se tropieza para desarrollar campañas sanitarias, a fin de disminuir las cifras de mortalidad y morbilidad imperantes en dichos sectores, haciendo ver que aun cuando se cuente con los medios necesarios para realizar las campañas en favor de la salud, "entre los primitivos indios selváticos que deambulan en lejanos y aislados parajes sin casi haber tenido contacto con blancos y mestizos, la tarea sanitaria es por hoy generalmente imposible, pues como no se conoce su modo de ser y vivir, primero habría que concentrarlos formando poblados y después aculturarlos de modo gradual, hasta que acepten voluntariamente la intervención médica".

El Dr. Gamio da a conocer que en los treintaisiete años últimos, el número de habitantes en México se ha elevado en más de un 100%, lo que se explica —dice— tomando en cuenta "que después de terminada la Revolución Mexicana, el indio fue dotado con tierras ejidales... asegurando, así, su subsistencia y su libertad de acción". Sin embargo, asegura que la dotación de tierras, si bien ha incrementado la población indígena, "no siempre trae consigo una proporcional disminución de la mortalidad y la morbilidad", ya que hay otros factores negativos, referentes a la salud, los cuales persisten en la actualidad. El Dr. Manuel Gamio concluye insistiendo: "En vista de lo expuesto, sugerimos que la labor indigenista aborde, en primer término, lo relativo a la salubridad, puesto que la vida del indio es lo primero que debe interesarnos".

En este número hay trabajos de: Harry S. McArthur, Dr. Alfonso Caso, Prof. Mario Aguilera Dorantes y Fr. Nicolás de Cármenes.

CIENCIA Y CULTURA, Revista de la Universidad Nacional de Zulia, Director: Dr. Germán Briceño Ferrigni, Año II, Núm. 5, Enero-febrero-marzo 1957, Maracaibo, Venezuela.

Las cinco tradicionales secciones que integran este órgano cultural (Derecho y Ciencias Sociales, Medicina, Ciencias Físicas y Matemáticas, Odontología y Artes y Letras), reúnen ensayos y diversas clases de trabajos adecuados, los cuales dejan constancia de una previa selección de material, como corresponde a cualquier vocero de una institución universitaria.

No porque los demás trabajos sean de inferior calidad, sino por significar un acto de justicia, reparamos en la sección Artes y Letras, donde el Dr. Hercolino Adrianza Álvarez escribe sobre los *Poetas del Zulia olvidados.* Pensamos que, independientemente de la latitud en la cual suceda, el olvido como tributo a los hombres que llenaron un momento cultural en la vida de cualquier conglomerado humano, es una remuneración poco equitativa. De ahí que Adrianza Álvarez, al intentar abrir grieta luminosa en las sombras espesas que cubren a cinco poetas zulianos, merezca nuestro aplauso y nuestro respeto. Los cinco poetas que ocupan la atención del Dr. Adrianza son: Armando Simons Plumacher, Jesús Bríñez Rodríguez, Sergio Reyes Medina, Eliézer

Rosillón Lugo y José Santos Morán; todos ellos figuraron en páginas de diarios y revistas entre 1925 y 1945.

En este número hay trabajos de: Dr. Ángel Francisco Brice, Dr. Humberto J. La Roche, Dr. José A. Borjas Sánchez, Dr. José Domingo Leonardi, Prof. Antonio Canónica, Prof. Werner Tetzlaff, H.P. Berning, F.H. Lepp, Dr. Mario Luzardo Baptista, Prof. Guillermo Díaz Plaja, Ricardo A. Latcham, Luis Yépez, Franz Werger, Mario Briceño Perozo, Elsio Jiménez Sierra, Jorge Schmidke, Jesús Alfonso Ferrer y Alfonso Cuesta y Cuesta.

Nueva Revista de Filología Hispánica, Director: Alfonso Reyes, Año X, Núms. 3-4, Julio-diciembre 1956, México, D.F.

La *Nueva revista de filología hispánica,* que fundara Amado Alonso y que se publica cada trimestre, entrega con este volumen la labor correspondiente a dos números. "En ella aparecen regularmente artículos y notas sobre temas de literatura española e hispanoamericana; sobre el castellano de América y España; sobre el portugués, con especial referencia al Brasil; estudios de teoría y metodología filológica; reseñas críticas de libros y revistas y una bibliografía clasificada por materias". La importancia de esta publicación, así como la pulcritud de su impresión, le deben mucho —aparte de la docta vigilancia de Alfonso Reyes— a la capacidad conjunta de los veintidós redactores especializados, quienes garantizan —en la medida que les corresponde— el éxito que un volumen de estas calidades debe alcanzar entre sus lectores. La respetable *bibliografía* que se incluye al final de la *Revista,* misma de la que cubre una tercera parte, "está en sistemática relación con la Bibliografía Hispanoamericana publicada regularmente por la *Revista Hispánica Moderna,* en la cual figuran los materiales referentes a Hispanoamérica".

En este número hay trabajos de: Juan M. Lope Blanch, Courtney Bruerton, Homero Serís, Yakov Malkiel, Joseph G. Fucilla, Juan Bautista Avalle-Arce, D. W. McPheeters, María Rosa Lida de Malkiel, Margit Frenk Alatorre, Emma Susana Speratti Piñero, Carlos Blanco Aguinaga, William L. Fichter, Peter G. Earle, Carlos Valdés, J.M.L., E.C.M., A.A., y C.V.

Mito, Revista bimestral de cultura, Comité de dirección: Hernando Valencia Goelkel, Pedro Gómez Valderrama, Eduardo Cote Lamus, Año III, Núm. 13, Marzo-abril-mayo 1957, Bogotá, Colombia.

Ahora, cuando ha caído en Colombia el dictador Rojas Pinilla, los editores de este vocero cultural incluyen aquí "una antología de los textos que en Mito se publicaron desde el primer número en defensa de las libertades". Hacen constar, además, que su preocupación por la situación política que prevaleció en su patria durante los últimos años, no nace a raíz de los acontecimientos recientes que culminaron con la derrota de la dictadura, pues desde "los primeros meses de 1955 hemos denunciado, sin vacilaciones, todos los atentados contra el inalienable derecho que el intelectual y el ciudadano tienen de expresarse". En seguida, los editores aclaran: "No intentamos, desde luego, reclamar méritos, que corresponden íntegramente a nuestro pueblo. Ni, mu-

cho menos, pretendemos competir con los políticos por posiciones a las que no aspiramos o por honores o títulos que para nosotros nada significan".

¡Qué lástima que en casos semejantes, la mayoría de las revistas de nuestros distintos países no puedan presentar al público hispanoamericano esta clase de "antologías"!

En este número hay trabajos de: Eduardo Mendoza Varela, Cesare Zavattini, Alejandro Obregón, Laura Bohannan, Fernando Charry Lara, Eduardo Caballero Calderón y Pedro Gómez Valderrama.

SUR. Revista bimestral. Dirigida por Victoria Ocampo, Núm. 245, Marzo-abril 1957, Buenos Aires, Argentina.

En este número hay trabajos de: Albert Camus, Colin Wilson, Jean Stein, Jorge A. Paita, Hugo W. Cowes, Victoria Ocampo, Jaime Rest, Emilio Sosa López, Carlos Mastronardi, Ernesto Schoo, Rosa Chacel, Alicia Jurado, Eugenio Guasta, Graziella Peyron, Armando Asti Vera, Damián Carlos Bayon y Juan Pedro Franze.

FICCIÓN. Revista-libro mensual. Director: Juan Goyanarte, Núm. 5, Enero-febrero 1957, Buenos Aires, Argentina.

En este número hay trabajos de: Juana de Ibarbourou, Enrique Amorin, Mario Benedetti, Julio C. Da Rosa, Francisco Espinola, Pedro Leandro Ipuche, Carlos Martínez Moreno, Juan Carlos Onetti, Carlos Real de Azúa, Emir Rodríguez Monegal, Daniel D. Vidart, Arturo Sergio Visca, Alfredo L. Palacios, Enrique Larreta, Gloria Alcorta, Beatriz Bosch, Silvina Bullrich, Estela Canto, Celia de Diego, Beatriz Guido, Fryda Schultz de Mantovani, Jorge Luis Borges, Adolfo Mitre, Ezequiel Martínez Estrada, Guillermo de Torre, Eduardo González Lanuza, Germán Berdiales, Juan Mantovani, Samuel Eichelbaum, Julio E. Payró, Romualdo Brughetti, Bernardo Canal Feijóo, Carlos Alberto Erro, Luis Emilio Soto, Norberto Rodríguez Bustamante, Aristóbulo Echegaray, Juan Carlos Ghiano, Carlos A. Loprete, Omar Del Carlo, Eduardo Dessein y Gregorio Weinberg.

EUTERPE. Revista de Artes y Letras. Director: Julio Arístides, Año IX, Núm. 29, Marzo-abril 1957, San Martín, Buenos Aires, Argentina.

En este número hay trabajos de: Luis Surió, Manuel Pacheco, Nicolás Fontanillas, Mario A. Marrodán, Julio Arístides, Volga Marcos, Santiago J. Labandera, Amilcar Uralde, Rodolfo Alonso, Clodoaldo A. Espinosa Bravo y Vicente Talón Ortiz.

CORDILLERA. Revista Boliviana de Cultura. Director: Fernando Díez de Medina, Año II, Núm. 4, Enero-febrero-marzo 1957, La Paz, Bolivia.

En este número hay trabajos de: Carlos Medinacelli, Alejandra Pizarnik,

Rafael Ballivián, Rubén Vela, Rosa Arciniega, Gabriela Mistral, Juan Capiiles, Ciro Félix Trigo, José Vasconcelos, Joaquín Gautier, Nicolás Ortiz Pacheco, Alejandro Casona, Raúl Otero Reich, Guillermo Bedregal, Luis Taborga, Estuardo Núñez, Marta Mendoza, Antonio Alborta Reyes, Marcelo Calvo Valda, Conceiçao Chagas, Manuel Durán P., Carlos Serrate Reich, Luis Soria Lenz, Augusto Guzmán y Leo Pucher de Kroll.

Repertorio Americano. Cuadernos de Cultura Iberoamericana. Editor: Joaquín García Monge, Año 36, Núm. 176, Vol. XLIX, Núm. 13, Febrero-marzo 1957, San José, Costa Rica.

En este número hay trabajos de: Alirio Gómez Picón, Fernando G. Campoamor, José Nucete-Sardi, Agustín Nieto Caballero, Eusebio García-Luengo, Ricardo Blasco, Carlos María Campor Jiménez y Celiria Valerín A.

Revista Cubana. Editada por el Instituto Nacional de Cultura, Ministerio de Educación, Director de Honor: José M. Chacón y Calvo, Vol. XXXI-I, Enero-marzo 1957, La Habana, Cuba.

En este número hay trabajos de: Francisco Ichaso, Mario Sánchez Roig, Isora Pineda, Rafael Fernández Villa-Urrutia, César Rosales, Lorenzo García Vega, Fernando De la Presa, Emilio Ballagas, Salvador Bueno, Antonio Martínez Bello y Enrique Labrador Ruiz.

Vida Universitaria. Órgano de la Comisión de Extensión Universitaria de la Universidad de La Habana. Director: Clemente Inclán, Año VIII, Núms. 80-81, Marzo-abril 1957, La Habana, Cuba.

En este número hay trabajos de: Mariano Grau Miró, Dr. Rafael García Bárcena, Marcelo Pogolotti, Mario Guiral Moreno, Dr. Luis F. LeRoy y Gálvez, y Ángel del Cerro.

Papeles de Son Armands. Revista Mensual. Director: Camilo José Cela, Año II, Tomo V, Núm. XIV, Mayo 1957, Madrid-Palma de Mallorca, España.

En este número hay trabajos de: Pedro Laín Entralgo, Julio Caro Baroja, Angel Crespo, Camilo José Cela, Lauro Olmo, Roy Campbell, Antonio Tovar, Charles David Ley, José Manuel Caballero Bonald, Simón Vestdyk, Francisco Carrasque, Fernando Namora y Joaquín de Montezuma de Carvalho.

Revista de Estudios Políticos. Director: Emilio Lamo de Espinosa, Núm. 91, Enero-febrero 1957, Madrid, España.

En este número hay trabajos de: Jorge Schwarzenberger, Achille Dauphin-Meunier Luis Sánchez Agesta, Carlos Alonso del Real, Claudio Esteva Fabre-

gat, Camilo Barcia Trelles, Juan Beneyto, Mario Hernández y Sánchez Barba, Dr. Fernando N. Arturo Cuevillas, M. Cardenal, Salustiano del Campo, Antonio Carro Martínez, José María Rodríguez Devesa, F. Rubio Llorente, A. Montenegro, Joaquín María Alonso, Agustín Ceballos y R. Olivar Bertrand.

AMÉRICAS. Publicada por la Unión Americana, Secretaría General de la OEA. Directora: Kathleen Walker, Vol. 9, Núm. 8, Agosto 1957, Washington, D.C. Estados Unidos.

En este número hay trabajos de: Jorge Mejía Palacio, F. Zenha Machado, Elisabeth Shirley Enochs, Gilbert Khachadourian, Charles Allen Smart, Cecilia Pérez, Carlos Martínez Cabana, Rafael Heliodoro Valle y Marietta Damels.

LA NUEVA DEMOCRACIA. Director: Alberto Rembao, Vol. XXXVII, Núm. 2, Abril 1957, Nueva York, Estados Unidos.

En este número hay trabajos de: Patrick Romanell, Emilio Brunner, Arturo Capdevila, Carlos Zurita, María Teresa Babín, Luis Amador Sánchez, Francisco Romero, Enrique Labrador Ruiz, Julio Larrea, Enrique de Gandía, Agustín Basave, Edgardo Ubaldo Genta, Miguel R. Mendoza, Dmitri Ivanovitch, Antonio de Undurraga, Otto D'Sola, Fernando Díez de Medina, B. González Arrili, Arturo Uslar Pietri, Dora Isella Russell, Arturo Torres Rioseco, Guillermo Francovich, Carlos Heim, Rodolfo Coronado, Mireya James-Freyre, Leila Anderson, José Sanz y Díaz, E. Pagán Tomei, Alberto Rembao, Gregory Rabassa y Saúl Teitelbaum.

CÉNIT. Revista mensual de Sociología, Ciencia y Literatura, Año VII, Núm. 77, Mayo 1957, Toulouse, Francia.

En este número hay trabajos de: Severino Campos, Eugen Relgis, B. Cano Ruiz, Critias, Sergio, Vladimir Muñoz, Francisco Olaya, Ángel Samblancat y Martín Castro.

AMÉRICA INDÍGENA. Órgano Trimestral del Instituto Indigenista Americano, Vol. VII, Núm. 3, Julio 1957, México.

En este número hay trabajos de: Ángel María Garibay K., Natalicio González, Oscar Lewis, Miguel León-Portilla, D'Arcy McNickle, José Alcina Franch, Juan Comas, Margarita G. de Alba y Louis C. Faron.

AMÉRICA. Revista Antológica bimestral. Director: Marco Antonio Millán, Época V, Núm. 71, Abril 1957. México.

En este número hay trabajos de: Horacio Escoto, N. Zevlag, Ramón Gálvez, Marco Antonio Millán, Salomón de la Selva, Jorge Santayana, José Martínez

Sotomayor, Rafael Solana, Carlos Pellicer, Eglantina Ochoa Sandoval, Eduardo Cataño, Xavier San Martín, Guadalupe Dueñas, Jean Paul Sartre, Rodrigo García Treviño, Abel Cruz Rodríguez, René Avilés, Othón Lara Barba, Romain Rolland, Máximo Gorki y Leopoldo Zea.

Estaciones. Revista Literaria de México. Dirección: Alí Chumacero, Alfredo Hurtado, José Luis Martínez, Enrique Moreno de Tagle, Elías Nandino, Salvador Reyes Nevares y Carlos Pellicer. Año II, Núm. 6, Verano 1957, México.

En este número hay trabajos de: Rafael Solana, Jaime Torres Bodet, César Falcón, Xavier Villaurrutia, José Martínez Sotomayor, Carlos Pellicer, Leopoldo de Luis, Enrique Moreno de Tagle, Manuel González Flores, Guadalupe Dueñas, Mercedes Durand, Enrique Creel, Elena Poniatowska, Volga Marcos, Muricio de la Selva, Atenor Orrego, Elías Nandino, Alfredo Hurtado, Alfonso de Neuvillatte, José Emilio Pacheco Berny, María S. Harring, Francisco Galerna y Carmen Alardín.

Metáfora. Revista Literaria. Directores: A. Silva Villalobos y Jesús Arellano, Año III, Núm. 15, Julio-agosto 1957, México.

En este número hay trabajos de: Miguel Bueno, Violeta López Suria, Carmen Cortazar G., Francisco Galerma, Simitrio Queromán, Carlos Ramón Gutiérrez, Jesús Arellano, A. Silva Villalobos y Galván Corona.

Revista de Economía. Publicación Mensual, Director Delegado: Fernando Zamora, Vol. XX, Núm. 3, Marzo 1957, México.

En este número hay trabajos de: James R. Schlesinger y Edmundo Moyo Porras.

Humanismo. Revista de Insobornable Orientación Democrática. Dirección: Raúl Roa e Ildegar Pérez Segnini, Año V, Núm. 43, Mayo-junio 1957, México.

En este número hay trabajos de: Andrés Eloy Blanco, Gonzalo Barrios, David Turner Morales, Domingo Alberto Rangel, Ildegar Pérez Segnini, Gilberto Loyo, Campio Carpio, José Ferrer Canales, R-E. Montes i Bradley, Carlos Sabat Ercasty, Mario Briceño-Iragorry, Andrés Pardo Tovar, Servando García Ponce.

Letra Viva. Revista de Cultura. Responsables: Enrique González Rojo y Eduardo Lizalde, Vol. I, 7-10, Noviembre-febrero 1957, México.

En este número hay trabajos de: José Revueltas, Elí de Gortari, José Pascual Buxó, Miguel Guardia y Mauricio de la Selva.

BOLETÍN DE LA BIBLIOTECA NACIONAL. Universidad Nacional Autónoma de México, 2ª época, Tomo VIII, Núm. I, Enero-marzo 1957, México.

En este número hay trabajos de: Manuel Alcalá, Guadalupe Borgonio, Roberto Ramos, Alberto T. Arai y Jesús C. Romero.

ASOMANTE. Revista Trimestral Editada por la Asociación de Graduadas de La Universidad de Puerto Rico, Directora: Nilita Vientós Gastón, Año XIII, Vol. XIII, Enero-marzo 1957, San Juan, Puerto Rico.

En este número hay trabajos de: Francisco Arrivi, René Marques y Wilfredo Braschi.

ARTES Y LETRAS. Mensuario de Cultura, 2ª época, Núm. 7, Julio 1957, San Juan, Puerto Rico.

En este número hay trabajos de: Vicente Geigel Polanco, José Luis González, Juan Bautista Pagán, Lidio Cruz Monclova, Pablo Morales Cabrera, J. Paniagua Serracante, José Emilio González, Juan Antonio Corretjer, Julia Burgos, Juan Síez de Andino, y Enrique Ramírez Brau.

RUMANIA DE HOY. Núm. 5, 1957, Bucarest, Rumania.

En este número hay trabajos de: P. Surupaceanu, T. Mihail, M. Bonda, V. Cornescu, Demóstenes Botez, G. Ionescu-Sisesti, Dr. N. Cajal, Mario Brasini, Camil Baciu, V. Petrachescu, E. Margarit, George Dascal y Eftimie Ionescu.

BIENNALES INTERNACIONALES DE POESIE. Courier du Centre International d' Etudes Poetiques. Num. 5, Juin 1957, Bruxelles, Belgique.

En este número hay trabajos de: Luc de Heusch y Pierre Mabille.

ANHEMBI. Diretor: Paulo Duarte, Ano VII, Vol. XXVII, Num. 79, Junho 1957, São Paulo, Brasil.

En este número hay trabajos de: Henri Mugnier, Isabel, Condêssa Deu, A. de Almeida Júnior, Hilda Figuereido, K. Silberscmidt, Walmor Carlos de Mello, Carlos Drumond de Andrade, Eunice Breves, Odilon Nogueira de Maros, Antônio D'Elia, Guilherme Figueiredo, B. J. Duarte, María Teresa de Araujo Silva y Henri Langlois.

INTER-AMERICAN REVIEW OF BIBLIOGRAPHY. Director: Javier Malagón, Vol. VII, Núm. I, Enero-marzo 1957, Washington, Estados Unidos.

En este número hay trabajos de: Germán Somolinos D'Ardois, Antonio Marín Ocete, Edward Larocque Tinker, Gilbert Chase, Eric R. Wolf, Enrique Labrador Ruiz, James B. Childs, George Wythe, León Tjomas, Solor J. Buck, Álvaro Jara, Antonine Tibesar, O.F.M., Daniel Valcárcel, M.E. Zelaya de Cohen, Ermilo Abreu Gómez, José Almoina, Rodolfo Vinacua, Guillermo Cabrera Leiva, Carlos Blanco Aguinaga, Seymour Menton, Armando C. Pacheco, Juan Catre-Casas, Adolfo Solórzano Díaz, Alberto J. y Plá, y César Cisneros.

QUESTIONS ACTUELLES DU SOCIALISME. Revue Bimestrielle, Editée par l'Agence Yougoslave d'Information. Directeur: Milorad Péchitch, Nº 41, Mars-avril 1957, Paris, France.

En este número hay trabajos de: J. B. Tito, Alexandre Rancovitch, Edouard Kardely, Yanez Stanovnick, Vlaiko Bégovitch, Slavko Komar, Guéza Tikvitski y Miodrag Protich.

PREUVES. Directeur: François Bondy, Núm. 77, Juillet 1957, Paris, France.

En este número hay trabajos de: Jean Bloch-Michel, Wladimir Weilde, Jean-Paul de Dadelsen, Pierre Schneider, Robert Campbell, Pierre Lochak, Dino Buzzati, Denis de Rougemont, R.-A.-Jelenski, Bertrand de Jouvenel, A.-D. Gorwala, François Leger, Annette Vaillant, Marc Bernard, Gilbert Sigaux, Guy le Clec'h, Yves Levy, Aime Patri, Ignace Lepp y Pierre Courthion.

CONVIVIUM. Nuova Serie, Direttore: Giovanni Battista Pighi, Anno XXV, Núm. 2, Marzo-aprile 1957, Torino, Italia.

En este número hay trabajos de: J. Huizinga, B. Nardi, E. Raimondi, A. Pizzorisso, M. Pagnini, A. Piromalli, F. Pellegrini, J. B. Pighi, L. Alfonsi, K.L. Selig, F. Delbono, R. Bertacchini, F. Tateo, G. Boccolari, E. Melandri, A. Ciotti, F. Schalk y P.L. Valente.

GAZETA LITERARIA. Revista Mensal. Diretor y editor: Mário do Amaral, Lisboa, Portugal.

En este número hay trabajos de: Cruz Malpique, Cardoso Júnior, A. Jacinto Júnior, Narciso de Azevedo, José Maqueda, Bertino Daciano, João A. Maia.

NOTICIAS DE LA CULTURA DE ISRAEL. Edic. del Instituto Cultural Argentino Israelí, Año I, Núm. 4, Mayo 1957, Buenos Aires, Argentina.

Cuestiones Nacionales. Editores: Jorge Echaniz y Emilio Mújica. Núm. I, México, D.F.

Comercio Exterior. Tomo VII, Núm. 6, Junio 1957, México, D.F.

Libros Mexicanos. Boletín del Centro Mexicano de Escritores. Directora: Margaret Shedd, Vol. I, Núm. I, Junio 1957, México, D.F.

Crónica de la UNESCO. Boletín Mensual, Vol. III, Núm. 5, Mayo 1957, México, D.F.

S U M A R I O

Printed in Mexico